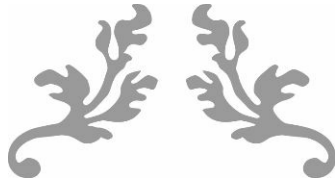


AINA CASTILLO



MUJERES
EN LAS SOMBRAS

3 NOVELAS DE BDSM Y ROMANCE



MUJERES EN LAS SOMBRAS

3 Novelas de BDSM y Romance



Por Aina Castillo

© Aina Castillo, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

Dedicado a Carol y Amy

Índice

Adolescente en el Bosque — *Sumisa Virgen Secuestrada y Esclavizada por el Amo Dominante*

Borrada y Renacida — *Dueño vs Esclava. Psicópata vs Manipuladora. Demonio vs Ángel*

Amo Oscuro — *Sumisa Entregada al Señor del Crimen*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Adolescente en el Bosque

Sumisa Virgen Secuestrada y Esclavizada por el Amo Dominante

I

—Te amaré por siempre, por siempre.

—Lo sé. Y yo también a ti. No lo dudes nunca.

Miraba la pantalla de su computadora en medio de la habitación a oscuras. Alrededor de ella, estaba los restos de una cena improvisada, no quería perderse nada de lo que estaba viendo. Tomó entonces el envase de ramen a medio comer y terminó lo último que quedaba allí. Pasó la comida con un poco de gaseosa fría porque le gustaba así, fría.

Los protagonistas terminaron por darse un beso y lentamente la imaginaron hizo un fundido a negro. Después, los créditos que empezaron a aparecer en la pantalla y aquellos ojos verdes que miraban todo, estaba llorosos.

—Pues, qué tonta he sido, eh.

Estiró una de las mangas de su suéter, se secó las lágrimas empapaban sus largas pestañas y se levantó de la silla para estirarse un poco. Caminó un poco por la habitación y miró la hora en la pantalla de la computadora. Eran las 9 de la noche de un sábado en la noche.

Podía escuchar desde su habitación, la algarabía que había en la calle. Se asomó y se fijó en la gente que caminaba por allí y de algún que otro vendedor ambulante o artista que se preparaba para recitar algún poema o tocar un instrumento. Poco a poco el lugar estaba llenándose de vida.

Aina suspiró porque se imaginó a sí misma caminando por ese mismo suelo de piedras, tomada de la mano con el príncipe azul. Uno que ya había imaginado bastante pero que no había podido conocer. Se preguntaba constantemente cómo sería estar con alguien que estuviera dispuesto a darle su compañía, su calor.

Se alejó de la ventana y miró el clóset para ver qué se pondría para más tarde. Marta, una de sus mejores amigas, le había invitado a caminar por allí y quizás comer en McDonald's. Nada del otro mundo, pero al menos así matarían el aburrimiento.

Miró la pantalla de la computadora y recordó que le faltaba ver sólo un

capítulo de su programa favorito. Era quedarse en casa como una ostra o salir un para cambiar un poco la rutina. Minutos después, se decidió por lo último.

Encendió la luz de la habitación y buscó el espejo de la cómoda que no estaba muy lejos. La superficie estaba repleta de perfumes, maquillaje y fotos con las amigas. Se miró de repente, y comenzó a acariciar su cabello con suavidad. En pocos días cumpliría los 18 años.

—Pronto seré una mujer.

Buscó un cepillo para desenredar los pocos nudos de las puntas. Cuando empezó que el cabello largo y espeso, cobró brillo. Se levantó y comenzó a prepararse.

Como era verano, tomó un par de jeans, un croptop de mangas largas y unos Adidas Stan Smith que su padre recién le había comprado por haber aprobado las materias de ese año y porque había sido escogida para ingresar a una de las mejores universidades del país.

Tomó una bufanda ligera porque pensó que su madre la regañaría por andar mostrando mucha piel. Se la colocó alrededor del cuello y salió con una sonrisa. Después de unas palabras de advertencia y de fijar una hora prudente de llegada, Aina se fue para encontrarse con sus amigas.

Miró el móvil para recordar en dónde se encontrarían. Sería en una plaza no muy lejos de allí. Mientras caminaba, Aina pensaba en lo que quería hacer en su cumpleaños. Deseaba hacer algo diferente, más allá de la reunión típica en casa a cantar cumpleaños y comer torta al sonido de alguna canción vieja. Eran 18 años, ni más, ni menos.

Desde la distancia pudo divisar a sus dos amigas y a Marta, quien la saludó con la mano. Se apresuró para acercarse y pronto las saludó con efusividad.

—¿Tienes hambre? —Preguntó una.

—Un poco, sí. Sólo comí un ramen en la tarde.

—Mejor llenemos nuestras barrigas de más basura en McDonald's. Además, tengo algo que contaros. —Respondió Marta.

Todas asintieron y comenzaron a caminar hacia una de las calles que estaban cerca de la plaza en donde estaban. De inmediato, la mente de Aina inició una serie de lucubraciones sobre lo que Marta tendría para contarles.

Lo cierto era que ella era la persona más aventurera que había conocido en su corta vida. Era resuelta, valiente y muy sensual. De todas, era la que mejor se relacionaba con los hombres. Incluso, hacía recientemente confesó que había perdido la virginidad con un vecino cuarentón. Estaba orgullosa de decir

sin pelos en la lengua que le gustaba el sexo.

Para Aina las cosas no eran tan sencillas. Por supuesto, eso no quería decir que ella no pensara en eso, todo lo contrario. El sexo representaba uno de los tantos misterios que no sabía cómo enfrentar.

En las clases de Educación para la Salud, mientras todos jugaban con papelitos o bromeaban, Aina agudizaba los oídos para escuchar y retener la mayor cantidad posible de información para no estar desubicada al respecto. Sin embargo, no era fácil sobre todo cuando tienes que socializar con chicos con las hormonas alborotadas.

Ahora se complicaba el asunto porque la universidad era otro asunto. El colegio le daba oportunidad para refugiarse en la inocencia del uniforme y la ingenuidad de la edad, sin embargo, a pocos días para cumplir 18 años, Aina sabía que también estaba a punto de enfrentarse a un ambiente muy diferente.

Aunque estaba embebida en sus pensamientos, de inmediato tuvo que espabilarse porque casi se golpea con la puerta de vidrio del restaurante.

—Venga, tía. Que si no te cuidas, te quedará un ojo morao’.

Las demás rieron y Aina se sonrojó de la pena.

A pesar de que era una hora en la que cualquier persona pensaría que la gente no comería en un sitio como ese, el panorama resultó todo lo contrario. Estaba repleto y apenas una de ellas pudo encontrar sitio para las cuatro.

Aina se quedó con Marta para pedir la comida y así el resto fue a esperar a que ellas dos regresaran. De inmediato, Marta tomó a Aina del brazo y acercó la boca al oído de ella.

—Encontré un nuevo pasatiempo y sé que vas a flipar con lo que te cuente.

—¿De qué va?

Miró hacia los lados como si lo que estaba a punto de decir podría herir susceptibilidades.

—BDSM. —Respondió casi en forma de susurro.

—¿Qué es eso?

—Venga, tía. ¿Cómo no vas a saber? Eso es lo que está de moda y de lo que todo el mundo habla.

Aina sintió un poco de vergüenza por su desconocimiento.

—Vale, vale, tampoco es para que te pongas así. De hecho por eso quería veros, sobre todo a ti. Porque pensé que podría llamarte la atención.

—¿Por qué?

—Porque las tías tranquilas siempre tienen un lado oscuro.

—Bah, qué cosas dices, Marta.

—Es verdad, eh.

Recogieron un par de bandejas y las llevaron hacia una de las mesas. Por suerte, quedaban lo suficientemente alejadas de la gente como para hablar largo y tendido. Varias raciones de patatas fritas, hamburguesas y helados de mantecado con sirope de chocolate, esperaban por ser devorados.

Internamente, Aina no estaba muy entusiasmada con la comida, más bien estaba atenta ante lo que Marta tendría que decir. Mientras esperaba, el suspenso la hacía sentir de malhumor. Quería enterarse de los pormenores pero su amiga sólo se dedicaba a comer patatas y a mezclarlas con el helado.

Después de un rato, Marta aclaró la garganta y procedió a hacer una introducción pomposa típica de su personalidad llamativa:

—Tías, estoy a punto de decirles algo que sé que les cambiará la vida. Dejarán de ser las tías buenas y angelicales y por fin saldrán de ese limbo de niñerías para convertirse finalmente en las mujeres que realmente son. ¿Saben de qué se trata?

—Venga, habla ya.

—Vale, vale. Bien, ¿recuerdan que les hablé del chico majísimo de la universidad que está a pocos kilómetros de aquí? Pues, un día salimos, comimos y tomamos en un lugar carísimo. Obviamente sabía que nos iríamos a acostar porque ningún hombre se toma la molestia de hacer tal esfuerzo por un besito. El hecho es que vamos a su casa, que es un piso de estudiantes, y me ofrece más vino. El chico se puso nervioso y le insistí en que me dijera qué le pasaba. “Soy Dominante”, dijo y me quedé impresionada porque recuerdo haber leído al respecto pero hacía mucho tiempo. La cosa es que después de confesar, se sienta junto a mí y me explica todo, TODO.

—¿Qué cosas? —Se aventuró en preguntar Aina.

—Bien, básicamente que los dominantes les gusta controlar. Aunque hay de muchos tipos. Unos prefieran causar dolor, otros humillar, el resto disciplinar. Eso depende de cada quien, pero en general es eso.

—¿Controlar? —Siguió Aina.

—Espera que ya te cuento. Todo esto es en la cama, señoritas. Un Dominante tomará tus gustos y los de él y los unirá para que no pares de gemir en la noche. El tío, después de vomitar todo, se acercó a mí y nos besamos apasionadamente. Después, me llevó a su habitación y me ató con unas cuerdas ya preparadas. Para hacerles el cuento corto, amigas, él me dio latigazos y me dijo cualquier cantidad de palabras sucias. Esas mismas que ustedes pueden apreciar en esas pornos aburridas que tanto ven.

—¿Qué más te hizo? —Preguntó una mientras ingería una cucharada generosa de helado.

—Me roció un poco de cera de vela caliente en la espalda. De hecho, ahora me molesta un poco pero es un dolor que es agradable. —Hizo un guiño.

—¿Te gustó?

—Mucho, es genial. Es increíble sentir que eres capaz de entregar todo lo tuyo a alguien. Claro, tiene que haber confianza para que la dinámica funcione porque de lo contrario es una pérdida de tiempo. Pero eso sí, niñas, deben hablar con claridad para que no hayan malos entendidos. ¡Ah! Y lo mejor de todo es que, si sientes que no puedes más o que es demasiado, puedes parar y en efecto así será.

—Vaya, suena interesante.

—Ay, no, me parece que eso sólo mola para los pervertidos. O sea, para gente como tú.

Todas comenzaron a reír menos Aina quien permaneció pensativa ante esas palabras. Era como si alguien le hubiera despertado la curiosidad al respecto y que tenía el deber de saber más, mucho más.

Después de comer y de bromear un rato, decidieron que volverían a la plaza para ver si algo interesante pasaba por allí. Aina se quedó atrás con Marta para hablar más sobre el tema.

—¿Qué te ha parecido todo lo que te he contado?

—Me da un poco de miedo, la verdad.

—Venga, amiga, no puedes ser siempre así. Eres una tía guapísima y te estás perdiendo de toda la diversión. Deja de ser tan monja.

Aina se enojó cuando le dijo eso.

—Ese comentario es estúpido, Marta. No todos somos tan aventureros como tú.

—Vale, vale. Quizás me pasé un poco de la raya pero sabes que tengo razón. ¿Te gustaría probarlo? ¿Qué dices?

—No lo sé, puede ser. Te digo después.

Aunque no era la respuesta que ella inmediatamente quería escuchar, sabía que sus palabras había causado el efecto que quería. O al menos así lo creía.

Después de aquella conversación, se sentaron cerca de una fuente apagada y esperaron a que una de esas bandas que siempre tocan mal, se acomodara para una rápida presentación para los pocos espectadores que estaban allí. Mientras todas parecían divertirse y bromear, Aina se quedó pensativa, más pensativa que nunca.

Se despidieron y Marta le hizo un gesto para que ella le escribiera. Se giró y comenzó a caminar rápido a casa no porque su madre le había exigido que llegase a una hora, sino porque ansiaba saber más de lo que habían hablado de esa noche.

Abrió la puerta con cuidado, pasó la cerradura y caminó lentamente para no tropezar con los muebles. Siguió así hasta que llegó a su habitación. Encendió la luz y se encontró con un silencio que le pareció agradable. Dentro de todo, disfrutaba de la soledad.

Dejó la bufanda a un lado olvidado sobre la cama, y se ocupó de encender la computadora. Era la primera vez en mucho tiempo en que se sentaba sólo con el objetivo de relajarse y no estudiar en altas horas de la noche.

Esperó a que este encendiera y luego de unos minutos, hizo clic en el buscador. Se quedó un rato tratando de recordar las siglas que le había dicho su amiga. El objetivo era investigar al respecto tanto como pudiera.

“BDSM”.

Clic otra vez.

Unos cortos segundos bastaron para Aina se encontrara con una larga lista de páginas. Por supuesto, se topó con Wikipedia en los primeros lugares y, como tenía la intención de saber lo elemental al momento, entró en la página.

Un largo documento se desplegó sobre su vista. Buscó sus lentes para leer mejor y procedió a pasear sus ojos sobre las oraciones que se mostraban ante ella. Cada párrafo que pasaba, le producía una mezcla de sensaciones.

Al principio se sintió extrañada pero después experimentó una especie de calor que le nació en el cuerpo. Una especie de ansiedad por querer descubrir en entregarse por completo a una persona quien, además, tendría el poder de decidir sobre ella.

Se apartó un poco y pensó que debía indagar un poco más, así que dejó la página de Wikipedia atrás porque ya había cumplido su función informativa. Ahora tocaba ver la parte, digamos, más práctica de todo el asunto.

Buscó la página de pornografía más popular y respiró profundo e introdujo las siglas en el buscador. Hizo clic y de inmediato se le presentaron una serie de videos de todo tipo. No obstante, se dedicó a buscar a aquello con lo que se sintió identificada en el texto que acaba de leer.

Pensaba en amarres y azotes mientras ojeaba los videos. No encontró nada que le llamara la atención hasta que por fin pareció toparse con lo que deseaba. Era un video de unos tres minutos, por lo que le pareció más que suficiente.

Presionó el botón de *play* y el video se cargó en pocos minutos. En cuestión de segundos, la producción empezó ambientada en un lugar oscuro y misterioso. Poco a poco, el encuadre se concentró en una chica que desnuda y con las extensiones atadas, haciendo que su cuerpo luciera más vulnerable que nunca.

Ella pareció ansiosa y nerviosa. Sus emociones parecieron intensificarse cuando un hombre alto y vestido de negro se acercó a ella con un látigo entre sus dedos. Comenzó a balancear el objeto al mismo tiempo que las tiras de cuero negro se movían en el aire.

Después de hacerlo, se dedicó a acariciarla con el látigo, pasándoselo por varias partes de su cuerpo con delicadeza, con cuidado. La chica cerró los ojos y sonrió ante los estímulos que recibió de ese hombre. Era como si encontrara en una especie de trance.

De repente, en un momento inesperado, el hombre alzó el brazo y le dio el primer latigazo en las nalgas. Esperó unos cortos segundos y volvió a hacer el mismo gesto pero sobre la espalda. Lo que vino después de allí, fue una serie incontrolable de latigazos que le hicieron gemir y gritar sin parar.

Esa piel blanca, delicada y de aspecto suave, se tornó roja y las marcas comenzaron a ganar terreno en su cuerpo. Incluso Aina pudo ser cómo unas cuantas le comenzaron a brotar un poco de sangre.

Por un momento no pudo evitar sentirse preocupada pero luego comprendió la dinámica de la relación que mostraba el video. Aquel tipo de dominación, de control, de poder, así como el dolor que le inducía su Dominante, formaba parte de la relación que tenían.

La mujer no paraba de gemir ni sonreír. Todo lo que recibía de él era producto de un consenso tácito. Así pues, Aina se concentró más en ver las reacciones de los dos, en estudiar aún más la profundidad de la relación que tenían y que se mostraba.

Por otro lado, era probable que sólo fuera un parapeto, un acto de algún teatro con el fin de alimentar la ansiedad y la desesperación de sexo extremo de los más adeptos.

Dejó de lado ese pensamiento porque sabía que no se estaba concentrando en el verdadero objetivo. Siguió mirando, siguió envuelta en esas imágenes, en el sonido que le reventaban los tímpanos y que hacía que se retorciera en la silla.

Siguió mirando y escuchando cuando pasó lo inevitable. Su coño comenzó a humedecerse a una velocidad extraordinaria. De inmediato, Aina se sintió un

poco asustada y no porque no hubiera experimentado aquello antes sino porque quería decir que eso era algo que realmente le gustaba.

En un punto del video, el hombre vestido de negro dejó el látigo en el suelo y caminó hacia la mujer atada con una paciencia increíble. Ella todavía jadeaba y trataba de recuperar el aliento cuando el hombre bajó el cierre del pantalón y sacó su pene.

Era una verga grande, gruesa y parecía firme como una roca. Sus manos comenzaron a acariciar el cuerpo de ella con lentitud hasta que las posó sobre la cintura. Enterró los dedos en la piel con la intención de sostenerse lo más que pudiera. Minutos después, se colocó tras ella y procuró acomodarse para follar a la mujer desde atrás.

La penetró con las mínimas consideraciones. Se adentró con una fuerza tal, que ella se sostuvo de los amarres con intensidad, como si estuviera a punto de desvanecerse. El hombre, por su parte, comenzó a hacer un movimiento constante y sensual en la pelvis para que su miembro pudiera entrar y salir sin problemas de ella.

El rostro de él se acercó hasta el cuello de ella y una de las manos que estaban ubicadas en la cintura, la colocó sobre el cuello, tomándolo con fuerza. Ese hombre no jugaba a medias tintas, era todo o nada.

La mujer se veía más indefensa aún pero todas maneras resultaba una imagen increíble para Aina. El sudor del cuerpo, la boca entreabierta que dejaba libre los gemidos, las manos gruesas del tío que la agarraban como si fuera su objeto. Esa mezcla de cosas, le produjeron a Aina que se mojara más todavía.

Ella bajó la mano hacia su entrepierna y encontró su coño que ya estaba caliente, húmedo. El botón de su clítoris lo rozó suavemente para sentir de inmediato cómo le hizo vibrar en cuestión de segundos. Era muy fácil dejarse llevar. Muy fácil.

Los gemidos de la mujer que estaban tan intensos que eso le producían más ansiedad de tocarse con rapidez, con desesperación. Al cabo de un rato, ella cerró los ojos e introdujo unos cuantos dedos en ella. Fue como si despegara al espacio y se perdiera en el medio de la inmensidad.

Dejó la silla del escritorio y fue hacia la cama para acostarse tranquila. Desplegó su cuerpo en toda esa superficie suave y volvió a concentrarse en lo que estaba experimentando mientras veía el video. Incluso comenzó a fantasear.

El hombre alto y blanco de la porno, de porte poderoso e intimidante era

quien la tocaba tal y como aparecía en el video. Sus manos grandes se encargaban de acariciarla y tomarla con fuerza y determinación. Era esa ansiedad lo que ayudaba a darle rienda suelta a la necesidad de consumir los deseos que acaba de descubrir.

Él la tomaba por el cuello mientras tenía las manos atadas. Ella lo miraba suplicante pero él estaba absorto en lo suyo e ignorante de la desesperación que le hacía sentir sólo con tomarla de esa manera tan fuerte y ruda.

Sus ojos se cerraron aún más y su boca se entreabrió para dejar libre unos cuantos gemidos debido a esa masturbación.

Aunque era todavía virgen, Aina sabía darse placer a sí misma. Sí, tenía un aspecto dulce e inocente, pero por dentro de una persona con una dualidad interesante. Era una persona intensa, fogosa y curiosa de probar cosas que desafiaran sus propios límites.

Guardó ese rasgo de su personalidad muy dentro de sí sobre todo por celo, por ganas de tener aquello sólo para sí y para la persona que estuviera con ella. Además, estaba segura que, de proponérselo, iría mucho más lejos de sus capacidades.

Siguió tocándose y hasta escuchando las palabras humillantes de ese Dominante imaginario:

—Zorra.

—Ramera.

—Eres una cualquiera.

—Perra.

—Mereces todo es y más.

—No importa cuánto lo supliques. No servirá de nada.

—Me encanta hacerte sufrir.

Las palabras pronunciadas por aquella voz grave y profunda, también le provocaban más y más. La estremecían y de inmediato se dio cuenta de ello cuando sentía sus dedos mojándose notablemente. Mordía sus labios y pensaba que esa fantasía era la más perfecta de todas.

Después comenzó a azotarla y fue como experimentar el dolor de la misma mujer. Era como ella también podía entender esa mezcla perfecta entre el placer y el dolor.

El hombre la dominaba por completo hasta que soltó los amarres y se concentró en hacerla suya sobre una cama. Él le abrió las piernas y se encargó de follarla con fuerza, sin miramientos y con la intención de dejarle claro que sin importar los gemidos que hiciera, él insistiría tanto como le diera la gana.

Así pues que sus dedos se encargaron de tocarla, de penetrarla hasta que por fin una especie de bola de fuego, de electricidad que recorría cada parte de su cuerpo, se encargó de recorrer cada centímetro de su piel, de sus órganos y hasta de su pelo. Todo quedó embebido por el placer de ese tacto constante hasta que por fin una penumbra cubrió por completo sus ojos y se perdió en esa oscuridad. Quedó cubierta por el cálido manto del orgasmo.

Sus manos perdieron fuerza y se dejó vencer en definitiva sobre la cama. A pesar de que estaba todavía en el trance del placer, su pecho jadeaba violentamente. Con el paso de los minutos, pudo recobrar el aliento poco a poco y, finalmente abrir los ojos.

No había un cuarto oscuro, ni un hombre alto y poderoso, no estaba desnuda ni amarrada. Toda la fantasía había quedado a un lado para arrojarle la realidad que estaba frente así. El techo blanco, las paredes con algunas fotos que había tomado, la mesa de la computadora, la ropa tirada en el suelo. La vida normal, común y corriente.

Se paró suavemente de la cama y miró hacia al frente como si hubiera descubierto algo importante. Estaba lista para explorar esa oscuridad que acababa de descubrir. Le diría a Marta sobre su resolución y quizás la ayudaría al respecto. Por lo pronto, una ducha no caería mal.

II

Después de esa noche tan intensa, Aina se dedicó a investigar más sobre el tema, para descartar si se trataba de un mero impulso hormonal o si más bien era algo que la ayudaría a tener la certeza de que iba por buen camino.

Unos cuantos blogs y testimonios le ayudaron a conocer más al respecto. Supo que aquello no era para todo el mundo, por lo que necesitaba de una gran preparación mental. Es más difícil de lo se cree.

Por otro lado, la curiosidad pareció no ir marcha atrás. Al mismo tiempo que leía sobre testimonios, también se dedicaba a mirar videos. Con sexo y sin sexo. Incluso encontró un usuario que sólo se dedicaba a azotar a las personas que lo contactaban. Podía hacer más sólo si le pegaban un extra.

Esta persona se describía a sí misma como un Dominante y Sádico que encontraba placer haciendo daño, tanto como le permitieran hacer. Lo más curioso, es que compartía su identidad con la de un contador que trabajaba en una firma importante en la ciudad. Tenía la tranquilidad y estabilidad del mundo vainilla; y la intensidad del BDSM.

Al principio ella pensó que ambas cosas eran imposibles de ser compatibles. Sin embargo, mientras más leía, más se daba cuenta de un sinfín de personas con estilo de vidas tan diferentes pero que al mismo tiempo practicaban esas actividades que de seguro escandalizarían a cualquier persona.

Al cabo de un par de días, quedó convencida de que era algo que realmente quería tener. Era algo que quería experimentar con urgencia. Fue allí cuando pensó de inmediato en su amiga, Marta. En la resuelta, la segura, la que sabía los más íntimos secretos del sexo y el amor.

Tomó el móvil y comenzó a teclear. Le pidió encontrarse en un lugar sobre “algo muy importante”. Dejó el aparato en la cama con el miedo de lo que ella dijera, hasta que escuchó un pequeño pitido.

—Seguro que sí. En la plaza, ¿sabes? Donde siempre.

—Vale.

De inmediato comenzó a prepararse para ir a ver a Marta. Tenía muchas ganas de preguntarle de todo y que le diera consejos. Deseaba, además, que no le diera un sermón o se burlara de ella.

—Seguramente lo harás porque tienes esa cara de tía buena. Ni modo, ¿no? Ella respiró profundo, salió de la habitación y le avisó a su madre que

encontraría con su mejor amiga y que volvería en un rato. Después de los consejos habituales, Aina fue a la calle sintiéndose más nerviosa que nunca. Aunque no sabía muy bien por qué.

Caminó por las calles empedradas de la ciudad y pudo ver cómo poco a poco se dibujaba en el horizonte el obelisco de la plaza principal. Cada vez que lo veía, estaba segura que era una referencia tonta de esa ciudad.

Al caminar un poco más, notó el cabello denso, espeso y rizado de Marta a la distancia. Ella alzó la mano para saludarla y para indicarle que estaba allí, esperándola. Aina apretó el paso y se acercó a su amiga quien la vio con esa misma expresión de chica sobrada.

—Hola, tía. A ver, cuéntame. Todo el suspenso me tiene ansiosa, eh.

—Es que... No sé cómo expresarlo de la mejor manera.

—Mejor vayamos a un café que está por aquí y así vas pensando en las palabras correctas, Srta. Elocuencia.

Aina pensó que no era mala idea así que las dos se dispusieron a caminar hacia el lugar. Ella, mientras, estaba armando la mejor combinación de oraciones para que lo que estaba a punto de decir, no sonara descabellado.

Al llegar, tomaron una mesa y se sentaron a las afueras del café con la intención de pedir unas gaseosas y pastas.

—Para que veas que lo mío no es sólo beber. Y ahora, ¿qué es eso de lo que querías hablarme?

Aina respiró profundo y mandó todo al diablo. Lo más seguro era que por más que lo intentara, nada sonaría con lógica, así que sólo diría lo las cosas con la mayor sinceridad posible.

—¿Recuerdas lo que me dijiste sobre el BDSM?

Marta asintió al mismo tiempo que se comía un bollo con dulce de leche.

—Bien, estuve leyendo por allí y la verdad es que me llama mucho la atención.

Su amiga abrió tanto los ojos que Aina pensó que sufriría de algún tipo de colapso. Pestañeó varias veces como esperando que de verdad sus oídos dieran crédito de lo que acababa de escuchar.

—Es en serio. De hecho, vi unos cuantos videos y creo que se me quedó el gusanillo para saber más sobre el asunto. Quiero... Pues...

—¿Vivirlo? ¿Experimentarlo? AY, AMIGA. DE VERDAD PENSÉ QUE ESTARÍAS MUERTA POR DENTRO O ALGO ASÍ.

Los gritos hicieron voltear a unos cuantos clientes. Aina se sintió sumamente apenada por lo que trató de disimular todo con una sonrisa

incómoda.

—Venga, Marta. Tampoco lo tienes por qué publicar así.

—Vale, vale. Es que sólo me parece sorprendente eso, que lo digas. Una chica como tú, tan buena estudiante y ahora que sale con esas cosas. Me encanta.

Por supuesto, Aina esperó ese tipo de reacción.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que quieres hacer en definitiva?

—Como te dije, explorarlo. Aunque me gustó mucho una idea —Se acercó lentamente hacia Marta— Me llamó mucho la atención eso de ser tomada y llevada a que el Dominante haga lo que quiera. Por Dios, me escucho y me da pena todo esto.

—Ah, olvídale. Todos somos seres humanos y tenemos la necesidad de explorar cosas nuevas. Deja de sentirte así.

—Bueno...

—Y vaya, parece una fantasía interesante. —Respondió con una sonrisa.

—Podría decirse, pero claro, sé que me falta mucho porque no conozco a nadie que podría... Pues, tú sabes.

De inmediato, la mente de Marta comenzó a trabajar velozmente. Era como se le abrieran las posibilidades y más aún cuando el cumpleaños de su amiga estaba tan cerca.

—No te preocupes, en lo que menos te lo esperes, la oportunidad surgirá. Por otro lado, ¿qué piensas hacer en tu cumpleaños? Es el fin de semana, eh.

—No tengo idea, no me hace mucha ilusión.

—Ay, Aina. Son 18 años, 18 AÑOS. Es una perfecta ocasión para hacer algo divertido y dejar de lado esa actitud de niña monja.

—No digas eso, por favor. Es incómodo.

—Vale, entonces, ¿qué se te antoja?

—No quiero hacer nada en casa, tampoco la idea de una disco me parece interesante. Me aburren esos lugares y lo sabes.

—Pues, que no se diga más, ¿qué tal si vamos al bosque? Hay un mirador muy bonito y que creo que será estupendo para tomar algo y divertirnos un rato.

—No suena mala idea.

—Pero claro que no lo es.

Después de comer más pastas y gaseosas, Marta se levantó para pagar la cuenta luego de insistir un largo rato. Se despidieron y mientras salía de café, Marta tomó el móvil para escribirle a alguien. Ya tenía pensado el regalo

perfecto para su amiga pero era algo que debía ser en extremo secreto.

Había llegado el viernes y el sol de la ventana de la habitación de Aina, dejó entrar unos cuantos rayos que le hicieron despertarse de inmediato. Miró de nuevo ese techo y pensó que ese día estaba cumpliendo 18 años.

—Vaya...

Se levantó poco a poco y tuvo el presentimiento de que las cosas serían interesantes, como si su vida estuviera a punto de suceder algo importante. Lo cierto es que fue hacia la ducha, y salió para verse en el espejo de la cómoda.

Miró los ojos verdes, el largo cabello castaño, la nariz recta y un poco puntiaguda. La piel blanca y tersa gracias al uso constante de la crema humectante y de protector solar. Se veía un poco más adulta y, por ende, se sentía algo asustada.

Suspiró y comenzó a vestirse. Pasaría el día con sus padres, comería con ellos y después se reuniría con sus amigas en una parte de la plaza para ir al bosque. Aunque tenía la sensación de que no era la idea más brillante.

Durante el resto del día, Aina se sintió más querida y consentida que nunca. Le dieron regalos (ropa en realidad), y dulces y pasteles. Como buena amante de lo dulce, estaba en el cielo.

Se sintió un poco más ansiosa a medida que se acercaba la noche. Así que después de varias fotos con la familia y de unos cuantos agradecimientos, Aina se dispuso a caminar para ir a la plaza, esta vez, como una adulta según la ley.

Iba caminando y no pudo evitar sentirse orgullosa de sí misma. Era como si hubiera alcanzado un logro en sí mismo. Quizás era más bien la emoción de que por fin había cruzado ese umbral que divide la gente adulta de los niños.

Al cabo de un rato, sus tres amigas, apenas la vieron, corrieron hacia ella para darle un abrazo.

—¡MUCHAS FELICIDADES!

Marta, apartó a las otras dos para abordar más a Aina.

—Ea, ea... Démosle un poco de espacio a la segunda adulta del grupo, eh.

—Vaya, chicas. Muchas gracias. —Dijo ella con una sonrisa en el rostro.

—¿Cómo la has pasado, tía?

—Pues, genial. He comido demasiado y bueno, ya saben, la familia, las fotos. Ya había querido venir para saber qué tienen preparado para mí.

Marta hizo una amplia sonrisa dejando entre ver que ciertamente había preparado algo, sobre todo ella.

—Eso es correcto, así que vamos que la noche apenas comienza.

Las cuatro caminaron por la pequeña ciudad entre risas y carcajadas. Cada

tanto, Marta se quedaba atrás para revisar el móvil y teclear casi a escondidas. Aina se percató de aquel comportamiento pero pensó que no era demasiado importante, así que siguió disfrutando de la noche.

A medida que seguían, abandonaban los límites de la ciudad hasta que llegaron a uno de los bosques que estaban cerca. El presentimiento de Aina pareció afianzarse aún más pero no le quiso prestar demasiado la atención para no parecer un aguafiestas y menos en su cumpleaños.

Fueron adentrándose entre los árboles y las cuatro se impresionaron del silencio y de la paz que estaban sintiendo. El ruido de los coches y de la gente hablando, de repente quedaron renegados, como si alguien hubiera puesto *mute*.

Las estrellas parecían brillar más que nunca, las copas de los árboles se veían resplandecientes y la luna lucía hermosa. Después de andar un rato, se decidieron por un pequeño montículo que ya parecía preparado.

—Las chicas te trajimos esto.

Había un mantel de cuadros en el cual descansaba un pequeño pastel y unas cuantas copas.

—Ni creas que te salvarás. Tenemos que celebrar tus 18 por todo lo alto, eh.

En seguida mostró una botella de lo que parecía vino espumante que no tardó demasiado en destapar. Marta se dispuso a servir y las cuatro se sentaron para brindar.

—Espero que disfrutes mucho tu día y que la pases fenomenal... Que sea un día inolvidable.

Aina le parecieron extrañas esas palabras porque le pareció que escondían algo. Sin embargo, ella se sólo sonrió y alzó la copa para chocarla con las de sus amigas. El líquido espumante y dulce, entró a su boca y garganta causándole cosquillas. En seguida se sirvió más.

Mientras reían unas y otras contando anécdotas de todo tipo, escucharon a lo lejos unos pasos que parecían acercarse. De pronto se quedaron calladas y esperaron un rato. Finalmente, la sombra de un hombre alto, muy alto, de textura fuerte y de piel morena se descubrió ante ellas.

El hombre estaba vestido con un uniforme marrón claro y tenía el logo de un parque cercano. Se tranquilizaron y se dispusieron a verlo mejor. Más allá de lo que pudieron observar. Tenía el cabello negro, espeso y tupido. Los ojos del mismo color y grandes, por lo cual se veía más atemorizante de por sí.

Tenía la nariz recta y los labios un poco gruesos, los pómulos un poco

prominentes y el mentón cuadrado. Asimismo, tenía las manos gruesas y fuertes. Daba ese aspecto que cualquier golpe que atestara sería contundente.

Todas parecían impresionadas por él, pero sobre todo Aina. De hecho, pareció sentir que verlo fue recibir una especie de golpe seco en el estómago. Estaba sin aire, impresionada e impactada.

Tragó fuerte cuando sintió que los ojos de ese desconocido la miraron de arriba y abajo. Sin decir palabra, como si estuviera a punto de atravesarla con la mirada.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

La voz le pareció similar al del hombre Dominante que había visto días atrás. Retumbó con más fuerza dentro de sí, como si hiciera un fuerte eco.

—Está prohibido el consumo de bebidas alcohólicas, muchachas.

—Sólo por esta vez, señor. —Dijo Marta. Es más, es el cumpleaños de mi amiga aquí. Se llama Aina y creo que merece que nosotras celebremos a lo grande. ¿Qué le parece? Prometo, prometemos que nos portaremos bien y que no haremos demasiado ruido.

Aina se quedó impresionada con la velocidad de respuesta de Marta. Sin duda, ella no servía para esas cosas.

—Vale, entonces ya veo que se trata de una ocasión especial. Mi nombre es Jack, quedo a la orden por si necesitan algo.

—Seguro. Muchas gracias.

—Gracias... —Dijo levemente Aina quien apenas pudo salir de su ensimismamiento. Ese hombre le hizo temblar hasta lo último.

Volvió a alejarse con el mismo sigilo de antes, dejando a las cuatro en un profundo silencio. Después de perderlo de vista, volvieron a respirar tranquilamente.

—Vaya, ¿qué tío es ese? Es impresionante.

—Es Jack, el guardabosques.

—Ah, ese famoso Jack.

—¿De qué hablan? —Dijo Aina después de salir del trance.

—¿No sabes quién es? Bien, no me extraña. —Dijo Marta con tono antipático. Pues, verás, en la ciudad se dice cualquier cosa sobre el bosque. Que hay monstruos de todo tipo: hombres lobo, vampiros y hasta una tía que sale en la noche para asustar a los campistas. Lo cierto es que no hay nadie peor, nadie que se equipare a él.

—¿Por qué?

—Dile tú, Marta.

—Continúo... Jack es el tío más misterioso que hay. Hay gente que dice que secuestra niños y se los come, otros que sale desnudo en las noches de luna llena y que aúlla con toda su fuerza. Aunque, claro, es una tontería... Pero sí, muchas historias giran en torno a él porque nadie sabe de dónde vino, ni cómo llegó. Sólo que se presentó y ya. Además, tampoco habla con la gente, sólo lo esencial. Por un lado, los hombres le temen, como habrán visto, es alto y fuerte, dicen que concentra la fuerza de mil osos. —Todas carcajearon — Venga, ni yo lo pongo en duda. Sólo basta para verle esa musculatura, eh. A ver, como decía, ajá, así piensas los hombres, pero las mujeres son otra cosa. Muchas han querido estar con él y otras sí han podido aunque guardan muy bien el secreto. Se dice que es todo un semental.

—Vaya, tía. Debe ser toda una suerte estar con un hombre así.

Aina volvió a dirigir una mirada hacia ese camino oscuro de dónde salió él, quizás con el deseo de conocerlo más y mejor. Pero había algo que no podía esconder, ese miedo, esa ansiedad que hacía que sus piernas temblaran.

—¿Cómo llegó a ser guardabosques? —Preguntó finalmente.

—Bien, no se sabe con exactitud. De verdad que ese hombre es un misterio. La versión con más sentido afirma que él ya vivía aquí con su padre y que este era quien se encargaba de la seguridad del lugar. El señor murió por el ataque de un puma que había escapado del zoológico y fue allí cuando Jack quedó como el encargado. En ese entonces, era un hombre adulto así que no dudaron ni un segundo en confiarle el trabajo. Es un tío serio y responsable, dentro de todo.

—Me llama la atención el aura que tiene, creo que nunca había visto a nadie así.

—Nadie, querida, nadie. Por eso la gente se queda así como nosotras. Como unas cuantas tontas que no sabe hablar cuando cotorreamos de lo lindo. Pero bueno, pasado el susto y ya con el permiso del sexy guardabosques, ya podemos dedicarnos a beber con tranquilidad.

—Deberíamos tener un poco de cuidado, Marta. Esa advertencia me heló la sangre.

—No seas aburrida, tía. —Respondió Marta. —Es tu cumpleaños y hay que celebrarlo por todo lo alto. No todos los días se cumplen 18.

Ella le acercó una copa repleta y ante las miradas y la presión del resto de sus amigas, Aina tomó la copa y dio un largo sorbo. Al final, se dio cuenta que ella tenía razón. Era su cumpleaños y que tenía que divertirse tanto como fuera

posible.

Lo que pareció al principio como una celebración cualquiera, se tornó muy diferente después. Las chicas bebieron más de la cuenta y al cabo de unos minutos ya estaban ebrias. Todas parecían estar en el mismo estado salvo Marta. Aina pensó que se debía a que era una persona con más resistencia que los demás así que no valía la pena cavilar al respecto.

Por otro lado, para Aina resultó ser toda una experiencia. Estaba mareada y no podía modular las palabras. Pero el alcohol había producido ese efecto de euforia en la sangre. Ante cualquier comentario sólo reía a carcajadas.

En el máximo de las sensaciones, decidieron jugar a las escondidas. Sin el miedo ni la prudencia del estado de sobriedad, no había nada que temer estando como estaban. Así que la idea les pareció brillante y las cuatro se repartieron en la oscuridad de los árboles.

Aina corrió tanto hasta esconderse detrás de un enorme árbol. Contuvo las carcajadas y miró hacia el cielo para quedarse hipnotizada por el brillo del cielo de esa noche. La verdad era que no podía pedir más. Era una persona feliz. Se sentía realmente feliz.

Marta, por su parte, se ubicó cerca de un árbol y se sentó para comenzar a escribir.

“Ya nos acabamos de separar. Ella debe estar no muy lejos de la casa porque la vi tomando esa dirección. Está todo listo. Te mando una captura de pantalla para que veas que te hice el pago. Recuerda, que todo sea inolvidable”.

Envió el mensaje y esperó unos segundos. Luego sintió vibrar el aparato. Miró la pantalla, de inmediato sonrió al ver la respuesta.

—Recibido. Que el show comience.

Marta se quedó un rato allí borrando todos los mensajes y luego se paró para buscar el resto de sus amigas. Ahora quedaba la parte en la que tendría que actuar Jack.

Aina se quedó en completo silencio tras unos largos minutos. Lo cierto es que perdió la noción del tiempo y, aparte, el mareo tampoco le dejaba concentrarse lo suficiente para saber el lugar en donde se encontraba.

Se levantó del suelo luego de darse cuenta que nadie estaba jugando a las escondidas y que posiblemente la habían dejado allí como una broma pesada.

—HEY CHICAS, CHICAS, ¿EN DÓNDE ESTÁIS? CHICAS, ESTÁ BUENO, EH. YA ENTENDÍ LA BROMA. VENGA. CHICAS.

Los gritos de Aina se quedaron ahogados en el silencio y la oscuridad. Sin

embargo, de repente, que alguien la levantaba con sorprendente fuerza, como si no pesara nada.

—SUÉLTEME, SUELTEME. NO, NO, NOOOOOOOO.

El hombre que la cargaba la introdujo aún más en el bosque para llevársela consigo. Ahora era cuando comenzaba realmente la aventura de Aina.

III

Los grandes pasos de ese hombre terminaron por extinguir los gritos de Aina. Ella pateó y golpeó pero se dio cuenta que todo esfuerzo sería inútil por encontrarse con un cuerpo grande y macizo. Cuando por fin se cansó de luchar, la idea de que nunca vería a sus padres ni a sus amigas, le resultó desolador.

Así que trató de consolarse, de encontrar una respuesta a todo aquello pero por más que lo intentara no podía, trató de fijar la mirada en un lugar que le resultara familiar y que le diera consuelo.

Por más que lo hacía, sólo miró oscuridad. Al final, se decantó por mirar hacia el cielo y se encontró con el brillo de las estrellas. El cielo parecía un manto resplandeciente y cuando sintió que estaba mejor, se desmayó.

Jack sintió que la tensión había desaparecido y se encontró aliviado porque, de seguir llorando y gritando, se vería en la necesidad de drogarla para durmiera unas cuantas horas. Después se dedicaría a hacer el trabajo por el cual había sido contratado.

Recordó las palabras de Marta cuando ella habló con él en las puertas de la cabaña.

—Cumplirá 18, así que no te preocupes.

—¿Tienes todo listo?

—Sí, francamente pensé que sería una tía aburrida siempre pero creo que con este agarra escarmiento y se despertará por primera vez.

—¿No crees que sea un poco extremo?

—¿Estás aquí para cuestionar mis métodos o para aceptar el trato? Son 500 pavos fáciles para ti. ¿Qué dices?

Jack se quedó pensando sobre la oferta. Aunque no tenía una urgencia monetaria, pensó que no le caería nada esa cantidad y menos por ser el Dominante que era. Lo pensó un poco más hasta que por fin se decidió.

—Vale.

—Bien, insistiré a que vengamos para aquí y allí entrarás tú con ese porte de macho para que ella quede impresionada contigo.

—Deja de bromear. ¿Cómo se llama?

—Aina. De todas maneras diré su nombre y la señalaré para que sepas de quién se trata. No será muy difícil.

—Vale.

Después de follar durante de unos minutos, discutieron los últimos detalles y pactaron el trato en donde Aina sería la víctima de un secuestro con el único fin de convertirla en mujer. Se despidieron y así quedó todo.

En el transcurso de los días, Marta enviaba actualizaciones de la situación con el fin de que él se mantuviera informado de lo que estaba pasando. Incluso recibió una foto de ella y se quedó impresionado por la belleza de ella. Ese rostro angelical y dulce. Tenía una expresión tan liviana y tan diferente a la que tenía Marta.

Después de unos metros, logró divisar la puerta de la cabaña. Miró para los lados y se aseguró de que nadie estuviera allí. Abrió la puerta y la introdujo con cuidado.

A pesar de ser pequeña, era bastante cómoda. Había dos habitaciones, una pequeña sala unida a la cocina, una chimenea y un baño. Todo estaba organizado para la comodidad de quien estuviera allí. La estructura fuerte, también sirvió para ser un lugar en donde se reservaba el calor sobre todo en ese momento en donde estaba cambiando hacia un clima más frío.

Jack la dejó en una segunda habitación la cual ya estaba preparada para recibirla. La cama era pequeña pero lucía cómoda. La dejó allí, no sin antes atarle las muñecas y los tobillos. No le puso mordaza sobre todo porque quería saber en qué momento se despertaría, aunque sospechaba que sería pronto.

Paseó por la habitación y observó que todo estaba en orden: no había objetos cortantes, las ventanas estaba cerradas herméticamente y, cuando cerró la puerta tras sí, pasó la llave. Todo lo tenía calculado.

Después, fue hacia la cocina a prepararse algo de tomar. También aprovecharía hacerse algo de cena porque había pasado el día sin probar bocado. El trabajo era increíblemente absorbente, por más tranquilo que se viera.

Hizo un sándwich de roast beef y se sirvió un vaso con un poco de whiskey. Tomó el plato y el vaso y caminó hacia la sala. Miró por unos segundos el exterior y se percató que la noche estaba espléndida.

Sonrió y se sentó en silencio para comer y beber. Estaba tranquilo, como si nada lo perturbara... Y eso era lo que más le gustaba.

Lo cierto es que nadie sabía mucho de él y estaba consciente que su presencia causaba ciertas incomodidades porque su figura, intimidante y silenciosa, provocaba la preocupación de la gente. No obstante, prefería eso porque era amante de la tranquilidad. Por eso, entre otras razones, vivía en el

bosque.

Su madre murió cuando era pequeño, así que su padre y él se fueron de su pueblo natal para encontrar mejores oportunidades. Dieron a parar a esa pequeña ciudad porque escucharon el rumor de que abrirían un parque pronto y que de seguro necesitarían personal. Aunque el padre de Jack no tenía experiencia, estaba dispuesto a intentarlo.

Gracias a su aspecto confiable y apacible, su padre quedó asignado como guardabosques, y él sería una especie de ayudante. Jack asistió a la escuela y secundaria, pasando sin pena ni gloria. Sería el chico más silencioso y misterioso del lugar.

Aun así, era popular entre las chicas. Ellas deseaban estar con él y de vez en cuando se permitía la compañía de ellas sólo cuando sus hormonas se lo pedían. Fue allí cuando corrió el rumor de que estaba muy bien dotado y que, además, también tenía ciertas preferencias fuera de lo común.

De resto, evitaba estar en contacto con la gente. No por miedo, sino por mera decisión. A veces pensaba que la gente actuaba por pura hipocresía y no quería saber de ello. Prefería estar en la soledad del bosque, respirando aire puro y disfrutando de la naturaleza.

Un día, se encontraba cortando leña cuando una chica alta y rubia le pidió ayuda para llegar al pueblo. Ella le indicó que tenía un mapa pero que no le sirvió de ayuda. Jack, en el momento en que la vio, se quedó impresionado, como si hubiera sido golpeado por un rayo.

Ella era hermosa y, además, lo trataba como si fuera como cualquier persona. No tenía miedo de él, sino todo lo contrario. A pesar que no era muy diestro con las relaciones sociales, él se mostró servicial con ella y hasta incluso la invitó a salir.

Quedaron en verse en un bar del centro de la ciudad. Mientras caminaba por las calles, casi podía escuchar los cuchicheos molestos de la gente a sus espaldas. A ese punto, él era retratado casi como un ogro. Hizo un enorme esfuerzo por continuar y cuando tuvo la tentación de echarse para atrás, la encontró entre la gente. La misma sonrisa amable, la misma belleza aplastante.

Se sentaron juntos y en seguida comenzaron a hablar. La gente los miraba impresionados. Era como ver la Bella y la Bestia.

La noche transcurrió animada hasta que ella lo miró en silencio y se atrevió a darle un beso. Ese primer contacto le hizo sentir una especie de electricidad en el cuerpo. Sí, antes ya había estado con mujeres pero ella tenía algo especial.

Lo cierto es que se fueron de allí cuando se dieron cuenta que tenían la necesidad de expresar el deseo de conjugar sus cuerpos. Fueron al hotel en donde ella se estaba quedando, y Jack en seguida la sostuvo con fuerza para sí. En ese momento, sabía que no podía dejar salir su ser Dominante con una extraña y menos ella que tanto le gustaba.

La acercó hacia sí y comenzó a besarla con dulzura y luego con fuerza, poco a poco, sin embargo, salió a relucir ese rasgo de él por lo que le quitó la ropa en un dos por tres. La dejó sobre la cama para verla desnuda. Blanca, suave y con los pechos grandes, los pezones rosados, las piernas largas. Era una ninfa, una diosa.

Él también se quitó la ropa y escuchó un suspiro de ella al ver su pene. Efectivamente era grande y largo, así que él sólo sonrió con cierta timidez. No aguantó más y fue hacia ella. Le hizo abrir las piernas y poco a poco introdujo su verga dentro de ella. En seguida sintió los dedos de esa mujer hermosa clavándose sobre la piel para dejarle marcas.

Jadearon, sudaron y se quisieron durante toda la noche. Jack le tomó por el cabello, probó sus carnes rosadas, lamió y probó el sabor dulce de su humedad. Le hizo gritar y gemir, le tomó por el cuello y lo tomó con fuerza. La miró suplicar por más.

Después de explotar varias veces, los dos se quedaron sobre la cama como si fueran los amantes perfectos. Ella descansaba a su lado y él le acariciaba el cabello. Estaba tan feliz que no podía creer lo que estaba sucediendo.

Pasaron los días y ambos paseaban tomados de la mano y mirándose como un par de cómplices. Jack se sentía mejor que nunca, era estar en un sueño... Sin embargo, sabía que todo aquello se debía terminar en cualquier momento.

Ella le dijo que tenía que regresar a su casa porque dentro de poco se casaría. Esas vacaciones que se tomó, lo hizo para pasar tiempo a solas pero que no se esperó que las cosas se volvieran así. Jack, aunque sabía que algo así sucedería, sintió una especie de patada en el estómago, por lo que se quedó en silencio mientras la vio partir.

Era la primera vez en su vida en donde sintió que todo saldría bien pero resultó ser lo opuesto. Ese desengaño, aunque común, le hizo encerrarse en sí mismo y en renegar de las relaciones. Ya no tenía interés en ello.

Su padre lo miraba preocupado al darse cuenta que cada vez más tomaba más tareas en el trabajo. Jack estaba recargándose para no tener que lidiar con su corazón roto. No obstante, los años volvieron el cuerpo del padre de Jack

más débil. Hasta que un día se desmayó y a llevarlo al hospital, le dijeron que había sufrido un derrame.

Los días se volvieron iguales en el hospital. Estaba junto a él día y noche. Sin decir palabra. En completo silencio. Finalmente, un día amaneció muerto y fue allí cuando se sintió más solo que nunca. Su único amigo, su única familia lo había dejado.

Por suerte, el parque organizó el sepelio y allí Jack pudo ver a los amigos y conocidos de su padre. Hubo gente que de verdad se mostró afectada y eso a él le dio cierto alivio porque quería decir que fue una persona querida.

Desde ese día, él quedó asignado como guardabosques principal y como cuidador general del parque. Aunque no era muy sociable, en efecto era muy profesional y dedicado a su trabajo. Sus empleadores estaban tranquilos con él.

Sin embargo, después de años de servicio, Jack sabía que lo que acaba de hacer podía ser la estocada final para su carrera. Aunque este hecho pudiera ser angustiante para cualquiera, no lo era para él. La verdad, es que ya todo le daba igual. Quizás el aceptar los 500 pavos fue más un acto de rebeldía que por otra cosa, era el deseo de querer hacer algo diferente, sin pensarlo mucho, sin analizar las consecuencias. Había pasado gran parte de su vida contenido y esto sirvió como una válvula de escape.

Dejó de comer y se bebió lo último del whiskey. El frío comenzó a arreciar y echó unos cuantos leños para encender la chimenea. Ese ritual lo conocía tan bien que no fue necesario más de unos minutos para encender el fuego.

Poco a poco, la cabaña se volvió tibia y agradable. Cuando se encontró conforme, caminó hacia la otra habitación y abrió la puerta con cuidado. Aina todavía estaba dormida. Quiso cerrar la puerta pero se quedó embelesado viéndola. Era tan bella y delicada.

Dentro de sí comenzó a manifestarse el deseo de cuidarla, de protegerla y también de romperle la ropa y hacerla suya infinidad de veces. Cuando pensó que no podría más, cerró la puerta y se alejó. Se quedaría entonces cerca del fuego, a la espera de que su víctima despertara... Y aquello sería pronto.

IV

Aina despertó lentamente. Cuando lo hizo, descubrió que sus muñecas le dolían y se dio cuenta que estaba atada. El pánico no le hizo reaccionar de inmediato. Así que siguió mirando. Sus tobillos también estaban atados.

Comenzó a mirar con detalle el lugar en donde se encontraba. Parecía una especie de cabaña. Cerca de la cama, estaba una ventana. Aunque dejaba entrar los rayos del sol y la claridad del día, se le hizo evidente que estaba cerrada con cuidado. Era imposible salir por allí.

Desconsolada, comenzó a llorar. Los jadeos y sollozos fueron suficientes para que ella dejara salir toda la angustia que quedó pendiente del día de ayer. Pensó en sus padres, en lo preocupados que estarían ellos, en la vida que se le quedó suspendida por estar allí.

Cuando pensó que no podría más, observó que se abrió la puerta y que el borde de lo que parecía una bandeja estaba asomándose. De inmediato se arrulló sobre una de las esquinas de la pequeña cama y trató de taparse.

Jack dejó la bandeja con el desayuno sobre una mesa. Se quedó de pie, esperando a que ella lo mirara. Sin embargo, el cuerpo tembloroso de Aina estaba encerrado en sí mismo, que sospechó que pasaría tiempo para que ella se aventurara al verlo.

Así pues que tomó una silla que tenía cerca, la colocó junto al borde la cama y se sentó en completa calma. Cruzó las piernas y apoyó la espalda. Se quedó allí, de nuevo, con esa expresión neutra.

Aina pensó que estaba a salvo cuando no escuchó nada más. Supuso que su captor la había dejado sola y que, por lo tanto, no había moros en la costa. Poco a poco se desenrolló pero se encontró de frente con ese rostro severo, duro e implacable.

Se le hizo familiar, muy familiar. Y así, en cuestión de segundos, comprendió que era el mismo hombre que había visto en la fogata la noche anterior. Las llamaradas rojas, el resplandor del fuego, sirvieron para enmarcar la mirada de ese hombre que parecía tan intensa como en ese momento.

—Deberías comer algo. Han pasado ya varias horas. Te puede hacer mal.

Le dijo casi sin pestañear. Su voz, grave y fuerte, le hizo casi estremecer. Le hizo duda por un momento que estaba en una situación que no cabía en su

comprensión.

—Venga, que se enfría.

Tomó la bandeja y se la acercó lentamente. Sobre ella, había un plato blanco con huevos revueltos y un par de rodajas de pan tostado. Junto a aquello, una pequeña taza de café con leche y un vaso de jugo de naranja.

Extrañamente, para Aina, todo se veía bastante bien y apetecible. De hecho, lo último que había pensado era en comer y cuando vio todo aquello, sintió que las tripas le sonaban violentamente.

Sin embargo, no quería apresurarse, quizás era una trampa, quizás era una forma de hacerle daño. Fue entonces cuando miró el plato y luego a él, entreabrió la boca con la intención de hacerle una pregunta. Hizo todo el esfuerzo para ello, pero era como si su mente y sus cuerdas vocales hubieran perdido la conexión.

Jack la miró con cierto aire de fastidio porque no quería insistir más sobre la comida. Tomó un respiro y la miró un poco más.

—A ver, ya tendrás oportunidad de preguntar, ¿vale? Por lo pronto, come. Quizás así tienes las energías necesarias para interrogarme después.

Ella lo escuchó como si estuviera hipnotizada. Asintió ligeramente y fue allí cuando Jack se acercó a ella con cuidado. A pesar de la proximidad, Aina no se asustó, más bien como si estuviera por un momento así.

Internamente estaba comenzando a enfrentarse a una situación particular. Aquel hombre la había raptado pero también él tenía algo que le movía el piso, que la descolocaba.

Cuando estuvo cerca de él pudo ver mejor sus rasgos. El mentón cuadrado, la nariz y los grandes ojos negros. Las pestañas largas y espesas, el cabello que parecía un manto oscuro salvo por el ligero resplandor de unas cuantas canas. El brillo de su piel, el olor de la piel. Era viril, masculino.

Además, también sintió la firmeza de sus manos sobre ella. Los dedos gruesos y largos de sus manos, desataban ágilmente las cuerdas de las muñecas. Estaba tranquilo, como si se tratara de cualquier otra cosa, como si fuera de lo más natural.

Hizo lo mismo con los tobillos y, cuando terminó, le dirigió una mirada repentina y severa. Se estudiaron con calma, como si estuvieran en un duelo. Ella trató de mantenerse firme pero una especie de debilidad tomaba el control de su cuerpo y mente. Él tenía algo, algo que no podía explicar.

Jack hizo una pequeña sonrisa y luego habló:

—Has de prometerme que te portarás bien y que no intentarás nada...

Escapar no será una buena idea, sobre todo porque este bosque es engañoso. Así que, comerás todo y serás una buena niña, ¿cierto?

Aina se quedó mirándolo sintiendo confusión porque tenía una mezcla de rabia y también de algo que no podía definir inmediatamente.

—Vale. —Sólo alcanzó a decir.

—Perfecto. Te dejaré sola para que puedas comer con tranquilidad. Sé que puede ser algo molesto que te estén vigilando. Vendré en un rato.

Aina lo miró levantarse con suavidad, dejar la silla a un lado de la mesa y darse la vuelta. Antes de cerrar la puerta, le dirigió una última mirada y una sonrisa fría.

Ella por fin estaba libre, bueno, de alguna manera. Después de unos segundos, tras asegurarse que no entraría de nuevo, tomó la bandeja con ambas manos. Comenzó a comer de inmediato y fue casi sentir que se le regresaba el alma al cuerpo.

Mientras bebía el café con prisa, pensó que quizás tendría consigo su móvil. Estaba aferrada a esa fantasía que pensó que se le presentaba una luz al final del túnel. Terminó de comer y beber cuando se dispuso a buscar entre sus ropas. Nada, no había nada.

Pensó que todo se había derrumbado pero no podía dejarse vencer tan fácilmente. Tenía que pensar en otras alternativas. Pensó que gritar, pensó en lanzarle la bandeja y distraerlo para ir hacia la puerta, pensó en dejarse morir. Se le presentó una serie de alternativas y todas tenían sentido para ella.

Quiso ponerse a llorar cuando sintió que la perilla de la puerta comenzó a girar lentamente. Era él que buscaba de nuevo los restos del desayuno.

—¿Qué tal estuvo?

Aina no pudo responder porque tenía el deseo de dejarse vencer por el llanto. Tragó fuerte y apenas pudo modular las palabras:

—No me haga daño, por favor.

Jack presintió que llegaría el momento así que volvió a tomar la silla y se acercó a ella. Adoptó de nuevo esa postura seria, tranquila. Cruzó las piernas y la miró a los ojos. Tomó un poco de aire antes de empezar a hablar.

—No, no te haré nada malo. No me interesa y no lo quiero. Sin embargo, no podrás salir de aquí bajo ningún concepto, a menos que yo lo diga. ¿Estamos?

—Pero... ¿Por qué?

—Quizás en un futuro sepas la razón, no lo sé. Por lo pronto, no vale la pena esa información. Digamos que es irrelevante... Sin embargo...

Se acercó a ella con rapidez. Tanto, que su rostro quedó junto al de ella, muy junto. Aina comenzó a sentirse acalorada y echó para atrás sólo unos segundos después. Jack presintió que iba por buen camino, así que continuó.

—... No tienes por qué preocuparte. De verdad. Yo te protegeré. ¿Vale?

Aina no entendía lo que estaba pasando. Jack no le produjo una mala sensación, sino todo lo contrario. En otra ocasión, se hubiera asustado y hubiera hecho lo posible por preservar su vida.

Pero ahí estaba él, con esa expresión tranquila, suave, calma. Los ojos negros, profundos y misteriosos, le hicieron sentir que tenía que dar un paso al frente y conocerlo un poco más. Era un riesgo que valdría la pena intentar.

—Vale.

—Bien, entonces me llevaré esto. Si sigues así de niña tranquila, puede que te haga salir. Pero ya sabes, no te pases de lista. No funcionará.

Terminó la frase como una sentencia y se fue para volverla a dejar sola. Aina estaba confundida pero, por otro lado, dispuesta a seguir su instinto. Quizás sí se trataba de la mayor aventura de su vida.

Se acostó en la cama y pudo estirarse lo suficiente como para estar cómoda. El techo, las paredes y el suelo eran de madera. Todo se veía lustrado y en buenas condiciones. No era un lugar abandonado sino más bien que había sido habitado por mucho tiempo.

Se levantó de repente con la intención de ver qué había en el exterior. A pesar del frío, se percató que el día estaba espléndido. El sol brillaba y el cielo estaba despejado. Había olvidado que estaba cambiando el clima y que en cualquier momento sería otoño. Se abrazó y se quedó un rato así. No sabía bien qué hacer.

Con el paso de los días, Aina comprendió que lo mejor que podía hacer por sí misma, era tratar de dejarse llevar por la corriente. Aunque le resultara trabajoso.

Después de la primera charla que tuvieron, sólo intercambiaban un par de saludos. Jack sabía que tenía que avanzar en el propósito pero sabía que sólo tenía que ser paciente. Tenía que hacerla sentir que no habría problema con él para que se sintiera cómoda.

Por supuesto, no era sencillo, sobre todo porque estaban en una situación bastante extraordinaria. Así que para darle un poco de cotidianeidad, se acercó a la puerta de la habitación de ella.

—Oye, ¿quieres salir un rato?

La expresión de sorpresa de Aina casi le hizo exclamar una carcajada.

—Te conté que no te haría nada malo, eh. Creo que te servirá para que te distraigas un rato. ¿Qué dices?

Aina no estaba muy segura de la propuesta pero pensó que al menos quiso creer que no sería tan mala idea. Necesitaba salir de ese cuadro que la estaba a punto de volverla loca.

—Vale.

—En el clóset detrás de la cama, hay unos suéteres. Hace un poco de frío.

Asintió. Buscó sus zapatos y abrió el clóset como él le indicó. Tomó lo primero que vio, un suéter de punto gris y fue tras él. En cuanto abrió la puerta, los rayos de sol le dieron en los ojos. Tuvo que llevarse las manos para taparse un poco.

Le pareció extraño que sus piernas se sintieran extrañas, que el sonido de la naturaleza le perturbara un poco. Había pasado tiempo encerrada cuanto estaba acostumbrada a salir cuando quisiera.

Cuando estuvo a punto de sentirse mal, Jack giró para verla. Al hacerlo, la luz quedó detrás de su cuerpo haciendo ver como si fuera una figura casi celestial. Era guapísimo, mucho.

—Ven, quiero que veas algo que creo que te gustará.

Le extendió la mano con gesto alegre y ella la tomó. De inmediato sintió el apretón y experimentó la fuerza de sus dedos sobre su pequeña mano. Le jaló suavemente y comenzó a caminar por el césped.

Ciertamente era un paisaje imponente y hermoso. En cada paso, tenía una mejor visión de las montañas y del río que estaba a pocos kilómetros de la pequeña ciudad. Como el día estaba tan brillante, la superficie del agua se veía como si estuviera miles de cristales.

De repente, Jack la interrumpió de sus pensamientos.

—Mira esto... Pero ten cuidado, el suelo es un poco flojo aquí.

Descendieron unos cuantos metros y quedaron un poco más cerca del agua. Las aves revoloteando, el viento que hacía sonar las hojas de los árboles, la brisa fría. Era como si alguien le acariciara el rostro.

—Puedes sentarte aquí.

Cuando lo hizo, fue como si le regresa al cuerpo una sensación de paz. Algo que realmente extrañaba.

—Este lugar es hermoso.

—Sí que lo es. Vengo aquí cada vez que necesito pensar o quiero relajarme un poco.

—¿Por qué no lo haces en la ciudad?

Jack suspiró.

—No me gusta mucho el bullicio. Me aturde. —Miró hacia el frente como para perderse en el horizonte.

Aina tuvo la sensación de que era un hombre nostálgico porque notó cierta tristeza en él.

—¿Por eso no vives en la ciudad?

—Sí. De verdad que no es lo mío. Ya lo hice una vez y la verdad es no pude. Soy un tío de la naturaleza, supongo.

Ella asintió sin ánimos de incomodarlo más con sus preguntas. Se acomodó mejor en el trozo de tronco y permanecieron juntos por un rato.

Jack se sintió un poco más tranquilo. Se sorprendió al encontrarse incómodo de hablar sobre ese tema. Por otro lado, miró de reojo a Aina y la miró tranquila, contemplando todo ese gran escenario.

Así pues, que se acercó un poco más hacia ella para saber si su cercanía le incomodaba. Se arrimó unos cuantos centímetros y ella se quedó tranquila. No la percibió con miedo. Si las cosas seguían así, probablemente en la noche haría la próxima jugada.

—Mejor entramos, el frío está apretando un poco y no nos queremos enfermar, ¿cierto?

—Vale... Y gracias. Me hacía falta un poco de sol.

Él tomó con sinceridad el comentario y fueron juntos hacia la cabaña. Después de entrar, observó lo que haría Aina después. La miró tomar el rumbo hacia la habitación. Cuando sintió el impulso de ir y cerrar la puerta, pensó que sería mejor dejarla abierta.

Aina esperó el encierro pero no pasó así. La puerta estaba abierta de par en par. Se quedó entonces sentada en la cama. Miró pasar a Jack y dirigirse a otro lugar. Por un momento, le sedujo la idea de levantarse rápido, abrir la puerta y correr con todas sus fuerzas.

Pensó en gritar y pedir auxilio, en dejar atrás ese mundo extraño que cada vez le hacía sentir que debía quedarse allí. Aunque la primera noche para ella fue la peor, era como si empezara a escucharse a sí misma.

—Puedes irte. Puedes irte y regresar a casa.

—¿De verdad quieres eso? ¿De verdad quieres regresar?

—Sí, es lo que quieres, ¿verdad? Ver a tus padres, tener la vida de antes.

—Exacto. Regresar a la vida de antes.

Se quedó pensando en ese monólogo de preguntas y respuestas. Sí, ciertamente su vida era buena. Tenía amigos, su familia, su hogar. Iría a la

universidad y estudiaría la carrera de sus sueños. De eso se trataba, ¿no?

El gusanillo de la curiosidad terminó por despertarse en Aina. Todo el tiempo que pasó en la habitación soñando con el príncipe azul, con saber lo que se sentían las mariposas en el estómago, la urgencia de saber lo que la euforia provocada por la aventura.

A pesar que su mente, su parte más racional, ordenó a sus pies que se movieran, estos permanecieron plantados en el suelo como un par de plomos. Lo mismo pasó con sus manos y con el resto del cuerpo. Estaba allí, anclada, incapaz de moverse... Simplemente no quería.

La cabeza la mantuvo fija en el umbral de la puerta hasta que se acomodó mejor en la cama. Decidió que no iría a ninguna parte. A pesar de la locura que representaba todo eso, en la angustia que le produciría a sus padres y el dolor de la separación, Aina se quedó allí. Ya después pensaría las consecuencias.

A pocos metros de allí, estaba Jack en la expectativa. Supuso que ella haría lo posible para escapar pero no fue así. Esperó unos minutos más y no pasó nada. Miró hacia el frente, era momento de preparar el segundo acto.

V

—¿Cómo va todo?

—Un poco lento, pero creo que seguro.

—¿Lento? Eso es extraño viniendo de ti. De verdad.

—Hay cosas que necesitan su tiempo. No todas las personas como tú.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero.

—A ver, Jack, hago esto para que ella se termine de espabilar y deje de pensar en pajaritos preñados. Además, no soy la única que está manchada por esto. Tú aceptaste 500 pavos por adelantado para que hagas el trabajito de hacerla mujer. Así que tanto tú como yo, estamos metido en el barro. Por cierto, y antes de que me lo preguntes, he hecho lo posible para despistar la policía, pero si sigues así, creo que las cosas cambiarán.

Jack dejó de responder porque ya se había puesto de malhumor. Martha tenía razón, con un solo aviso, podían llegarse a su casa y acabar con todo. Pero esa también fue su decisión, por más descabellada que fuera.

Conoció a Martha en una de esas pocas noches en las que bajaba a la ciudad para beberse unas cuantas cervezas. Entró a un bar cualquiera y se sentó en la barra. Ordenó una jarra para él solo y, cuando se dispuso a beber, la mirada seductora de una chica le interrumpió el acto.

El cabello espeso y rebelde le llamó la atención y también esa postura sensual a pesar de ser una chiquilla. Sabía que era joven porque lucía más pretenciosa que las demás.

—¿No quieres beber eso con un poco de compañía, guapo?

—¿No estás muy chica para estar en un lugar como este?

—Soy lo suficiente mayor para hacer muchas cosas. Te sorprenderías.

Lo cierto es que ese comentario le pareció gracioso y Jack no le quedó de otra que invitarla a sentarse junto a él. Después de un breve apretón de manos, comenzaron a beber y a reírse.

Había pasado tiempo desde el último encuentro sexual que había tenido con una mujer y, aunque sus intenciones era pasar un rato agradable en soledad, no le molestó mucho la idea de llevarse consigo a esa chica que parecía tan ansiosa de algo más que unos tragos.

Terminaron de tomar y salieron de la ciudad en dirección hacia el bosque. Tomaron por una ruta corta y más fácil de llegar hacia la cabaña. Al estar allí,

él aprovechó el ánimo alegre que le dio el alcohol para ir hacia ella y besarla.

Martha estaba ansiosa por hacerlo incluso desde hacía días atrás. Había ido al parque sólo para verlo. Tan alto, tan fuerte y delicioso. Siempre con esa cara inexpresiva, imposible de saber lo que estaba pensando. Esa clase de misterio era lo que tanto le gustaba a ella.

Pensó en abordarlo pero era un hombre difícil, incluso para conversar con él. Por eso, el verlo allí fue una gran oportunidad que no dejaría pasar.

Después de besarse como un par de adolescentes en la puerta de la cabaña, Jack la llevó adentro y no tardó demasiado en quitarle la ropa y penetrarla. Adoró el calor de su cuerpo y de su coño que ya estaba dispuesto a recibirlo.

Los gritos de placer de Martha retumbaron por toda la cabaña. La gran verga de Jack la hizo estremecerse en cada embestida. Por otro lado, eso era para él lo mejor que le podía pasar. Le gustaba la sensación de poder y de lujuria que despertaba en ella.

Después de unos cuantos polvos después, Martha se vistió para irse a su casa porque todavía era una chica de bien. Jack esperaba no verla más sin embargo no pasó así. Sus encuentros se volvieron más frecuentes hasta que ella adoptó a otro amante. Dejaron de verse por un tiempo y él incluso se olvidó de ella.

Un día recibió un mensaje de ella con una propuesta que le pareció absurda aunque atractiva por el dinero. Así fue que concretaron el acuerdo del secuestro.

Dejó el móvil lejos de él porque estaba naciendo el desprecio por ella. Era una chica caprichosa que le gustaba mover las cuerdas para alimentar las ansias de jugar con los demás. No le preocupaba tanto el meterse en problemas, de alguna manera estaba acostumbrado a eso. Lo que realmente le molestaba era esa manipulación, la intriga.

Justo cuando estuvo indignado, se dibujó la sombra del cuerpo de Aina que salía de la habitación. Jack se sobresaltó y la miró sorprendido.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, es que me pareció que todo estaba demasiado en silencio y pensé que te habías ido.

—Oh, no, no. Lo siento. Déjame encender las luces. A veces olvido que este lugar se puede ver tenebroso más de la cuenta.

—¿No te sientes demasiado solo aquí?

—¿Quieres que te sea sincero?

—Por favor.

—Bueno, primero ven y acompáñame a la cocina. Yo tengo hambre y supongo que tú también. —Le sonrió y ella sintió a punto de desmayarse. Parecía un rayo de sol.

Él fue directo a la estufa y ella se sentó en la mesa redonda de madera que estaba en la cocina. Giró la cabeza y miró las ramas de los árboles iluminadas por la luna y las estrellas. De nuevo, el cielo se veía despejado y agradable.

—Es una noche hermosa.

—Sin duda. Siempre es así para esta época... A ver, con respecto a lo que me preguntaste. —Dijo al sacar un par de patatas—, Me gusta estar solo, siempre ha sido así desde que soy chico. De hecho, mi padre pensaba que tenía algún problema pero no. Era como los demás pero quizás con el alma triste.

Aina no supo cómo responder ante semejante respuesta y más, cuando estaba acostumbrada a charlas banales de chicas. Era la primera vez que alguien le decía algo tan fuerte, tan íntimo.

—Pero bien, porque nunca me ha incomodado estar así. La gente siempre piensa que las personas que prefieren la soledad, es porque están mal pero creo que no es así. Tiene que ver más con gustos y con forma de ver la vida. El estar aquí puedo entender cómo funcionan las cosas y eso no lo aprecia alguien que pasa su vida en un afán.

—Pero en algún punto debes sentir la necesidad de estar con alguien. Al final, somos seres sociables, ¿no?

Jack sonrió ante la respuesta. Era lógico por tratarse de una chica joven tuviera una perspectiva más optimista de la vida. Él, por otro lado, no pensaba así, sufrió varias pérdidas que lo dejaron con pocas ganas de mentirse de que la vida era un paseo rosa.

—Claro, por eso a veces bajo a la ciudad y paseo por allí. Entro a algún bar y charlo con algún desconocido. Sobre todo para recordarme a mí mismo que todavía no he perdido mis habilidades sociales.

En ese momento, el chisporroteo de las patatas, las cebollas y los pimientos rojos en el sartén, interrumpió su monólogo por unos momentos. El olor de la comida la dejó pensativa por lo que aprovechó para preguntarle algo un poco más íntimo.

—Sí, entiendo, pero, ¿y si quieres otro tipo de compañía?

Jack dejó la comida por un momento y la miró intrigado. De inmediato, Aina se sonrojó aunque hizo el esfuerzo por no hacerlo.

—Pues, no quise ofenderte con esto, de verdad... Yo...

—No me ofendiste. Ten...

Sirvió unos vegetales sofritos sobre un par de rebanadas de pan de centeno con jamón y queso. Gracias al calor de los vegetales, el queso comenzó a derretirse y sintió que la boca se le hacía agua.

—Anda, come. Desde aquí oigo tu estómago.

Ella sonrió como una niña y se aventuró hacia el menú. Por si fuera poco, una Coca—Cola brillante y helada se le apreció frente a sus ojos.

Lo cierto es que ese ritual era para darle un poco de tiempo a Jack para responder. El tema sentimental siempre le produjo ansiedad así que se armó de valor para hablar al respecto.

—Ese ya es otro tema y uno un poco complejo. —Quiso detenerse pero hubo algo dentro de sí que lo impulsó a seguir, que le dijo que estaba bien hacerlo— Digamos que he pasado por momentos un poco complicados que me han hecho encerrarme en mí mismo.

Luego alzó la mirada y se dio cuenta de que ella tenía un poco sucia la boca. Extendió la mano para limpiarla un poco. De inmediato se sintió una tensión muy fuerte entre los dos. Aina sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Jack pensó que estaba muy cerca de caer en la tentación.

—... Y creo que es algo que aún no comprendes y espero que no te pase... Aunque creo que es imposible. Todos pasamos por eso.

Aina tomó la botella para beber un poco del líquido. Los ojos de Jack tenían esa tristeza que efectivamente ella había sospechado.

Lo miró levantarse para servirse la comida y sintió que tenía que hacer algo muy importante y que no podía retrasarlo.

—Espera... Espera un poco más. —Se dijo para sus adentros.

Jack regresó a la mesa y los dos terminaron de comer en una especie de silencio tenso y extraño.

—Bien, creo que me toca a mí recoger.

—Venga, no es necesario.

—Déjame hacerlo. Está la regla importante que dice que la persona que cocina, no lava los platos.

—Vale, está bien.

Aina comenzó a recoger los platos. Su rostro quedó de frente a la ventana. Por unos minutos, se concentró en el exterior pero después observó su reflejo y el de Jack. Él estaba mirándola, embelesado, hipnotizado.

Ella miró la vajilla frente a sí. Hizo un poco de espuma para disimular que

realmente estaba concentrada en la tarea. Sin embargo, ese impulso, esa urgencia que tuvo que reprimir, volvió a sentirla para recordarle que tenía que seguir.

Cerró la llave del agua y escuchó el roce de las patas de la silla contra el suelo de madera. Jack estaba levantándose al mismo tiempo que ella se giraba. Al final, los dos quedaron frente a frente. Mirándose. Retándose.

El miedo que sentía Aina era demasiado para soportarlo. O huía o lo canalizaba de otra manera. Así que decidió por lo segundo y caminó hacia él. Jack la miró acercarse como en cámara lenta. No por ello se detuvo, la recibió entre sus brazos y se miraron fijamente hasta que se besaron después.

Los labios de Aina y de Jack se entrelazaron, al principio, con cierta timidez que luego fue desencadenando en una pasión cada vez más evidente. Las manos de él la sostenían con fuerza en aquella cintura y los brazos de ella hacían el esfuerzo por sostenerse a los hombros de él.

Aina tenía los ojos cerrados y fue como ver la realización de una de las fantasías más geniales que había tenido desde hacía tiempo. No pensó que sería de esa manera pero tampoco quería detenerse demasiado en ese asunto.

A pesar de los nervios y la inexperiencia, trató de relajarse lo más que pudo para no permitir que esas emociones tomaran control de ella. Así pues, como si su propia naturaleza tuviera su lenguaje, se dejó ser por completo.

El calor de su cuerpo se volvió más intenso y llegó a experimentarlo con más fulgor en su vientre. Este le palpitaba salvajemente. Era la llamada de su animalidad para él la tomara como quería ser poseída.

Jack parecía todo un semental, a pesar de que también quería devorarla y hacerla suya lo más posible, sabía que ella era virgen y que no podía precipitarse demasiado. Lo notó aún más por el dejo de nerviosismo que tenía en sus gestos.

Entonces, para hacerla sentir tranquila, llevó su boca hacia su oído para hablar con ella suavemente:

—No te preocupes. Relájate.

Ella pareció respirar con más calma. Él decidió seguir:

—Si no quieres... Si no te sientes cómoda, dilo. Me pararé en seguida.

Apenas terminó de decir esas palabras y ella se apartó un momento para verle mejor el rostro.

—Claro que quiero.

Los ojos verdes se veían más encendidos que nunca. Transmitían una intensidad que hizo sentir a Jack más seguro de la decisión de continuar.

Volvió a tomarla de la cintura y a apretarla contra sí. De inmediato experimentó el calor de su cuerpo y de su aliento que se juntaba con el de él. Se mezclaban las pieles y los deseos se volvieron más presentes, más tangibles.

Siguiendo el curso natural de las emociones que estaban aflorando en ese momento, Aina se dejó llevar por las caricias de Jack. En cada una de ellas, pudo sentir la fuerza y el control que ejercía sobre ella. Recordó de inmediato el video de los azotes. La actitud Dominante del hombre de negro, era eso que tanto quería experimentar.

Así pues, dejaron de besarse por un rato y Jack aprovechó la ocasión para cargar a Aina y llevarla a la habitación entre sus fuertes y musculosos brazos.

A paso lento, se dirigió hacia la puerta de madera que estaba entreabierta. Empujó suavemente con una de sus manos y Aina pudo ver el interior de ese lugar misterioso. En un punto, supuso que se trataba de una especie de cueva en donde se encerraba, como si fuera un animal salvaje; no obstante, el sitio más bien le hizo sentir lo contrario.

Era un espacio amplio, abierto y bien iluminado. Tenía un par de ventanas que se encontraban en una esquina. La cama, era grande y en lados se encontraba una mesa de noche de madera. De resto, sólo unos pocos muebles más y el baño que estaba cerca de allí.

El corazón de ella comenzó a latir con prisa, con miedo. De nuevo le embargó la ansiedad y quiso saber si las cosas marcharían bien con él. Por un lado, estaba convencida de que así sería, pero por otro, recordó que a pesar de conocer su cuerpo, de conocer lo que le gustaba, al final era virgen.

Jack la dejó suavemente sobre la cama y de inmediato se ubicó sobre ella. Sus manos fueron sobre su cara y sus piernas se entrelazaron con las de ella. Su boca volvió a ubicarse sobre la suya y su lengua buscó la de la chica. Estaba ansioso, desesperado.

Por más esfuerzos que hiciera al respecto, se le hacía difícil controlar la fuerza de aquella bestia que guardaba dentro de sí. A pesar de su exterior tranquilo y calmo, a pesar de la frecuente expresión neutral de su rostro, Jack era un hombre que guardaba dentro de sí el fuego de la pasión.

Menguó un poco los ánimos al darle besos y mimos a Aina, quería asegurarse de que ella estuviera bien. Al mismo tiempo, comenzó a quitarle la ropa poco a poco hasta que descubrió la belleza de su cuerpo desnudo.

La piel blanca, los pezones rozados y erectos, la cintura pequeña, las piernas largas y torneadas, el cabello largo y castaño, espeso y liso que caía a

los lados de su rostro haciéndola ver como una ninfa. Las mejillas las tenía encendidas por el placer o por la pena. No lo sabía muy bien, aun así, estaba más que complacido de encontrarla así.

Él no tenía ni la más mínima idea de que se encontraría con una mujer así. Ella tenía una mezcla de inocencia y lujuria que no podía describir. Como si dentro de ese cuerpo frágil y delicado convivieran a la perfección ambos aspectos tan diferentes.

El pecho de ella estaba agitado así que él lo tomó como el momento ideal para quitarse la ropa también. La tela que cubría su cuerpo le estaba resultando incómoda y quería librarse de ella pronto.

Primero se quitó la franela negra y después se dispuso a desabrocharse el pantalón. Mientras estaba concentrado en lo que hacía, Aina aprovechó para mirarlo. Tenía la espalda y el pecho amplio, los brazos anchos, el abdomen marcado, las piernas igual. La piel morena era casi brillante, ella le llamó la atención lo hermosa que lucía en medio de la luz tenue.

Entre todo lo que vio, Aina finalmente fijó la mirada en su pene. Una verga gruesa, larga e impactante. El glande era de un rosado oscuro y opaco, pero lucía brillante por el líquido preseminal.

Él se dio cuenta de la mirada de sorpresa de ella así que no pudo evitar sonreírle con malicia. Se volvió más ansioso por penetrarla. Tomó su pene con una mano para comenzar a tocárselo un poco, lo suficiente como para animarse aún más con las ganas de hacerla suya.

Apoyó sus piernas sobre la cama otra vez y sintió el miedo de Aina.

—Recuerda, si no quieres esto, sólo tienes que decírmelo.

—Sí... Sí, quiero.

—¿Segura?

—Sí.

La miró unos segundos y se percató que así era. Sintió que no había necesidad de mentir. De todas maneras, se prometió a sí mismo que se aseguraría de que estar atento ante las señales que ella pudiera darle.

Volvió a apoyarse por completo sobre la cama y volvió a besarla, esta vez, con un poco más de lujuria. Quería hacerle entender que la deseaba como nunca. Aina, mientras, cerró los ojos y dejó que sus piernas se abrieran para recibirlo.

Al cabo de unos minutos pudo sentir la presión del glande que estaba adentrándose en ella. Lento, muy lento, Jack estaba en el proceso de hacerla suya. Apoyó entonces sus antebrazos sobre la cama y se preparó aún más.

Dejó que su verga se metiera, dejó que explorara esas carnes que le apretaban y que le ejercían una enorme presión sobre su miembro. Se impresionó aún más con el sentir el calor y la humedad del coño de Aina. Era delicioso. No, mucho más que eso.

De repente sintió algo que se le clavaba en la piel, eran las uñas de ellas que se aferraban a sus brazos. Cuando alzó la vista, miró el rostro de Aina que dibujaba una excitación tal que no podía expresar bien con las palabras. Era algo sumamente poderoso, fuerte, intenso.

De vez en cuando se permitía unos cuantos gemidos pero luego se quedaba callada, sumida en una especie de trance que no podía explicar, sólo sentir.

Tenía la boca entreabierta así que a veces dejaba escapar alguna palabra que era incomprensible. Jack encontró eso sumamente divertido, así que procuró moverse como lo estaba haciendo para que ella siguiera en ese estado.

Empujó más, empujó más adentro y la resistencia de la virginidad de Aina se hizo más presente. La estrechez, a su vez, también le produjo la ansiedad de moverse un poco más fuerte para dejarse abrir paso por completo. Sin embargo, esperó un poco más, se detuvo por unos instantes para que ella encontrara un poco de descanso antes de seguir.

La miró respirar con un poco más de calma, hasta que por fin pudo adentrarse como quería desde un principio. Sólo escuchó un pequeño quejido y luego un gemido muy suave pero que provenía de las entrañas. Fue tan delicioso, tan sublime y exquisito, que volvió a empujar un poco más para escucharla de nuevo.

Finalmente lo había logrado. Sus besos y caricias volvieron a manifestarse para darle a entender que había actuado como una chica valiente. En cada gesto, Jack se aseguraba que la veía y que la consentía. Deseaba de verdad que se sintiera bien y cómoda.

En los momentos en donde fijó la mirada, sintió una especie de extraña electricidad, algo que no pudo comprender de inmediato y que tampoco quería hacerlo. Se acostumbró tanto a sobreanalizar las cosas que había perdido el tiempo en ello y en no disfrutar lo verdaderamente importante.

Así pues que descartó esa extraña sensación y se encargó de volver a lo suyo. Se acomodó mucho mejor y su pelvis comenzó a moverse lentamente hasta que cobró un poco más de confianza. Mientras lo hacía, escuchaba los gemidos suaves y sensuales de Aina.

Las carnes de ella, el calor, la increíble humedad, eran cosas que no podía

explicar y que tampoco quería hacerlo. Siguió dentro de ella y era como si los dos compartieran un vínculo mucho más poderoso que el sexo.

Cuando sintió que las cosas estaban bien, que ya ella sentía su pene con delicia y con placer, cuando el dolor quedó atrás, fue allí el momento clave para la situación. Jack se soltó mucho más en cuanto al movimiento y el cuanto al gesto de tomar su cuello con ambas manos. Esa su ser Dominante que estaba emergiendo en ese instante y que ya no encontró sentido seguir reprimiendo.

La estrechez de coño de Aina y la necesidad de someterla tomaron control sobre él. Dejó una de sus manos en el cuello mientras que la otra fue hacia sus muñecas. Las colocó sobre la cabeza y las dejó allí con suma fuerza. Su cuerpo también ejerció una especie de presión sobre el de Aina. Ella era su prisionera.

Siguió moviéndose hasta que se percató que los gemidos de ella se volvieron más intensos y más fuertes. Siguió, continuó haciéndola suya hasta que encontró pertinente un cambio de posición. En ese momento, llevó sus manos hacia la cintura y la apretó con fuerza mientras seguía dentro de ella.

Con un movimiento rápido, la colocó sobre la cama pero dándole la espalda. Sus rodillas y codos quedaron sobre la superficie suave y así, Jack, pudo ver las prominentes nalgas de Aina, esas mismas que parecían un par de hermosos y suaves duraznos maduros.

Antes de volver a follarla, llevó ambas manos hacia esa parte de su piel. Efectivamente, eran suaves y blancos, como un par de nubes. Al cabo de unos segundos, el impulso de darle nalgadas fue más fuerte que él y le dio una suave aunque quiso hacerlo más fuerte.

Esperó un momento y vio cómo la espalda de ella se arqueó mucho más, así que no lo evitó por más tiempo. Sus manos comenzaron a nalguearla al mismo tiempo.

Los impactos fueron variados: suave, lento o rápido y fuerte. Intercambiaba de intensidad y de ritmos, hacía que ella probara de todo, que sintiera de todo para que estuviera segura de lo que realmente le gustaba. Al parecer, tenía preferencias por los impactos más intensos.

Después de un rato, Jack no lo pudo evitar por más tiempo y se concentró de nuevo en penetrar ese coño delicioso. Apartó ambas nalgas ya rojas y brotadas por las marcas de sus manos y se fijó en el coño caliente y húmedo que tenía delante de él.

Aventuró uno de sus dedos y lo metió para masturbarla un poco. En seguida la escuchó quejarse. Después de uno, introdujo otro y luego otro. Era

una niña que sin duda se portaba muy bien, era alguien que estaba entiendo que él era quien mandaba y que las cosas tenían que ser así.

Mientras una de sus manos la masturbaba, Jack sostenía una de sus nalgas en la otra. Apretaba fuerte, como si la vida se le fuera en eso. Al hacerlo, sólo escuchaba los quejidos de ella, los sonidos del placer, las ganas de más aunque no lo expresara por completo, al menos no con palabras.

Al hallarse satisfecho, Jack extrajo los dedos y los chupó lentamente. Era el sabor de la gloria, el sabor de la ambrosía.

Degustado el manjar, se dedicó a acomodarse debidamente detrás de ella. Dejó sus manos sobre las caderas y dejó que su pene se ubicara en la entrada de su coño. A pesar de las ganas que tenía de metérselo con fuerza, pensó que ella quizás no estaba lista para ello... Al menos no por los momentos.

Lo introdujo de nuevo y sintió como si entrara en una especie de vórtice de placer que era el coño de ella. Le producía una de las sensaciones más fuertes e intensas que jamás había experimentado y era algo que no quería perderse jamás.

Había estado con cualquier tipo de mujeres, de todas las edades y formas. No hubo ninguna que le produjera tanta intensidad como ella. Era extraño y era poderoso. Increíblemente poderoso.

Al terminar de pensar en eso, en las cosas que había experimentado, en las compañías efímeras, fue cuando quiso aumentar la intensidad para unirse más y mejor con ella. Aina sintió que él estaba muy cerca de penetrarle la piel pero le gustaba, le gustaba sentir el dominio que ejercía sobre ella.

Por ello permaneció quieta, sumisa, atenta ante los deseos de él. Permaneció así porque quiso darle a entender que estaba dispuesta a entregarle todo, a darle lo que quisiera para complacerlo. Cada vez más estaba convencida de que estaba en lo correcto.

Ella cerró los ojos y sintió que estaba flotando por la habitación, por los cielos. Su cuerpo estaba mezclándose con las estrellas, con el firmamento. Lo único que la hacía sentirse conectada a la realidad, era las grandes manos de él que persistían en tomarla, en tenerla consigo.

Mientras estaba así, más segura estaba que quería más. Aferró sus manos a las sábanas blancas y se concentró en sólo sentir. Cada embestida que le daba Jack, era una afirmación de que ella era de él. Jack la tomó para descubrirla, para explorarla y ella lo quiso incluso desde el momento en que lo vio. No podía esperar para convertirse en su esclava.

La palabra le retumbó dentro de su cabeza pero era aquella la respuesta

que quería de sí misma, era eso que tanto quería.

Él siguió dentro de ella pero quiso probar con algo. Llevó un par de dedos y acarició suavemente el clítoris de ella. Un par de movimientos circulares fueron lo suficiente como para sentir que se retorció más y más. Deseaba llevarla hacia el orgasmo.

Aina comenzó a gritar y Jack tomó el momento para tocarla con más fuerza. Así pues que las carnes de ella se volvieron más calientes que nunca hasta que por fin pasó lo que tenía que pasar. Aina se corrió con el pene de Jack dentro de ella.

Los alaridos fueron largos, profundos, viscerales. Él le dio todo, todo y mucho más. Jack comenzó a sacar su pene porque también quería eyacular pero, esta vez, sobre su espalda. Cuando lo hizo, miró que su verga estaba completamente mojada. Estaba empapada de ella.

Cuando lo miró se excitó aún más. Era como si hubiera recibido una inyección de lujuria. Fue entonces cuando la empujó sobre la cama y colocó su mano sobre su espalda. Con la otra se encargaba de masturbarse violentamente... Hasta que pasó.

Él hizo un alarido hasta que salió un chorro de semen casi a presión. Fue fuerte, intenso, y se desplegó por toda la espalda de ella. El líquido blanco y caliente, en forma de gotas, adornaron la belleza de esa piel blanca. Jack apenas pudo respirar en todo el proceso. Todo había sido demasiado fuerte.

Aina, estaba sobre la cama todavía, con el pecho agitado, con el cansancio en el cuerpo y con el dolor de haber perdido la virginidad en su coño. Estaba sonriendo cuando lo escuchó gemir levemente. Era un sonido sublime, hermoso.

Él cayó suavemente sobre ella. A pesar de que no lo veía, Aina sintió la respiración agitada de su compañero. El corazón acelerado y la intensidad del pecho, le confirmaron que ciertamente se había corrido con fuerza.

Pocos minutos después, Jack se levantó de la cama y fue hacia el baño con lentitud. Todavía estaba un poco atontado cuando encendió la luz del baño. Respiró profundo y se miró a sí mismo por un rato. El espejo reflejaba la imagen de un tío cansado pero también con la expresión de satisfacción, como si se sintiera muy bien consigo mismo.

Sonrió un poco y buscó algunas toallas de papel para limpiarse el torso y algunas gotas de sudor que tenía sobre la frente. Se miró el cuerpo y otras partes de su cara hasta que se asomó para ver a Aina.

Se veía larga y extendida sobre la cama como si fuera una obra de arte. Se

acomodó un poco mejor después de que él fuera a limpiarse, así que se colocó sobre la cama y se quedó dormitando un poco. Después de verla, de admirarla, Jack abrió las llaves de agua para lavarse un poco la cara. Quería espabilarse un poco.

Salió de nuevo para luego ir hacia ella y también limpiarla. La dulce y bella Aina estaba dormida. Era como una niña. Desechó las toallas de papel y después se sentó junto a ella sobre la cama. Le acarició el mentón y pareció verla sonreír. Le pareció hermoso.

Como no tenía sueño, pensó que sería buena idea de prepararse algo de comer y ver un poco la televisión. Así que tomó un par de pantalones de pijama, se los puso, cerró la puerta con cuidado y fue hacia la cocina.

Todo estaba tan tranquilo como siempre. De hecho, el único ruido que pudo escuchar fue el de los grillos y de las ramas de los árboles. Era la brisa de la noche.

Abrió el refrigerador y tomó un poco de jamón y queso. Cortó un pan que tenía allí y comenzó a rellenar. Al terminar, se sentó en el sofá con una botella de cerveza. Como de costumbre, no tenía sueño y esperaba que el bocadillo de la madrugada, lo ayudara a conciliar el sueño.

Dio un primer mordisco y comenzó a masticar hasta que hubo algo que le llamó la atención. Eran una especie de reporte especial del noticiero local:

“Aún se desconoce el paradero de Aina Sánchez a pesar de que las autoridades han hecho todo lo posible por saber la situación de la joven. Sus padres, familiares y amigos invitan al responsable o responsables, que la dejen en libertad para que regrese con los suyos”.

De inmediato presentaron las declaraciones de su madre y padre. Pero lo que más le indignó fue ver a Martha, quien hablaba con lágrimas en los ojos.

“Es mi mejor amiga y de verdad que estoy preocupada por ella. Ojalá aparezca pronto. Estamos preocupados por ti. Te extrañamos”.

Jack no pudo evitar sentirse confundido. Por un lado, la culpa le empezó a calarse por los huesos. El ver a sus padres reteniendo el impulso de llorar frente a las cámaras, le pareció un acto de valor y entereza. Además, ellos no debían pagar las jugarretas que había provocado él y Martha.

Asimismo, le resultó horrible el descaro de Martha. Ese llanto, esa falsedad que emanaba de su cuerpo. No entendía como una persona como ella podía ser así. Era cínica, malintencionada. Se quedó corto con los adjetivos.

Bebió un largo trago de cerveza y apagó el televisor. Se quedó allí pensativo hasta que se levantó y comenzó a mirar por la ventana. Quería salir

corriendo y entregarse. Estaba lo suficientemente grande como para asumir las consecuencias.

Cuando sintió el impulso, escuchó el chirrido de la puerta. Giró rápidamente y miró a Aina con una camiseta y restregándose los ojos como pereza.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. ¿Por qué no sigues durmiendo?

—Pensé que te había pasado algo y me preocupé por ti.

El calor de las emociones se apaciguó con esa respuesta de ella. Pasó de la rabia a la ternura. No pudo entender como una chica como Aina era amiga de Martha. Eran tan diferentes, tan opuestas. Iba más allá de su comprensión.

—Estaba comiendo algo porque no puedo dormir pero ya voy.

—Vale.

—¿Necesitas algo?

—No... Está bien... Yo...

Se giró y siguió hablando y él no la pudo entender. Le pareció gracioso y dulce que se tomara la molestia para saber de él, para saber lo que estaba haciendo.

Llevó el plato y la botella a la cocina. Se quedó parado frente a la ventana y pensó que tenía que pensar en los próximos movimientos. Mientras lo hacía, se sintió impresionado porque se dio cuenta que toda la estrategia había cambiado por completo. Y no sabía hasta qué punto.

VI

Después de deshacerse del sándwich a medio comer, Jack tomó lo que le quedaba de cerveza y fue hacia la habitación. Ella todavía dormía. Antes de entrar, apagó todas las luces y se aseguró de que todo estuviera apagado, no quería que ella se volviera a levantar.

Por alguna razón, estaba preocupado por su bienestar. Aunque su relación empezó por mero asuntos de negocios, la transacción que terminaría en cuestión de días no sólo se alargó, sino que también tomó un rumbo diferente.

Ella le estaba generando algo que no podía describir. Se acostó entonces sobre la cama y la observó dormir por un rato. Estaba rendida, increíblemente rendida.

Después giró la cabeza para admirar el techo, tenía la cabeza repleta de cavilaciones y no sabía por dónde comenzar para darles un orden. Cuando pensaba que las cosas no podían empeorar, recordó otro tema importante. Decirle a Aina que era Dominante.

Volvió a girar la cabeza y la observó. Comenzó a hacer una retrospectiva de lo que había pasado hacía poco y recordó algunas formas un poco agresivas sobre todo para alguien que tenía su primera vez.

Se sintió como un tonto, como un torpe. Así pues que tendría que sincerarse con ella sobre el asunto, tendría que decirle aquello primero y salir del susto que aquel de confesar sus más oscuros secretos.

—Mañana será el día... Sí, mañana.

Poco a poco, el silencio de la noche y el cansancio, fueron suficientes para hacerlo dormir.

Jack se despertó al día siguiente más temprano de lo común. Se bañó y fue a la cocina para preparar un desayuno sencillo. Sentía que tenía que ocuparse en algo para que la cabeza no le estallara.

Comenzó a hacer una lista mental de las cosas que tenía que hacer de trabajo y vio que Aina se había levantado. Agudizó el oído y escuchó el ruido del agua caer. Bien, tendría un poco más tiempo para preparar el discurso.

Esperó unos minutos más y la escuchó salir de la habitación. Parecía un rayo de sol. Tenía el rostro iluminado y los ojos más verdes que nunca. Estaba hermosa, hermosísima.

—Hola, buenos días.

—Hola, ¿cómo dormiste?

—Me parece que bastante. Hasta creo que tuve una cura de sueño. Ja, ja, ja.

Jack sonrió.

—Bien, aquí tienes el desayuno.

—Gracias.

Ella tomó una silla y se sentó de lo más normal, como si hubiera pasado nada. Por un lado, se trataba porque ella concluyó que no le daría más vueltas al asunto. Pretendería que estaba en una especie de realidad alterna y que estaba allí como si estuviera en unas vacaciones. Así no se sentiría más extraña de lo que ya se sentía.

Mientras comía los gofres tostados, Jack, quien le daba igual la interacción social o dar demasiada información sobre sí mismo, se sintió más nervioso que nunca. Se sentó junto a ella y se aclaró la garganta seguidamente.

Esperó unos segundos después y luego comenzó a hablar.

—Hay algo de lo que te quiero hablar.

—Seguro. —Alcanzó a responder ella.

—Pues, me resulta un poco, pues, difícil porque no sé cómo lo vas a tomar.

Aina cobró una expresión que preocupó aún más a Jack. Sin embargo, reflexionó de inmediato que de por sí se encontraba en una situación extraña y delicada. En ese punto, no tenía que mostrar angustia porque las cosas no podrían empeorar. O al menos así se consoló.

—Verás... Vaya...

—Venga, Jack.

Era obvio que ella también estaba ansiosa así que él pensó que lo mejor que podía hacer era no darle más rodeos a la situación. Era una apuesta que tenía que hacer.

—Soy Dominante. ¿Sabes a lo que me refiero?

Aina se tranquilizó de inmediato. Sin embargo, aunque sabía de lo que le estaba hablando, aquello era una señal de que podía conocerlo más todavía así que prefirió sacudir la cabeza de forma negativa y escuchar atentamente lo que él tenía que decir.

—Bien. —Respondió él. —Eso tiene que ver con una especie de práctica que se le conoce como BDSM. Para resumir la historia. Hace alusión a la dominación, sumisión, masoquismo, sadismo y hasta fetichismo. Es un mundillo en sí mismo. Podrías encontrarte cualquier cosa.

—¿Como cuáles?

—Pues, de personas que le gusta causar dolor, otras recibirlo. De personas que aman los pies o vestirse de ponys y ser tratadas como animales. De hecho llegué a conocer a una chica que le gustaba usar pañales. Eso le prendía muchísimo.

—Vaya...

Aquello realmente la impresionó porque realmente no conocía eso.

—Es mucho más impresionante de lo que crees y es por eso que tienes que tener cuidado con quien estás. Pero, la cosa es, que a mí me gusta controlar. Me gusta tener el poder y el control de la situación.

Ella de inmediato comenzó a recordar las escenas en donde la tuvo entre sus brazos y tomó posesión de ella. Después de quitarle la virginidad, después de llevarla más allá del punto del placer, Aina se percató de ciertas conductas que le hicieron concluir que él ciertamente era aquello que se autodenominaba.

Por supuesto, no tenía un conocimiento demasiado amplio sobre el tema. Lo poco que conocía lo llegó a leer de Internet y de las experiencias que le contó Martha. De resto, lo más cercano que había vivido, pasó con él la noche anterior.

Dejó de comer y se inclinó hacia adelante. Mostró interés en lo que estaba diciendo y Jack lo entendió como una señal de que era momento de continuar.

—Vale. Pues, hay varios tipos de Dominantes. Y así como hay variedad en ellos, también existe en cuanto a sumisas y tipos de relaciones. Sin embargo debe prevalecer algo muy importante. El respeto y el consenso. Nada se hace por obligación ya que todo pasa por una conversación en donde ambas partes expresan lo que quieren o no de puertas para adentro. Por otro lado, cuando sientas que las cosas no van por el camino que quieres, tienes la obligación de decir la palabra de seguridad. Esa misma que frenará la sesión y la terminará de inmediato.

Aina estaba escuchando atentamente las palabras de él. Mostraba real interés mientras comparaba la información que ya tenía en su cabeza. Todo le pareció correcto y sin equivocaciones. Todo le pareció como aquello que ya había leído o informado.

—¿Estás bien con lo que te he dicho? —Espetó él. —Sé que suena descabellado pero es algo que necesitaba decirte...

—Bien, me percaté que tenías algo de eso por cómo fueron las cosas pero, siendo sincera, me gustó mucho y quiero saber más, aprender más al respecto.

Jack se sintió contento pero también un poco confundido. Esperaba el rechazo y quizás la indignación pero en cambio, recibió una actitud muy

diferente.

—¿Estás segura? Esto no es para todo el mundo. Sería normal que no te sintieras cómoda.

—Quiero intentarlo. Permíteme intentarlo.

Sus ojos verdes emanaron un hermoso resplandor. Si él tuvo la intención de negarse, todo se fue a la basura con sólo verla. Ella comenzaba a producirle un sentimiento extraño, fuerte, uno que le hacía imposible negarse a algo que ella le pidiera.

—A ver... Podemos hacer unas cuantas pruebas, algo que nos permita comenzar con algo concreto. Pero después veremos. Ahora tengo que hacer unas cuantas cosas. —Tomó un tono severo— Tendré que atarte para que no te escapes.

Aunque lo decía con seriedad, Aina sintió que había un dejo de ese hombre dominante que ya se encontraba con la libertad de expresarse libremente. Así pues, que sólo asintió.

Después de terminar su desayuno, ambos se levantaron y esta vez fueron a la habitación de él. Ella se acostó en la cama y Jack procedió a amarrarla. Pensó que la mejor posición sería que ella estuviera con los brazos y piernas extendidas.

Comenzó a atarla con cuidado y de vez en cuando la veía para asegurarse de que estuviera bien. En el proceso, no paraba de pensar en las ganas que tenía de moldearla, de convertirla en su esclava. Por lo pronto, sólo se ocuparía de atarla para que se acostumbrara a la idea de que era él quien tenía el mando.

Aina se encontraba en una especie de trance. Cada sensación que experimentaba con las cuerdas sobre su piel, era como si se entregaba cada vez más al placer de dejarse llevar, de convertirse en la mujer del video y de ser la mejor sumisa para él.

Adoptó una postura quieta y tranquila, con los ojos fijos en el suelo o en las venas que le brotaban en la mano. A veces se tropezaba con el fulgor de esos ojos negros y sólo deseaba dejarse derretir con esa mirada que parecía consumirla de a poco.

Cuando terminó, Jack se echó para atrás y comenzó a vestirse delante de ella. La intención era tentarla y decirle que ese cuerpo pronto tomaría el control de ella. Esa espalda ancha, divina, con ese tono bronceado profundo.

El cabello oscuro y las manos que rozaban los botones de la camisa con una delicadeza casi sublime. Los gestos de Jack le parecían gloriosos porque

era conjugar la rudeza de su masculinidad con la sutileza del tacto. En él convivían los dos aspectos.

Se paró ante ella, estiró su mano y la rozó suavemente sobre el mentón. Aina cerró los ojos y sintió la caricia como el gesto más delicioso que podría recibir. Era dulce y también intenso. Cada vez le gustaba la dualidad de Jack.

—Vendré lo más pronto posible.

—Está bien...

Él se agachó lentamente y una de sus manos se adentró a la espesura de su cabello castaño, tomándolo después con fuerza. Hizo que echara la cabeza hacia atrás. Ella cedió y él se acercó aún más, tanto que sus labios rozaron un poco.

—Si te portas bien, puede que nos divirtamos un poco esta noche.

Ella estaba impresionada aunque trató que su expresión se mantuviera en calma. No obstante, era un poco difícil por tratarse de un hombre que le hacía sentirse como nadie la hizo sentir.

—Sí... Me portaré bien.

—Bien, qué buena chica...

Se levantó de repente con la misma fuerza, dejándola atrás con el deseo de que la tomara en su piel, en los labios y en el coño que apenas comenzó a palpar con el tacto y con la voz de él.

VII

Aina escuchó la puerta cuando se dio cuenta de que por fin se había quedado sola. Giró la cabeza y miró el brillo del sol a través de la ventana aunque estaba haciendo un poco de frío. Trató de concentrarse en otra cosa pero no pudo. Sólo podía pensar en él.

Aunque trató de resistirse, cerró los ojos para pensar en él, para entregarse hacia los pensamientos que tanto le gustaba tener sobre él.

Comenzó a recordar las palabras, los besos, el cuerpo. La forma en cómo la tocaba, en cómo le hablaba, en cómo le decía las cosas con una pausa y con un tono grave y delicioso. Era capaz de recrear todo en su mente con una facilidad que prácticamente sintió que él estaba allí a pocos centímetros de ella.

Aumentó los latidos de su corazón, el pecho comenzó a acelerarse y el coño estaba ya mojado y palpitante. Era como si estuviera lista para él.

Más que nunca deseó estar con él y sentir todas las cosas que sólo pudiera planificar él para ella. Cada vez más, ese concepto se parecía más atractivo, más interesante, más posible.

Jack caminó por los bosques y parte de la montaña para hacer el trabajo de siempre. Tenía la misma expresión de siempre, la misma actitud calmada que le hacía ver como un tío serio y responsable.

Mientras revisaba unas cercas, sintió que alguien estaba aproximándose. No le prestó demasiada atención porque pensó que de seguro se trataba de algún compañero de trabajo. Siguió en lo suyo hasta que una mano le tocó el hombro. Era Martha.

—Hola. ¿Ocupadito?

El tono de voz sarcástico y malintencionado hizo sentir a Jack un malestar que casi le puso de malhumor de inmediato.

—¿Qué quieres?

—Ah, ya veo que no me saludas como antes. En fin, quería saber cómo estaban las cosas. Si ha habido algún progreso.

—¿De cuándo aquí te interesa eso?

—Te recuerdo que te pagué un dinero por ello, Jack. Así que, de ser tú, trataría de decir las cosas de la mejor manera para evitar problemas.

Él aprovechó el tamaño de su cuerpo para acercarse a ella de manera intimidante.

—Como sabrás, no hablo de estas cosas con nadie. Respeto la intimidad y creo que es algo que deberías practicar tú también. No estaría de más.

Martha se quedó en silencio hasta que reaccionó, pretendiendo que no había pasado nada y que todo estaba bajo control.

—Por la respuesta asumiré que todo está bien. Espero que esos 500 pavos te estén motivando lo suficiente, porque sé lo aburrida que puede ser Aina.

Poco a poco, Jack sintió que algo le crecía en la boca del estómago. Era la ira que estaba por consumirle las entrañas. Fue por eso que optó por ignorarla porque estaba seguro que la conversación acabaría mal.

—Eh, antes de que te vayas. Tranquilo, todo lo tengo manejado, aunque me dan lástima sus papás. Pero bueno, ya se les pasará. Creo que estaré por aquí después para ver cómo va todo. Nos vemos, querido.

Ella se fue dejándolo allí, con las mejillas encendidas y con las ganas de golpear algo. Se preguntaba cómo una persona como ella era capaz de maquinarse algo así.

—Tú también tienes culpa, tío. No te puedes escapar de tu responsabilidad. —Se dijo para sus adentros. Aquella sentencia le hizo sentir que tarde o temprano tenía que tomar responsabilidad de sus actos.

Transcurrió el día con rapidez. Jack trabajó en lo que pudo y por un momento pensó que su vida era lo mismo de siempre. La rutina, las conversaciones, los trabajos. Todo era igual como una muestra de que el mundo todavía seguía girando.

Cuando se percató que pronto sería un poco más del mediodía, pensó que tendría que regresar para saber cómo estaría Aina. Se despidió como siempre y dejó entendido que estaría atento ante cualquier eventualidad que surgiera.

Caminó hacia la cabaña, abrió la puerta y fue hacia su habitación. Ella lucía tranquila y cómoda, estaba durmiendo.

Fue a la cocina para preparar algo sencillo y rápido. Mientras esperaba que estuviera lista la comida, fue de nuevo para encontrarse con ella. Se sentó suavemente sobre la cama y la despertó con suavidad.

—¿Tienes hambre?

Ella logró asentir levemente.

—Vale.

La desató con lentitud y, al terminar, acarició sus tobillos y muñecas. Se percató que había hecho los amarres muy fuertes. Sin embargo, ella parecía complacida, así que se tranquilizó un poco. Además, concluyó que era posible que el camino para que Aina se convirtiera en su esclava iba bastante bien.

La llevó hasta la cocina para que se sentara a comer. Sirvió un plato de pasta con salsa de carne y una botella fría de gaseosa. Aina comenzó a almorzar ante la mirada silenciosa de Jack.

De nuevo, le vino el recuerdo de las palabras gélidas de Martha. Evocó la forma en cómo ella se refirió de Aina con cierto desdén. En un principio, él trató de no meterse en esa amistad pero ya había llegado al punto en que no pudo soportarlo más.

—Lo siento, tenía tantas cosas por hacer...

—No te preocupes, estás aquí. —Respondió ella con una sonrisa.

Jack casi estuvo a punto de echarse para atrás pero pensó que lo más conveniente era preguntarle, tenía que hacerlo.

—Aina, ¿cómo te la llevas con tus amigas?

Al momento de hacer la pregunta, estaba seguro que había pisado un terreno difícil y más por hacerlo de esa manera. Pero era un asunto complicado para alguien que presentaba ciertos problemas para comunicarse con los demás.

Aina se quedó un poco perpleja pero no le dio demasiada importancia. Quizás era producto de la curiosidad así que respondió:

—Bien. Hablamos mucho y salimos cuando podemos. Son divertidas, sobre todo una, que es la más loca de nosotras. Es mi mejor amiga creo que desde el jardín de infancia. Mis padres conocen a los suyos y ambas hemos pasado por momentos muy importantes juntas.

Él se dio cuenta de la manera en cómo Aina se refería a Martha. Una diferencia muy palpable.

—¿Por qué?

—Por nada en especial. Supongo que es para saber cómo te las llevas con tus amigos.

—Pues, sí. Como te digo, mi amiga es muy loca y aventurera. A veces me hace pensar que soy una chica aburrida en comparación con ella porque hace cosas que nunca me atrevería a hacer. A lo mejor sea así, a lo mejor si soy aburrida y un poco tonta.

—No eres así. No te digas esas cosas.

Jack de repente tomó un tono un poco alterado.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Es que sigo apenado por la comida...

—Venga, que ya te he dicho que está bien, ¿vale?

—Vale.

Terminaron de hablar y Jack quedó inmerso en el silencio. Luego, se levantó y volvieron a repetir el ritual de los amarres. Aina descubrió que le excitaba quedarse así, a la merced de él.

Cuando Jack estuvo listo, pensó que sería buena idea hacer un cambio en las cosas, así pues, tomó una venda de uno de los cajones y le cubrió los ojos.

—Esto creo que será lo más interesante de todo. Así no sabrás cuándo vendré. ¿Te parece?

—Sí, por supuesto.

—Vendré pronto.

—Sé que sí.

Ella se quedó quieta hasta que sintió el calor de los labios y del aliento de Jack. Su lengua rozó la de ella suavemente y sus manos fueron a parar sobre su cuello.

Por un momento, Jack deseó con todas sus fuerzas, mandar las cosas al diablo y disponerse a actuar como el Dominante que era, sin embargo, sólo tenía que esperar un poco más. Siguió besándola hasta que se separó de ella y la volvió a dejar sola.

Aina se quedó sobre la cama, deseando cada vez más la llegada de ese hombre. Lo que al principio le había causado temor, ahora le provocaba inmenso placer.

Sintió que la noche había caído cuando en ese momento escuchó el suave chirrido de la puerta. Su mente y su cuerpo estaban preparados para lo que vendría después... O al menos eso era lo que creía.

Jack estaba mentalmente en el papel. Ya era el Dominante dispuesto a moldear su esclava. Así pues, cerró la puerta tras sí pensando que dejaba atrás el mundo normal y vainilla.

La casa todavía estaba a oscuras así que aprovechó el ambiente para provocar un poco más de misterio. Aina, mientras, trató de agudizar los oídos porque estaba segura que él estaba dando vueltas por ahí. Pero nada, no pasó nada. ¿Hubiera sido producto de su imaginación? Apostaba que no.

Esperó un poco más hasta que sintió las manos de él sobre ella. La acarició suavemente, lento, con cuidado. Ella se sorprendió de esa textura agradable que tenía a pesar de ser un hombre que trabaja con las manos.

Cada parte que recorría de ella, se sentía como la seda, como el placer más intenso y delicioso. De repente, sintió que la desamarraba. Ahora sí que no tenía la más mínima idea de lo que pasaría después.

A pesar de ello, a pesar del creciente temor que sentía, sabía que tenía que

estar tranquila y permanecer relajada. Además, si quería ser una buena sumisa para él, tenía que depositar toda su confianza en él... Sabía que Jack era un hombre experimentado y que no haría nada para lastimarla.

Él siguió con su trabajo en silencio hasta que por fin terminó. La tomó suavemente por el cuello y la volvió a besar tan suave como la vez que se despidieron. Después, hizo que se levantara.

La ayudó para que no perdiera el equilibrio y que no se tropezara. Aina, estaba pensando en lo que sucedería después. Sin embargo, su instinto le decía que todo estaba bien, que no había necesidad de asustarse o preocuparse.

Él la colocó frente a sí y comenzó a besarla. Mientras, sus manos se encargaron de quitarle la ropa, de dejarla desnuda, de hacerle sentir que ciertamente él era la persona que tenía el control.

Al cabo de unos segundos, la luz de la luna sirvió para resaltar la piel blanca y suave de Aina. Sus pechos redondos, los pezones rosados, los huesos de sus hermosas caderas, las piernas largas y la boca entreabierta teñida de rojo al igual que sus mejillas.

A Jack se le despertó la necesidad de tomarla entre sus brazos y hacerla sufrir y vibrar del placer. Fue entonces cuando la hizo sentarse sobre una silla de madera no muy lejos de donde estaban para comenzar con lo que quería.

—Te dije que si te portabas bien, nos divertiríamos. Así pues, que voy a cumplir con mi palabra. Para ello, algo importante, la palabra de seguridad es “rojo”. Dila cuando sientas que no puedas más. ¿Vale?

—Vale.

—Ah, y antes de que se me olvide. —Retomó esa actitud fría y controladora. —Por más que ruegues, por más que lo pidas... Tiene que quedarte claro que soy yo quien manda.

La forma en cómo se lo dijo, le hizo que la piel se le erizara. Permaneció en el suspenso hasta que sintió de nuevo las cuerdas sobre sus muñecas. Esta vez, firmes, muy firmes.

Espero un rato más hasta que escuchó las pisadas cerca de ella. Siguió a la expectativa hasta que sintió que una gota caliente había caído sobre su muslo. Después otra en la otra pierna... Después otra... Y otra.

El dolor primigenio se convirtió en el estimulante perfecto, cada vez las gotas de cera caliente le producía placer, uno que jamás que pensó que sentiría: uno que alcanzaría a través del dolor.

Jack permaneció atento ante las reacciones de Aina. Le gustó encontrarla temblando del placer, así que vertió un poco más del líquido sobre la piel

hasta que observó que se estremecía con fuerza. Su boca estaba entreabierta y su rostro encendido. El pecho agitado, el corazón acelerado.

—Bien... Muy bien. —Pensó para sus adentros.

Siguió un poco más hasta que quiso que fuera buena idea desafiar los límites de Aina. Quería saber qué tal lejos podría llegar. El tema era que de seguro ella pararía todo, sin embargo, era algo que quería probar, tenía el presentimiento que valdría la pena.

Dejó la vela cerca y fue hacia un mueble cerca del clóset. Se agachó un poco y abrió una caja que contenía una serie de objetos peculiares. Extrajo un látigo pequeño con varias lenguas de cuero que colgaban de un extremo.

Probó el material sobre la palma de su mano y se aseguró que todo estaba bien. De inmediato fue hacia ella porque pensó que no podría aguantar más. Quería marcarla, quería hacer gritar tanto como pudiera.

Alzó su mano para que colgaran las cintas de cuero para que cayeran sobre los muslos de Aina. Ella cobró una expresión de incertidumbre hasta que entendió lo que sucedía. Supuso que se trataba de un látigo así que se sintió más ansiosa que nunca. Sus fantasías estaban haciéndose realidad.

Entonces, de manera inesperada, cuando pensó que las cosas cobrarían otro rumbo, recibió el primer impacto. De inmediato se sobresaltó, de inmediato sintió el ardor en los muslos, el picor, el dolor.

Aunque le tomó por sorpresa, sus sentidos se volvieron más intensos, quería más, quería recibir más de ese castigo. Ese mismo que provenía de la mano firme de él.

—Quieta. No te he dicho que tienes permiso para que te muevas. Ah, y cuidado haces ruido. Te quiero calladita y obediente. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Aquella respuesta automática y segura, hizo que el pene de Jack se volviera tan duro como una roca. Sin embargo, todavía faltaba un poco más para dar rienda suelta a sus acciones como Dominante. Quería disfrutar un poco más de eso.

Esperó un poco más después del primer latigazo hasta que volvió a azotarla. Continuó haciéndolo, con fuerza, con disciplina. Su expresión grave y severa era porque en esa sesión no había marcha atrás. Estaba el punto álgido de ese momento tan intenso.

La piel de Aina pasó de ser blanca y casi pálida, a volverse rojiza con varios tonos. En unos lados se veía rosado y otras de un color intenso y hasta incluso era posible ver la piel rota. Esas gotas de sangre, esa textura brotada y

deliciosa.

Jack soltó el látigo, dejándolo caer sobre el suelo. Lo hizo porque ya había terminado y porque el morbo que sentía en ese momento era demasiado fuerte, demasiado intenso. Pensó en lanzarla sobre la cama pero de inmediato se fijó en sus labios.

Fantaseó con ellos un rato hasta que por fin se decidió por lo que tenía en mente. Su pene, a esa instancia, está tan duro que pensó que la piel se iba a reventar. El glande estaba húmedo por el líquido pre—seminal y las venas estaban brotadas. Era el momento.

Estiró su mano para tocar el mentó de Aina. Lo acarició suavemente hasta que colocó el pulgar sobre sus labios. Los rozó e hizo que ella abriera la boca un poco. Después, se posicionó lentamente hasta que su pene quedó a la altura de sus hermosos labios.

Aina sintió el calor del miembro de Jack y de inmediato se dispuso a darle placer. Primero le dio un beso en toda la punta. Uno suave, delicado. Después procedió a sacar su lengua para lamerlo lento y pudo sentir la dureza de la verga de él.

Era exquisito, delicioso. Quiso tomarse su tiempo para no equivocarse, para hacerlo sentir bien, para que él supiera que ella estaba dispuesta a satisfacerlo lo mejor posible. Así pues, continuó hasta que sintió que el cuerpo de él se acercaba más. Deseaba tenerlo todo en su boca.

Aunque el primer impulso era meterlo de una vez, Jack sabía que tenía que hacerlo de a poco. Por lo tanto, procuró hacerlo con cuidado. En ciertas ocasiones, veía cómo se ahoga y los hilos brillantes de saliva, salían de las comisuras de sus labios. Un espectáculo divino.

Escuchaba y veía las arcadas pero ella estaba decidida, al menos eso él entendió. Miró cómo se estiraba para hacer bien los movimientos y, después de un rato en donde se debatía entre la duda y la ansiedad, Aina logró encontrar el ritmo con el que se sintió cómoda y procedió a actuar en consecuencia.

Jack entornó los ojos porque la imagen de ella comiéndoselo entero, le hizo prácticamente perder la razón. La sensación, además, fue más intensa cuando experimentó el calor y la humedad del interior de la boca de ella. ¿Acaso existía algo más delicioso que eso? Estaba seguro que no.

Le tomó el cabello con una de sus manos, la sujetó con fuerza. La venda todavía estaba allí pero quiso verle los ojos, así que le quitó el trozo de tela y la miró fijamente. Ella logró enfocarse lentamente, hasta que vio a su Amo.

Se excitó aún más porque lo lamía y porque podía ver las expresiones de su rostro perfecto. Pudo observar los ojos entornados y las veces en que se mordió la boca porque pensaba que no podría más.

Ella, por otro lado, descubrió un par de cosas más sobre sí misma. No sólo le gustaba estar amarrada, sino también, el dolor y el de dar placer por su boca. Era como recibir una inyección de adrenalina.

Aunque podía seguir así por todo el tiempo del mundo, se dio cuenta que no podía porque estaba urgido por tenerla entre sus brazos y por penetrarla, por sentir la carne, por sentir el calor y la humedad.

Se echó un poco para atrás para que ella lo dejara de lamer, tomó un poco de aire y procedió a prepararse para quitarle los amarres. Al terminar. La tomó la mano a Aina para ayudarla a levantarse poco a poco.

Ella logró recobrar el equilibrio y finalmente quedaron frente a frente, desnudos y vulnerables... Más ella que él. Volvieron a mirarse y compartieron el gesto del deseo y de algo más. Jack sintió que tenía suerte de haberse encontrado con alguien que lo había conmovido tanto desde la primera vez.

Aina sintió que los dos compartían una conexión importante y, además, él la hacía sentir que estaba protegida, cuidada, que con él podía estar segura. También experimentó un montón de cosas más que no pudo describir debido a su juventud e inexperiencia.

Después de unos minutos, después de haberse perdido y de haber dejado el mundo atrás, Jack la tomó por la cintura la dejó sobre la cama, esta vez, en cuatro. Para él, esta esa su posición favorita porque le permitía tener el control total de todo.

Así pues que la abrió las piernas y tocó un poco el coño que ya estaba húmedo y muy caliente. Sólo el roce de la punta de sus dedos provocó que ella se estremeciera por completo. La tocó un poco más hasta que acercó su pene y lo metió lento pero con decisión.

De nuevo sus carnes se volvieron a unir para quedar abrasadas por el calor de ambos. Aina se sujetó de las sábanas con todas las fuerzas hasta que sintió que su espíritu se había desprendido de su cuerpo. Era algo tan sublime y tan delicioso que sintió que podía navegar entre esas sensaciones por siempre.

Las manos de él se posicionaron sobre sus caderas y de inmediato experimentó las embestidas de él que fueron de lentas y suaves, a fuertes e intensas. Por supuesto, sus gemidos no se hicieron esperar. Era una mezcla de dolor y placer.

Sentir una verga como esa, tan grande, tan caliente y deliciosa; sentir las manos de él, las caricias y hasta escuchar esas palabras incomprensibles que salían de su boca, eran todo lo que ella pudo desear y más. Se sentía que estaba en una especie de sueño del que no quería despertarse.

Jack sintió que estaba muy cerca de correrse dentro de ella y por un momento lo deseó. Eran los bríos del Dominante salvaje que hablaba por él. Sin embargo, también deseaba darle el placer a ella tanto como pudiera, así que optó por otra cosa.

Dejó de follarla para luego acostarse sobre la cama. Una Aina confundida y atontada por la excitación, no supo qué hacer hasta que él volvió a tomarla pero, esta vez, para sostener su cintura y caderas y hacer que su coño quedara por encima de su boca.

Ella estuvo a punto de decir algo, a punto de exclamar que tenía miedo de lo que estaba haciendo pero él la miró de tal manera que la hizo sentir segura de aquella decisión que no acaba de comprender bien.

Se mantuvo en la expectativa hasta que sintió la lengua de él rozándole los labios vaginales y el clítoris. Sintió la punta danzando en ese lugar para que se volviera a encender la intensidad y el fuego de la pasión.

Se movía de un lado para el otro, iba hacia adelante y hacia atrás como si estuviera ávido de hambre, de ganas de conocer más, de ir más lejos. Después de concentrarse en el clítoris, Jack se preparó para penetrarla con su lengua.

Se abrió paso por dentro, probando y bebiendo esos jugos del placer. Ella parecía que en cualquier momento estaría lista para perder la razón. Los gritos se hicieron intensos, que Aina tuvo que buscar algo para sostenerse ya que, era seguro que se perdiera en cualquier momento... Aunque también lo deseaba.

Aina cerró los ojos y experimentó una fuerte corriente que parecía recorrer todo su cuerpo. Se mordió la boca y Jack insistió en las lamidas hasta que, por fin, ella se corrió en su boca.

Ella gimió, gritó, se sostuvo de donde pudo, trató de quedarse allí con él pero le fue imposible porque quedó abrumada por una oscuridad que la obligó a desconectarse de él y de ella misma. Después de unos segundos, pudo recuperar la consciencia.

Jack se acomodó de nuevo después de beber de Aina todo lo que quiso y pudo. Sin embargo, antes de darle un término a lo que estaba pasando, se levantó para volver a buscar el látigo. No había terminado y deseaba aprovechar más de ella.

Aina logró recuperarse por completo cuando él la tomó por el cuello y la

dejó sobre la pared.

—Quédate quieta.

—Sí, señor.

Apartó de nuevo sus piernas y extendió sus brazos sobre la pared.

—Quieta, Aina. Quieta.

Ella no tuvo tiempo de responder porque él, de inmediato, comenzó a propinarle latigazos a una velocidad impresionante. Aina comenzó a gritar y a quejarse del dolor. Sin embargo, ella genuinamente lo disfrutaba.

—Te dije que te quedaras quieta. No te muevas.

Se calmó un poco y pensó que tenía que acotar la orden porque él se la dio y así debía hacerse. Así pues que se quedó sobre la madera, con los ojos cerrados, recibiendo parte del castigo por su desobediencia y también el placer que sentía por el dolor.

Poco a poco, Jack miró que las marcas se hacían más profundas y notables. Se dibujaban pequeños hilos de sangre y de piel brotada que dejaba la evidencia del impacto de las tiras de cuero. El morbo estaba arrastrándolo hasta la locura.

Después de unos minutos intensos, él se detuvo y volvió a dejar el látigo a un lado. Se colocó cerca de ella para sentir cómo era su respiración y si estaba bien. Al cerciorarse que era así, se colocó tras ella para acariciarle las heridas, lamiendo incluso algunas partes en donde la sangre brotaba un poco.

Le demostró que, si bien podía hacerle sufrir y que podía torturarla, también era capaz de consentirla y de hacerla sentir cuidada y protegida.

Aunque pudo quedarse allí, se dio cuenta que su verga estaba a punto de reventar. Siguió detrás de ella y Aina pudo sentir la dureza y el calor de su pena. Jack tomó las nalgas de Aina, manoseándolas y tocándolas con fuerza.

Después de un rato, las juntó y colocó entre ellas su pene. Comenzó a pajearse con ellas. Aina comenzó a moverse un poco porque le excitaba la sensación.

—Te dije que te quedaras quieta.

Y de inmediato le dio una fuerte nalgada. Ella procuró quedarse así hasta que sintió los gemidos y los gruñidos de él, los cuales estaban haciéndose cada vez más y más fuertes.

Jack estaba desesperado y apretaba la piel de Aina con tanta fuerza que pensó que la atravesaría. En ese punto, cerró los ojos y se dejó llevar por la excitación que ya casi tomaba el control de su cuerpo y de su mente. Al cabo de un rato, después de complacer su morbo y la urgencia de hacer algo más,

Jack sintió la electricidad de su cuerpo hasta que dejó de quedarse allí e hizo que ella se girara.

—Agáchate. —Le alcanzó a decir apenas y ella lo hizo. Al final, desparramó todo su semen sobre las mejillas, los labios y hasta parte del cabello de Aina. Jack, mientras tanto, no paraba de agitarse debido a la intensidad de ese orgasmo.

Después de marcar el rostro de ella, después de recuperar un poco el aliento, se echó un poco para atrás y fue hacia el baño para buscar algo para limpiarla. Aina estaba ya de pie cuando él se reunió con ellas. Apenas podía hablar porque aún estaba con las secuelas del orgasmo.

Ella, de repente, le tomó el rostro y le dio un beso suave y delicado. Él sintió el cambio de ambiente y de emociones por lo que era casi estar en contacto con algo sublime.

—Creo que se me fue un poco la mano. —Alcanzó a decir un poco apenado.

—Me gustó. Me gustó mucho. Pero eso ya lo sabes. Espero que así sea.

Él no pudo evitar sonreír así que volvieron a tocarse y a besarse como si no existiera el tiempo. Después de encontrarse con la mirada, fueron hacia la cama y se acostaron.

El silencio de la noche los arropó por completo. Aina volvió a sentirse cansada y se arrimó hacia el pecho de él para encontrar un poco de refugio. Eventualmente, se quedó dormida.

Jack la miró en todo el proceso y no pudo evitar sentirse el hombre más feliz del mundo. Estaba con una chica encantadora y moría por saber conocer más de ella, de formar parte de su mundo siempre. Sin embargo, por una parte, sentía miedo por la edad, era muy joven y el mayor en comparación pero sentía que debía seguir adelante.

Sin embargo, ese escenario pudo haber sido perfecto salvo por un detalle. Las condiciones en cómo se conocieron fueron extrañas. No tenía idea de cómo serían las cosas pero, de seguro, era necesario contarle todo. Ya no podía sostener más la mentira.

En ese momento, Jack, el hombre distante y frío, el Dominante que no le daba demasiada importancia a los demás y que estaba concentrado sólo en su placer, era ahora un tipo diferente.

Mantuvo la mirada fija hacia el techo se obligó a sí mismo que era mejor pensar en ese detalle para después. No tenía manera de solucionar eso por los momentos y quizás las cosas se solucionarían eventualmente y de la mejor

manera. Al menos así esperaba.

VIII

A la mañana siguiente, el trinar de los pájaros fue el despertador de Aina. Ella abrió los ojos con pereza y de inmediato sintió el dolor en algunas partes de su cuerpo. Sonrió al recordar que todo había sido por él, así que no se preocupó más.

Lo buscó entre las sábanas pero no lo encontró, así que se bajó de la cama caliente y fue a tomar una camiseta, unas bragas y un par de pantalones para buscarlo. Primero fue al baño, se lavó la cara y cepilló los dientes.

Al mirarse al espejo se dio cuenta que tenía una sonrisa estúpida y pensó que ciertamente él la hacía sentir muy bien consigo misma. Estaba ansiosa por verlo y por preguntarle qué podrían hacer juntos. Su cabeza estaba llenándose de fantasías y de escenas optimistas.

Quería darle una sorpresa por lo que salió de la habitación con cuidado y se fijó por la ventana que él estaba hablando con alguien. Sonrió al verlo pero se dio cuenta que la expresión de él era más grave de lo que esperaba. Se sintió preocupada y salió.

Lo que vio la dejó perpleja. Jack estaba hablando con Martha, o más bien discutiendo. El miedo le recorrió la espina pero optó por escuchar la conversación. Así que se acercó lo más que pudo y con el mayor silencio posible.

—... Le contaré todo, todo, es demasiado y ya no aguanto más.

—No seas ridículo, Jack. ¿Por qué vas a arruinar la diversión? Esa chica está recibiendo un poco de acción en su triste y rutinaria vida y tú quieres arruinarlo. Qué majadero y gilipollas eres.

—Me da igual lo que pienses de mí, esto es demasiado, Martha. Es una manipulación mayor y yo ya no lo soporto. Es injusto con ella.

—¿No me digas que te gusta? Por Dios, Jack, es la tía más aburrida y fofa que jamás conocerás. Más bien deberías sentir lástima por ella.

Las palabras que salían de la boca de Martha la lastimaron. Le atravesaron el cuerpo como si fueran dagas afiladas. Quiso irse de allí, quiso irse muy lejos pero no pudo. Sus pies se mantuvieron en el suelo, como un par de plomos.

—Deja de referirte así de ella. Me tienes harto. No le llegas ni a los talones.

—Ja, ja, ja, ja. Esto era lo que me faltaba. Que la defendieras y que sintieras la necesidad de protegerla. Qué ridículo por Dios. Fíjate que te pagué por esto, por lo tanto, tienes que seguir hasta el final o hasta que yo diga. Bah, eras más divertido en la cama.

—Estás muy equivocada, niña. Nosotros no somos tus marionetas. No somos tus títeres. Me entregaré a la policía y ella regresará a su casa.

Aina no escuchó más... Todo lo que le había pasado entonces fue producto de un complot. Lo que pensó que era una de las experiencias más increíbles de su vida, terminó siendo una desgracia.

Volvió a entrar a la casa para buscar sus zapatos y una bufanda porque el frío estaba un poco crudo. Caminó hacia la puerta y miró que los dos seguían discutiendo, así que aprovechó para salir y caminar hacia el bosque. No miró para atrás.

Martha y Jack compartieron unos cuantos gritos más. Él le devolvió el dinero y ella lo amenazó con acusarlo a la policía.

—No tienes que hacerlo, yo iré.

Ella le rogó para que no lo hiciera porque sabía que ella también quedaría involucrada. Estuvieron así unos minutos hasta que el móvil de ella sonó. Le hizo una señal de alto a Jack quien estaba listo para ir a la comisaría. El rostro de ella se descompuso por completo.

—Joder... La madre de Aina me llamó. Dice que ella se apareció a la comisaría. Estamos jodidos.

IX

Aina caminó tan lejos como pudo hasta que divisó en el horizonte, los pequeños edificios. Estaba ya en la ciudad. Fue hasta la autopista principal y se detuvo en una parada lejana. Esperó unos minutos y tomó un autobús.

Llegó a la comisaría ante la mirada sorprendida de la gente. No lucía golpeada ni débil, estaba aparentemente bien pero tenía la mirada perdida y triste. En seguida fueron hacia ella para bombardearla de preguntas. Poco después llamaron a sus padres.

La llevaron a una sala en donde la interrogaron.

—No lo sé. Lo último que recuerdo es que estaba en una fogata el día de mi cumpleaños. Pero todo lo demás, no lo sé.

—¿Crees que te hicieron daño?

Ella alzó la mirada.

—No. Estoy bien.

Después de más preguntas, las autoridades concluyeron que quizás sólo se trataba de una chica que había huido de su casa como acto de rebeldía. Firmaron unos cuantos papeles y la dejaron ir.

Sus padres no daban crédito de lo que había pasado. Su madre estaba en las lágrimas y su padre también. Su hija estaba bien y estaba a salvo. Ella, por otro lado, tenía la expresión muerta. Su mejor amiga la había traicionado de la peor manera y el hombre que le gustaba, también. El mundo, su mundo se había destrozado.

El camino de regreso a casa se sintió tan diferente a lo que había pensado, sobre todo porque quería decir que la fantasía terminó y de una manera abrupta. Ahora no sabía bien cómo iba a continuar.

Entró a su cuarto y sintió que ese ya no era su lugar. Pensó que estaba en un lugar extraño pero no sabía para dónde ir. Todo era extraño.

Horas después sus amigas se hicieron presentes, incluso Martha. Ella fue a abrazar a Aina y, sin poder evitarlo, ella se echó para atrás con un gesto de desdén. Se respiró la tensión en el ambiente y nadie sabía bien qué hacer.

Sin embargo, Aina, envuelta en la rabia, se acercó a Martha.

—No tienes por qué preocuparse...

—Aina...

—No me hables más ni me busques. No eres más bienvenida, Martha. Así que desaparecete.

Su madre trató de intervenir pero ella le dio una mirada fulminante.

—Déjalo, mamá... Vete, Martha. Vete. Le dijo apretando los dientes.

Martha entendió todo, supo que Aina ya sabía y que era mejor hacer caso a lo que le dijo. La miró irse y cerrar la puerta tras sí. Ya no hubo vuelta atrás.

Transcurrió el tiempo y Aina pareció volver a la normalidad. Sin embargo, parecía que había perdido un poco de su inocencia, un poco de esa alegría que tanto le caracterizaba.

Ella, por otro lado, estaba concentrada en que pronto se iría a la universidad. Estaba ansiosa y preparada en la próxima etapa de su vida.

—¿Estás segura, hija? Puedes esperar un poco de tiempo para ir. No es necesario que vayas.

—No, tengo que hacerlo. Es una oportunidad que no puedo perder.

La determinación de ella era de hierro. Nadie pudo convencerla de lo contrario.

Aina estaba decidida para dejar atrás ese lugar, quería irse, quería empezar de nuevo en otro sitio que no le recordara las cosas que habían pasado. Pero claro, eso era difícil. A pesar del dolor que sentía, todavía pensaba en Jack, pensaba en sus besos, en el calor de su cuerpo y en esa necesidad de ser su esclava, de ser de él siempre.

Trataba de calmar las ansias dando cortos paseos por la ciudad. Iba a la plaza central o algún café para despejarse la mente. A pesar de los esfuerzos, él seguía en su mente invadiendo sus neuronas. Era como una tortura.

Después de los reportes y de las noticias, el secuestro dejó de serlo para transformarse en desaparición extraña. Los psicólogos dijeron que quizás se trataba de un lapsus mental que la obligó a divagar por el bosque. Poco a poco, su rostro desapareció de las páginas de los periódicos y su nombre dejó de pronunciarse en la televisión y la radio. Lo cierto es que la vida comenzó a cobrar la normalidad.

No faltaba demasiado para irse de la ciudad cuando Aina volvió a salir en una de esas caminatas que tanto hacía. Se detuvo para sentarse en un banco y llevó su mirada hacia las montañas.

Trató de pensar en otra cosa pero no pudo, sintió la necesidad de ir hacia él, de hablar con él, pero no sabía si era lo correcto. De repente, dejó de pensar y comenzó a caminar hacia allí.

Después de un rato, se adentró en el bosque como pasó el día de su cumpleaños, con la diferencia de que ese escenario ya le resultaba familiar, así que sabía bien hacia dónde dirigirse. Siguió caminando hasta que vio a lo

lejos el humo salir de la chimenea. Él estaba allí.

Quiso alejarse y no volver más, pero sintió una fuerza de atracción más fuerte que la resistencia, así pues que se acercó hasta quedar frente a la puerta. Alzó la mano y cuando hizo el gesto de tocar, la puerta se abrió de repente. Era él.

Se miraron sorprendidos pero más lo estaba él. No se esperaba verla. Sintió que el alma le había regresado al cuerpo, sintió que todo tuvo sentido esta vez.

Ella quiso decirle algo pero no pudo, así que Jack se le adelantó.

—Pasa, pasa, por favor.

Aina le hizo caso y entró. De repente todos los recuerdos le vinieron encima y no pudo evitar sentirse un poco nostálgica. Siguió mirando y se fijó en unas maletas que no estaban muy lejos de la entrada.

—Sí... Estoy preparando todo para irme. Creo que ya llegó el momento.

—¿A dónde?

—Al sur. Creo que haré la prueba con un ambiente diferente... Aina... Yo.

—No quiero hablar de eso... No sé si estoy lista para hablar de ello.

Jack pensó en quedarse callado pero no quiso. Ella se había tomado la molestia de estar allí y quizás era señal de que quería respuestas.

—Aina, lo que hice no tiene nombre y menos por lo que hiciste por nosotros.

—No lo hice por ustedes, lo hice por mí...

—Aina... Todo esto cambió de repente para mí. Todo se volvió tan, tan diferente que no sé ni cómo explicarlo. Es la primera vez que me pasó algo así. Sí, no te miento, fue un juego para mí al principio pero las cosas tomaron un rumbo que no pensé... No imaginé... Y siendo sincero, ha sido lo mejor que me ha pasado. No lo cambio por nada.

Aina sintió que sus rodillas perdieron fuerza, sintió que no podía resistirse a esa mirada, a esa voz.

—Hice todo lo posible por odiarte, Jack. No tienes la mínima idea. Sin embargo, no pude sacarte de mi mente por más que hiciera el esfuerzo, por más que quisiera. Yo...

De repente él se acercó a ella y la miró fijamente. Ella comprendió que no podía luchar contra lo que estaba sintiendo ni el tampoco. Se miraron a los ojos y comenzaron a besarse. El calor invadió el cuerpo de ella, invadió su mente y su corazón. Se sintió de nuevo viva.

Sus brazos se apoyaron sobre esos deliciosos hombros y Jack de

inmediato colocó sus manos sobre el cuello y el cabello de ella.

—Estás aquí porque eres mía y porque yo soy tuyo. Tú eres mi esclava desde que nos vimos la primera vez. Yo soy tu Dominante en ese instante. Eso lo sabes.

—Sí... Es así.

Le respondió apenas entre los gemidos, entre los besos.

—No puedo más... No puedo resistirme más. Es como si sintiera una fuerza que me atrae a ti.

—Entonces no luches más...

Volvió a tomarla con fuerza y sus lenguas se entrelazaron para morderse y lamerse. Aina sintió que su ropa caía al suelo lentamente. Miró a Jack a los ojos.

—¿Qué pasará después?

—Lo sabremos cuando llegue el momento, de resto, sólo vivamos el presente, vivamos el hecho de que eres mía y que siempre lo serás.

—Sí... Siempre... Mi señor.

Borrada y Renacida

Dueño vs Esclava. Psicópata vs Manipuladora. Demonio vs Ángel

I

—¿Qué te parece si hacemos el informe hoy para llevarlo a la reunión de al mediodía? Quizás así adelantamos lo suficiente para evitar más retrasos.

—Bien, no hay problema.

—Por cierto, ¿crees que podrás quedarte un poco más tarde? Tenemos unos cuantos problemas en el sistema y sabemos que eres la persona que sabe más al respecto.

Se quedó pensativo por un momento pero luego recordó algo que no podía retrasar más.

—Lo siento, no puedo. Tengo un compromiso muy importante y ya lo he retrasado varias veces.

—Vale, está bien. Avísame cuando tengas listo el informe para llevarlo a la gerencia lo antes posible.

—Está bien.

Volvió a fijar la mirada a la pantalla con el mismo rostro de concentración y seriedad. Para ayudar a sentirse mejor, buscó los audífonos y procedió a escuchar un poco de Interpol, uno de sus grupos favoritos desde que era adolescente.

Mientras tecleaba y movía el ratón de un lado para el otro, su mente estaba maquinando en las cosas que haría después. De hecho, sí estaría ocupado en algo importante. No lo podía retrasar más.

Detrás de ese aspecto sereno y tranquilo, Dane era un hombre bastante particular... Y eso se debía a una razón importante: era un asesino en serie.

De chico, siempre sintió inclinación por el estudio de la anatomía y del funcionamiento de los animales y las personas. Incluso, sus padres pensaron que sería médico al crecer, por lo que le facilitaron esos juegos de química y de medicina. Los propósitos de Dane, sin embargo, era mucho más oscuros.

Primero experimentó con insectos y después con animales pequeños: ratas, ratones y hasta pájaros. Cada vez sentía la necesidad de ir más lejos y quiso probar con animales más grandes.

Por supuesto, sabía que eso estaba mal, o al menos era lo que presentía. Así que procuraba esconder muy bien las evidencias para que no lo descubriera. Por fuera era dulce y encantador, pero por dentro estaba dándole rienda suelta a un monstruo que estaba tomando forma de manera alarmante.

En la escuela, era el chico más brillante del salón. Participaba en olimpiadas de matemáticas y de literatura. Era líder del grupo de debate y de ajedrez. Sus maestros estaban orgullosos de él así como su familia. Era un niño ejemplar.

Sin embargo, no todo era sonrisas y diversión. Dane era objeto de burlas y maltratos de chicos en grados superiores. Fue un fenómeno que se presentó de un día para otro y que también lo tomó por sorpresa.

Un día, de regreso a casa, caminaba tranquilo cuando tres de los maleantes de siempre se le acercaron en silencio. Los miró y trató de pasar al lado de ellos pero uno le sostuvo del brazo con fuerza. Lo arrastraron a un pequeño bosque a pocas calles de su casa.

—Ea, aquí está el rarito de la clase. A ver, a ver, ¿por qué no usas tu cerebritito para librarte de nosotros? ¿Eh?

Lo empujaron con tanta fuerza que cayó en el suelo, quedando atontado. Durante todo ese tiempo permaneció en silencio y cuando se dispuso a ponerse de pie. Sintió una fuerte patada en el estómago, luego otra en el costado, y otra... Y otras más.

Destrozaron sus libros y cuadernos, así como el bolso. Lo dejaron con moretones y con la cara rota. Lo dejaron en el frío suelo de otoño, solo y humillado.

Él había tolerado los insultos de pasillo y las miradas hoscas, toleró los comentarios graciosos sobre su estatura y sobre el color de sus ojos que resultaba ser una rareza. Soportó todas las palabras en el silencio para no preocupar sus padres. Pero esto, esto era otro nivel.

Se incorporó con cuidado cuando escuchó algo quebrarse dentro de él. No eran los huesos, era su espíritu. Ya nunca sería el mismo.

Recogió sus cosas y caminó con cuidado hacia su casa. Se sorprendió del silencio, de la quietud a pesar que era temprano en la tarde. Al llegar, miró la puerta con hastío, no quería enfrentarse a las preguntas, sólo quería ahogarse en sus pensamientos.

—Hola, hijo, qué bueno que... DANE POR DIOS, HIJO, POR DIOS, ¿QUÉ PASÓ? HIJO, HIJO.

Su madre no paró de gritar. Su voz usualmente dulce y suave, sonó aguda y

desesperada. Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas y su cara comenzó a enrojecerse con violencia. Su cuerpo temblaba mientras que el de él estaba como siempre.

Ella lo tocó con cuidado y lo abrazó. Dane se dio cuenta de su estado por esa reacción. Bajó la cabeza y sintió vergüenza, vergüenza de haber tenido que soportar todo aquello por tanto tiempo. La rabia le nació en la boca del estómago y se desperdigó por todo el cuerpo. Esto no se quedaría así.

Fueron al hospital y lo internaron por dos noches. Tenía fractura en las costillas y un pómulo roto. Los médicos estaban preocupados por el estado físico y mental del chico ya que él no manifestaba nada, ni siquiera lloraba. Estaba en silencio absoluto.

Después de tanto insistir, se dio cuenta que era necesario manifestar alguna emoción para no meterse en problemas. Así que llamó a su madre y se permitió decirle el dolor de la humillación que sintió.

Por una parte fue un alivio para ella porque por fin su hijo demostraba alguna emoción.

—Tienes que decirnos quién fue, hijo. Esto no puede seguir así.

—No, mamá. No. Me harán daño.

—Entonces te cambiaremos de escuela.

Aquella frase fue como una estocada a su orgullo. No lo permitiría, no se iría a menos que se vengara por lo que le hicieron... Porque por supuesto que se las cobraría.

—No, mamá. Tengo que demostrar que soy también fuerte. No puedo irme así. No soy cobarde.

Sus ojos azules, claros y fríos como el hielo, quedaron fijos en los de ella. Por más que insistiera, por más que lo intentara, fue imposible convencerlo de lo contrario.

Al tercer día, ya estaba en casa. El dolor punzante de las costillas rotas le recordó que tenía que hacer un plan. Uno que elaborado y bien hecho, uno que no fuera a arrojar resultados apresurados. Tendría que tomarse toda la calma posible para que las cosas salieran bien.

Descansó esa noche con el objetivo en mente. Nunca más le harían eso. Ni ellos, ni nadie. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre la almohada con la decisión tomada. Iría al día siguiente a la escuela.

Tomó la mochila, sus nuevos libros y libretas y fue como siempre. Al entrar al salón, sus maestros estuvieron atentos a él, atentos a lo que tenía que decir. Sin embargo no recibieron nada de él. Dane actuó como siempre, siendo

el mismo chico inteligente y participativo.

Durante los días restantes, dividió su vida entre las tareas de la escuela y en el plan que estaba haciendo. Pensó que lo mejor que podía hacer era vigilar para conocer los hábitos y registrar los movimientos de los sus agresores.

Permaneció bajo perfil, procuró andar con cuidado y cambiar de ruta todos los días para que no lo volvieran a lastimar. Se necesitaba fuerte y ágil. Se necesita listo para hacer lo mejor que podía hacer.

Llevaba consigo una pequeña libreta. En ella, anotaba todas las rutinas de esos chicos. Descubrió que también molestaban a otros como él, incluso a las niñas más pequeñas. Les gustaba robarles la comida y arruinar los juguetes sólo por verlas llorar.

Se sintió más molesto, más indignado, sobre todo, porque nadie hacía nada por pararlos. Era algo que estaba a la vista de todos y nadie, nadie hacía nada. Se prometió que se vengaría no sólo por él sino por los demás. Total, era escoria y nadie se lamentaría por ello.

Verificó que no hubiera demasiadas alteraciones en su cronología para así pensar realmente en algo infalible.

Gracias a su interés en por la química, podía tener acceso a los laboratorios. Allí descubrió una fórmula con la que se había topado por casualidad mientras hacía algunos experimentos con el juego de química que había recibido de regalo de Navidad.

La misma la probó con animales y halló que provocaba vómitos y fiebre. Así que sintió la necesidad de llevar esos resultados a esos chicos. No sería mala idea después de todo.

Preparó tres tubos de ensayo y, cuando se echó para atrás, se dio cuenta que no era suficiente. Tenía que hacer algo más, pero qué. Ya se le ocurriría algo.

Iba de regreso a casa después de un torneo de ajedrez, cuando se topó con las risas de los tres a lo lejos. Los había seguido por tanto tiempo que ya podía reconocerlos de todas las formas posibles.

Se escondió detrás de un árbol para saber lo que sucedía. Estaban jugando con un perro. Los miró reír de verdad, reír de la felicidad. El perro iba y venía con una pelotita de goma y los tres estaban fascinados con el animal... Sobre todo el líder del grupo.

Esperó un momento más hasta que miró que los otros dos fueron despachados. Efectivamente era de él, el autor intelectual de lo que le había pasado.

Después de entrar a su casa, Dane se incorporó y pensó que tenía demasiada suerte. Aquello que estaba esperando, esa respuesta que necesitaba para dar el duro golpe, por fin se le presentó y de la manera más brillante. El perro sería la estocada final.

Esa misma noche preparó todo. Introdujo con cuidado los tubos de ensayo a la mochila. Tomó la libreta y miró los tiempos y el cronograma. Volvió a leer con calma para recordar cada paso. Sí. Todo estaba en orden.

Se acostó sobre la cama y miró el techo por un largo rato. Todavía le dolían los costados y el orgullo. Sin embargo, sentía que tenía que abstraerse de las emociones porque, de lo contrario, las cosas no saldrían bien. Era necesario tener la mente fría.

A pesar de que era otoño y que el invierno estaba haciéndose más presente, el sol salió y el cielo estaba despejado. Era un día precioso y muy bonito.

Después de prepararse, Dane bajó a la cocina con una amplia sonrisa. Su madre le acarició el rostro y se sintió mejor por saber que su hijo parecía mostrar, finalmente, un poco de mejoría.

Le dio su bolsa del almuerzo y le dio un beso en la mejilla.

—Ten un buen día, hijo.

—Gracias, mamá. Así será. Te amo.

Ella sonrió más satisfecha y Dane salió de la puerta con cobrando de nuevo esa misma expresión seria que lo caracterizaba.

Estuvo atento a la hora del almuerzo, tanto que al sonar la campana fue el primero en salir del salón. Llevaba dentro de su chaqueta los tres tubos con el líquido. Sabía que era demasiado y que quizá se le podría ir la mano, pero no le importaba. Sólo se imaginaba haciéndoles sufrir. Era todo lo que quería.

Fue a la cafetería manteniéndose en la misma actitud de siempre, en silencio y sin querer llamar la atención. Por suerte, el tejemaneje era demasiado como para que le prestaran atención.

Los tres se sirvieron grandes bandejas de comida. Después se sentaron y comenzaron a hablar entre sí. Dane estaba desesperado por encontrar una oportunidad hasta que algo pasó. Ellos se fijaron en un pequeño y comenzaron a molestarlo. Se levantaron de la mesa para ir a por él, así que Dane caminó ágilmente hacia las botellas de Coca—Cola que tenían.

Se tomó el tiempo, quería disfrutar el instante tanto como pudiera. Así pues que introdujo el líquido correspondiente y observó como el color quedó fundido con las burbujas de la gaseosa. Sonrió y se fue a su escondrijo.

Los vio regresar y esperó a que terminaran de comer. Al cabo de unos minutos, bebieron y engulleron todo como los salvajes que eran. Dane no podía consigo mismo. Llevó sus manos sobre la boca y salió corriendo. Cuando estuvo lejos, comenzó a reír a carcajadas. Fue tanto que le dio un acceso de tos y tuvo que parar por el dolor de las costillas. Aun así, era la mejor sensación que había tenido en mucho tiempo.

El timbre sonó para anunciar la salida. Dane tomó su mochila y fue al pasillo para irse a casa cuando escuchó un escándalo cerca. Miró el reloj y supo lo que estaba pasando.

Un pequeño grupo se concentró en un salón cercano. Hacía el esfuerzo de saber lo que sucedía hasta que se dieron cuenta que tres chicos del grado superior, estaban vomitando y quejándose en el medio del salón. Era un desastre. Una oda al caos.

Desde el fondo del pasillo, desde el silencio, Dane los miró retorcerse del dolor. Controló todo lo que pudo sus impulsos para no demostrar la emoción que sentía en el momento.

Se dio media vuelta y se fue. Quedaba otra cosa por hacer y tenía que aprovechar el máximo el tiempo que le quedaba disponible.

No faltó demasiado para que corriera el rumor de los chicos enfermos y de la extraña causa de sus malestares. Vómitos, fiebre y diarrea se alternaban como si fueran verdugos en los cuerpos de los tres. No se sabía la razón pero sólo quedaba esperar a que las cosas mejoraran.

—Hola, buenas tardes, señora. Soy Dane, un chico de la escuela. Vine a traerle algo a su hijo.

—Ay, querido. Qué dulce eres. Ven, pasa, pasa... Sube esas escaleras y ve a la primera habitación a la derecha. Qué bueno que lo visites porque sé que le hace falta un poco de compañía.

Dane sólo asintió mientras sostenía con fuerza lo que parecía una pesada bolsa de tela de color oscuro. Sonrió cortés y subió las escaleras. A medida que lo hacía, se percató del papel tapiz de flores, las fotos familiares ridículas y el olor a sopa que se le hizo insoportable.

Al llegar, miró la puerta y la empujó suavemente. El chico dormía con una notable expresión de disgusto.

Dane entró y cerró la puerta, puso el seguro y miró a su víctima. Quería dejarle el presente pero quería disfrutar el morbo que le despertaba el verlo enfermo, pálido y con la frente repleta de sudor. Ansió tanto tener una cámara y capturar esa imagen tan patética. Se sintió victorioso.

Carraspeó con fuerza para anunciar su presencia y poco a poco, los párpados del chico se abrieron. Sus ojos, después de enfocar, los abrió con sorpresa y desagrado.

—¿Qué haces aquí? —Escupió con desprecio.

—Vengo a dejarte algo. —Respondió con seriedad.

Abrió la bolsa de tela y se acercó al borde de la cama. Poco a poco la cara de odio del chico se transformó en genuino asco y dolor. Era la cabeza de su perro.

Morada y negra, repleta de moscas y de hojas, cayó sobre el suelo pesadamente. Tanto, que incluso la lengua salió de su boca.

Estaba tan impactado que no pudo gritar, su cara era una mueca de horror. En ese momento, Dane sonrió con una malicia que resultó más aterradora.

—Esto es lo que te va a pasar si me acusas o si dices alguien de esto. Tenlo por seguro que puedo hacértelo y a tus amigos. No me importará y sé que nadie te extrañará salvo la estúpida de tu madre.

Se acercó aún más, dejando la bolsa sobre la cama, manchándola con unas cuantas gotas de sangre que habían quedado.

—Si veo que te metes con alguien, lo que te pasará será 100 veces peor. Te lo juro.

Lo miró con la misma sonrisa estática y con esos ojos fríos, gélidos. Después, se echó para atrás y se giró con toda la tranquilidad del mundo. El chico sólo miraba la cabeza de su mascota, helado del miedo.

Esa misma tarde, Dane estaba en su casa mirando la televisión y comiendo un envase de palomitas. Estaba riéndose y disfrutando. No sólo por lo que veía sino también por la sensación de victoria. Su cuerpo estaba lleno de endorfinas.

Después de quemar la libreta y los tubos de ensayo, además de enterrar al perro a pocos metros de la casa del chico, Dane supo que nunca fue como los niños de su escuela. Fue un episodio que lo marcó para siempre.

Semanas después, supo que los chicos se cambiaron de escuela de manera misteriosa. Sin embargo, nadie los extrañó, tal como él lo pensó. La amenaza tuvo el efecto que quería.

Con el paso de los años, la personalidad de Dane se volvió más compleja que nunca. Seguía siendo brillante y ávido de conocimiento, pero también habían recrudecido sus tendencias psicópatas.

Por otro lado, su transformación también fue notable en el físico. Dejó de ser el chico pequeño, de baja estatura y flacucho para volverse altivo y muy

atractivo.

Gracias a su afición a la natación y al ejercicio, su cuerpo delgado se volvió marcado por los músculos. Su mentón se volvió cuadrado, dándole una apariencia varonil. La nariz recta, los labios un poco finos, la piel blanca y el cabello rubio espeso y tupido, enmarcaban los ojos azules claros. Ese era el rasgo más notable de su cara y por el cual la gente se sentía particularmente atraída.

Por supuesto, todo eso representó que se había convertido en el objeto de deseo de las chicas. Algo que le incomodaba puesto que se le hacía difícil interactuar con la gente sin sentirse incómodo.

No obstante, durante la universidad, tuvo que debatirse en la necesidad de matar y el ser un estudiante más. Sus impulsos eran cada vez más intensos y tenía que encontrar la manera de apaciguarlos. No podía más.

Por varios días trató de encontrar la solución hasta que, por aburrimiento, encontró un artículo en Wikipedia en una de esas noches en donde estaba más aburrido que nunca. Las palabras aparecieron como de milagro: BDSM.

Quedó inmerso en el artículo y, después de leer, quiso investigar más. Así que procuró meterse en foros y blogs para tener información más personal y se encontró con un mundillo interesante.

Los intereses e inclinaciones de la gente le hicieron pensar que siempre había cabida para las perversiones de todo tipo. Así que pensó que quizás esa era la solución a sus problemas. En uno de los foros encontró que próximamente se celebraría un meeting y pensó que aquella sería una oportunidad que no podía perder.

Pidió la invitación y esperó ansiosamente. Cuando el día llegó por fin, Dane estaba nervioso. No le gustaba ese tipo de eventos porque le generaba ansiedad, sin embargo, tenía la necesidad de hacerlo para darle un poco de paz a su mente.

Conocer mujeres no fue un problema para él gracias a su atractivo físico y al alcohol. Aunque se encontró con algunas mujeres hermosas, hubo una que le llamó la atención. Pelirroja, de grandes pechos y cintura pequeña. Sus ojos verdes contrastaban con la piel blanca de ella. Al momento de verse, él pensó que, después de todo, tomó la decisión correcta de ir allí.

Hablaron durante toda la noche e intercambiaron números y anécdotas de todo tipo. Dane estaba tranquilo de que por fin pudiera hablar con alguien que le produjera una sensación de bienestar. Ahora sólo faltaba que llegara la hora de la verdad.

Después de unas cuantas salidas y de la confesión de él de que era un inexperto en el tema, la chica le introdujo en el mundo del BDSM. Ella le dio el control porque era sumisa, así que le guió en el proceso para que sintiera cómo era controlar y dominar.

La palabra de seguridad, los trajes, el juego de roles, la intensidad de la interacción. Poco a poco, Dane supo cómo eran las cosas y comenzó a sentirse más cómodo al respecto. Al mismo tiempo, supo que le gustaba torturar, azotar y hasta la manipulación con el fuego. Era como jugar con su lado más oscuro, era divertido.

Aunque estaba complacido con esa dualidad, aquella relación no prosperó demasiado porque los dos estaban en posturas diferentes. Ella se había enamorado de él perdidamente pero Dane estaba concentrado en sus estudios y en lo que podía lograr a través del BDSM.

No se sintió muy interesado en las relaciones formales. Se sentía más cómodo con aquello que era más flexible y con lo que podía manejar sin demasiado protocolo. Le gustaba mucho la libertad y la soledad.

Esto último también le trajo una serie de inconvenientes que temía se agravaran con el paso del tiempo. Además, aunque el BDSM resultó ser un alivio interesante para sus impulsos asesinos, no funcionó por mucho tiempo.

Cada tanto, recordaba lo que vivió de niño. La planificación y la emoción de ver el plan consumado, el sufrimiento de las víctimas y el proceso de experimentar con seres que quedaban incapaces de defenderse ante él.

Esas imágenes se presentaban cada vez con más frecuencia. Era duro, era inevitable. Pasarían un par de meses después de su graduación, cuando se decidió por hacer una jugada para probar si realmente quería continuar con el camino como asesino.

Para ese momento, trabajaba en una firma contable. Mientras pensaba qué hacer, se fijó que en la oficina hablaban de un hombre que había violado a un grupo de niñas. Todos estaban horrorizados menos él. ¿La razón? Tenía la excusa perfecta para matar.

“Alentamos a todos los ciudadanos a que vean el retrato hablado de las víctimas y reporten de inmediato a este hombre a través de los números que colocamos a continuación. Es importante que demos con el paradero de esta persona para evitar más de estos atroces ataques”.

—Qué hijo de puta.

—Pobres niñas, qué injusticia.

—Ojalá que lo logren atrapar.

Todos sus compañeros decían palabras normales de preocupación. Demostraban emociones de repulsión e indignación. Él, mientras, memorizaba los rasgos del hombre, guardaba en su mente cada detalle para tenerlos presentes y recurrir a ellos en el momento que fuera necesario.

Poco a poco, en el silencio en donde se encontraba, casi podía imaginarse tener sus manos sobre él, destripándolo o cortándole la cabeza. Tenía tantas ideas, tantas maneras en su mente que casi pensó que el cielo era el límite.

Se quedó tranquilo porque sabía que era peligroso seguir alimentando esas ansias en un sitio como ese. No sabía quién lo miraba ni quién podía sospechar.

En cuanto terminaron de ver, cada quien fue a su puesto de trabajo, incluso él. Deseó más que nunca encontrarse con ese personaje y torturarlo hasta el cansancio.

Iba de regreso a su piso en las afueras de la ciudad cuando miró hacia la parada que estaba en el camino. Un hombre alto, calvo, de lentes y con mirada vacía, parecía mirar hacia la nada.

Dane se detuvo en seco y su mente le confirmó que su rostro era el del violador en serie. Sintió que había sacado la lotería. Se quedó entre las sombras para estudiar al hombre, para asegurarse de que era él.

De repente, miró un par de luces acercándose. Se alarmó cuando miró al tío cobrando consciencia del momento y alzando la mano para hacer que el autobús se detuviera. Así pues, pensó que era una oportunidad que no podía dejar de lado.

Fue corriendo, a pesar que esa ruta iba en dirección contraria, y se colocó un poco cerca del hombre. Se percató que él era más robusto pero Dane confiaba en su fuerza y sus habilidades adquiridas por el deporte.

Mantuvo la mirada hacia el frente aunque miraba el sujeto de reojo. Al parecer no le prestaba demasiada atención.

El autobús se detuvo y ambos subieron como si nada. Dane fue hasta el fondo para darle espacio al hombre y para que este no sospechara de él. Se sintió más vivo que nunca, era como cazar y jugar con la presa.

Estuvo atento a sus movimientos. De repente, escuchó el pitido de la parada y miró que el hombre estaba preparándose para bajar. Él también haría lo mismo.

Se bajó con el mayor cuidado posible y se fijó que se trataba de una calle solitaria e increíblemente oscura. Recordó la vez que seguía a sus agresores en el silencio y la paciencia. Así que imitó el gesto tanto como fuera posible,

sobre todo, porque se trataba de un tío que podía darle buena pelea.

Lo cierto es que estuvo caminando cerca de unos 10 minutos hasta que lo vio entrar a un edificio sucio y descuidado. Se quedó rezagado hasta que lo vio entrar. Le pareció prudente quedarse fuera para no descubrir sus intenciones tan rápido.

Permaneció entre las sombras y el frío de la noche hasta que se regresó por el mismo camino. Llegó a casa un par de horas después pero se sentía increíble. Tuvo un subidón de energía tan fuerte que pensó que le daría un infarto.

Reía, sonreía solo en el medio de la sala. No podía creer su buena estrella. Buscó una botella de cerveza para celebrar. Caminó hacia uno de los ventanales que daban hacia la calle. Bebió un sorbo y volvió a sonreír.

Sin embargo, imaginó lo que le pudiera haber hecho a las niñas y se le asomó una ira descomunal. Su interior era un cúmulo de fuego y rabia. Sin embargo, se consoló casi inmediatamente cuando pensó que lo mejor que podía hacer era planificar la muerte de ese hombre. Una que resultara dolorosa e interminable.

Como era un hombre sumamente organizado, elaboró un control de tareas. Después de trabajo lo seguiría para saber su rutina. Luego, usaría los fines de semana para el resto de lo que tenía pendiente: comprar cuerdas, una sierra nueva, tablas de madera y cal.

Esos días también los usaba para manejar su Camaro del 79. No lo hacía el resto de los días, porque pensaba que era una pérdida de tiempo dejar un coche como ese, estacionado todo el día en medio del caos. Sentía un profundo respeto por él, así que sólo lo usaba para ocasiones especiales o cuando necesitaba relajarse.

Iba por la autopista cuando hubo algo que le llamó la atención poderosamente. Era una valla que informaba sobre el alquiler de depósitos. Después de una rápida maniobra, entró al aparcamiento y fue directo a la oficina principal para informarse más al respecto.

La mujer que lo atendió se quedó impresionada con el atractivo de Dane. Alto, rubio, de ojos azules, delgado pero fuerte y con una presencia intimidante. Ella trató de recuperar el aliento para parecer natural y él, pues, sólo estaba interesado en la información.

—Eh, sí, sí. Este mes, la renta le sale en un 50% de descuento. Puede escoger el lote en donde quiere el depósito, y, además, también recibirá un candado especial para que sus objetos estén seguros.

—¿Podría ver cómo lucen en el interior?

—¡Por supuesto, señor! Tenemos un depósito modelo. Venga conmigo.

Salieron de la oficina y fueron a un depósito que estaba cerca. Después que la mujer encendiera la luz, Dane se adentró al lugar y no pudo evitar sonreír con lo que tenía frente a sus ojos.

El espacio era bastante grande y completamente cerrado. Tenía, además, varios enchufes y hasta un pequeño baño. Siguió caminando cuando finalmente pudo visualizar el sitio ideal para llevar a cabo su plan.

—Lo quiero.

La chica lo miró impactada. No pudo evitar sentirse feliz por hacer una venta.

—¡Excelente! Venga conmigo para firmar los papeles y hablarle de todos los detalles.

Después de una hora de conversaciones y de más, Dane firmó unos documentos que oficializarían que era el flamante dueño de un depósito. Como era de esperarse, escogió el lote más lejano para que no tener que lidiar con necias interrupciones.

Al subir la Santamaría, Dane se colocó en el medio del depósito y jaló una pequeña cadena de metal. De inmediato, se encendió la luz del techo. Como lo hizo anteriormente, se paseó con la mirada entusiasta. No podía esperar para ponerse manos a la obra.

Como sabía que tenía que apresurarse —y así no perder la oportunidad de capturar a su presa—, se dedicó a acondicionar su espacio. Gracias a su fuerza y a su talento natural, Dane pudo armar una especie de laboratorio forense.

Las paredes y el techo estaban revestidos de material impermeable, había un par de mesas de metal y un mueble que construyó con las tablas de madera que aprovechó para guardar la cal y otras herramientas. Después le daría otro uso.

Dejó el traje, las botas y los guantes de goma a un lado. Se echó para atrás y se fijó que casi todo estaba listo. Sólo hacía falta acondicionar un lugar para tener cerca su música. Era su manera de trabajar.

El inicio de semana pareció prometedor. Había invertido mucho tiempo y esfuerzo para tener todo listo, así que decidió que no esperaría más. Daría el golpe esa misma noche.

Había algo que no podía obviar, el tío era un criminal y aparte era de gran tamaño. Tendría que usar algo contundente para noquearlo y llevarlo consigo.

Ese mismo día, se introdujo en el oscuro mundo de Tor y pudo encontrar un vendedor de cloroformo.

Después de una rápida transacción, esperó encontrar el paquetito en su casa. Cuando miró la caja de color marrón, estuvo seguro que no faltaba demasiado para fraguar el plan.

Durante el tiempo que lo vigilo, Dane se percató que el hombre salía en la madrugada, así que tuvo tiempo para experimentar con el líquido y afinar los detalles.

Al terminar, tomó una ducha y se miró al espejo. Estaba serio como siempre pero pudo darse cuenta de ese destello de felicidad en los ojos. Por un momento sintió un poco de miedo pero después tuvo una revelación: esa era su naturaleza y no podía seguir negándola.

Tenía esa oscuridad que se escurría por las venas y que seducía sus neuronas en los momentos menos esperados. Pensaba, fantaseaba, imaginaba. La oportunidad perfecta para sentir que estaba vivo. Necesitaba esa descarga para seguir porque ya no deseaba ser un zombi más. No deseaba pretender una vida que no le gustaba.

Los cuerpos que tuvo consigo, las noches de sudor y de placer. Las veces en donde desconocidas ofrecieron su piel para que él las marcara, las oportunidades que tuvo para deshacerse por un momento de esa sombra que se posó sobre él desde la infancia. ¿Por qué seguir negando su existencia? ¿Por qué fingir que era mentira?

Volvió a sonreír, de nuevo comenzó a sentir la adrenalina por lo que sabía que tenía que prepararse para la función. Salió desnudo del baño para la habitación. Se colocó frente al clóset y corrió las puertas de madera oscura para ver lo que había preparado para esa noche.

Tomó un par de pantalones, una camiseta, botas de cuero. Todo de color negro, su color favorito, por cierto y también conveniente para una noche como esa.

Se vistió con calma, con paciencia, como respetando el ritual. Al terminar, tomó un pañuelo y el frasco en donde se encontraba el cloroformo. Los colocó en el bolsillo. En el otro, estaba su iPod. Todo estaba listo.

Bajó al aparcamiento para sacar el Camaro y dar con la dirección del hombre. Todavía tiempo a pesar que tenía una distancia considerable que recorrer. Vivir a las afueras de la ciudad tenía sus pros y sus contras.

Salió en medio del silencio de la noche con el rostro neutro, como siempre. Tomó la autopista principal y después giró hacia un desvío que lo

llevaría al vecindario del tío. Poco a poco disminuyó la velocidad para recordar las vías de acceso y así irse de allí lo más rápido posible.

Aparcó a pocas calles. Apagó el coche y sacó el paño y el cloroformo. Lo empapó y salió finalmente para esperarlo en la oscuridad.

Miró su reloj y cinco minutos después allí estaba. Echó un vistazo hacia los lados como para cerciorarse que no había nadie que no lo molestaría. El pobre hombre calvo y absorto, no se dio cuenta que tenía un depredador cerca.

Se dispuso a caminar cuando sintió un fuerte olor y un par de brazos fuertes sobre el cuello. Se sacudió tanto como pudo pero no resultó de ayuda. De a poco perdía la fuerza para después desvanecerse sobre el asfalto.

El cuerpo cayó pesadamente y Dane lo miró desde las arriba. Bien, primer paso completado, ahora comenzó lo verdaderamente bueno.

El brillo de una luz blanca le hizo que le dolieran los ojos. Cuando trató de moverse, se percató que estaba atado. Fuertemente atado. Antes de que le atacase el pánico, miró una figura alta, espigada, blanca.

Enfocó los ojos para asegurarse de que no se había equivocado. No supo qué sentir en cuanto lo vio porque pensó que era el ángel de la muerte.

Estaba seguro que algún día tendría que pagar por sus pecados, pero no sabía que sería tan pronto y menos así. Entonces no lo pensó dos veces, se preparó para gritar pero, aunque abrió la boca, no salió ningún sonido.

En ese momento, se acercó Dane vestido de un traje como los que usan en los laboratorios. Tenía una máscara con una mica de plástico. Cuando miró a su víctima, se quitó la protección y se acercó a él con lentitud.

—No vale la pena que lo intentes. Removí tus cuerdas vocales.

El pánico se le asomó por los ojos.

—Sí, debo decir que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hice y la verdad es que con humanos la cosa se complica un poco. Pero bien, debo felicitarme a mí mismo a los videos de medicina que pude encontrar. Por suerte aprender no ha sido un problema para mí.

El tipo comenzó a agitarse, a tratar de zafarse pero era imposible. Era como si su cuerpo estuviera soldado a esa mesa de metal fría. Sintió que algo le corría por las sienes, algo caliente, algo de olor metálico.

Dane le rebanaba el cráneo con una precisión mortal. No lo quería matar de una vez, estaba más bien empezando a divertirse con él.

—Es mejor que te sientas cómodo porque apenas estoy comenzando... — Volvió a acomodarse cerca de él— Creo que tuviste que haber pensado bien el haberle hecho daño a esas niñas, maldita escoria. Ahora sabrás lo que es el

verdadero dolor.

La frialdad de los ojos de Dane se acentuó. Aquellos ojos azules parecían casi blancos después de esas palabras.

De inmediato, la luz blanca se convirtió en la única compañera del moribundo... Hasta que la vida se disipó de sus pupilas. A ese punto, sólo era carne vejada.

II

—Me siento muy insegura, doctora. Cada vez que salgo con un hombre es como si no fuera capaz de expresarme con naturalidad, como si no pudiera sentirme libre y termino por convertirme en el reflejo de lo que ellos quieren.

—¿Por qué crees que sucede eso, Ana?

—No lo sé Me angustio cada vez que algún tío me invita a salir porque siento que deberé actuar según lo que creo le gustará. Es demasiado angustiante.

—Ana, tienes que tomar a fuerza de tu interior y permitirte ser tú. De nada vale que te sigas reprimiendo. ¿Recuerdas lo que hablamos la sesión anterior?

—Sí, lo sé.

—A ver, ¿en qué quedamos en esa ocasión?

La mujer de negro suspiró pesadamente.

—Que la relación con mi padre no fue sana pero que eso no quiere decir que se repita con otros hombres. Eso no debe dictar mi vida.

—Exactamente, Ana. Quedamos que harías ejercicios de repetición y veo que no les has prestado atención. Se supone que tú también tienes que ayudarte en el proceso porque de nada vale que me sienta a decirte cuál es tu problema si no tienes intención de solucionarlo.

La paciente volvió a suspirar porque sabía que era cierto todo lo que escuchó. No podía negarlo más.

—Entonces, Ana. Tomaré tu silencio como que tengo razón en lo que te digo. —Se acercó para dirigirle una mirada profunda— El paso más importante empieza por uno mismo. El que estés aquí quiere decir que te preocupa pero, de resto, no podemos hacer nada si no continuamos para lograr el objetivo.

La sesión terminó en lágrimas y más consejos y tareas. La mujer se fue un poco compungida y la doctora, de pie en el umbral, la despidió con una amplia sonrisa.

Después que cerraron las puertas del elevador, Scarlett se volvió hacia su asistente.

—Lucía, ¿viene alguien pronto?

—Mmm, dentro de una hora, doctora.

—Bien, supongo que podría tomarme un café.

—¿Vio las noticias?

—No, ¿qué ha pasado?

—Encontraron una caja de madera con las partes de un hombre adentro. El tío era el violador en serie que estaba buscando la policía.

—Madre mía, pero qué horrible.

—Sí, lo encontraron esta mañana en el muelle. Unos hombres que trabajan allí vieron la caja y se extrañaron. Cuando la revisaron, saltaron para atrás y llamaron a la policía... Si le soy sincera, doctora, ese hombre se lo merecía.

—Es terrible eso, Lucía. El ciudadano común no puede tomar la justicia en sus propias manos. Seríamos unos bárbaros.

—Doctora —Dijo Lucía abriendo los ojos como platos—, sé lo que quiere decir, pero también es un hecho de que ese hombre se escapó de esa justicia que nombra, varias veces. De seguir así, pudo hacer más daño del que hizo.

Scarlett se quedó callada. Por un lado, estaba segura que estaba en lo correcto, se debía respetar las estructuras y las normas. Eso era lo que estaba bien. Sin embargo, las últimas palabras de su asistente le hizo considerar un poco las cosas.

Trató de despejarse la mente con un café y así olvidar esa conversación que, al parecer, tuvo más influencia de lo que pensaba.

Scarlett era la niña prodigio que creció en un ambiente protegido, hermético y estricto gracias a sus padres que quisieron darle a su hija la mejor educación posible.

Por suerte, ella demostró tener una gran inteligencia por lo que siguieron esforzándose en recrear un ambiente sano e intelectual. Ella, por su parte, disfrutaba de los libros y el arte. Le gustaba pintar en sus ratos libres y era tan talentosa que incluso se pensó en dedicarse a eso.

No sólo era brillante, sino también hermosa. El cabello negro, largo, espeso; el rostro cuadrado que era suavizado por los labios gruesos y los ojos vivaces. Su piel también morena, siempre lucía como un manto brillante y delicado.

La combinación de ambas cosas, hacían que ella fuera una mujer irresistible pero también muy dura. Durante la secundaria, mientras sus compañeros ansiaban disfrutar de los besos de pasillo, ella sólo se concentraba en lograr las mejores notas. Por el afán de ser exitosa, de ser la mejor.

Muchos la invitaban a salir pero ella no tenía interés en las relaciones. Pensaba que la vida no sólo era el amor sino que también había cosas más prácticas que necesitaban atención. Así pues, no sólo estaba enfocada en la

escuela sino también en hacer dinero.

Comenzó a trabajar como cajera en una estación de gasolina después de estudiar. A pesar de las negativas de sus padres, Scarlett se valió de su talento natural y poder de convencimiento para que la dejaran hacer lo que quería. Era lo primero que demandaba tajantemente.

Después de tanto insistir, dieron su brazo a torcer y Scarlett comenzó a trabajar con la condición de que si bajaba sus notas, se iría en cuanto antes. Aceptó la propuesta.

Tuvo que ajustarse a los nuevos horarios, al cansancio y a las responsabilidades, sin embargo, sabía que sería temporal porque sólo sería cuestión de adaptarse. Tras unos meses, estaba bastante aguda. Incluso sus jefes le aumentaron el sueldo porque la consideraron una trabajadora excepcional.

Un día, le tocó cubrir el turno de la noche. Aunque no estaba muy segura, lo hizo por la paga. Sus cuentas iban muy bien y, de seguir así, no le faltaría mucho para comprarse un coche.

Estaba cerca de salir cuando un hombre encapuchado entró de repente y le apuntó la cabeza con un arma. En el local, aparte de ella, se encontraba una familia que había hecho una rápida parada para abastecerse y luego seguir.

Cualquiera podría estar asustado pero ella fue diferente. Lo único que le preocupó fue el bienestar de los niños y de inmediato cobró una actitud conciliadora.

—MUÉVETE, PUTA. DAME TODO EL DINERO, MUÉVETE. —Giró su cabeza y vio a los padres y los chicos— USTEDES TAMBIÉN. VENGA, VENGA.

El hombre agitaba el arma sin parar y Scarlett pensó que estaba nervioso, así que le comenzó a hablar con voz suave y tranquila.

—Claro que sí, no te preocupes. Aquí haremos lo que tú digas.

—MÁS TE VALE, PUTA, PORQUE SI NO TE REVIENTO LOS SESOS, ¿ENTENDISTE?

—Vale, pero, ¿qué tal si no asustamos a los chicos? Están cansados y quieren irse. ¿Qué tal si nos calmamos un poco? Es más, ten. Esto es un té que suelo tomar cuando estoy preocupada, porque tú estás preocupado, ¿cierto?

Ella le extendió una lata de té Lipton de limón que había apartado para sí.

—Bébelo, supongo que estás sediento. Venga. Corre por mi cuenta.

El tipo no sabía qué hacer, así que extendió la mano que tenía libre y abrió la lata con cuidado, sin dejar de apuntar. Bebió un largo sorbo y fue como si se

relajara de inmediato.

—Es que, es que me duele la cabeza. No he comido, no he dormido bien. SIENTO QUE ESTOY SIEMPRE EN UN MALDITO JALEO.

—Vale, entonces bebe un poco más. Si tienes hambre, puedo darte esto. Es un sándwich de pollo y es muy bueno. Creo que te gustará.

Poco a poco, casi por acto de magia, la agresividad del hombre se desapareció por completo. Dejó el arma en la encimera y se acomodó en una silla para comer. Estaba hambriento y desesperado.

—Oye, ¿los dejamos salir? Tienen que viajar y creo que tienen prisa. Prometo quedarme contigo, haciéndote compañía.

—Vale, que hagan lo que quieran.

Ella les hizo una señal para que salieran por la puerta trasera. Uno de los niños le hizo una última mirada antes de escabullirse entre las latas de sopa y las neveras repletas de gaseosas.

Regresó a la caja y se quedó mirando al hombre comer. Al cabo de unos minutos, la policía y sus padres habían llegado. Entraron tranquilos porque el hombre era una bestia que estaba ya bajo control.

Después de saludar a sus padres y de dar la declaración a la policía, Scarlett descubrió finalmente que quería ser psicóloga. El haber podido controlar la situación con toda la frialdad del mundo, le hizo tomar la decisión que se presentó ante ella como una especie de revelación.

Aunque sus padres no pudieron evitar la incipiente independencia de Scarlett, volvieron a tomar esa conducta sobreprotectora y se la llevaron a otro lugar, muy lejos del caos de esa ciudad “peligrosa para su hija”.

No le faltó mucho para graduarse así que no representó un salto muy abrupto. Dos años después, estaba encaminándose hacia la universidad.

Fue la ocasión perfecta para ella en todo sentido. No estaría bajo la constante supervisión de sus padres y tendría la oportunidad de conocerse a sí misma en un plano más profundo. Pasó años siendo la mejor, empeñada en ser una historia de éxito y, luego de haber alcanzado ese aspecto de su vida, quería experimentar ámbitos un poco más banales.

Debido a su intelecto y a su atractivo, Scarlett comenzó a codearse entre los círculos intelectuales más importantes de la universidad. Asistía a talleres y conversatorios sólo para los profesionales, iba a fiestas elegantes y reuniones de alto nivel.

Al mismo tiempo, también vivía la experiencia universitaria al estar con chicos de su edad. Se encontraba en los dos mundos y le encantaba.

En esa misma época, hizo un cambio radical. Dejó atrás su largo y espeso cabello negro para cortárselo tipo pixie. Para ella, era algo que necesitaba hacer para en, definitiva, dejar atrás la niña que había sido.

Sus padres, al verla, condenaron el hecho a que se debía al libertinaje a la estaba expuesta su hija en la universidad. Otro comentario que la convenció que lo más importante que tenía que hacer, era alejarse de ellos lo más que pudiera.

En el ínterin del florecimiento social, Scarlett también se dedicó a explorar el mundo del amor. Aunque en términos generales concebía las relaciones formales como una verdadera lata, se enamoró de un profesor bastante reconocido de la institución.

Ambos salían a cenar, discutían los tópicos de la próxima clase y conversaban sobre los valores éticos que se habían perdido en la profesión. Las charlas la hacía sentir poderosa, inteligente y segura. Ese hombre le hacía caminar por las nubes.

Con él, probó una serie de situaciones que la sacaron de su zona de confort. Drogas, tríos y orgías. Incluso cruzó el límite de lo convencional y experimentó el BDSM.

Por un momento se sintió abrumada y un poco incómoda por los resultados que podría arrojar esa situación tan extrema. Por supuesto, olvidó que estaba junto a uno de los psicólogos más prestigiosos de la universidad y de la ciudad. No había que temer.

La relación Dominante y sumisa que se desarrolló entre los dos fue muy intensa. A veces, tenían que guardar las distancias para que la gente no percibiera que estaban juntos. Sin embargo, existe un dicho que reza: “hay dos cosas que se pueden ocultar, el amor y el dinero”.

Scarlett lo vio como su hombre ideal. Cada vez que hablaba, cada vez que la tocaba o la miraba, era una expresión de aquello que presentía era el amor. Era persona perfecta para él.

Con el paso del tiempo, ella comenzó a sospechar sobre él. Una serie de cambios repentinos la dejaban descolocada. Antes salían a cenar y a fiestas, pero después recurrieron a encuentros clandestinos, a actuar como adolescentes que no querían ser descubiertos. Algo estaba mal.

Trató de hacerle frente con preguntas crudas y en momentos inesperados. No obtuvo respuestas. Más bien recibió evasivas que fingió ignorar pero se acumulaban lentamente en su mente.

Finalmente, había llegado el momento de la verdad. Scarlett encarnó la

figura de mujer engañada y decidió seguir a su amante para saber lo que estaba sucediendo. Por dentro, tenía la sensación de que tenía a otra mujer. De ser así, ¿por qué no decirle? Ambos eran adultos y podían ser francos al respecto.

Ella tomó la postura más racional que pudo para protegerse a sí misma. Así pues, paseó de un lugar a otro sin encontrar nada particularmente alarmante. Al sentirse confundida pero dispuesta a regresar a casa, vio algo que la sacó por completo de su estabilidad.

Él estaba acompañado por una mujer, sí, pero también de un par de niños que gritaron al verlo: “¡Papá, papá!”. El corazón de Scarlett se rompió allí mismo. El hombre que amaba tanto, el hombre que le enseñó que podía ser una mujer segura e independiente, el mismo que le hizo sentir emociones intensas, estaba casado.

Aunque quiso irse, permaneció plantada en el suelo como si estuviera soldada a él. Sus ojos se enfocaron en el brillo del anillo de oro y en esa sonrisa que le lapidó la suerte. Estaba feliz, genuinamente feliz.

El dolor la embargó por completo, no sabía qué hacer. Encontró irónico que los libros hablaran de las sensaciones y las emociones con precisión técnica, que describieran al ser humano como un cúmulo de sentimientos que nublaban su juicio. Aquello que ella encontraba tan primitivo, ahora carcomía cada centímetro de su cuerpo.

Comenzó a llorar en silencio. Se separó del vidrio del restaurante y dio media vuelta. Entró al coche y lo miró por última vez. Miró cómo su vida se disipaba en el medio de la noche. Miró hacia el frente y encendió el coche. Pisó el acelerador para alejarse de él, para alejarse de todo eso.

Después de un tiempo, Scarlett se convirtió en una mujer práctica. Las relaciones las limitaba a lo carnal y de vez en cuando a un encuentro que comprometiera una cena. De resto, sus sentimientos estarían resguardados en ese exterior amable, divertido pero impenetrable.

Se permitió andar con toda clase de hombres, más por cuestiones de saber si tendría la posibilidad de volver a experimentar esa electricidad que la hizo vibrar en el pasado. Si no encontraba algo que la satisficiera, lo desechaba de inmediato. Allí salía a relucir el pragmatismo de siempre.

Por otro lado, le iba estupendamente en lo profesional. Después de la universidad, trabajó en un hospital en el departamento de Psicología y Psiquiatría. Al mismo tiempo estudiaba para una especialización y, al terminar, ya contaba con varias opciones de trabajo.

Tras varios años trabajando como asociada en varios consultorios, montó

el suyo por esfuerzo y gracias a los contactos que hizo durante sus años de estudiante y pasante. No se esperó tener una importante cartera de clientes. Estaba más que emocionada.

Ahora se encontraba sentada en el medio de su consultorio tomando un café y pensando que tendría que llamar a sus padres. Era una tarea que se había autoimpuesto pero que tenía que hacer más por el compromiso que por el gusto de hacerlo.

Cuando se disponía a preparare para la siguiente sesión, recibió una llamada.

—Dra., hay una empresa interesada en contratar sus servicios para hacer sesiones grupales en una firma contable.

—Bien, pásame la llamada, por favor.

III

Dane miró la pantalla del televisor de la sala con una sonrisa en los labios. Miró la caja de madera que había construido en medio del muelle y rodeada por un grupo de policías que tomaba fotos y hablaban entre sí.

Apagó el aparato cuando miró la hora, era momento de irse a trabajar. Tomó el abrigo y el maletín de cuero. Salió sintiéndose más feliz que nunca.

Por varios años enterró la necesidad de matar para poder tener una vida “normal”. Sin embargo sabía que aquello no era posible. Que esa sombra lo perseguiría por siempre, por más intentos de zafarse de ella.

Ahora, que finalmente había admitido su condición, se sintió más sincero consigo mismo. También se había quitado un peso de encima.

Por supuesto que tendría que asegurarse de perfeccionar la técnica pero ya había comenzado la puesta en marcha. No habría nada que lo detuviera.

Salió a la calle y se enfrentó al tráfico de siempre. Los coches, el caos y la gente empujándose entre sí en esa lucha constante de quién llega más rápido que quién. Él se mezclaba entre todos, él se juntaba como si fuera un hombre común cuando no era así. Sabía que no era así.

Disfrutaba poder camuflarse entre la miseria y la vida aburrida de los demás. Disfrutaba verlos a los ojos y descubrir que ellos también odiaban su miserable vida condenada a la rutina. Él, en cambio, estaba en plena felicidad. Estaba consciente que la sociedad nunca entendería aquello que formaba parte de él, como una necesidad imposible de quitarse de encima.

Llegó a la oficina y tras una conversación breve con su jefa, fue hacia su oficina para disponerse a trabajar como siempre. Ya estaba pensando en el próximo movimiento que haría para satisfacer sus impulsos más oscuros.

—Oye, Dane, casi olvido comentarte algo. La gente de Recursos Humanos organizará unas sesiones para los diferentes departamentos. La psicóloga vendrá en unos días para nuestra sección. Seremos los primeros.

—¿A qué se debe eso?

—No lo sé, quizás majaderías de esa gente. Ya sabes cómo son. En fin, que no se te olvide. Hay que estar bien temprano.

—Vale.

Se quedó de nuevo solo y pensativo. Trató de comprender las inclinaciones de traer a un psicólogo, incluso le pareció divertida la idea de estar con alguien que jugase a analizar a la gente para decirle después cómo

son. Imbéciles, según él.

Dejó sus cosas cerca del escritorio y se dispuso a encender la computadora. Mientras esperaba, miró su reflejo en la pantalla negra. Estaba muy contento. Vaya que sí.

Todos los departamentos se enteraron que pronto les visitaría una psicóloga. La idea causó reacciones dispersas ya que algunos pensaban que aquello realmente era una pérdida de tiempo. Otros, mientras, decían que era una forma de la empresa de mostrar preocupación por ellos, así que no estaba mal.

A Dane le daba igual, sobre todo porque estaba en marcha de planificar su próximo asesinato. Había seleccionado un tipo con antecedentes de violencia doméstica. De hecho, hacía pocos días había sido absuelto por “falta de pruebas”.

Estudió su rostro y buscó la dirección en donde vivía para encontrarse con él en una de esas noches. Sólo le faltaba reponer un poco más de cloroformo y listo. Cualquier noche sería la perfecta para llevar a cabo su plan.

Su mente estaba concentrada en la fantasía que le producía en tener el poder de esa vida miserable entre sus manos. Fue por ello que no escuchó que su jefa lo llamaba constantemente.

—Hey, HEY, DANE.

Se espabiló y no pudo evitar sonrojarse por la pena.

—Lo, lo siento. Estaba pensando en otra cosa.

—Ja, ja, ja. Ya vi. No te preocupes. Hey, es para que vengas que la reunión con la tía ya está por comenzar. Es en la sala de conferencias. Vamos.

Se levantó de la silla con cierto aire cansado porque le producía tedio el encontrarse con una loquera. Comenzó a imaginar que se trataría de una mujer mayor con aire de pánfila y voz suave que los haría hacer esos jueguitos tontos para conocerse mejor.

Caminó por el pasillo con ese aire de hombre autosuficiente hasta que comenzó a vislumbrar el grupo de sus compañeros dispuestos en círculo.

—Típico. —Se dijo para sus adentros.

Siguió hasta encontrarse con una silla vacía en la esquina. La tomó lentamente y la llevó hacia un espacio que habían dispuesto para él. Luego de sentarse, esperó a encontrarse a lo que pensaba sería la persona encargada de que perdiera el tiempo olímpicamente.

—Buenos días. Disculpen, estaba buscando mi agenda para anotar la sesión de hoy.

Dane giró la cabeza y se encontró con una mujer hermosísima. No muy alta, morena, de cabello corto y negro y lentes de pasta. Tenía una amplia sonrisa y los dientes blancos, muy blancos.

Después de ese primer impacto, miró todo lo demás. Tenía una blusa negra de mangas largas ajustada al cuerpo, lo que dejó ver esa figura de reloj de arena. Sus caderas anchas y piernas gruesas cubiertas por unas medias negras. Tacos altos del mismo color y un andar suave.

Siguió sonriendo, dejándolo a él aplastado con ese gesto. No sabía qué hacer. Era la primera vez que sentía algo así.

Estaba tan embebido que no escuchó que el resto también le respondió los buenos días. De repente, carraspeó un poco luego de darse cuenta que estaba quedando como un grosero. Luego respondió casi de manera inaudible.

—Muchas gracias. Me llamó Scarlett Wood y soy psicóloga y he tenido la oportunidad de trabajar con niños, adolescentes y adultos. Las sesiones grupales, sin embargo, las disfruto muchísimo porque me nutro de la dinámica que se desarrolla al momento de comenzar. Estaré aquí por unos días y para tratar de hablar con sus departamentos y así saber cómo pueden mejorar el ambiente laboral. Así pues, comencemos.

Dane seguía envuelto en ese velo de asombro y admiración. Le gustó su forma de hablar, la manera en cómo movía las manos para hacer énfasis en un punto importante, incluso el pequeño ladeo que hacía antes de cruzar esas piernas de infarto.

Por dentro, estaba como un caballo desbocado, deseoso de saber más de esa mujer. Sin embargo, mantuvo la expresión neutra lo más que pudo. Se echó para atrás y cruzó las piernas. Sabía que eso le llamaría la atención.

—Bien, hay algo que me gusta mucho en particular y tiene que ver con escuchar las impresiones de cada uno sobre su trabajo y sobre todo de sus compañeros. Así que, seré una buena chica hoy esperaré al primer voluntario para que me hable un poco cómo se siente al respecto. Ojo, debo acotar que aquí no existen preguntas correctas o incorrectas. Todos tienen derecho a sentirse libres y cómodos con lo que expresen. Siempre y cuando respetemos al otro, ¿vale? Así pues... Veamos.

Para sorpresa de Dane, hubo más que un par de manos alzadas y las cosas comenzaron a marchar. Él, mientras, se mantuvo en silencio mirando todo desde la distancia. De vez en cuando estaba fijado en ella, como si quisiera llamarla con la mirada.

Pero no, no obtuvo nada. Sólo escribía en su cuaderno y cada tanto

intervenía para hacer preguntas o cualquier comentario.

Él pensó que había sido ignorado por ella pero no eran tan cierto. Minutos antes, Scarlett lo vio y sintió como si hubiera recibido un golpe en el estómago. Ese hombre alto, rubio, delgado y de ojos azules tan fríos, la hicieron sentir intimidada.

Sin embargo, sus años como psicóloga la enseñaron a escurar sus sentimientos e impresiones de la mejor manera posible. No fue fácil, claro. Tenerlo casi al frente era una verdadera prueba de fuego.

Esas piernas largas cruzadas y los brazos también. Era obvio que estaba cerrado a la comunicación. Pero estaba intrigada, muy intrigada. Quería saber lo que pensaba, lo que quería, lo que añoraba.

Ella paseaba su cabeza entre los presentes con la intención de no encontrarse con esa mirada tan fría y penetrante. Pero él tenía algo que no podía explicar, una especie de magnetismo que la hacía sentir atraída hacia él por más que quisiera evitarlo.

Al final, quedó todo en silencio y fue cuando por fin ambos intercambiaron miradas. ¿La razón? Alguien había hablado sobre Dane.

—A ver, cuéntame, sé más específico.

—Dane, tío, no te vayas a ofender porque de verdad creo que eres trabajador y buena persona pero venga, a veces es difícil hablar contigo, tío. Uno quiere conocer a sus compañeros para tener un ambiente agradable pero es a veces un poco complicado cuando no puedes...

Dane lo miró con desdén. Cosa que no pudo evitar porque sucedía que era un compañero que solía hacer escándalos en la oficina.

Se quedó un momento en silencio hasta que tuvo que tomar impulso para responder, aunque no quería.

—Pues, lo siento mucho pero la verdad es que la interacción social no es lo mío. Ha sido así desde que soy chico. Y, francamente, no le veo ningún problema.

Scarlett permaneció callada por dos razones. Estaba interesada en saber cómo se desarrollaría los acontecimientos y también porque encontró la voz de ese hombre sumamente sensual.

En ese momento, intervino la jefa de Dane.

—Puede que haya un poco de razón de eso pero he decir que Dane es una gran persona. No sólo es sumamente responsable en el trabajo sino también atento y respetuoso con los demás. Lamento diferir, pero creo que debemos respetar la personalidad de los que estamos aquí. No a todos se nos hace fácil

eso de socializar...

—Claro, claro, pero creo que valdría la pena que él haga un esfuerzo porque, hombre, es un poco complicado, eh.

—No le veo lo complicado.

De repente, se sintió una especie de tensión en el lugar. Dane odiaba ser el centro de atención y menos por una tontería como esa. Pasó años de su vida tratando de pasar desapercibido con el fin de ocultar ese ser oscuro y nefasto que estaba dentro de sí. Estaba a punto de ebullición.

En ese momento, intervino Scarlett.

—Vale, bien. No es necesario que llevemos esto muy lejos. Está muy bien la recomendación y también el punto de Dane. Lo importante es que encontremos un punto para equilibrar las cosas. Pero, como dije, aquí no hay respuestas correctas o incorrectas.

Dane, manteniendo la distancia de siempre, escondía la ira dentro de sí. Lo único que lo mantenía calmo eran los pensamientos de rebanar a ese gordo para dejar que su cuerpo se pudra en el medio de la nada.

La sesión terminó mucho mejor de lo que se pensaba. De hecho, casi se podía pensar que el conflicto pasado quedó allí, en el pasado, porque todos se levantaron con una sonrisa. Por supuesto, Dane estaba silencioso como siempre.

No obstante, ese silencio correspondía a una sola cosa: miraba a Scarlett minuciosamente, como queriendo desentrañar sus más oscuros pensamientos. Porque algo le decía que era así, que ella poseía algo que escondía detrás de esa sonrisa amable y dulce.

Aunque no era muy diestro con el contacto con otras personas, tuvo el impulso de acercarse a ella a pesar que estaba rodeada, principalmente del gordo impertinente. Quiso apartarlo y sólo concentrarse en ella.

Por supuesto, no podía hacer eso porque se caería esa fachada de hombre controlado, así que optó quedarse apartado como siempre, pensando en lo cómo podía realizar un encuentro para hablar con ella debidamente.

—¿Qué te pareció el asunto? —Preguntó su jefa con una sonrisa.

—Con algunos giros inesperados.

—Nunca dudes de la capacidad de otros de hacerte sentir que formas parte de una novela. —Los dos rieron. —Mirad, aquí está el número de la doctora. Francamente me gustó mucho cómo fue todo. ¿Y a ti?

De repente, vio la secuencia de números como si estuviera frente a un precioso descubrimiento. Esa era la oportunidad que había esperado y ahora

se le presentaba de la forma más sencilla posible. No pudo esbozar una sonrisa.

—Sí, fue interesante.

—Ella está entregando esto, ¿quieres este?

—Sí, no estaría mal. Quizá vaya con ella a que me diga qué tal loco estoy.

—Esto último lo dijo casi sin pensarlo, como si viniera directamente de sus entrañas.

Su jefa volvió a sonreír pero quizás un poco incómoda por ese toque de sinceridad. Así pues, le extendió la tarjeta sin más protocolo.

—Esperemos a ver qué te dice. Aunque creo que más de uno debería verse con ella. —Señaló al compañero gordo y conflictivo que todavía estaba expresando lisonjas a la mujer.

Dane se quedó allí unos minutos más pero luego se fue al darse cuenta que no tendría oportunidad de hablar. Sin embargo, sí se dio cuenta de algo importante, mientras estaba allí, ella también le dirigió unas cuantas miradas. Unas fugaces pero también intensas, o al menos eso fue lo que él percibió.

Mantuvo las manos en los bolsillos para asegurarse que allí tenía ese trozo de papel. Lo palpó entre los dedos y por un momento deseó que aquello fueran los labios de ella. Cerró momentáneamente los ojos para recrear un poco ese momento. Suspiró y luego se encaminó hacia su oficina. Había cosas por hacer.

—Muchas gracias por venir. Esta fue nuestra primera vez así que me disculpo por los incidentes.

—No se preocupe. Suele pasar, sin embargo, todo se dio después mucho mejor de lo que esperaba. Déjeme decirle que tiene un buen equipo de trabajo. A muchos los veo comprometidos con su trabajo y con los demás.

—Pues, eso es excelente. Me alegra saber eso.

La jefa de Dane y Scarlett se estrecharon la mano y se despidieron cordialmente. Antes de salir, Scarlett giró la cabeza para buscar algo entre sus cosas y de reojo miró el perfil de ese hombre rubio e increíblemente atractivo.

Estaba hablando con alguien y, al parecer, estaba explicándole algo. Se veía tan sereno y a la vez tan sensual que ella se preguntó si él era real. Detalló rápidamente las mangas arremangadas, la corbata lavanda y los pantalones negros perfectamente planchados.

Su perfil era como si hubiera sido tallado por Bernini. La nariz, el mentón, la frente y la quijada. ¿Él estaría consciente de lo guapo que era? ¿Sospecharía que desde el primer momento en que lo vio se sintió como una adolescente?

—Qué tonta soy... —Se dijo para ella misma aunque no le importaba demasiado.

Llegó a la oficina en cuestión de minutos. Por suerte, no había demasiado tráfico así que se ahorró la típica molestia de tener que quedarse en el coche por largas horas, escuchando un programa soso de radio.

Saludó a su asistente y entró a la oficina para concentrarse en las anotaciones que había realizado. Debía entregar un informe a la jefa de Recursos Humanos de la empresa, por lo que se disponía a hacerlo con rapidez para tener se asunto listo.

Revisó su letra y resaltó unos cuantos puntos. Se sintió cómoda así que movió el ratón y comenzó llenar un formulario que ya había hecho para vaciar la información. A medida que escribía, se le apareció de repente la imagen de aquel hombre misterioso y tranquilo que estaba prácticamente frente a ella.

El cabello tan rubio y los ojos azules de un tono que no había visto jamás. No sólo era guapo sino también tenía ese algo que parecía perseguirla sin parar. No podía exorcizarse de esa imagen por más que lo intentara, por más trabajo tuviera por hacer.

Terminó porque se obligó a sí misma hacerlo. Se apartó del escritorio y caminó hacia un par de sillones frente al ventanal. Su espacio favorito para leer y para revisar los apuntes después de las sesiones.

Aunque no lo pareció, Scarlett sí notó la presencia de él más allá de su atractivo físico. Los demás hablaron menos él, de vez en cuando emitía alguna sonrisa ante un comentario gracioso pero, de resto, estaba serio. Bastante serio.

Algo que también le llamó la atención fue la forma en cómo abordó el tema de su interacción social. De todo lo que se había hablado, eso en particular fue lo que más le molestó... Más por haberse sentido cuestionado.

Se quitó los lentes para poner en marcha su cerebro. Recordó la forma en cómo estaba sentado y en los pocos gestos con el cuerpo. Se le hizo evidente que era alguien que limitaba el trato con los demás pero quería saber la razón.

De repente, sintió algo extraño. A lo mejor se trataba de alguien que estaba escondiendo algo muy oscuro, tanto que era necesario marca una distancia importante para que no lo notaran, pero, ¿qué sería?

Cerró el cuaderno y se echó para atrás. Deseó con todas sus fuerzas que él se presentara para hablar con él...

IV

Arrastró el cuerpo con un gancho de hierro hasta dejarlo en medio de un bosque alejado de la ciudad. El esfuerzo le hizo detenerse un momento para tomar un poco de aire. Respiró profundo y siguió hasta que lo dejó cerca de un desfiladero. Pronto los animales carroñeros se encargarían de él.

Con los guantes negros todavía en sus manos, con el traje oscuro que lo confundía con ese panorama nocturno, Dane no pudo evitar alzar la vista hacia el cielo y fijarse en el brillo de la luna.

Estaba tan intensa y grande que era casi como sentir la posibilidad de tocarla con sus dedos. Sólo bastaría estirar la mano y alcanzarla. Volvió a cerrar los ojos, volvió a suspirar.

Comenzó su regreso hacia la vía principal, en donde había aparcado el fiel Camaro negro. Se sintió más relajado por el sonido de las hojas secas debajo de sus pies y porque por fin había realizado lo que tanto había esperado hacer.

Al principio, se prometió a sí mismo que sólo serían unos tres. Sería un acto de amabilidad hacia sí mismo y hacia la ansiedad que le producía la necesidad de dejar suelto ese animal que era él...Pero no pudo. Era demasiado adictivo.

Hacia pocos metros dejó atrás a la quinta víctima en casi un mes y medio. Se sorprendió de lo rápido que pasaba el tiempo. También le pareció que era una máquina y que, de seguir así, sería sumamente peligroso para él.

Llegó por fin a la carretera y caminó rápidamente hacia el coche que parecía esperar por él. Se subió y giró las llaves, pisó el acelerador y tomó el volante con ambas manos. Fue camino hacia la rutina, hacia la vida normal.

Mientras conducía, podía recrear las voces de los reporteros que no paraban de decir la preocupante situación que representaba la presencia un asesino en serie a pesar que mataba a todo tipo de criminales.

Un pedófilo, dos agresores contra mujeres, un traficante de drogas y un ladrón involucrado en la trata de blancas en algún pueblo perdido en Filipinas habían pasado por sus manos para morir de las peores formas posibles.

Gracias a lo que había estudiado de niño y adolescentes, dejó rienda suelta a esa imaginación y talento médico para torturar y diseccionar los cuerpos como más se le antojó. Estaba en el cielo.

No obstante, aunque había logrado cierto grado de paz espiritual, estaba algo todavía pendiente para él y que quería retomar: Scarlett.

Después de verse en la oficina, ella regresó en varias ocasiones pero no tuvieron la oportunidad de cruzarse ni siquiera por casualidad. Quiso verla pero también fue un ejercicio para saber si lo suyo era un capricho o algo que de verdad tendría que dedicarle tiempo.

A pesar de esa distancia autoimpuesta y de todo lo que había pasado, además, Dane concluyó que quizás no era mala idea planificar una cita con la psicóloga. A lo mejor ella descubriría si realmente estaba loco.

Llegó en medio de la noche a su casa. Encendió la luz y dejó las llaves casi con desinterés sobre la mesa de la entrada. Siguió de largo y fue hasta la cocina para abrir la nevera y tomar una cerveza que estaba allí.

—Tengo que comprar más.

La destapó lentamente porque encontraba placentero el sonido del gas saliendo de la topa. Al final, la dejó por ahí y se dispuso a beber un largo sorbo. Estaba sediento.

Salió de allí y caminó hacia la sala, paseándose en el piso que acaba de mudarse recientemente. Le gustaba la vista hacia la calle y los ventanales. Le hacía sentir importante.

Se sentó finalmente en el sofá con la botella en la mano y con la mirada perdida en el espacio. La pared blanca frente a él era la única acompañante además de la oscuridad.

A pesar de su exterior, realmente estaba excitado, emocionado. Adoraba sentir la adrenalina que quedaba en su cuerpo después de matar. Era como recibir toda la energía de mundo para guardarla en su cuerpo.

Después, la imagen de Scarlett invadió de nuevo su cabeza. Esas caderas, esa cintura pequeña, esa forma en cómo miraba a los demás y cómo esquivaba sus ojos para encontrarse con los de él. La forma de sus piernas y la forma de caminar.

A pesar del tiempo, a pesar de los encuentros que no se dieron, él todavía pensaba en ella. Pensaba en que quería acercarse y saber sobre esa mujer.

La idea se le sembró como de manera obsesiva. Estaba determinado, tanto, que se levantó de golpe y fue a tomar el móvil. Cuando lo tuvo en sus manos se dio cuenta que era un absurdo en llamarla y menos a esa hora. Lo pensó mejor.

En vez de llamar, iría directamente al consultorio. Se tomaría la mañana para ir allí y decirle que le gustaría hacer una cita. La enfrentaría y la retaría. Ya con sola la idea estaba emocionado.

Sonrió en silencio y fue hacia la habitación. Comenzó a quitarse la ropa lentamente y la dejó olvidada en el suelo. Más tarde tendría que tomarla para

quemarla, como solía hacer en momentos como ese.

Caminó hacia la amplia cama y se dejó caer sobre el colchón suave y cómodo. Extendió sus brazos y piernas y miró hacia el techo. Se sentía bien consigo mismo y se sintió mejor cuando con la imagen de Scarlett en su mente. Cerró los ojos porque ya estaba ansioso por hacer el próximo paso.

Sonó la alarma como siempre pero ya Dane estaba levantado. De hecho, se encontraba en la cocina preparando un poco de café. Luego, fue a la ducha para tomar un baño para luego prepararse. Quería verse lo mejor posible.

Tomó un traje oscuro, camisa blanca y corbata de cierto tono azul metálico. Ideal para resaltar sus ojos gélidos. Aunque sabía que podía ir un poco informal, le gustaba ese tipo de indumentaria porque le hacía sentir poderoso y en control.

Después de beber el café, llamó a la oficina diciendo que se tomaría la mañana. Todo lo dejó listo antes de irse, ahora era cuando empezaba la función.

Se aseguró que la dirección era la correcta un par de veces y no tardó demasiado en dar con el lugar. Así pues, se encontró con un alto edificio moderno y se fijó en todos los detalles que pudo. Luego, avanzó hasta la entrada.

Marcó el piso y se dirigió a la recepción. Empujó la puerta de vidrio y miró a la asistente.

—Buenos días, me gustaría concertar una cita.

—Buenos días, señor. Bienvenido.

La mujer lo vio impactada. Era un hombre alto, de espalda ancha, blanco, rubio y con unos ojos penetrantes y muy fríos.

—Nombre, por favor.

—Dane Howard.

—Uhm, me parece que está de suerte, señor Howard. Justo ahora hay un espacio porque... Déjeme ver... Lo único disponible es dentro de cuatro días. Aunque, claro, dependerá de su disponibilidad.

—Ahora me parece estupendo.

—Excelente. Déjeme notificar a la doctora.

—Gracias.

Se quedó de pie admirando todo. Era un consultorio elegante y minimalista. La sala de espera era un poco amplia con un televisor de última generación en una esquina. Había una mesa de madera oscura con un pequeño jarrón de vidrio con flores blancas. Unos cuantos sillones forrados de color

crema oscuro y unas persianas que mitigaban la entrada de la luz intensa.

Quiso seguir inspeccionando hasta que la chica lo sacó de su concentración.

—La doctora lo atenderá, adelante.

—Muchas gracias.

Esbozó una ligera sonrisa a modo de victoria. Avanzó y se encontró con la imagen de ella de espaldas. Hablaba por teléfono.

—Sí, sí, no se preocupe por eso. Estaré atenta ante cualquier eventualidad... Claro, claro...

Él le dirigió una mirada y ella le dio a entender que se sentara. Caminó un poco más para ver el espacio y luego se sentó en un sillón. Se acomodó el sacó y cruzó las piernas con lentitud hasta que escuchó que ella había colgado la mañana.

—Disculpe, señor. A veces recibo llamadas inesperadas y, bueno... Espero me entienda.

—Claro que sí.

Scarlett no le prestó demasiada atención hasta que lo miró de frente. Después, supo de quién se trataba.

—Me parece que nos vimos hace un tiempo.

—Es así, fue a mi empresa a hacer unas sesiones grupales. Permítame presentarme, me llamo Dane Howard.

—¡Claro! Cómo podría olvidarlo...

Lo miró ella y le extendió la mano. Él le respondió el saludo y sintió la firmeza y la fuerza de su cuerpo canalizada en su mano. Esa suave, además.

—Pues, bienvenido. Me da mucho gusto verlo por aquí.

—Gracias, la verdad es que me quedé pensando en la posibilidad de venir pero creo que le di demasiadas vueltas al asunto.

—Pero ya está aquí, es lo que importa. Es un paso muy importante. Ahora le pregunto, ¿cuál es la razón por la que está aquí? ¿Qué desea lograr?

Dane quería responderle que estaba allí por ella, porque deseaba estar en un mismo lugar sin tener que irse por las responsabilidades. Quería decirle que el poco contacto que tuvieron fue tan intenso que lo hizo decidirse y buscarla en su propio terreno.

Pero no, hacer eso no era conveniente y menos con alguien como ella. Una mujer inteligente, agradable y de apariencia divertida. Estaba seguro que esa respuesta sería una impudencia que haría un chico adolescente.

—Pues —carraspeó un poco—, creo que quedó claro que se me hace un

poco difícil eso de la interacción social. Así que estaba dudoso al respecto.

—¿En cuánto a qué?

—A que si era posible mejorar ese aspecto o si sólo era mejor dejarlo hasta allí.

—Sr. Howard, nada es imposible. Ese es un rasgo de su personalidad y eso se mantendrá siempre, pero es posible superar ciertos obstáculos si desea tener mejor trato con los demás. Es cuestión de tener voluntad y trabajar en ello como se debe. ¿Está dispuesto a hacerlo?

—Sí, eso quiero.

Scarlett tuvo que hacer un enorme esfuerzo para resistir el magnetismo que emanaba Dane. De hecho, le pareció increíblemente difícil el poder resistirse. Ese hombre con esa mirada penetrante, con ese rostro perfecto, con ese traje fino que le quedaba a la medida. Era un peligro para su propia resistencia.

Para tomar un poco de tiempo, ella se colocó sus lentes y tomó una libreta de apuntes. Cruzó sus piernas y comenzó a escuchar la voz grave y profunda de ese hombre. Le contó sobre su infancia solitaria y su vida de adolescente como asiduo a la química y las matemáticas.

Mientras hablaba, con ese aire misterioso, ella presentía que detrás de todo eso había algo que más que le costaría descubrir. A las primeras de cambio se trataba de alguien que más bien prefería la soledad... Pero su instinto de mujer y de profesional parecía gritarle que no se dejara llevar por esa impresión.

—Bien, sr. Howard. Me temo que la sesión llegó a su fin. Si desea regresar, hable por favor con mi asistente Lucía. Ella lo ayudará al respecto.

—Excelente. Muchas gracias por recibirme. De verdad que ya puedo decir que le perdí el miedo a esto.

—Como le dije al principio, esto es sólo el primera paso.

—Por cierto... Me gustaría que me llamase Dane. Siento que estamos en una reunión de negocios.

Ella rió un poco. Él la miró más deseoso que nunca.

—Vale, vale. Extiendo la invitación para usted también... Quiero decir, para ti también.

—Perfecto, Scarlett. Espero verte pronto...

—Yo también, Dane.

Ambos se estrecharon las manos y justo allí intercambiaron un par de miradas intensas. Ella sintió que estaba a punto de perder la fuerza en sus piernas y él, pues, faltó muy poco para soltar a la bestia y dejarla libre.

—Nos veremos pronto... —Dijo él por último y la dejó allí. Impactada. En silencio.

Tras un duro día de trabajo, Dane llegó a su piso finalmente. Estaba ansioso por obtener un poco de soledad así que se sintió tremendamente feliz por haber llegado.

Al dejar sus cosas, de inmediato hizo una retrospectiva del encuentro que tuvo con Scarlett. Estaba seguro que la había descolocado un poco el hecho de que él se hubiera adentrado en su territorio con la excusa de una sesión. Porque era eso, una excusa burda.

Se echó sobre el sofá y cerró los ojos para recordar cómo estaba vestida. Tenía un vestido cruzado que le marcaba la cintura y esa figura divina. Tenía un par de tacones altos y los lentes de pasta que le daban cierto aire de seriedad que contrastaba tan bien con la sensualidad de su cuerpo.

Era bella, sin duda. Otra cosa que le gustaba era forma de esconder ciertas reacciones para verse de manera natural aunque había captado ciertas reacciones que la habían delatado sutilmente.

Sabía que ella se impresionó al verlo y que le gustaba tanto como él a ella. Ese momento se permitió para jugar un poco, para incitar la interacción y la seducción. Aunque el tema de las mujeres pasó a un segundo plano por otros intereses, esta ocasión fue diferente para él. Quería más de ella.

Volvió a concentrarse en los detalles de ella, en la forma en cómo se movía o caminaba, en la manera que usaba el cabello corto, en el cuello largo y en los labios gruesos. Esos labios gruesos y divinos que tanto le gustaban.

De repente, sintió que su entrepierna se volvió dura, rígida a medida que la imagen de Scarlett se volvió más nítida. Era ella, era como si estuviera con él.

Rápidamente se quitó el saco y se aflojó un poco la corbata para sentirse más cómodo. Su mano fue directamente hacia su pene para masturbarse. Bajó el cierre y de inmediato sintió el calor de su miembro.

La sacó y hasta notó la humedad gracias al líquido preseminal. La punta rosácea emanaba el líquido que también aprovechó para lubricar el tacto de su mano.

Primero lo sostuvo con fuerza desde la base y comenzó a moverlo poco a poco. Subía lento para luego descender al ritmo de la fantasía que se producía en su mente. Ella se acercaba a él, le respiraba, lo lamía y besaba con una dulzura mezclada con lujuria.

Se imaginó sus manos quitándole el vestido y descubriendo el placer que

estaba debajo de este. El color de su piel que envolvía ese cuerpo, la anchura de caderas, la cintura pequeña, las piernas gruesas.

De inmediato la tomó el cuello para hacerla lamer su pene. Ella, por supuesto, estaba dócil a sus intenciones. Poco a poco la miró arrodillarse para tomar posición. Con los ojos abiertos y concentrados en él, abrió la boca para recibirlo.

Sus labios y lengua le dieron la bienvenida. Él estaba de pie, mirándola desde esa posición de control y poder. Adoraba tenerla allí, a sus pies.

Le tomó por el cabello con la intención de obligarla a devorar más ese pene grueso y venoso. Pudo mirarla cómo se ahogaba pero no le importó demasiado. Quería que ella fuera adentro, más profundo.

Estuvo con esa imagen hasta que las nieblas de su mente lo llevaron a otra escena un poco más intensa. Ella estaba totalmente desnuda, sobre la pared y dándole la espalda. Dane sostenía una correa de cuero y se la colocó sobre el cuello de ella. Escuchó un ligero gemido, uno suave que funcionó como combustible para llevarlo hacia el próximo nivel.

Sí, estaba ansioso por llegar allí, así que dirigió su pene erecto entre sus nalgas con el fin de follarla por fin. Sintió la humedad y el calor de su coño divino y no lo aguantó más. Lo metió con fuerza, con determinación.

Los gritos de Scarlett se recrearon en su mente de una manera tan vívida que los movimientos que hacía con su mano se volvieron salvajes y fuertes. Gemía y jadeaba, estaba desesperado, era una ola de deseo tan intensa como nunca había experimentado.

Al final de esa fantasía, ella se apoyaba sobre la pared al recibir la descarga de su cuerpo y dejársela sobre el pene de ese amante. Mientras, Dane, apretó aún más el cuero sobre la piel con el fin de que le faltase la respiración. Pero sólo un poco, sólo porque le gustaba ese juego macabro de control.

Dane abrió los ojos y se dio cuenta que estaba empapado en sudor y semen. Fue tan intenso el orgasmo que no se percató de las descargas que acabaron en su mano y también en su traje. Miró por todas partes y se volvió a relajar sintiéndose tremendamente eufórico. Como un chaval.

Sonrió en medio de la oscuridad y poco a poco una idea comenzó a manifestarse. Era claro que la quería para sí mismo pero para lograrlo de la manera en cómo lo quería, era necesario tomar acciones más radicales. Y así lo haría.

V

—¿Puede creerlo? Siete personas. Da mucho miedo.

—Es increíble y muy preocupante. Pensé que la policía lo había atrapado.

Lucía y Scarlett miraban preocupadas la pantalla del televisor hipnotizadas por las noticias. Otro cuerpo de un hombre, esta vez, en medio de la carretera vieja interestatal. Al parecer era mismo método de los otros cuerpos pero con la diferencia de que había cierto descaro en este. El dejarlo allí era una señal de que estaba mostrando el verdadero poder y alcance de sus acciones.

—¿Qué más han dicho?

—Nada, al parecer el tío es más difícil de atrapar de lo que pensaban. No hay huellas, ni fibras, ni vellos. Nada, doctora. Según un programa que vi la semana anterior, un psicólogo decía que ese hombre estaba refinando los métodos y que, al parecer, no habría nada que lo detuviera. Incluso pudiera ser así por tiempo indefinido sin que nadie lo pudiera atrapar. ¿Acaso es no es atemorizante?

Scarlett se quedó callada, en medio del umbral de su despacho con el rostro pensativo. Por más absurdo que fuera, presentía que estaba cerca de algo que no lograba definir.

—¿Doctora?

—Ah, sí, sí. Es terrible. Terrible.

Volvió a quedarse pensativa. Poco después se espabiló porque en poco tiempo tendría una sesión con Dane, su sujeto que le parecía tremendamente interesante.

Era inteligente, gracioso —irónicamente—, y agradable. Se conducía bien en la conversación y se dio cuenta que poco a poco daba muestras de que estaba evolucionando favorablemente.

Sin embargo, sentía que él tenía algo más, algo que no podía esconder por más que quisiera porque, en definitiva, los seres humanos son transparentes en algún punto. Mientras lo escuchaba hablar, notaba la frialdad de los ojos, esos mismo que también la seducían.

A ese punto, por más que lo disimulara, no podía más. Le gustaba y mucho. Hacía poco lo había admitido y eso representó un llamado de atención porque ya aquello representaba un conflicto de intereses que podía ser peligroso para ella. Así que estaba preparándose para decirle que no podía atenderlo más.

Pero, ¿cómo hacerlo?

Recordó sus historias de su infancia y preguntó en cómo sería el pequeño Dane en el mundo de los niños. ¿Era así de frío o tenía algún un ápice de sentimientos? Eso no lo tenía claro.

Asimismo, a pesar de sus años de experiencia en conocer y desentrañar la naturaleza humana, Scarlett todavía encontraba a Dane indescifrable. Por lo que, además, la ponía en una situación más complicada. Le gustaba su paciente, le hacía sentir con ganas de saber más de él, pero también su lado profesional la empujaba a conocer eso que no podía descubrir del todo.

Aun así tenía sus sospechas. Él no era el típico tímido o introvertido de siempre. De vez en cuando sacaba expresiones frías y faltas de emociones. De hecho recordó una en particular:

“A veces no me importa. No me interesa. Es algo como dentro de mí simplemente no existiera por lo que no entiendo cuando la gente se refiere a ello. Es como si una parte de mí mismo se hubiera perdido antes de darme cuenta”.

Tenía la política de grabar las sesiones por seguridad personal. Todo bajo un estricto manejo de la información. Esto, además, le servía como soporte para sus informes.

En ese caso, la primera vez que escuchó eso, Scarlett tuvo la certeza que estaba lidiando con alguien con un tipo de psicopatía. Su paciente había admitido que había episodios en donde no era empático y en donde le importaba las emociones de los demás. Claro, de una manera muy sutil.

Porque así era él, sutil. Sin embargo, también era bastante directo. En esas ocasiones, no estaba muy segura qué le gustaba más.

Escuchó la voz de Lucía a lo lejos que le decía que su paciente había llegado. Se prometió a sí misma que sería la última sesión... O al menos eso quiso.

Dane vestía jeans, una camisa blanca con las mangas arremangadas y unos tenis. Tenía el rostro sereno como lo era usual pero tenía una vibra que le gustó mucho a Scarlett. Su promesa se había ido al fondo de la basura.

Se veía guapo, guapísimo e irresistible. Ella lo sabía y temía que él también. Pero resulta que la química es algo que no se puede esconder, cuando está allí, puede verse a kilómetros por más intentos que existan para ocultarlo.

Los ejercicios de autocontrol que practicó ella fueron inútiles ese día. La fachada de mujer tranquila se convirtió en un chiste.

Scarlett le sonrió ampliamente y Dane supo en ese momento que ya no

había vuelta atrás. Tenía que ser suya de alguna manera u otra.

—¿Cómo te ha ido?

—Pues, bastante bien, ¿y a ti?

—No me puedo quejar. A ver, cuéntame, ¿cómo te ha ido con los ejercicios que te dije?

—Me ha costado un poco pero no me ha ido mal. Claro, al principio sí me sentía como un tonto pero creo que las cosas están mejorando.

—Excelente, y dime, ¿cómo te ha ido con eso de simpatizar con la gente? ¿Crees que podrás mejorar en ese aspecto?

Ella sabía que eso no era tan sencillo, simplemente representaba una prueba para comprobar lo que tanto temía. Quería escucharlo de su boca aunque tuviera miedo.

—No lo sé, es como si estuviera roto, no sé si me explico.

—Veamos, haz un intento y trata de explicarme mejor lo que me quieres decir.

—Es algo que le conté la otra vez. Siento que la gente está a un lado y yo en otro, como si estuviéramos separados por alguna barrera, salvo que esa barrera la tengo yo.

—¿Eso te molesta?

Dane se quedó pensativo. Sabía que ella lo retaba a ratos pero no estaba seguro si aquello representaba una especie de prueba. Lo más seguro era que sí, así que se permitió abrirse. Quería probar hasta dónde ella pudiera llegar.

—No... La verdad que no. Pero, fíjate, hay algo en mí que a pesar de que tiene esa condición también me permite experimentar otras cosas. Por lo que a veces siento que viven dentro de mis como dos caras de una misma moneda... Lo que quiero decir es que el hecho de que en ciertas ocasiones no sienta empatía, de alguna manera sí soy capaz de sentir otras cosas, lo que me hace pensar que no todo está tan roto o muerto dentro de mí.

—¿Lo has sentido últimamente? —Dijo ella intrigada.

—Lo estoy sintiendo ahora. —Respondió él con decisión.

Lanzó por fin una respuesta que estaba ansioso por dar desde hacía mucho tiempo. Por fin le dijo, en palabras y a través de los ojos, que era ella la razón de todo.

Por otro lado, Scarlett, en una circunstancia como esa se hubiera levantado de la silla y parado la sesión... Pero no pudo. Con él no pudo. La mirada de desconcierto de ella fue suficiente información para él. Estaba claro que ella lo deseaba por cómo había reaccionado. Cayó en su trampa.

Hubo algo dentro de ella que le hizo pensar que aquello no era prudente. Por más que lo negara, por más que pensara que podría saborear los límites, no era posible. Era un riesgo demasiado grande para todo lo que había logrado.

—Dane, lamento decir que no podemos continuar nuestra relación doctor—paciente. Esto genera un conflicto de intereses que...

Él se puso de pie interrumpiendo aquellas palabras que le sonaron tan protocolares. Avanzó hacia ella, hacia una mujer que había quedado desarmada por él.

—Lo entiendo, sabía que si te decía esto, pasaría lo que está pasando ahora. Pero déjame decirte, no me arrepiento ni un poco... Ni un poco.

Él se inclinó un poco hacia ella y Scarlett pensó que todo se le nublaba alrededor. Ese hombre ejercía una fuerza sobre ella como ninguna y no supo qué hacer. Se quedó allí entonces con la mirada fija en ese par de zafiros que la penetraban y fue como quedarse atrapada en la jaula de un animal feroz.

Dane supo que no faltaba demasiado para ella se entregara a él. Se acercó más a ella hasta que se echó para atrás de manera repentina. Le gustaba la idea de que podía jugar, tal como ella lo hacía con él.

—Debo irme.

Se volvió serio y Scarlett pestañeó varias veces para salir de ese sueño que se interrumpió de una manera tan fuerte y abrupta. Así pues que se recompuso y se acomodó. Se quedó de pie en el medio del despacho hasta que él se giró.

—Nos veremos más pronto de lo que crees.

—¿Por qué tan seguro?

—Porque lo sé.

Giró la perilla de la puerta y se fue raudo. Scarlett siguió en ese mismo espacio como si todavía flotara, como si no pudiera creer lo que le estaba pasando.

Después de ese episodio, pasó el resto del día distraída. Incluso llegó el punto en donde tuvo que cancelar todas las citas porque no podía concentrarse por más que lo intentara. Luego de despechar a Lucía, Scarlett apagó las luces de su despacho y bajó para dirigirse al aparcadero.

Mientras caminaba, sentía que no podía salir de su asombro. Eran demasiadas cosas por procesar. En un primer lugar era el hecho de que Dane se había quitado por fin la máscara, aunque, siendo sinceros; tampoco hizo demasiado esfuerzo por ocultarlo. Era casi como si le diera morbo hacerlo.

Segundo, encontró algo más impresionante. Ella estaba sin duda atraída hacia él. No pudo creer que estuvo a punto de besarlo. Sí, besarlo.

—Joder, voy a arruinarlo todo.

Encendió el coche y se dirigió a casa, al menos ese día había terminado.

Desde una considerable distancia, estaba un Camaro de color negro mate entre las sombras. Poco después de que el coche plateado de Scarlett había salido, el Camaro se movió lentamente para salir de la oscuridad y desvelar el personaje que estaba detrás del volante.

Lo cierto era que Dane, después de esa noche de masturbación, comenzó a obsesionarse con ella. Tanto que la única forma de atenuar sus impulsos era siguiéndola.

De hecho, perdió la cuenta de cuánto tiempo había invertido en seguir su rastro y en conocer su rutina casi a la perfección. Miró su reloj y se sorprendió de la capacidad que tenía de predecir los acontecimientos.

Estaba seguro que después de ese encuentro tan intenso, ella no tardaría demasiado tiempo en dejar las cosas así e irse a casa. En el ínterin, Dane aprovechó para tener todo listo.

Antes de llegar a ese momento, se le ocurrió la idea de tenerla en su casa. Sí, sin duda era demasiado arriesgado pero no le pareció práctico dejarla en el depósito. Además, era un sitio muy corrupto a ese punto. No era justo con ella.

Así pues que acondicionó una pequeña habitación que se encontraba detrás de la cocina. Dentro no había nada salvo una jaula de barras pesadas de hierro. Él mismo la había construido.

Después de encontrarla perfecta para sus propósitos, pensó que todo lo demás sería cuestión de días. El conteo regresivo había comenzado.

Siguió espionándola hasta que encontró todos los datos predecibles que pudo. No podía esperar.

En el asiento de al lado, tenía el usual paño y la botellita de cloroformo. Miró los objetos un par de veces más como acto reflejo de su propio nerviosismo. De resto, se movió lentamente detrás de ella. Estaba dibujando el recorrido a su casa.

Después de varios kilómetros, Scarlett tomó la vía hacia la zona residencial en donde vivía. Giró el volante y aparcó el coche en una calle concurrida. Todavía estaba pensativa.

Tomó su maletín y comenzó a andar en medio del asfalto cuando sintió que algo estaba mal. Escuchó unos pasos que no estaban muy lejos de ella. Al

principio pensó que se trataría de alguien del vecindario. Alguien que pasearía su perro o saldría caminar. Nada de qué preocuparse.

Sin embargo, iba ganando esa sensación de miedo y alerta dentro de ella hasta que, estando a punto de llegar, giró la cabeza. Sintió de inmediato que fue un terrible error.

Los ojos gélidos de Dane se clavaron en ella y fue cuando todo quedó sumergido en la oscuridad. No supo más de sí misma.

Ella estaba inconsciente en el asiento de al lado. Sin embargo, casi parecía que estaba dormida y por un momento él podía fingir que se encontraba en un contexto completamente diferente.

Como solía sentir en esa etapa, parte del trabajo estaba hecho pero faltaba lo más importante. Por suerte, todo lo tenía calculado.

La intención de mudarse al piso en donde estaba era porque el elevador llegaba hasta allí. Aunque era un arma de doble filo para sus intenciones, cubrió todo lo que cualquier cosa que se le pudiera escapar. Él era así, experto en planificar y organizar cada detalle.

Miró el reloj de nuevo para asegurarse que iba en buen tiempo, pero debía apresurarse para así evitar situaciones incómodas con los vecinos chismosos. Porque, ¿quién no tendría especímenes así?

Siguió el camino hasta que divisó el perfil del edificio en el horizonte. Se sintió tranquilo y a la vez ansioso. Como si algo emocionante estuviera a punto de suceder.

Aparcó lo más cerca del elevador y salió de coche como una flecha. Se dispuso a mirar varias veces para asegurarse que nadie estuviera allí. Abrió la puerta de atrás y el cuerpo de Scarlett estaba allí, dulcemente colocado como si fuera una escultura.

La tomó con facilidad y la cargó, con una pierna empujó la puerta para cerrarla y se acercó hacia el elevador cuyas puertas estaban abiertas. Entró rápidamente y marcó el último piso. Por dentro, deseaba que nada se saliera de control y que todo se diera como había planificado. Por eso, sintió un alivio tremendo cuando escuchó que por fin había llegado.

Salió y se dirigió hacia la cocina, especialmente el cuarto detrás de esta. La puerta estaba abierta para evitar tener que hacer esfuerzo al llegar. Miró la jaula que estaba allí y se adentró para dejar el cuerpo de ella. Lo acomodó lo mejor que pudo y se incorporó de nuevo como para tomarse un respiro.

Cerró el candado y se quedó allí, mirándola como si ella fuera un espectáculo. Atrajo hacia así un pequeño banco y observó la suave respiración

de su pecho. Se veía tan hermosa y serena que quería quedarse con esa imagen en la cabeza un buen rato.

Como sabía que la fantasía se rompería en cualquier momento, volvió a abrir y le colocó una mordaza de cuero grueso y ató sus muñecas. Pensó que iría demasiado lejos si lo hacía con sus tobillos. Ya estar en la jaula era demasiado.

Se apartó y sintió la necesidad de tomar un baño. Había sido un día largo y sabía que ahora le deparaba una serie importante de responsabilidades.

VI

Un dolor punzante despertó a Scarlett de golpe. Sin embargo, miró a su alrededor y se fijó que se encontraba en un lugar completamente diferente. Un sitio que no le resultó familiar en lo más mínimo.

Paredes blancas, la soledad de un cuarto vacío y las barras que tocó con sus manos temblorosas. El miedo se le enterró en la espina y comenzó a hiperventilar. No podía creer lo que le estaba sucediendo.

El primer instinto le dijo que tenía que gritar y desesperarse. Eso tampoco serviría puesto que su boca estaba tapada con algo de consistencia gruesa y fuerte. Lo palpó con sus dedos.

Comenzó a llorar y se aferró a una de las barras con esa actitud incrédula. Quería convencerse que se encontraba en un sueño, quería despertarse de una situación que la arrastraba a la amargura.

En ese momento, como si sus súplicas hubieran sido escuchadas, miró cómo la puerta de madera sólida y gruesa, se abrió lentamente. La figura alta e intimidante de un hombre sumido en la oscuridad le hizo echarse para atrás.

Sin embargo, el pánico se le sembró aún más cuando se dio cuenta que era él, era Dane que la miraba desde el umbral. Cruzó sus pies y brazos y la miró con actitud serena por un rato. Después tomó un banco que tenía cerca y lo colocó frente a ella.

De repente, los recuerdos se presentaron ante Scarlett de manera violenta y decidida. Recordó el momento en que su nariz aspiró el olor del cloroformo y que, gracias a él, perdió la capacidad de si quiera defenderse... Recordó que lo último que vio fue ese par de ojos azules tan fríos y crueles.

—Bien, ya veo que te despertaste, lo que me hace sentir un poco más tranquilo. Así que, en vista de las circunstancias, tendremos la siguiente dinámica. Yo hablo y tú, si quieres responder, sólo asentirás o sacudirás la cabeza. ¿Entendiste?

Scarlett, aunque desconcertada, asintió ligeramente.

—Excelente, veo que aprendes rápido. —Miró el reloj y cobró una expresión un tanto preocupada— Tengo poco tiempo pero resumiré las cosas. Estás aquí porque quiero y porque creo que te has metido en mi cabeza, así que decidí que lo mejor que puedo hacer es tenerte cerca para vigilarte... Y porque, claro, me gustas mucho. Estarás aquí el tiempo que quiera así que es mejor que te acostumbres. Otra cosa que quiero dejar en claro es que no

importa lo que hagas, lo mucho que grites o golpees, nadie te escuchará. Es una habitación insonorizada y, si miras por allá y por allá, hay cámaras que están conectadas a un sistema de vigilancia que tengo. Así sabré lo que haces mientras no estoy aquí.

Los ojos de ella se llenaron de desconcierto. En ese momento, Dane se acercó a ella y la miró fijamente.

—Pronto dejarás de llorar y comprenderás que este es tu lugar, junto a mí. Muy cerca de mí... Aunque no lo entiendas ahora sé que esto también lo quieres porque lo vi en tu mirada la última vez que nos vimos, así que no hay que temer. No te haré daño.

Se levantó de repente y ella se echó para atrás.

—Si te portas bien te dejaré salir de allí y podrás andar en la habitación libremente. De lo contrario, permanecerás encerrada. ¿Entendido?

Volvió a asentir.

—Vale, aquí te dejo una muda de ropa para que estés más cómoda. Además de almohadas y frazadas. En algún punto sé que querrás dormir y necesitarás esto. Por mi parte, te daré todo lo que esté de mi parte para que te sientas bien. Lo prometo.

Scarlett lo miraba asombrada. Él estaba más desquiciado de lo que hubiera pensado. Se culpó tanto a sí misma por no haberse dado cuenta de ello a tiempo... Pensó en todo lo que pudo ahorrarse, pero no... Estaba allí.

—Ah, por cierto. Invertí gran parte de mi tiempo en seguirte y saber de ti, así que conozco hasta el último paso que darás. No vale la pena luchar contra eso porque yo estaré adelantado a lo que incluso piensas. No lo dudes por un segundo, Scarlett, cada movimiento tuyo está milimétricamente medido. Bien, ahora sí, me voy a trabajar. Recuerda, estaré vigilando cada cosa que haga.

Finalmente, antes de retirarse, estiró uno de sus dedos y le acarició el mentón. Ella se quedó congelada, estática, recibiendo esa caricia que la sintió como un trozo de hielo sobre la piel.

—Te acostumbrarás... Lo sé.

Se levantó y cerró la puerta con fuerza. Ella se quedó en el silencio del encierro y en el miedo de no saber si se quedaría allí por siempre.

Se echó sobre el suelo de la jaula y miró hacia arriba. Una placa de metal fuerte que sostenía las barras de hierro. Eso era su vida ahora. Hizo caso a lo que le dijo él no porque quisiera sino porque ya estaba sintiendo la incomodidad de la ropa y los tacones.

Estiró la mano por fuera de la jaula y tomó el montoncito de ropa que

estaba allí. Era un mono deportivo, una camisa, un suéter ancho y unas zapatillas deportivas. Poco a poco se desvistió y se colocó la indumentaria de mujer encarcelada.

Después, no pudo contener las ganas de llorar y dejó correr las lágrimas. Fue tanto así, que las mangas de su suéter quedaron empapadas y tuvo que detenerse para calmarse. Se había permitido suficiente tiempo en la desesperación. Ahora tocaba pensar las cosas con calma, con raciocinio.

Ella era una profesional encargada de analizar las mentes de las personas y de entenderlas. Si bien era natural esa reacción de pánico y desesperación correspondiente a una actitud primaria, tenía que encontrar la forma de salir airoso lo mejor posible.

Comprendió, en medio de los sollozos, que la única forma de escapar era demostrar que entendía la situación y que aceptaba el destino que le había tocado. La lucidez del plan le hizo concluir que, si no salía viva, al menos lo arrastraría a la locura. No le importaba más nada.

Esperó ansiosamente hasta la noche, increíblemente, se dio cuenta que no había probado bocado alguno. Por lo que no le hizo extraño que sintiera debilidad, además del hambre atroz.

Apoyó parte del cuerpo sobre las barras para encontrarlo de frente en cuanto llegara. Agudizó sus oídos para escuchar cualquier movimiento y en ese momento volvió a mirar la puerta que abrió lentamente.

Se presentó ante ella con un traje a la medida y con una sonrisa en la cara.

—Siento por llegar tarde, pero compré la cena. Debes estar hambrienta, pobrecilla.

Notó cierto sarcasmo en la voz pero aun así se mantuvo fuerte. Lo miró abriendo sus ojos como par de platos.

Dane dejó la comida en una mesa y se agachó para abrir las puertas de la jaula. En ese momento, volvió a mirarla pero de manera amenazante:

—Si intentas algo, te arrepentirás.

Ella asintió. Esperó entonces que él deshiciera la mordaza y parte de los amarres que tanto trabajo le dieron para cambiarse la ropa. Finalmente se sintió un poco mejor por lo que no pudo evitar exclamar una expresión de alivio.

—Gracias. —Alcanzó a decir.

Dane se sintió un poco desconcertado pero no le prestó demasiada atención así que tomó de nuevo la bandeja y la acercó hacia donde estaba ella. Había un par de hamburguesas con patatas fritas y gaseosa.

Scarlett no lo pensó más, sobre todo porque el hambre podía más que ella. Así que tomó la hamburguesa y comenzó a devorarla con prisa.

—Eh, poco a poco que te caerá mal... Lo siento, sé que es mi culpa, debí haberte dejado algo para que comieras. Lo siento.

Ella tragó y lo miró con la expresión más tranquila que pudo.

—Está bien, no tienes por qué sentirte así. Todos comentemos errores.

—¿Cómo te sientes con la ropa?

—Es bastante cómoda. Tenías razón, no iba a aguantar demasiado con ella puesta. Estaba molestándome.

—Lo sé. Después que acabemos, te dejaré ir al baño. Cuando presiones este botón, podrás avisarme cuando lo necesites.

—Vale, muchas gracias.

Dane estaba esperando algún tipo de reacción diferente, un ataque o al menos gritos. Pero no, nada de eso. Ella estaba tranquila y hasta casi sonriente.

—¿Cómo te fue en el trabajo?

—Eh... Ehm... Pues como siempre, la rutina y esas cosas. A veces me canso un poco de eso, pero eso forma parte de mi vida. Como las de los demás.

—Lo sé, hubo un momento en donde también me sentía así. Llega un punto en donde necesitas escapar de todo ello y apreciar la vida como se debe.

—¿Cuándo ibas a dar ese paso?

—Francamente no lo sé. Pero sí había pensado en ello... Mucho, muchísimo. Pero no tenía por dónde comenzar. A veces es más fácil decirle a otros como hacerlo que uno mismo.

Ella sonrió y en ese momento Dane sintió cierta debilidad en el corazón. Fue como verla la primera vez. Tan radiante y fresca.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor. Tenía demasiada hambre. Creo que por eso estaba un poco de malhumor.—Hizo una breve pausa— Dane, ¿podría pedirte un favor?

La voz se volvió más suave y amable que nunca. A pesar que debía andar con cuidado con las palabras envolventes de esa mujer, Dane asintió suavemente.

—Me gustaría dormir sin esa mordaza ni los amarres. Todavía me duelen las muñecas y me preocupa un poco el color que tienen. Mira.

Ciertamente, el roce de las cuerdas le había lastimado un poco. Estaban enrojecidas y poco irritadas. Dane tomó una de ellas y Scarlett, en vez de

sentir repulsión, experimentó una fuerza de atracción muy intensa. Nunca se habían tocado y cuando pasó, fue como experimentar una corriente eléctrica.

—Tienes razón. A veces me comporto como un animal.

—No te hables así. Como te dije, todos cometemos errores. Entonces, ¿harías eso por mí?

—Sí... Claro que sí.

—Muchas gracias. La comida estuvo deliciosa.

Se quedaron en silencio por un rato. La estrategia de Scarlett pareció funcionar así que no se preocupó por los resultados que tendría. Dabe, por otro lado, estaba inseguro de que ella pudiera tomar el control de la situación. Así que, para evitar que esto sucediera, fijó sus ojos a los de ella. Comenzó a hablar despacio:

—Todos los días recuerdo nuestras sesiones, recuerdo que me sentía mejor conmigo mismo porque, como una vez te dije, siempre pensé que estaba roto por dentro. Tuve que lidiar con eso desde siempre, desde que recuerdo...

Scarlett afinó los oídos.

—... Me sentía extraño, como si mi cuerpo y mente estuvieran compuestos de alguna materia irreal. —Alzó la mirada—, pero las cosas cambiaron. Recuerdo que me vengué de un chico y fue lo mejor que experimenté en mi vida. La sensación de control y de poner, la sensación de que podía hacer lo que viniera en gana y que, al final, siempre resultaría ganador porque me saldría con la mía. —El azul de sus ojos se volvió casi transparente—. ¿Has escuchado las noticias? ¿Sobre las cajas de madera que han encontrado por ahí?

Scarlett cobró una expresión de creciente pánico. Por fin la oscuridad de sus ojos se demostró plenamente. Dane, por su parte, sonrió. Quiso mantener el suspenso con el fin de que ella misma se respondiera.

Él se levantó lentamente sin apartarle los ojos. Sonrió con una malicia que ella jamás había visto.

—Avísame cuando necesites usar el baño. Vendré lo más rápido que pueda.

Tomó la bandeja y los restos de basura. Se fue lentamente y de nuevo Scarlett se quedó en el medio de la habitación con el pánico recorriéndole la espina. Sus manos sostuvieron las barras como buscando un soporte ante todo el horror que escuchó decirle a ese hombre.

Permaneció callada, silenciosa, pensativa. Era obvio que tenía miedo porque no sabía cuál sería su destino. Sin embargo, estuvo determinada. Si le

tocaba morir, al menos lo arrastraría con ella.

VII

Dane pasaba los días entre la oficina y la reclusión del piso. Monitoreaba los movimientos de Scarlett en el móvil, así que fue habitual encontrarlo sentado en el escritorio con la mirada muy concentrada en la pantalla.

Para ser francos, era la primera vez que se sentía sincero consigo mismo a pesar de los riesgos que aquello implicara. Por fin podía dar rienda suelta al demonio que llevaba por dentro. Sin embargo, había un detalle que no podía dejar escapar: su deseo por ella.

Aunado, ella le hablaba con esa voz dulce y suave, lo trataba como un ser humano y de vez en cuando también podía mirar que ella estaba interesada en él. Era obvio.

Después de varias conversaciones, él la liberó de la jaula y le dio permiso de andar en la habitación. Luego, acondicionó la habitación con una cama, otra mesa que sería el área de lectura de ella, y libros. Porque a ella le gustaba leer y él le prometió que la haría sentirse cómoda.

En ese momento, mientras la veía sentada con un libro de Da Vinci, Dane decidió que daría un paso importante. Intentaría estar con ella de una manera más íntima.

Luego del trabajo, fue a la tienda y compró algunas cosas para preparar una cena. Quería hacer algo especial.

La noche estaba más hermosa que nunca. La luna se veía brillante y grande, y el cielo estaba despejado. Sería una buena oportunidad de preparar una velada cerca de los ventanales de la sala.

Al llegar a casa, dejó las compras en la cocina, se quitó el saco y comenzó a preparar todo. El menú sería una pasta con salsa blanca y un poco de vino. Algo sencillo pero también reconfortante.

Colocó un par de velas blancas en una mesa de madera pequeña y acomodó un par de sillas. Se sintió a gusto y fue hacia la habitación en donde se encontraba ella. Al abrir, estaba leyendo como siempre.

—¡Hola! Estaba preocupada porque no llegabas.

—Lo siento, no quise interrumpirte.

—No lo haces, estaba esperándote.

—Bien, espero que la espera haya valido la pena. Ven.

Scarlett se levantó sin dudarle y le tomó la mano. De nuevo sintió que las cosas alrededor flotaban como pompas de jabón.

Poco a poco se encontró con un mundo completamente diferente. Un piso amplio, elegante, con aire de loft. Cuando fijó la mirada en los ventanales, miró una mesa preparada. Se sintió desconcertada pero también contenta, estaba logrando lo que quería.

—¿Hiciste todo esto?

—Sí, pensé que te gustaría.

—Vaya, todo se ve hermoso y delicioso.

—Ven, déjame ayudarte con la silla.

Él la empujó delicadamente y luego se sentó frente a ella. La parte emocional de Scarlett estaba casi en la euforia. Ese hombre guapísimo le había hecho la cena. Quizás, en una situación normal, todo hubiera cobrado un significado muy diferente.

Pero no, ahí estaban. En una especie de relación extraña. Él estaba hundido en su propio desequilibrio y ella estaba en la situación por sobrevivir. Aunque se encontraba adentrándose cada vez más hacia el deseo y la atracción que Dane le producía.

—Espero que te guste. Por lo general mi alimentación es bastante elemental pero encuentro placer en cosas como estas.

—Apuesto que está delicioso. No me cabe la menor duda. —Ella le sonrió y él le respondió el gesto.

Scarlett comenzó a comer y disfrutó saborear una comida caliente y reconfortante. Cerró los ojos y suspiró. Estaba sumergida en el placer de la comida.

Dane sólo la miraba, observaba cada gesto y cada vez estaba seguro del deseo desesperado que tenía en su interior. Quería estar con ella, besar esa piel, besar esos labios que se mostraban ante él como una tentación.

—¿Qué te parece?

—Delicioso. Como te dije, no lo dudé por ningún momento.

—Es bueno que me tengas en tan buena estima.

—Claro que sí. Me has dado libros y una cama. Ahora duermo mejor y, bueno, no puedo dejar por alto esta cena maravillosa. Te estás convirtiendo en mi protector, en lo que siempre había querido.

Esas palabras estaban medidas, por supuesto. Aunque Dane era una persona que se jactaba de la soledad y su poca tolerancia hacia la gente, en el fondo, después de su retorcida psicopatía, existía una persona protectora y dulce. Scarlett estaba apelando a eso, a que él dejara de lado esa prisión en donde la encerraba.

Sonrió y volvió a concentrarse en comer, Dane se quedó mirándola tratando de comprender lo que había sucedido. Por muchos años, dudó de sí mismo y de su capacidad de sentir plenamente hacia alguien y ella con unas pocas palabras le habían hecho cambiar de opinión.

—¿Te parece que soy tu protector?

—Eso siento y es lo que me gusta sentir. Creo que puedo contar contigo y eso es mucho de decir sobre todo en estos días en donde la gente no repara mucho en los demás. Siento mucho si te ofendí.

—No, para nada. Es que me parece gracioso que se me asocie con algo así. Sobre todo por cómo soy.

—Dane, eres mucho más de lo que crees. De verdad.

Ella lo miró con sus grandes ojos negros. Él sospechaba pero no podía negar que le gustaba oírla, que le agradaba la idea de que poco a poco ella estaba aceptando la idea de quedarse allí, junto a él.

Después de la cena, chocaron sus copas y bebieron un poco de vino blanco. Estaban conversando y riéndose. A ese punto, Scarlett estaba segura que perdería el autocontrol.

—Ven, déjame recoger la mesa para lavar los platos.

—Oh no, déjame a mí. Has hecho mucho, de verdad...

Se miraron fijamente y fue cuando afloró de nuevo esa tensión, esa energía que era difícil de esconder. Ella luchó hasta el final por mantenerse tranquila, por mantenerse alerta ante él. Pero no pudo, era muy difícil. Dane poseía unas maneras que la hacía dudar hasta de sí misma. No podía luchar contra eso.

Ella se levantó para escapar de la situación pero por supuesto que era imposible. La presencia de Dane era demasiado intensa así que quedó atrapada allí. Entre sus brazos.

Él se acercó hacia sus labios y después de varios intentos y de vacilar un poco, se besaron con una intensidad como nunca.

Ella dudó un poco pero no lo pudo evitar, esa electricidad que siempre le provocaba el contacto que él se volvió más fuerte. Perdió todo poder sobre sí misma. Entonces, comenzó alzó las manos y las dejó sobre los hombros fuertes de él.

El cansancio del día se había ido por completo para dar paso a ese fuego que parecía que lo iba a consumir en cualquier momento.

Así pues que la tomó de la cintura y la sostuvo con fuerza. Sus labios y lenguas comenzaron a entrelazarse y unirse entre sí. Era una danza que por fin se estaba llevando a cabo después de tanto tiempo reprimiéndolo.

La respiración de ella comenzó a agitarse y no faltó demasiado para que ella comenzara a gemir. Estaba sumergida en el placer que le proporcionaba las caricias de él. Quería más de eso, más de él.

Cuando no pudo más, cuando tuvo la necesidad de ir más lejos, Dane se alejó un poco y le habló suavemente.

—Ven.

Ella lo miró dulce y asintió. Tomó su mano y caminaron hacia otro espacio del piso. En poco tiempo, entraron a la habitación principal.

Era un lugar bastante amplio y con una decoración mínima pero conservando la misma elegancia del resto de la casa.

Caminaron despacio porque entre tanto se besaban y se tocaban. Las manos gruesas y fuertes de Dane se paseaban por el cuerpo curvilíneo de ella, haciéndola sentir como una diosa, como la mujer más deseada del mundo.

Finalmente él la dejó sobre la cama y se unió a ella:

—Quiero que seas mía, quiero que me pertenezcas.

—Ya te pertenezco.

—Quiero poseerte entera.

—Hazlo.

Lo dijo sin dudar por ningún momento, lo dijo sin que le temblara la voz, estaba dispuesta a darle todo lo que él quisiera y más.

De nuevo sus manos fueron hacia su cuerpo, apretando sus pechos, haciéndola estremecer. Ella no paraba de gemir y eso excitaba más a Dane.

Comenzó a quitarle la ropa como si fuera lo más fácil del mundo, él hizo lo propio después. Finalmente se vieron desnudos. El cuerpo de ella era tal como lo había imaginado y Scarlett se sorprendió de ver esa verga gruesa y grande de él.

Cuando pensó que lo recibiría entre sus piernas, miró cómo él bajaba hacia su vientre. Se sujetó fuertemente de los muslos y le hizo una última mirada antes de llevar su boca a su clítoris. Apenas hubo ese contacto, ella sintió que despegó por los aires.

Sus manos fueron directamente hacia las sábanas con la intención de sujetarse lo más fuerte posible, como un modo para mantenerse en la realidad porque pensaba que todo lo que estaba sucediendo era más que una fantasía.

La lengua de él, caliente y perfecta, acariciaba el clítoris de ella para luego bailar con los labios vaginales. Al mismo tiempo, el succionaba los deliciosos jugos de ella y, al hacerlo, le producía que retorciéndose, movimientos intensos, gemidos profundos.

Estaba desesperada, ansiaba tener la verga de él dentro de ella, lo quería demasiado, lo ansiaba demasiado. Comenzó a rogarle entonces que la follara, que la hiciera suya, sin embargo, Dane se volvió más salvaje, y más animal mientras la chupaba. Quería que ella llegara al borde de la locura.

Después de un rato, se levantó de repente y la tomó por el cuello.

—Eres mía.

—Sí... Sí lo soy. —Dijo apenas.

Apretó un poco el cuello y miró cómo le faltaba la respiración. Al cabo de unos minutos, se acomodó sobre la cama para dejar que su pelvis quedara a la altura de su boca.

—Chúpalo.

Scarlett, húmeda, caliente y con las mejillas encendidas, abrió la boca mirando al hombre que adoraba a los ojos. Porque sí, lo adoraba y quería fundirse con él.

Primero sacó su lengua para acariciar la deliciosa punta. Degustó la humedad de él y luego hizo lo propio con el resto de la verga venosa e increíblemente gruesa. Sí, era tan deliciosa como parecía.

Le costó un poco tenerlo bien dentro de su boca pero luego se acostumbró. Las deliciosas arcadas que hizo, produjo que algunos hilillos cayeran sobre su pecho sudado. Mientras, Dane, le tomó por el cabello para hacer que lo mirara mientras lo lamía.

Halaba y poco e incluso le dio unas cuantas bofetadas. Estaba poseído por ese diablo que vivía dentro de él. Quería hacerla sentir que era su dueño y que podía disponer de ella las veces que le diera la gana.

Hizo que tragara más su verga hasta que por fin la sacó de su boca. Estaba listo para penetrarla.

A ese punto, se encontraba indeciso, quería abrirla las piernas y follarla pero también quería colocarla en cuatro para hacerla gritar. Estaba deseoso por expresar aún más el salvajismo que estaba dentro de él.

Se decidió por tomarla en la misma posición en donde se encontraba. Con las pocas fuerzas que le quedaban a ella, Scarlett le tomó el rostro y lo besó con dulzura a pesar de la agitación y el deseo.

—Soy tuya, soy tu esclava, soy tu sumisa. Soy y seré todo lo que quieras.

—¿Estás segura de lo que me estás diciendo?

—Nunca lo había estado en mi vida como ahora.

Dane sonrió maliciosamente. Por fin había escuchado esas palabras que representaron para él la materialización de una obsesión. Volvió a tomarla por

el cuello y la abrió las piernas con la otra. Su pene, tan duro y rígido como una piedra, se encontró con el coño húmedo y caliente de ella.

Primero rozó el glande entre sus labios gruesos y después de verla desesperada por él, volvió a sonreír para metérselo con decisión.

La presión deliciosa que sintió ella en su coño fue más lo exquisito de lo que pudo imaginar. Después del dolor primigenio, Dane comenzó a moverse lentamente para seguir dentro de ella, para ir más profundo.

Se sentía tan bien, tan rico que Dane no pudo evitar exclamar unos cuantos gemidos. Incluso, cuando lograba salir de esa concentración producto de la excitación, él tomaba oportunidad de sostenerla de la cintura y follarla con fuerza para hacerle recordar las consecuencias de sus palabras.

Scarlett, mientras, estaba perdida en las sensaciones que estaba experimentando. Sus ojos se cargaban de lágrimas y su boca, entreabierta, servía como portal para expresar la desesperación de tener un hombre como ese entre sus piernas. Era mucho más de lo que podía pedir.

Siguieron unidos, entrelazados por la carne y el placer hasta que todo comenzó a nublarse para ella. Estaba perdiendo la noción del presente y supo que se trataba de que estaba acercándose hacia el orgasmo. Dane lo notó por lo que aprovechó y lo penetró con más fuerzas.

Las mejillas se le vieron más encendidas y sus párpados estaban cerrados con fuerza. Llevó sus dedos hacia los labios carnosos y los acarició suavemente, ella abrió los ojos y logró esbozar una ligera sonrisa. Se veía tan bella, tan sublime.

Cuando lo hizo, él se acercó hacia su oído y le dijo despacio.

—Córrete para mí, quiero sentir lo caliente que te pones... Venga.

Esa voz grave y firme, canalizada en unas palabras moduladas con suavidad, fue el detonador. Scarlett exclamó un grito profundo, como proveniente de las entrañas. Finalmente, el temblor violento de las piernas fue la antesala ante el orgasmo más intenso que había experimentado.

Ella se perdió en la oscuridad que le produjo más sacudones después. Por suerte él estaba allí para hacerla conectar con la realidad.

Abrió los ojos y lo miró entre los jadeos. Todavía estaba en trance cuando escuchó que él tampoco estaba muy lejos de correrse. La sostuvo de nuevo por el cabello y el fuego que tenía dentro de él se manifestó en pequeñas oleadas que recorrieron a lo largo de sus extensiones.

Como ella, también cerró los ojos y dejó que el éxtasis lo cubriera por completo. Cuando no pudo más, sacó su pene y desparramó todo su semen

sobre la humanidad de ella, mojándola, marcándola con sus fluidos.

El semen cayó por el abdomen, los pechos y hasta el cabello de ella. Unas cuantas gotas incluso aterrizaron sobre sus labios. Scarlett, quien por fin pudo recobrar la consciencia, relamió su boca con completo gusto.

Después de un momento tan intenso, los dos permanecieron en la cama y se quedaron en silencio por un rato. Él le extendió su mano y ella la tomó con dulzura. Sus dedos comenzaron a jugar entre sí, como si los dos fueran un par de adolescentes.

—Soy Dominante.

—Lo sé. Lo supe siempre.

—¿Cómo?

—Por cómo actuabas. Yo soy sumisa, así que por eso no dije nada. Porque estaba segura de que quería seguir adelante... Porque quería ser tuya y de nadie más.

Él sonrió. Todo parecía demasiado bueno para creerlo.

—No sabes lo mucho que me gusta estar contigo.

—Y a mí contigo. Aunque, seré sincera, tenía miedo, tenía miedo de ti y de todo esto. Pero ahora siento que no debo porque sé que estarás conmigo, porque sé que cuidarás. Eres mi guardián.

—No tenías que tener miedo de mí. Te dije que nunca te haría daño y era cierto. Jamás lo haría. Y sí, eres mía, completamente mía.

Ella se incorporó sobre la cama y lo miró suplicante, casi como una niña.

—Por favor, no me encierres en ese lugar. Déjame libre, déjame salir.

En ese momento, Dane sintió que ella lo estaba manipulando y sintió que una ola de rabia le invadió el cuerpo.

—Te dije que te dejaré libre cuando me dé la gana.

Ella le tomó el rostro que ya estaba tenso.

—Lo sé. Sólo quise decir que no quiero regresar a esa habitación. Me da miedo quedarme sola, me da miedo abrir los ojos y no encontrarte allí.

—Siempre estaré allí.

—Necesito verte, es todo. No me entiendas mal.

Dane estaba sintiendo que en cualquier momento se volvería más loco por culpa de esa mujer. Ella había llegado a ese punto porque lo había convencido de ceder, sin embargo, no podía doblegarse tan fácilmente.

Justo cuando pensó en negarse otra vez, ella se acercó a él de una manera tan sensual y dulce que le hizo olvidar lo que tenía en mente.

—Soy tuya, Dean. Cuando y como quieras. Eso lo sabes muy bien.

Ella la tomó con fuerza y la besó sin control. La tomó por el cuello al terminar y la miró fijamente a los ojos.

—Lo sé.

VIII

Dane se levantó más temprano de lo usual. Se paró de la cama con calma para no despertar a Scarlett quien todavía dormía. Lo cierto es que se quedó pensativo con las palabras que ella le dijo. De cierta manera, tenía razón.

Así pues que, en vez de tomarla para llevarla a la celda de siempre, la dejó allí durmiendo plácida.

Después de tomarse una ducha, comenzó a vestirse y, mientras lo hacía, la miraba a lo lejos, durmiendo, luciendo como una ninfa. Anudó la corbata, tomó el maletín y abrió la puerta para dejar atrás a una situación que cada vez le parecía más inverosímil.

Llegó a su lugar de trabajo como siempre. Sin embargo, cuando se dispuso a prepararse a encender la computadora y disponerse a trabajar, fue un pequeño grupo de personas reunidas en la cocina.

La curiosidad fue más que el deber, así que se levantó para saber lo que estaba pasando. Mientras avanzaba, se dio cuenta que tenían puestas las noticias.

—Es una noticia terrible.

—¿En dónde podría estar?

Su jefa estaba a pocos metros de él, así que se aventuró en preguntarle.

—¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas a la psicóloga que vino? Bueno, desapareció. Nadie sabe en dónde está.

—Vaya...

—Sí, es terrible. Hace poco pasaron la entrevista que le hicieron a la asistente de ella. Se veía bastante perturbada.

—No es para menos.

Él se mostraba más serio y distante de lo usual. Se quedó allí porque no quería levantar sospechas y también porque le pareció simpático saber que, de todos allí, era la única persona que sabía en dónde se encontraba ella.

Volvió a su puesto de trabajo así como hicieron el resto. En su escritorio, sintonizó el canal de las cámaras que había dejado en la casa y que servían para saber cómo estaba Scarlett. Ella parecía que se había levantado y que estaba en la cocina haciéndose el desayuno. Nada fuera de lo común. Entonces, siguió en lo suyo.

Scarlett estaba preguntándose si alguien tendría noción de que ella se

encontraba allí, si alguien sabía que había sido secuestrada.

Por otro lado, estaba un hecho importante, a pesar que había logrado un avance con Dane, ella no podía ocultar que estaba atraída hacia él y que, incluso estaba sintiendo una serie de sentimientos que se le hacían difíciles de explicar.

Le gustaba estar con él, le gustaba la manera en cómo la trataba, le gustó tener sexo con él y la conexión que llegaron a profundizar. Era tanto en tan poco tiempo que pensó que se volvería loca en cualquier momento.

Sin embargo, sintió una enorme conexión con él como sumisa, así que procuró prepararle una sorpresa. Porque lo deseaba y porque estaba ansiosa por tener otro momento sexual e intenso con él.

Dane esperó a que se abrieran las puertas del elevador para encontrarse con una imagen que lo hizo temblar de pies a cabeza, Scarlett estaba completamente desnuda y arrodillada. Tenía la cabeza gacha y los ojos hacia el suelo.

Interpretó en seguida ese mensaje tan poderoso. Ella estaba, literalmente, a sus pies. Fue una imagen tan poderosa que dejó todo lo que tenía en las manos y fue hacia ella. Primero tuvo la tentación de hacerlo rápido pero luego supo que lo mejor que podía hacer era contenerse y tomar las cosas con calma.

Así pues que se quitó el saco y deshizo el nudo de la garganta. Después estiró la mano y acarició el mentón de ella suavemente. Scarlett sintió que todo su cuerpo se estremecía ante el contacto de la piel de él.

—Esto de verdad que no me lo esperaba. ¿Por qué?

Todavía con la mirada hacia el suelo, ella abrió la boca para responder.

—Porque soy tuya, soy tu esclava.

—Levanta la cabeza.

Él se inclinó un poco y le tomó el cuello con fuerza.

—Sí, eres mía.

Le haló el cabello y le obligó a moverse hacia la habitación gateando. Mientras lo hacía, podía ver el andar de sus caderas que meneaban sus perfectas y redondas nalgas. Como parecían un par de frutos maduros, no tardó demasiado en darle unas buenas nalgadas.

Ella gimió un poco hasta que por fin llegaron a la habitación.

—Acuéstate en la cama y ponte en cuatro.

Ella no dijo nada, sólo hizo caso a las órdenes de él. Así pues que se colocó sobre esa superficie y esperó lo que pasaría después.

Dane se quitó el cinturón de cuero mientras acariciaba las nalgas de ella

con suavidad. Las rozaba y las tocaba con lentitud, como disfrutando de cada centímetro de su piel. En el momento menos esperado, ella sintió el primer impacto del cinto de cuero.

Primero le causó un poco de picor y de ardor pero no duró demasiado. Después siguieron más impactos de manera consecutiva lo que le impidió recuperarse de la impresión y del delicioso dolor que estaba experimentando.

Ella se quejaba, gemía del dolor pero también disfrutaba de esas sensaciones. Adoraba sentirse dominada así y le gustaba experimentar el control que él ejercía sobre ella por medio del dolor.

Dane continuó así hasta que comenzó a ver las marcas que se producían en la piel de ella. Algunas partes rojas intensas y otras más bien rosáceas. Le daba un morbo increíble el verla de esa manera, en verla sometida a su poder.

Aunque quiso seguir hasta el punto de romperle la piel, se detuvo. De verdad que ella sí sabía cómo ser una buena sumisa.

Dejó el cinto por un momento y trató de calmarse lo mejor que pudo. Sentía que podía volverse loco y la verdad era que quería tener un poco más de tiempo para tranquilizarse y disfrutar de verdad todo lo que estaba pasando.

Acarició de nuevo esas portentosas nalgas y las abrió despacio para luego besarla desde atrás. Lamió desde el clítoris hasta el ano. Primero suave y lento, después lo hizo rápido y con intensidad.

Scarlett estaba sumida en una serie de emociones que no podía explicar. A pesar que ya antes había sido sumisa, esto iba un poco más allá.

Sí, había tenido todo tipo de experiencias pero había algo marcadamente diferente, él era una especie de hoyo negro que la succionaba y que le hacía dar vueltas sin parar. Con él, no había posibilidad de quedar entre lo común o entre lo usual. Eran palabras que no existían en el universo que era Dane.

Así pues que él pensó que no quería deshacerse todavía del cinto por lo que usó de nuevo pero para colocárselo en el cuello de ella. Ajustó lo suficiente hasta que se aseguró que tenía la medida correcta.

Lo tomó como una rienda así que lo haló para alzar la cabeza de ella y hacerle que se acomodara mejor para recibir el pene de él. La verga de Dane estaba tan dura, tan erecta que pensó que se le iba a reventar en cualquier momento.

Metió su pene como la primera vez, con fuerza y con decisión. Enseguida escuchó los gritos de ella y sintió el calor de su carne húmeda que abrasaba su miembro. Los dos estaban cerca de consumirse entre las llamas de esa

desesperada pasión que sentían el uno por el otro.

Llegó un punto en que los dos comenzaron a gemir y a jadear al unísono, eran un par de almas que se conjugan cada vez más. Era la comunión perfecta.

Dane se le despertó la necesidad de girarla para tenerla de frente, así que la tomó de nuevo por el cinto e hizo que se acomodara sobre la cama lo mejor posible, esta vez, con la espalda sobre ella.

Tenía las mejillas rojas y de nuevo esa boca entreabierta por el placer que él le producía por su forma de poseerla. Soltó el cinto y tomó los muslos gruesos y deliciosos de Scarlett. Los acarició y después los apretó. Ella gimió un poco hasta que después sintió la verga de él de nuevo dentro de ella.

Lo cierto era que le encanaba sentir el grosor de ese miembro dentro de ella. Era delicioso y peligrosamente adictivo.

Con una mano, Dane sostenía el cinto y con la otra, el cabello de ella. Su pelvis se movía sin parar y fue allí cuando los dos lograron encontrarse en una sola mirada. Los ojos azules y penetrantes de Dane, proyectaban algo que ella no podía describir.

Al principio parecía algo oscuro pero poco a poco comenzó a cambiar para transformarse en algo más. Ella, como pudo, alcanzó de nuevo su rostro y siguieron así hasta que él logró decir.

—Esto no me había pasado nunca... Me haces sentir más humano.

Ella no podía creer lo que escucha. De alguna manera, logró el objetivo de meterse en su cabeza y tomar cierto control de la situación. Sin embargo, también se dio cuenta que ahora era de él, que ahora le pertenecía y que ya no habría marcha atrás.

Siguieron consumiéndose hasta que de nuevo ella experimentó esa misma oscuridad que consumía su consciencia. A ese punto, ni su cuerpo ni su mente era de ella, ahora todo le pertenecía a él.

Se besaron y sintieron que los envolvía algo más que el deseo. Había algo más, tácito y también difícil de comprender.

La cabeza de Dane descansó en el cuello de ella y así Scarlett pudo percibir un poco más de él. Lo sintió tan diferente que en otras ocasiones que casi pensó que se trataba de una persona diferente. O al menos eso quiso pensar.

Al final, los dos, en medio del trance del sexo, se unieron más entre sí hasta que por fin se corrieron al mismo tiempo. Compartieron los jadeos y gemidos de una manera tan intensa que quedaron juntos por varios minutos.

Las manos de Scarlett le sostuvieron el cabello y lo acarició un rato.

Cuando él pudo incorporarse después de una corrida tan fuerte, la miró de nuevo para desarmarse y desarmarla.

Dejó el cinto, dejó la animalidad a un lado y se concentró de nuevo en la belleza de ella, en la belleza de haberse unido a una mujer que todavía le recordaba que era un ser humano y que no todo estaba perdido dentro de él. La besó en silencio porque las palabras sobraban, porque no hacía falta decir más.

Al final, Scarlett se quedó junto a él en un silencio extraño pero cómodo. Sin embargo, la cabeza de Dane estaba dándole vueltas, estaba más confundido que nunca.

Esperó a que avanzara la noche y a que ella se durmiera. Cuando sintió la suave respiración de su pecho, Dane se pudo permitir encontrarse en una disyuntiva. Era la primera vez que algo lo estremecía tanto.

Esto, además, hizo que cambiara drásticamente de planes. En un primer momento, no tenía muy claro lo que iba a suceder pero ahora, las cosas habían tomado un rumbo distinto.

Giró la cabeza y la miró dormir. Se veía más hermosa que nunca. La luz de la luna que entraba por los ventanales, iluminaban su piel suave y tarde, como si fuera ella quien irradiara ese brillo desde el interior.

Luego fijó la mirada al techo y la mantuvo allí por un largo rato. Estaba buscando la respuesta a la situación.

Tras unos largos minutos, se estaba esclareciendo el panorama. Era necesario lo que tenía que hacer. Por ella. Por él. Por los dos.

IX

A pesar que estaba cansada, Scarlett presentía que algo estaba a punto de suceder. Algo que sabía sería desconcertante y que tendría que prepararse para ello. Aunque quiso mantenerse en negación, esa sensación no la soltó ni por un momento hasta que por fin se levantó de la cama sobresaltada. No había nadie con ella.

Instintivamente comenzó a vestirse y fue al baño para lavarse la cara. Salió de la habitación y lo encontró todo en un extraño silencio. Algo no estaba bien.

Siguió caminando y encontró en una mesa de la sala una hoja de papel. El temor se estaba haciendo cada vez más real y presente. Se sentó porque sabía que haría falta.

Tomó entonces el papel entre sus dedos y comenzó a leer la nota que él había dejado.

“Pensé mucho, pensé demasiado. Tanto que pensé que mis neuronas explotarían. La verdad, supuse que todo lo tenía bajo control pero no fue así, conocerte representó que mi mundo quedara de cabeza. No sabía el rumbo que tendría esto pero sé que al menos puedo cambiar la situación ahora. Dentro de poco la policía irá al piso para encontrarte. Es momento que regreses a la realidad y que yo me desvanezca. Creo que es lo mejor para ti y para mí”.

Ella sintió que todo el peso del mundo le cayó sobre el pecho. No supo cómo reaccionar, no supo qué hacer.

Podría considerarse que había salido ilesa de la situación pero no le pareció así. Era como si hubiera dejado algo de sí misma y no sabía si podría ser capaz de recuperarlo. Tomó la nota y la dobló delicadamente para esconderla entre sus ropas. Esperaría en la tranquilidad.

La policía no tardó demasiado en encontrar el piso. Un equipo entró de golpe. La encontraron en la habitación, sentada en el suelo, con la cabeza hundida entre sus piernas. Alzó la mirada cuando escuchó la voz de un hombre que no le paraba de decirle que todo estaba bien, que se sintiera tranquila.

Scarlett estaba en una especie de trance. Su cuerpo entró en un modo en donde se movía según le dijeran, era como si fuera una muñeca de trapo.

La llevaron a la estación en donde todos la miraban intrigados. Era una doctora reconocida en la ciudad y ahora estaba a punto de declarar lo que realmente había pasado con durante el tiempo que desapareció.

Apenas tuvo fuerzas para hablar sobre lo que había pasado y todo parecía concordar con la cronología que había hecho el departamento de inteligencia.

—Dígame, señora. —Preguntó el comisionado—, ¿conoce el sujeto?

Por supuesto que lo conocía. Había entrado tanto en su mente estaba casi fusionada con él. Además de eso, sus cuerpos se profesaron deseo y algo más, así que estaban unidos por un vínculo que ella no pudo explicar con claridad.

—Sí, lo conocí en una sesión que había organizado la empresa en donde trabajaba. Después pidió una cita en mi consultorio y empezamos a hablar.

—¿Qué le pareció el sujeto?

—No puedo decir demasiado, es comprometer con la confidencialidad doctor—paciente.

—Señora, esto es un caso especial. Estamos hablando de un hombre que la secuestró y que pudo matarla. Además, hemos investigado sobre él y dimos con un depósito en donde tiene una especie de laboratorio forense. Sospechamos que el tío es un asesino en serie.

Escuchó esas palabras que tanto temía oír. El hombre que tanto le producía era un psicópata de primera que había usado un espacio para planificar unos asesinatos atroces. Recordó entonces las veces que le pareció ver conductas sospechosas pero que dejó de lado porque decidió negar todo lo que estaba haciendo. Esta vez, había sido ella lo que no pudo usar sus propios conocimientos para salvar un poco su cordura.

—Es por ello que insistimos que nos cuente todo lo que sabe. Por su bien.

Ella miró al hombre bajo y calvo que trataba de presentarse ante ella como una figura de autoridad. Esperó un poco más y respiró profundo y se acomodó mejor en la silla. Abrió la boca para contar todo lo que sabía.

Los trámites burocráticos a los que estuvo sometida, le parecieron particularmente fastidiosos. Estaba desesperada por tener una oportunidad de irse a casa, lanzarse en una cama y dejar todo atrás.

Sin embargo, sabía que aquella era una conducta muy cómoda pero era lo que necesitaba tener. Un poco de tranquilidad.

Decidieron dejarla ir. Así pues que una patrulla la acompañó a su casa en los suburbios hasta que entró. Se aseguraron que estuviera bien y tras insistir, Scarlett se quedó en casa. Ahora se preguntaba cuál sería el destino de Dane.

Caminó en el silencio de la sala y permaneció allí un rato. Miró hacia las escaleras y pensó que eran eternas, que quizás la llevarían a un lugar desconocido... O al menos eso era lo que quería.

Avanzó un poco más y subió los escalones poco a poco. Con paciencia,

con cuidado, como queriendo no romper el momento, como deseando no quebrarse sino hasta el final.

Entonces esperó un momento más y entró a su habitación. Amplia y ordenada como siempre. Miró el maquillaje y la ropa doblada como siempre. Respetando el orden que procuraba tener el todo momento.

Caminó hacia adelante y se quedó de pie frente a la ventana. A lo lejos, pudo mirar el coche aparcado, de inmediato se le vinieron todos los recuerdos de un solo golpe. Y se sintió así, como un golpe seco directo al estómago.

Por más que se controlara a sí misma, por más ganas que quería de soportar hasta el final, se dejó caer y comenzó a llorar desconsolada. No sabía qué sentir y no sabía cómo manejarlo. Era tan abrumador que no podía siquiera poner en orden sus pensamientos.

Entre las lágrimas, el alivio de haberse separado de él mezclado con la necesidad de verlo, Scarlett estaba en una especie de encrucijada. Quizás ella también tenía esa oscuridad que le permitió entenderlo, quizás ella también tenía ese monstruo como lo tenía él, con la diferencia de que ahora era cuando lo estaba descubriendo.

X

Después de ese episodio de desesperación y dolor, Scarlett pensó que lo mejor que podía hacer era renunciar a todo lo que había logrado.

Dejó el consultorio y después de una emocional despedida, Lucía y ella compartieron un abrazo.

—Usted llámeme cuando necesite. Siempre estaré para ayudarla.

—Gracias, Lucía.

Recogió sus cosas en la soledad para tener tiempo para despedirse de todo aquello que había dado por sentado antes. Le pareció gracioso que durante sus años de universidad, el único objetivo que quería cumplir era el del éxito profesional y ahora estaba así, descolocada y triste porque no podía más.

Esa decisión no la tomó a la ligera. Pasó días y noches reflexionando al respecto, pensando en qué sería lo más conveniente para ella.

Para mucha gente, renunciar es un acto de cobardía, sin embargo no siempre es así. Se necesita de mucho valor para darse cuenta que si las cosas no están funcionando, es mejor dejarlas ir y tomar un nuevo camino. Ella estaba haciendo exactamente lo mismo.

Dejó el último tomo de su libro favorito de Psicología y miró el despacho vacío. Suspiró de tristeza pero tratando de encontrar un poco de optimismo. Tendría que buscar el sentido y el norte.

Se iría de la ciudad en cuestión de tiempo, pensó que podría dar clases en cualquier universidad local para tener una vida bajo perfil y fuera de las preguntas incómodas.

En el ínterin, todavía estaba obsesionada con los noticieros y reportajes.

“Aún no se ha encontrado el paradero de Dane Howard, el principal sospechoso de seis asesinatos en los últimos meses. Cabe destacar que Howard también le espera los cargos por secuestro que realizó recientemente a la Dra. Scarlett Wood, renombrada psicóloga que fue encontrada hace tres meses. La policía sigue el rastro del que consideran una de las figuras más peligrosas del momento por lo que se le recomienda a la comunidad estar atenta y denunciar lo antes posible su paradero”.

Todos los días eran lo mismo. Todos los días sintonizaba algún canal o estación para saber en dónde podría estar. Tenía la esperanza de que quizás sabría de él. Dane estaba actuando sobre ella como una droga y ella estaba en medio del síndrome de abstinencia.

Llegó el día de dejar la casa y estaba emocionada por emprender una vida diferente. Había logrado alquilar un piso cerca de la ciudad y un trabajo en un consultorio médico en el hospital central. Sería como volver a sus viejos años de universidad.

Condujo por varias horas y se encontró con un mundo nuevo, era un comienzo que se merecía y que ansiaba tener para borrar la imagen de su cabeza.

XI

Los primeros días fueron de entusiasmo para Scarlett, tanto, que pensó que podría ser la misma de antes en menos de lo que esperaba. Las consultas la hacían sentir como nunca y poco a poco estaba recuperando una rutina normal.

Sin embargo todo se fue al caño al darse cuenta que de nuevo todo se trataba de una trampa de su mente. Ella misma se engañaba para protegerse pero lo cierto era que lo extrañaba más que nunca. Ansiaba verlo. Demasiado.

A veces, bastaba cerrar los ojos para recordar el calor de su cuerpo, la fuerza de su cuerpo, el miembro que la follaba con una intensidad que la estremecía hasta la última fibra. Era él la que la hacía sentir viva.

Por supuesto eso también quería decir que estaba a punto de rayar en la locura. No era normal que se hubiera enamorado de un hombre como ese... Pero sí, ella lo hizo y no le importó nada más. Era una tortura no saber de él.

El tiempo siguió transcurriendo como una tortura para ella. Sentía cada vez más que vivía en medio de la nada, que su vida era eso, la nada; y le parecía atroz tener que condenarse a eso por siempre.

De regreso en uno de esos días, Scarlett estaba distraída con las anotaciones que acaba de hacer en una sesión. Estaba pensando en aplicar una estrategia cuando escuchó unos pasos detrás de ella.

Al principio se asustó pero luego le embargó la esperanza como una oleada que le recorrió todo el cuerpo. Se giró rápidamente y no encontró nada. El vacío de la noche que de nuevo le demostraba que estaba sola.

Estuvo así un par de días. De nuevo siguió con la apariencia de una vida normal al mismo tiempo que hacía malabares para no quebrarse.

Un día estaba en casa mirando la televisión. Estaba aburrida y a la espera de hacer tiempo para luego hacerse algo de comer. Escuchó el timbre y se levantó sin pensar en lo que estaría por encontrarse.

Abrió la puerta con desgano y no pudo creer lo que tenía frente a ella, los mismos ojos azules gélidos que la atravesaban. Era él quien estaba allí, escondido entre ropas extrañar y un sombrero para esconder la mirada.

—Soy yo, Scarlett.

Perdió la fuerza de sus rodillas y cayó al suelo. Él la tuvo que levantar con destreza e hizo que los dos entraran al piso. Ella estaba que no creía lo que estaba pasando.

—Pensé que... Pensé que te había pasado algo...

—No, tuve que huir. Ellos saben todo sobre mí, Scarlett. Tuve que huir para que no te hicieran daño, para que no te vincularan conmigo.

Ella le tomó el rostro y sintió esa piel divina que tanto había extrañado.

—No sabes, no sabes cuánto...

—Sabías que vendría por ti.

—Dane, esto es una locura... Esto no tiene sentido... Esto no es posible. Tú y yo estamos mal.

—¿Y qué importa?

Ella lo sabía, daba igual. En ese momento, dejó de lado los convencionalismos sociales, lo correcto o incorrecto. Dejó de lado aquello que pensó sería mal visto. No quería pensar más. Sí, estaba loca, estaba tan loca como él y no le importaba. En ese momento, Scarlett Wood desapareció por completo, ahora era una mujer diferente.

—¿Eres mía, cierto?

—Siempre he sido tuya. Siempre.

—Entonces desaparezcamos juntos. Dejemos todo atrás. Sé que tú y yo podemos hacer grandes cosas.

Volvió a experimentar esa mirada fría que tantas veces le habló de la locura de él. La única diferencia era que ella también la había obtenido. Ella también era como él.

—Siempre. Como te dije una vez: soy tuya, soy tu esclava. Haré lo que me pidas.

—Lo sé. —Respondió apretándole el cuello.

Por fin ella se entregó a su oscuridad.

Amo Oscuro

Sumisa Entregada al Señor del Crimen

I

—NO, POR FAVOR, NO, NO, SEÑOR. SE LO RUEGO, SE LO RUEGO, SEÑOR. POR FAVOR, NO ME HAGA ESTO, POR FAVOR, NO. NOOOO.

La mano del hombre que gritaba estaba sobre la superficie de la mesa de madera. Para evitar que las convulsiones le quitaran precisión de la puntería, lo sostenían dos hombres fuertemente.

—POR FAVOR, POR FAVOR. NO ME HAGA ESTO, SE LO RUEGO, SEÑOR. SE LO RUEGO. POR LO QUE USTED MÁS QUIERA, POR FAVOR. POR FAVOR.

El filo del cuchillo de carnicero reflejaba la luz blanca que colgaba del techo. Resplandecía con increíble mortalidad, como esperando atestar un poderoso golpe.

—Debiste haberlo pensado mejor cuando te robaste el dinero de la caja fuerte. Debiste haber imaginado que las cosas terminarían de esta manera pero no, preferiste poner en riesgo todo lo que habías logrado por ¿cuánto? ¿unos miles de dólares? Vamos, tío. Pensaba que eras más inteligente que eso.

El hombre alto, fuerte, vestido de traje negro cerrado, zapatos de cuero y los ojos azul claro que parecían inyectados de sangre, miraban concentrados a las dos manos que estaban sobre la mesa. Los dedos parecían aferrarse tanto como podían, las uñas estaban enterradas en la madera detonando la desesperación de querer que las cosas cambiaran.

—Eres un pobre tonto, tío. Tonto. Pudiste haber logrado mucho más pero preferiste hacer las cosas de mala gana. Así pues, que es mejor que dejemos este asunto de este tamaño y resolvamos esto de una vez. ¿Qué te parece?

Los gritos volvieron a romper el silencio cruel del almacén. Los dos hombres sostuvieron al tercero con toda la fuerza posible. Las cuencas de los ojos de este parecían que iban a estallar. Las venas brotadas de la frente. El sudor que emanaba de las sienes, la mueca retorcida de la boca. El conteo final para el caos y el desastre. El dolor y la humillación.

El hombre de negro dejó los preámbulos y atestó el golpe con tal fuerza que rebanó por completo la mano derecha. Fue tan directo y seco, que el hombre no sintió ningún tipo de dolor.

—Mírate.

Dijo el hombre y se escuchó de nuevo un grito tan desgarrador que casi hizo que los hombres se echaran para atrás.

—No lo intenten. Todavía no he terminado.

Alzó de nuevo el brazo y de nuevo ese golpe seco que casi hizo que el cuchillo de carnicero atravesara la mesa. Por debajo, no obstante, comenzaron a caer los hilos de sangre. La sonrisa de victoria confirmó que el verdugo ya estaba conforme con su trabajo.

—Esto es para entiendas algo importante: Quien se enfrente a mí, tiene que tener muy en claro cuál es el destino que le espera. Por otro lado, tengo la esperanza de que algún día consideres la idea de robarle a otro porque tenlo por seguro que el castigo sea mucho peor que este.

Al momento de soltarlo, se dieron cuenta que él no podía decir nada. Su boca estaba sellada, como si el dolor le hubiera quitado la capacidad de expresar lo que sentía. Así pues que Morrow lo vio desde la superioridad de su rango como jefe de la mafia. La expresión de asco le invadió el rostro cuando se percató que tenía unas cuantas manchas de sangre en el saco.

—Cerdo ladrón, hasta para esto también me jodes el traje.

Dejó el cuchillo de carnicero en lo que ahora era el muñón derecho. El hombre se quedó sumido en una especie de trance. Como si buscara ahogarse en el silencio y no salir de allí nunca más.

—Déjenlo así, a ver si esto le hace no volver a robar. Aunque lo dudo, la gente como él sigue siendo la misma escoria de siempre.

El hombre cayó al suelo y se retorció para quedarse en posición fetal. Llorando y queriendo morir en ese momento.

—Sr. Morrow, hemos recibido información que nos llegó el cargamento de armas que pedimos hace un par de días.

—Excelente, háganlo llegar al almacén principal.

—Bien, señor... Por otro lado, ¿qué hacemos con él?

—Lo que quieran. Ya hice lo que tenía que hacer. Échenlo al mar si quieren o a los perros. Esa escoria vale menos que un trozo de basura.

Acomodó su traje con cuidado y se preparó en el asiento. Tomó el móvil y comenzó a teclear velozmente, ya había vuelto a los negocios.

Evan Morrow era conocido ampliamente como un hombre de armas tomar. No tenía miedo en expresar lo que pensaba en el momento ni ejercer la fuerza de la que era capaz. Tampoco temía enfrentarse con quien se atreviera a desafiarlo, era como si se sintiera capaz de cualquier cosa.

Sin embargo, las cosas no siempre fueron así, Evan nació y creció en una

familia amorosa que siempre le enseñó lo importante del trabajo y el esfuerzo duro. Gracias a esa especie de política familiar, sus padres le pudieron proveer de estabilidad económica.

Por varios años, las cosas permanecieron así. Evan estudiaba y se destacaba como uno de los mejores estudiantes de la institución, además, también era muy buen deportista. Era capitán del equipo de básquet y de boxeo. Dos deportes que se convirtieron en más que un pasatiempo.

Aunque todo pareció marchar sin problemas, el destino de Evan cambió drásticamente una noche. Después de que él y sus padres salieron de una función en el cine, decidieron que irían a comer en un restaurante no muy lejos de allí. En vez de tomar el camino más transitado, optaron por un atajo que según los llevaría más rápido. Mientras hablaban con animosidad, no se percataron que eran perseguidos por un grupo de ladrones.

De repente, justo antes de llegar, comenzó una escena que permanecería en la memoria de Evan para siempre. Uno de los ladrones le apuntó a su padre en el corazón al mismo tiempo que le gritaba, ordenándole que le diera todo el dinero. Lo mismo hicieron con su madre, quien inmediatamente comenzó a quitarse las joyas. Sin embargo, de un momento a otro, las cosas se salieron de control.

El revólver se disparó, matando a su padre de inmediato. Su madre comenzó a gritar frenéticamente, provocando la ira ya descontrolada de la banda de ladrones. Recibió un disparo en la frente y el inocente Evan vio todo como estuviera en cámara lenta. Se quedó frío, helado ante todo lo que estaba viendo, y justo cuando sintió el calor de la punta del arma en su frente, escuchó cómo se acercaban unos policías para atender a los gritos de hacía minutos. El niño se salvó por mero milagro.

Después de esa noche, la infancia de Evan se volvió oscura y triste. El Estado se hizo cargo de él en vista de que ningún familiar lo reclamó. Así pues que fue trasladado a un orfanato en donde permaneció varios años hasta que fue adoptado por una familia de dudosa reputación.

Cuando entró al hogar de esos extraños, supo de inmediato lo que sucedía. Usaban a los niños y a los jóvenes que vivían allí, para robar y cometer cualquier delito pensable. Él después se enteraría que estaba allí sólo por la fuerza física y la altura que había ganado con el ejercicio. Con sólo 12 años, ya aparentaba ser un chaval de 20. Así de intimidante era.

No obstante, se resistió todo lo que pudo hasta que logró escapar un año después. Ahí tendría que valérsela por sí mismo. Así pues que pasó un tiempo

viviendo en las calles, con la incertidumbre si comería o si sería capaz de dormir en algún lugar sin que fuera objeto de ataques por parte de otros indigentes.

Todo esto lo obligó a crecer tan prematuramente que no se preocupó por jugar ni por los intereses que tendría un chico de su edad. Enterró todo aquello en su interior y nunca más sería la misma persona que antes.

En el momento más crítico de su existencia, se vio en la obligación de robar un trozo de pan a un hombre que estaba comiendo. Este mismo, lucía traje elegante y ostentoso, así que pensó de inmediato que se trataba de una persona de poder. Así que un trozo de pan no significaría nada para él. Cuando se disponía a robar, sintió que una pesada mano le impidió avanzar.

—¿A dónde crees que vas, chico?

La cara de pánico fue producto de que lo descubrieran a pesar que había hecho el intento de que no le descubrieran, a pesar que había perfeccionado la técnica.

—Sabes que lo estás haciendo te puede meter en verdaderos líos, eh.

—Deje de sermonearme. Esto es nada para usted.

—Chico, de donde vengo, cada miga tiene su valor.

—¡Déjeme!

El hombre insistió hasta que Evan notó la fuerza física de este, no le resultaría fácil escaparse de él así que todo intento para librarse sería en vano.

—Ven conmigo.

El hombre le invitó a comer y Evan aprovechó la oportunidad para atiborrarse con comida.

—Poco a poco, chico, si no te ahogarás.

Cuando por fin se encontró satisfecho, el hombre, a la par que encendía su cigarro, lo miró con ánimos de hacerle preguntas.

—¿Cómo un chaval como tú está dando vueltas por aquí para robar un trozo de pan? Eres alto y tienes fuerza, ¿en dónde están tus padres?

De repente, Evan cobró una expresión severa.

—Murieron. Los mataron en un asalto.

—Vaya, chico. Eso sí que es una mala noticia. Lo lamento mucho.

Evan fijó la mirada hacia sus Converse ya desgastados por el sol y por el sucio. Incluso se dio cuenta que tenía la suela rota y que en cualquier momento se le terminarían de desintegrar.

—¿Vives con alguien?

—No, a veces duermo por ahí, por algún puente pero nada más.

—Vaya... —El hombre inhaló el humo y se quedó con aire pensativo. Evan sólo quería que lo dejaran ir.

—¿Sabes qué? Creo que una persona como tú podría serme muy útil. ¿Qué te parece si vienes conmigo y te olvidas de robarle pan a la gente? Te enseñaré un oficio que hará que los demás te respeten y, quién sabe, quizás tengas la oportunidad de desquitarte con quienes te hicieron tanto daño.

Los ojos de Evan se iluminaron de repente, como si guardaran desde hace mucho tiempo un fulgor que por fin había tenido oportunidad de ver la luz.

—Ajá. Veo que la propuesta te llamó la atención. Venga, chico. Me hace falta una persona como tú. Tendrás casa, comida y la ropa que quieras. Es más, si quieres estudiar, adelante, no hay problema. Pero sí necesito que me des una respuesta pronto porque es un trabajo que requiere de dedicación y no es para menos. Descubrirás que todos los días surgen cosas nuevas. ¿Te animas?

Evan no tenía nada que perder. No tenía casa, ni amigos. Nada. Era una cifra más del gobierno que hablaba de los niños en situación de calle. Sólo el recuerdo de la muerte de sus padres le activó el deseo de encontrar a los culpables para encargarse de ellos. Así pues que miró al hombre y dijo:

—Vale.

—Perfecto, muchacho. Mi nombre es James. Ya te darás cuenta de cómo es el mundo y de cómo lo puedes hacer tuyo.

Después de esa noche, James se encargó de enseñarle a Evan todo lo concerniente a su negocio. Aunque el joven sabía perfectamente que se trataba de un mafioso que logró amasar una buena fortuna y reputación de hombre peligroso.

Mientras crecía, se percató que muchos le tenían miedo y respeto. Y aunque no esperó que tuviera un trato especial con él, se sorprendió cuando James le ofreció todas las comodidades como si fuera su propio hijo... Y de alguna manera así fue.

Resultó entonces que los conocimientos de Evan sobre el boxeo le servirían para convertirse en el guardaespaldas personal de James. Su cuerpo era tan fuerte y macizo, que sólo atestar un golpe era suficiente para dejar atontado a cualquiera.

Mientras no trabajaba como escolta, Evan se mantenía en la escuela. Estaba determinado en terminar su educación y así tener la oportunidad de iniciar sus estudios en Finanzas. Quería ser su propio dueño.

Como era de esperarse, se convirtió en un alumno estrella, a tal punto que le valió una beca para una prestigiosa universidad. Al momento que se enteró,

James protestó no porque no quisiera verlo estudiar, sino porque no lo quería lejos de él.

—Tienes que dejarme hombre, esta es una gran oportunidad para mí. Entiéndelo.

—Lo hago, pero comprende que tú ahora eres como un hijo para mí y venga, es demasiado lejos.

—Prometo venir seguido, de verdad.

—Si rompes tu promesa, te juro que...

—Vale, vale. Entendido. Pero, ¿me dejarás? De verdad que esto es muy importante para mí.

James no le quedó de otra que aceptar el destino por el cual Evan había trabajado tanto.

Evan pareció un chico cualquiera que asistía a sus clases, sin embargo, fue allí cuando se manifestó el despertar de su sexualidad. Por varios, muchos años, más bien, reprimió esos impulsos porque su vida se había convertido en una constante lucha por sobrevivir. Sin embargo, ahora que estaba en un ambiente diferente, libre, en donde podía expresarse como quisiera, tenía la oportunidad de conocer mujeres y, sobre todo, conocerse a sí mismo.

De nuevo, gracias al básquet, Evan logró otra beca con la cual le redujo aún más el pago de la universidad. Además, esto también lo ayudó a convertirse en uno de los jugadores más deseados por las chicas.

Sin duda, él era bastante nuevo en ese aspecto. No tenía idea de cómo reaccionar en situaciones como esas, por lo que optaba por no decir nada o por ignorarlo. No obstante, conoció a una chica un par de años mayor que él y que le llamó la atención apenas lo vio.

Ambo comenzaron a salir y hasta ser considerados como la pareja perfecta de la universidad. Él, alto, fuerte y con los ojos más penetrantes jamás vistos. Ella, rubia y esbelta, inteligente y destacada miembro del equipo de investigación de la universidad. Una chica brillante y el deportista, nada podía salir mal.

Cuando por fin estuvieron a solas, ella comprendió que Evan todavía era virgen.

—No te sientas avergonzado porque no hay nada por qué avergonzarse. Además, me parece muy dulce.

Ese momento incómodo quedó superado por el deseo que él sentía por ella, por las ganas que tenía de descubrir cómo era el sabor de su piel o el de sus labios. Así pues, luego de un par de tropiezos, Evan por fin conoció el

placer de estar con una mujer.

Tiempo después, él descubrió que sentía una fuerte inclinación por tomar el control de la situación, sobre todo en la cama. Cuando estaba con ella, descubrió que le gustaba sentir su mano en el cuello, que le gustaba marcar el ritmo de la situación y que ella obedeciera lo que él le pedía.

Desconcertado, trató de investigar por su cuenta y encontró que él, según las características que leyó, era un Dominante. Por fin pudo darle nombre a una sensación que parecía estar siempre con él y que le hacía sentir, de alguna manera, que todo tenía sentido.

Por suerte, y por extraña casualidad, su novia era sumisa así que el proceso para entender todo lo que le sucedía, fue mucho más fácil.

Al principio se limitaron al control de posiciones pero poco a poco las cosas fueron evolucionando. Evan se convirtió en un Dominante posesivo, controlador, frío y con predilección al sadismo. Le gustaba hacer sufrir.

Tenía muchas formas, de hecho. Por medio de amarres fuertes, azotes, torturas en los pezones con ganchos de ropa, electricidad, incluso calor. Era tanta su afición que pensó en algún momento en marcar a fuego a una sumisa. Pero era algo que tendría que ver más adelante.

Sin duda, Evan aprendió mucho sobre sus gustos en la universidad. Aunque con el paso del tiempo, la relación desmejoró y ambos decidieron separarse de mutuo acuerdo.

Después de graduarse, volvió a casa de James para seguir en el mundo de la mafia. Estaba decidido a acumular poder y dinero como su protector, por lo cual se dejó de la apariencia dulce e inocente. Ya no era eso. Era un hombre que tenía que plantarse bien para que fuera respetado como debía.

Gracias a los conocimientos que adquirió en la universidad, el negocio de James despegó hasta el día de su muerte. Su protector fue consumido por una enfermedad incurable por lo que aprovechó la oportunidad de darle a su hijo adoptivo todo en sus manos.

—Has sido lo más parecido a familia que he tenido en mi vida. Me diste una razón para trabajar y para ser mejor. Ahora, lo único que resta, es darte esto. Darte este negocio que también es tuyo porque ayudaste a hacerlo crecer. Conviértete en esa persona que sabes que eres.

Al morir, Evan Morrow ocupó la silla del líder más temido de la mafia de la ciudad.

No había persona que no lo conociera. Sólo pronunciar su nombre, provocaba el miedo de sus adversarios. No sólo por su mano de hierro, sino

también porque era capaz de destruir a quien se le cruzara por el frente.

Sádico, cruel, frío. Eran algunos de los adjetivos que ganó con el paso del tiempo. Su comportamiento con los hombres de la mafia no era muy diferente con las mujeres. En realidad, sólo las convertía en objetos sexuales para satisfacer sus más oscuras inclinaciones.

Las sometía, humillaba, insultaba, ataba, azotaba. Todo con el fin de encontrarse pleno en lo que buscaba para él. Sin importarle lo demás.

Cada acción que cometía, sin embargo, lo llevaba más y más a una oscuridad la cual parecía sin retorno. Y la verdad era que le daba igual.

—Sí, ya vamos para allá. Un equipo irá a recoger las armas en el almacén. Justo ahora acabo de hacer el pago así que no tendría que haber problema al respecto. Sí, ajá, lo sé. Vale, quedamos así.

Evan recorrió la ciudad en medio de la lluvia y con el rostro en la ventanilla de coche. Comenzó a pensar en lo que había logrado, en la reputación entre sus pares, en sus perversiones, en la oscuridad que parecía consumirlo cada vez más. Se preguntaba si existía alguna manera de redimirse, si tendría la oportunidad de limpiar un poco sus pecados.

II

Busted de The Black Keys sonaba con tal fuerza que parecía que a oficina estaba escuchando también la agrupación. Sin embargo, aquello era algo muy común y se lo perdonaban porque era una chica que tenía buenos gustos musicales y que sabía hornear galletas con chispas de chocolate.

Sofía tarareaba la canción imaginando que era como de esos cantantes famosos que estaban en pleno concierto entregándolo todo. Movía la cabeza sin parar, mientras se encargaba de llenar celdas con fórmulas y números para calcular las prestaciones y los sueldos que se pagarían en esa semana. De hecho, ese ritual de escuchar música atendía a la necesidad de relajarse un poco cuando le tocaba hacer este tipo de cosas. Lo cierto es que el dinero vuelve a la gente más arisca y hostil de lo normal.

Así que, cuando le tocaba, se encerraba en la oficina, se colocaba los audífonos y se dedicaba a escuchar lo que quisiera. Su mirada no se despegaba de la pantalla por un buen rato, así que estaba allí, anclada hasta que terminaba de hacer lo que le tocaba.

Cuando terminaba, se alejaba de la computadora, se quitaba los lentes de pasta y se frotaba los ojos con paciencia. Volvía a hacer un último vistazo hasta que se levantaba e iba a la cocina a comer unas cuantas galletas que solía llevar a la oficina. A veces eran de chispas de chocolate, otras de mantequilla de maní. Cualquiera receta era bienvenida porque quienes trabajaban con ella eran golosos.

Mientras remojaba una en su taza de café, se percató de una noticia que le llamó la atención. El televisor de la cocina transmitía un reportaje sobre las mafias en la ciudad. Por supuesto, hablaron de Evan Morrow, la figura más prominente del grupo.

“Se sabe que Morrow es heredero de un imperio de poder que ahora comanda con puño de hierro. Testigos que prefieren mantener el anonimato, han dicho que las técnicas de “castigo” que emplea Morrow van más allá de lo imaginable. Incluso, hasta hace pocos minutos, encontraron un par de manos cortadas en el puerto de la ciudad. Junto a estos, el cuerpo de un hombre de unos 40 años que se presume trabajaba para Morrow. Aunque son especulaciones de la policía, no se descarta que este terrible hecho, hay sido resultado por un tipo de ajusticiamiento”.

—Vaya, ese tío si es de cuidado, ¿no?

—Sí, es impresionante lo que ha hecho. Y también cómo se escabulle de las autoridades.

—Sofía, querida, ese tío tiene conexiones en todas partes. Está blindado por lo que es imposible que lo metan preso a menos que se entregue... Y lo dudo, capaz que lo sueltan al día siguiente.

—¿Tanto así?

—Vaya que sí. Todo un peligro.

“También se habla de los secuestros por parte de la organización de Morrow. Aunque son actos menos frecuentes, algunas personas que han estado vinculadas directa o indirectamente con él, son susceptibles a este tipo de crímenes. Por ello es importante que si usted nota algún tipo de situación sospechosa, no dude en comunicarse con las autoridades para brindarle protección de inmediato”.

Ella siguió en lo suyo puesto que aquel mundo no tenía nada que ver con el suyo, así pues que siguió concentrada en su café y en lo sabrosas que le habían quedado las galletas. A los pocos minutos, regresó a su puesto a seguir con la rutina de siempre.

La vida de Sofía estaba llena de eso, de rutina, de costumbres que seguía con rigurosidad puesto que esto le daba cierta estabilidad. A pesar de tener ese tipo de personalidad, a veces, tan rígida, tenía un estilo que decía todo lo contrario.

Usaba el cabello corto el cual usaba como conejillo de indias para pintárselo de todos los colores. De hecho, fue aún más todavía radical en la universidad. Probó de todo, literalmente, incluso drogas. Pero eso sí, nunca sacrificó sus calificaciones por lo que demostró, a pesar de la angustia de sus padres, que era una chica consciente de sus habilidades e inteligencia.

En esa época alocada de su vida, también se atrevió a experimentar una época de exploración sexual. A pesar de su timidez, las hormonas fueron más intensas que su miedo así que conoció las mieles del sexo al poco tiempo.

Sus compañeros ocasionales le permitieron conocer aún más sus gustos. Por ejemplo, prefería el sexo oral por sobre todas las cosas, especialmente cuando era cuestión de darlo. Por otro lado, también disfrutaba el ser humillada, atada y hasta torturada. Con el paso del tiempo, descubrió que esas inclinaciones poco comunes, formaban parte de mundo BDSM. Así que se entregó de lleno, a estar con personas que le permitieran conocer un poco más al respecto.

Se unió a un grupo que regularmente solía reunirse y hablar sobre el tema.

Generalmente lo hacían los viernes en la noche, ya que ese era el único día en donde todos podían asistir sin poner quejar.

Mientras hablaban, Sofía escuchaba atentamente las anécdotas e historias personales que les había pasado. Gracias a esa frecuencia de asistencia, llegó a involucrarse con un Dominante que tenía bastantes años de experiencia.

Él le introdujo a un mundo completamente diferente del BDSM. Fue a sesiones abiertas de amarres estilo shibari, concursos de pony play y hasta de brats. Además, también asistió a una venta de esclavos en el cual aprendió cómo ese submundo se movía con increíble agresividad. Si bien había gente que era tratada como trozos de carne, sabía que todo aquello era hablado y acordado, no tendría que haber problema con ello. Formaba parte de una dinámica que simplemente no estaba de acuerdo.

Durante el tiempo que estuvieron juntos, Sofía se sintió más cómoda con sus gustos e inclinaciones, aunque, por supuesto, era algo que no podía decir a vox populi. Aquello podría traerle problemas y además podría en peligro su privacidad. Así que andar con alguien del mundillo, ya de por sí era una ventaja interesante.

La experiencia más extrema que tuvo con el sujeto sucedió cuando fue a su casa para encontrarse con él. Cada vez que le tocaba hacerlo, tenía que quitarse la ropa y arrodillarse frente a la puerta hasta que él la recibiera. Después de abrirle la puerta, Sofía, con la cabeza fija en el suelo, esperaba las palabras para que pudiera pasar a rastras.

Avanzaban a gachas, con los ojos en el suelo así como sus extensiones, desnuda y a la expectativa de lo que sería el castigo que él le proporcionaría.

—Sigue adelante.

Así hizo hasta que entró en esa especie de mazmorra que tenía él. Un lugar sólo destinado a jugar como quisieran. Después de ordenarla que se pusiera de pie, el hombre le dio una bofetada como esa costumbre que tenían de manifestar el deseo del uno por el otro de esa manera. Además, también era indicativo de que era momento de iniciar la sesión.

Después de un par de besos y de mordidas en los pezones, su Dominante le hizo que se sentara sobre una silla de madera.

—Hace poco que la he construido. ¿Qué te parece?

—Muy bien, señor.

—Ahora te parecerá mejor. Ya verás.

Lo que no notó Sofía fue que en la silla en donde estaba sentada, había unos pequeños cables entrelazados en la madera. Cuando se percató de ello,

esperó a que su Amo le diera más instrucciones al respecto. Sin embargo, él sólo se limitó a colocarle unos cuantos amarres en los tobillos y las muñecas. Hizo lo propio con el cuello y la cintura. A él le gustaba tenerla prácticamente inmovilizada.

Así pues que conectó el cable que unía todo ese mecanismo e un enchufe que tenía cerca. Aunque ella no experimentó nada, él tenía en sus manos un pequeño control con un botón rojo.

—¿Ves esto? Bien, corresponde a que yo decido si corto o no la electricidad que pasará por tu cuerpo. Aunque sé que eres una chica valiente y hambrienta de experiencias nuevas, no está demás que recuerdes que en cualquier momento puedes decir la palabra de seguridad.

Por último le colocó una mordaza de bola y se echó para atrás después de ajustársela a la cabeza. Sofía respiró hondo y cerró los ojos. Lo siguiente que experimentó fue una fuerte descarga que la hizo estremecerse por completo.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró con la imagen de él que caminaba hacia a ella. Le acarició el rostro y volvió a darle una bofetada pero esta vez, suave. Tocó su pelo y sus labios para luego echarse de nuevo hacia atrás. Presionó el botón rojo y se dejó vencer por esa corriente que recorrió cada trozo de piel.

Inesperadamente, Sofía encontró todo aquello sumamente placentero así que no tardó demasiado tiempo en mojarse. Sí. Estaba mojada y excitada, estaba lista para él.

Sin embargo, su Dominante no había terminado todavía. Después de desconectar el cable principal, desapareció por un momento para buscar una vela. La encendió frente a ella y esperó a que esta acumulara suficiente esperma. Al formarse un pequeño pocillo, vertió un poco en sus muslos con la suficiente distancia como para hacerla gemir del dolor.

Inmediatamente ella comenzó a retorcerse, incluso mucho más cuando fue objeto de la tortura eléctrica. Esto, por supuesto, implicó la diversión de su Amo.

Continuó con el método. Sus muslos, brazos los cuales estaban sobre un par de tablones de madera, e incluso sus pechos. Cada vez se hicieron más y más notables las marcas de las gotas y chorros de esperma que cayeron sobre su piel. Aquella piel morena ahora enrojecida y brotada por el calor de esperma.

Otro detalle que a su Dominante le gustó ver, fue cómo gracias a la que ella había recibido antes, pudo notar cómo la baba no paraba de fluir de su

boca. La mordaza de bola tenía ese objetivo, que fuera casi imposible controlarlo a pesar del empeño que le pusiera.

Como sus ojos estaban llorosos y los hilos de saliva caían sin parar sobre sus pechos, él alzó su cabeza para verla mejor. Sí, ese maquillaje cuidadosamente elaborado se veía tan sensual corrido por las lágrimas y la baba. Él entonces tomó un poco de esos fluidos y procedió a desparramar aún más para que ella se sintiera realmente humillada. Sofía, mientras, tenía el coño a punto de ebullición. Caliente, tan caliente y húmedo como un volcán. Estaba lista para recibir los labios o el pene de su Amo en cualquier momento.

Si bien esa fue la sesión más intensa que tuvieron los dos, esa experiencia sería la única ya que Sofía demostró sentir la necesidad de salir de esa relación que ya se había vuelto peligrosamente absorbente. Tanto, que estaba a punto de colocar en peligro su propio trabajo y la universidad.

Se alejó de él paulatinamente hasta que se dejaron por completo. No obstante, ella recordaría las emociones que había experimentado ese día. Serían de las intensas.

Lo cierto es que ella acabó emocionalmente agotada. Una relación de este tipo demandaba mucha preparación mental y lo cierto es que aquello no era para todo el mundo, así que decidió que se tomaría un breve descanso, al menos para despejarse un poco la mente y el cuerpo.

Pasaron los años y ella encontró la estabilidad de un buen trabajo. Dejó de pintarse el cabello de colores, dejó de fumar porros y comenzó a comprar ropa un poco más adecuada a la oficina. Al final, dejó a un lado la costumbre de irse de marcha para tener una vida un poco más parecida a la de los demás. Una en donde la rutina se respetaba por sobre todas las cosas.

Aun así, nunca perdió esa esencia de chica dulce y risueña que consentía a los demás con pastas y bollería. Era una costumbre que iba más allá de sí misma, así que no se molestaba demasiado en esconder.

Después de un largo día de trabajo, bajó por el elevador. Llegó a la planta baja y salió por las puertas corredizas. Miró al cielo y se percató que era de noche. Respiró profundo y se apresuró para ir a la parada de autobús para poder ir a casa.

Se sentó en los últimos puestos y se encontró aliviada de que no hubiera demasiada gente allí, ya que por lo general, siempre iba repleto. Se colocó los audífonos y cambió la música de The Black Keys a Interpol. Como se sentía nostálgica, reprodujo todo el disco Our Love To Admire y apoyó la cabeza contra la ventana. Miró las gotas de agua secas de la mañana pero que aún

estaban allí, miró los árboles a la orilla del camino, fundirse con el asfalto que cada kilómetro ganaba más y más presencia. Volvió a tener esa sensación de que los días se les parecían unos a otros y que había perdido la noción de las cosas porque esa rutina por la que tanto se esforzó en tener y preservar, ahora la estaba matando.

Estando allí trató de recordar cuándo había sido la última vez que estuvo con un hombre, trató de recordar cuándo fue la última vez en la que se sintió atractiva o que se lo hayan dicho. Cada vez iba descartando los tiempos para siempre terminar en lo mismo: En la oficina, con los auriculares y con la pantalla a punto de consumirle los ojos.

Sofía estaba en una encrucijada, deseó por un momento el tener la oportunidad de experimentar un poco de aventura para sí misma, así fuera una sola vez.

Después de un embotellamiento que parecía que no se acabaría, el autobús pudo continuar con la ruta hasta que se acercó lo suficiente la calle en donde vivía ella. Presionó el botón de la parada y se bajó con premura puesto que el cansancio ya estaba consumiéndole el cuerpo y la mente.

Entonces comenzó a caminar por la acera y giró hacia una callejuela en donde estaba la entrada de edificio. Como siempre, estaba un gato rubio sentado en la puerta y, cuando Sofía sacó las llaves para abrir, el felino le expresó un suave maullido.

—Ya me hacía raro que no estuvieras por aquí en la mañana.

Le acarició la cabeza y cruzó el umbral. Pasó por los elevadores y presionó el botón con el piso 6. Las puertas se cerraron y se echó para atrás para apoyarse en el vidrio. Respiró hondo y luego abrió los ojos mirando cómo se marcaban los números. Era una escena que se reproducía constantemente.

Cuando finalmente entró a su piso, Sofía se quitó inmediatamente los zapatos e hizo un sonido de alivio. Por fin se despojó de esas máquinas de tortura y procedió a caminar por la casa para buscar algo de beber. Como el sonido del silencio la hacía sentirse incómoda, encendió rápidamente el televisor de la cocina mientras hundía las manos en el refrigerador. Tenía ganas de una cerveza fría.

Para su sorpresa, aquel reportaje de la mañana, parecía que estaba repitiéndose en la edición de la noche. Era una especie de cobertura especial, por lo que pudo entender.

“Lo más sorprendente de este caso tiene que ver con las conexiones de

Morrow. Según las declaraciones de varias fuentes, el mafioso no sólo controla parte de la policía y de los jueces de la ciudad, sino que también, al parecer, tiene vínculos con otros sectores. Se presume que el de construcción es uno de sus mayores fuertes aunque también se especula que sus redes también abarcan hasta firmas de abogados y de contabilidad...”

Por alguna razón, Sofia escuchó esas últimas palabras y sintió una especie de fuerte punzada en el pecho. “Firmas de abogados y de contabilidad”. Inmediatamente recordó que trabajaba en una y que casualmente algunos años atrás habían entrado en una crisis de la cual salieron casi milagrosamente, gracias a la intervención de un proveedor anónimo.

Aunque su mente le decía a gritos que estaba en la dirección correcta en cuanto a esa deducción, pensó de inmediato que se trataba de una sarta de tonterías y que todo aquello era producto de la paranoia. No valía la pena seguir envenenándose la mente con esos pensamientos y menos cuando tenía demasiado trabajo por hacer. Así pues que apagó el televisor, tomó lo último que quedaba en la botella y fue hacia su habitación para tomar un baño.

Comenzó a desnudarse y se miró en el espejo mientras lo hacía. Miró que tenía las ojeras más oscuras que nunca y que tendría que recortarse un poco el cabello.

Lo cierto es que al verse desnuda, Sofia se sintió orgullosa de su cuerpo. Aunque no era alta, tenía buenas piernas, la cintura pequeña y, a diferencia de otras mujeres, no tenía complejos con sus caderas anchas. Sus pechos, pequeños, eran firmes y de pezones grandes y de color oscuro que contrastaba un poco con su piel morena clara. Sus ojos eran grandes, de color café, la nariz era un poco ancha al final y los labios gruesos. Le gustaba verse y sentirse segura en el estado más vulnerable de cualquier persona y sabía que algo así no era nada sencillo.

Así pues que abrió las llaves y se entregó al caudal de agua tibia que sirvió para relajarla inmediatamente. Cerró los ojos y cuando trató de hallar un poco de paz, de inmediato le vino a la cabeza, esas lapidarias palabras del noticiero. Esas palabras que hicieron eco dentro de sí y que no podía espantar por ningún motivo. Era como si algo la persiguiera y no pudiera zafarse de ello.

Finalmente salió y comenzó a secarse. ¿Sería verdad todo lo que estaba pensando? ¿Sería todo producto de su imaginación? Mientras volvía a verse en el reflejo, esperaba que sí. Esperaba que su instinto se callara y que dejara de decirle que sus presunciones eran ciertas. Temía que fueran ciertas.

III

Después de la universidad y al integrarse después al grupo de James, Evan tomó la costumbre de revisar los libros contables con estricta frecuencia. De esta manera, podía seguir de cerca las deudas, ingresos, egresos e inversiones que tuviera el grupo. Gracias a ello, otorgó un nuevo nivel de organización y planificación.

Con el correr de los años y al momento de asumir el liderazgo, se volvió mucho más detallista al respecto. Casi frenéticamente. Quincenalmente se sentaba en el despacho de la enorme mansión para constatar que los números estaban bien. También esto se convirtió en una herramienta para detectar las fugas de capital y por si habría alguien que fuera capaz de traicionar su confianza.

Con los números en mano, recurría a las rondas de cobro. Una costumbre la cual consistía en cobrar el dinero que había prestado. En la teoría, suena como algo que suele hacer cualquier prestamista pero lo cierto es que no había nada más alejado de la realidad. Evan recurría a métodos intimidatorios para lograr sus objetivos. Al principio eran llamadas telefónicas y, si la deuda no era pagada en el lapso definido, la situación escalaba a persecuciones e incluso el secuestro. El límite era el cielo.

La rígida costumbre correspondía a algo esencial: A recordarse a sí mismo que nunca más sería ese chico pobre que tuvo que sobrevivir en la calle para poder llevarse un trozo de pan a la boca. Nunca más tendría los zapatos rotos y desgastados por el uso, nunca más sentiría hambre o miedo por la presencia de otros, nunca más se dejaría aplastar por la desesperación. Era una promesa que cumpliría a como diera lugar.

Mientras repasaba las líneas de los libros, se encontró con el nombre que resaltaba en rojo. Esa misma observación la hizo semanas atrás y ahora apareció como un recordatorio.

—Vaya, vaya...

Se trataba del dueño de una firma contable, de una que estuvo a punto de cerrar, pero gracias a la inyección de capital de él, volvió resurgir sin problemas y en corto tiempo. Volvió a mirar el nombre y en seguida comenzó a buscar el libro de la ronda de cobros. Allí estaban los métodos que había utilizado. Efectivamente hubo llamadas y hasta uno de los hombres le siguieron por varios días. ¿Resultado? Nada. No hubo ni la más mínima

intención de hacer el pago. Ahora bien, las cosas tendrían que cambiar.

Por lo general encargaba ese tipo de trabajo a sus hombres. No le llamaba la atención involucrarse en actividades que le representaran un uso excesivo de energía. Sin embargo, esta ocasión era diferente. Tendría que tratarlo con sus propias manos.

—Sr. Morrow, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Necesito toda la información de esta persona y lo más pronto posible.

—Sí, señor.

Su asistente desapareció para luego presentarse a él después de una hora. Sin duda, era un hombre altamente eficiente.

—Es dueño de la firma según tiene en el libro. Además de esto, es una persona que no tiene familiares directos. Sus padres murieron, no tiene esposa ni hijos.

—¿Hermanos?

—No, no los tiene.

—Interesante.

—En términos generales es un hombre que no tiene ni una multa de tránsito. Se ha encargado de pagar sus impuestos a tiempo y es una persona considerada correcta y puntual.

—Vaya. Pero debe haber algo, algo que realmente lo perturbe.

—Lo que hemos encontrado es que es devoto de su firma. Ha hecho todo lo posible por salvarla a pesar que no sepa mucho de administrarla correctamente. Algo que, sin duda, no tiene sentido.

—Entonces quieres decir que si ese tío desaparece, ¿nadie lamentará su ausencia?

—Eso me temo, señor.

—Bien, en vista de ello tendremos que usar otro recurso.

—¿A qué se refiere?

—Secuestrar a uno de quienes trabajan con él. Alguien que le resulte de afecto y que también maneje información importante. Alguien que puede afectar su reputación.

—Creo que tengo alguien en mente, señor.

—¿Sí? Estupendo.

Sofía despertó al día siguiente con un presentimiento extraño en el pecho. Era algo que le apretujaba con fuerza. Se frotó los ojos y miró el despertador. Todavía le quedaba una hora.

Volvió a echarse a la cama para relajarse pero esa sensación no terminaba

de quitarse del cuerpo, era como si incluso le impidiera hacer otra cosa.

—Venga, no seas tonta.

Se levantó y fue al baño para lavarse la cara, cepillarse los dientes y tomar un baño. Al menos tendría un poco de tiempo para hacerlo con tiempo y con paciencia.

Después de dedicarse un rato a eso, salió y comenzó a vestirse, después fue a la cocina a prepararse el desayuno y se sentó en la pequeña mesa plegable que estaba allí. A pesar que estaba tranquila, su instinto pareció insistirle con fuerza que no se fuera, que se quedara allí.

Como la costumbre era más fuerte que ella, se levantó y procedió tomar sus cosas con la misma actitud mecánica de siempre. Se aseguró que no se le quedaba nada y así sin más, salió.

Después de salir de la callejuela, se encontró con la calle ya repleta de coches. El ver esa cantidad de gente y tráfico, volvió a sentirse tranquila a tal punto que hasta se burló de sí misma por haberse asustado como lo hizo. Se paró frente a la parada y comenzó a tararear alguna canción. Mientras estaba concentrada en los autobuses que iban y venían, no se percató que alguien la vigilaba de cerca. Muy cerca.

A pocos metros de ella, se encontraba un coche blanco con un par de tipos y en la misma parada, estaba un hombre vestido de negro que no le quitaba la mirada de encima. Sofía estaba en su mundo.

—¿Cuánto tiempo tenemos que esperar?

—Hasta los momentos sólo nos concentraremos en vigilarla.

—No tiene muchas actividades esta tía. Es como aburrida, qué se yo.

—Ese no es nuestro problema. Cuando nos avisen que tenemos que hacerlo, lo haremos rápido.

Los dos hombres volvieron a quedarse callados para verla de nuevo y retomar lo vigilancia. Aunque no estuviera allí, aunque estuviera atendiendo otros asuntos, Evan estaba más atento de lo que estaba pasando, así pues que trataba de comunicarse con todos lo mejor que podía.

—Vigílenla. Eso es lo que tienen que hacer. Estudien sus movimientos y luego le daré la orden pero, por lo pronto, tienen que concentrarse en ello y nada más, no es nada complicado.

Cada tanto recibía información de sus hombres. Los pasos de esa chica estaba milimétricamente medidos.

Aunque quería hacer el golpe lo más rápido posible, Evan disfrutaba mucho más cuando lograba hacer la mayor cantidad de daño posible así que

esperó una semana más para llevar a cabo el plan y hacer perturbar a su víctima lo más posible.

La oficina quedó completamente vacía a excepción de Sofia y su jefe. Aunque ella estaba acostumbrada a hacer las auditorías, encontró a su jefe un poco más nervioso de lo normal. Se le antojó demasiado.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... —Dijo limpiándose el sudor— Sólo que ando un poco preocupado por algunas cosas, pero nada del otro mundo, ¿vale?

—Vale. Bien, aquí están los libros del mes y los movimientos que hicimos durante esos días. Me parece que hay algo que no me termina de convencer...

—¿A qué te refieres?

—No sé, una especie de anomalía. ¿Recuerdas que te lo mencioné meses atrás?

—Sí y te dije que lo dejaras así.

—Vale, lo que pasa es que es muy extraño, es todo.

—Continúa...

Después de unos segundos de tensión, los dos continuaron en la oficina hablando sobre los números. Sin embargo, y aunque hizo un esfuerzo, Sofia quería decirle que había logrado encontrar esa anomalía de la que tanto habló y de la que tanto él había insistido en no oír. Era raro, muy raro, que su jefe se mostrara tan a la defensiva con todo aquello.

—Vale, si quieres dejamos el resto para después, ¿qué te parece?

—Por mí, perfecto, sólo faltarían algunas cosas pero creo que ya expuse lo más importante.

—Vaya, serán casi las 11. Sí que le hemos dado caña, ¿no? ¿Quieres que te lleve a casa? Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—Vale, estupendo.

Ambos prepararon sus cosas para irse. Todo fue como siempre, bajaron por los elevadores y siguieron hablando de los números hasta que se abrieron las puertas. Unos cuantos pasos después, se encontraron de frente con cuatro tipos enormes y encapuchados, que les apuntaron con armas largas.

—Muévanse.

Sofia estaba en shock así como su jefe. Ambos inmediatamente levantaron las manos y salieron hasta que los llevaron a las puertas traseras del edificio. Ella, al borde de la desesperación, se encontró impresionada que todo aquello estuviera desierto. No había ni una sola alma.

Caminaron hacia el amplio estacionamiento hasta que los llevaron a una

van blanca. Las puertas se abrieron de inmediato y fue allí cuando a Sofía le taparon la nariz con un trapo empapado de un líquido que hizo que inmediatamente perdiera la consciencia.

La introdujeron en la van mientras su jefe miró todo con la expresión de pánico.

—Esto pasa cuando no pagas tus cuentas, gilipollas. Si te pasas de listo o si avisas a la policía, la cabeza de la chica amanecerá en tu casa y el siguiente serás tú.

Aún con las manos alzadas al aire, le cerraron las puertas en las narices y el chirrido de los neumáticos marcaron todo el asfalto. Se fueron a toda velocidad.

El jefe de Sofía quedó tan impresionado, tan consternado que cayó de rodillas al suelo y se quedó allí un buen rato, abrazado por la oscuridad y por el sonido de los grillos.

El cuerpo inconsciente de Sofía daba tumbos en la parte posterior de la van hasta que los hombres Morrow comenzaron a encadenarla, tal como si fuera una esclava. Grilletes en las muñecas y un collar de metal en el cuello el cual, además, también estaba unido con una cadena hasta sus manos.

Mientras iban a la mansión, ella estaba entre la consciencia y la duda de que si todo aquello se trataba de un sueño. Quería pensar que era así, que nada de lo que estaba pasando era realidad.

Volvió a caer en las sombras cuando por fin llegaron a un almacén propiedad de Morrow. En las puertas estaba él, esperándolos mientras se acariciaba las manos con insistencia. Lo cierto es que optó por secuestrarla porque dos razones: Para advertir sobre la deuda que estaba pendiente por cobrar y segundo porque se trataba de una mujer que le pareció atractiva según los informes de sus hombres. Así que pensó que también podría divertirse un rato con ella. Por ello ordenó que la encadenaran, que le pusieran un collar y que la trajeran a su casa lo más pronto posible. Mientras miraba cómo se aproximaba la van, casi podía imaginarse las cosas que quería hacer con ella.

La van aparcó frente a él y sus hombres bajaron en seguida.

—Señor, ¿en dónde la dejamos?

—Allí hay una habitación. Déjenla allí y después reúnanse conmigo.

Abrieron una puerta de metal y encendieron la luz. Todavía encadenada, dejaron el cuerpo inconsciente de Sofía en un catre y luego cerraron la puerta con fuerza. Ella pareció regresar poco a poco a la realidad.

—Jefe, ¿qué debemos hacer con ella?

—Esperar. Quiero que despierte y allí decidiré qué haré con ella.

Aunque sintió curiosidad de verla, de escucharla, de conocer su rostro, esperó un poco más. Ya tendría tiempo para conocerla, ya tendría oportunidad de conocer su destino.

IV

Poco a poco la sensación de pesadez y sueño abandonaron el cuerpo de ella. Sofía sintió un peso incómodo en su cuello y manos y miró que estaba encadenada. Dio un sobre salto cuando se percató que estaba encerrada en una habitación extraña. Todo le resultaba una verdadera pesadilla.

Las paredes de concreto frías y grises, la luz blanca del techo, el catre rígido y el suelo igual de gélido. Para peor, tenía unas cadenas que le impedían moverse con más libertad. Cuando sintió el metal en el cuello, apretándole y casi cortándole la respiración, le hicieron sentir que en cualquier momento iba a morir. Sin embargo, todo se puso peor cuando recordó el noticiero y ese extraño reportaje con el que se topó dos veces. Las declaraciones de los testigos anónimos, la explicación sobre los métodos de tortura, el saldo de muertos que tenía detrás. Y la punzada final fue el recordar que sus vínculos llegaban incluso a la policía y empresas de todo tipo, incluso firmas contables.

La imagen de su jefe y ella saliendo del trabajo y la actitud extraña de él ante las cosas que le decía que algo no estaba bien. Sin embargo, aunque hiciera el esfuerzo, aunque quisiera recordar más, no pudo. Un repentino dolor de cabeza penetró su cerebro como una dolorosa punzada. Trató de respirar un poco, trató de pensar que las cosas mejorarían pero no podía, era imposible. Estaba encadenada, encerrada, era el final de su vida. En definitiva.

De repente, escuchó el girar de la perilla de la puerta. El chirrido metálico le hizo echarse para atrás como si buscara protección esas gruesas paredes de cemento. El miedo le recorrió la espina. Una corriente fría que le llegó hasta el cuello.

Poco a poco quedaba al descubierto el brillo de un par de zapatos de cuero negro y el azul intenso de un traje tipo sastre. Poco a poco una mano blanca y grande iba dejando que la luz iluminara el rostro y la figura más intimidante que jamás había visto. Estaba frente a la presencia de Evan Morrow y no estaba segura si viviría para contarle.

Estaba solo y con la expresión serena cuando se encontró con el cuerpo tembloroso de Sofía casi arrullado en una esquina de la habitación. Sus ojos azul claro, impresionantemente claros, se posaron en ella hasta mirarla por un rato. Sofía temblaba sin parar, ansiosa, miedosa, temerosa de que algo le sucediera y que no tuviera tiempo para pedir auxilio.

Aquel hombre alto, fuerte, de traje sastre azul intenso a la medida, de zapatos de cuero lustrosos, de cabello negro corto y perfectamente peinado, el rostro rasurado, la boca fina y la estructura ósea de la cara tan fuerte y sólida. La cicatriz en el cuello quizás producto de alguna pelea entre matones. La actitud aplastante, esa misma que no daba oportunidad de recuperarse en lo más mínimo.

Se acercó lentamente hacia ella con actitud tranquila hasta que se sentó en el catre.

—¿Por qué no te sientas? Dudo mucho que el suelo sea un lugar cómodo para alguien.

La voz gruesa de él retumbó entre las paredes y en la cabeza de Sofía. Ella no pudo evitar echarse más hacia la esquina, al punto en que sintió que casi iba a raspar las rodillas contra aquella superficie dura.

—Vale, ya entendí. Ya entendí. Bien... Imagino que no tienes idea de por qué estás aquí y la verdad es que tiene que ver con tu jefe. Pero eso es un asunto que, por lo que veo, desconoces y me hace pensar que te hemos dado un trato un poco injusto.

Sofía seguía en estado de alerta mientras que las palabras de Evan sonaban un poco extrañas. La tenía acorralada y encadenada, prácticamente a su merced y no sabía cuál sería la dirección que tomarían las cosas.

Él se levantó de repente y gritó hacia el exterior.

—HEY, VENID.

Dos tíos se acercaron a él casi de inmediato.

—Díganos, jefe.

—Quítenle las cadenas... —Antes de irse, giró hacia ella y continuó — Después llévenla al coche. Iremos a la mansión.

—Sí, señor.

Se acercaron a ella y comenzaron a quitarle las cadenas con rapidez. Sofía estaba más confundida que nunca. Después de quitarle las cadenas, la ayudaron a levantarse y caminar. Las piernas aún las tenía medio dormidas a pesar del miedo y la cabeza no le paraba de dar vueltas.

Al salir, se dio cuenta de una especie de corte de hombre que seguían a Evan como si fueran una manada de perros. Todos serios, todos concentrados, como si lo único que existiera en el mundo, fuera él.

La subieron a una gran Hummer negra. Evan se encontraba en el asiento del copiloto a pesar que, por cuestiones de seguridad, solía irse en el asiento de atrás. Sin embargo, ahí estaba ella. Con la expresión de consternación y

duda.

Mientras, Evan no paraba de estar atento a lo que ella tuviera que decir. Podía incluso percibir la respiración acelerada que tenía. Por otro lado, pensó en que no se imaginó encontrarse en esa situación, sobre todo, cuando había pasado varias veces por lo mismo. Pero estando con ella, las cosas cambiaron un poco.

La primera vez que la vio sintió como si recibiera un fuerte golpe en el estómago, como si un rayo lo hubiera partido en dos. Además, al encontrarse con la mirada de ella, comprendió que podría hallar el camino para limpiar un poco sus culpas. Si acaso hubiera la posibilidad de ello.

Recorriendo unos largos kilómetros hasta que dieron por fin con una impresionante mansión. Lujosa y hasta extravagante, los metros cuadrados demostraban lo imponente de la construcción. Tenía un diseño clásico y moderno que contrastaba con esa imagen mental que tenía Sofía. Pensaba que se trataría de un lugar mucho más estafalarío.

Se bajaron rápidamente y volvió a escuchar la voz de él.

—Déjenla en la habitación.

—Sí, señor.

Tomaron con fuerza los brazos de Sofía y la hicieron subir esas largas escaleras. Ella trataba de aferrarse a algo, de mirar con detalle lo que la rodeaba por si después tendría la oportunidad de salir de allí. Sin embargo todo se sintió tan raro, tan angustiante, tan oscuro que no sabía si alguna vez sería libre.

La dejaron entonces en una amplia habitación. Ella quedó en el medio del lugar hasta que escuchó cómo se cerraba la puerta. Por un lado, sintió que habían aumentado las probabilidades de supervivencia pero quizás se trataba de las falsas esperanzas que albergó en su corazón. Se fijó entonces en los detalles del lugar. Suelo de parqué, con una alfombra debajo de la cama, la cual, además, tenía sábanas de seda blanca. Un enorme ventanal que dejaba entrar la luz del sol por lo que estaba bien iluminado, una mesa de madera y un par de sillas haciendo juego, un poco más hacia un lado, se encontraba un diván de color chocolate. Las paredes eran blancas y despejadas, salvo por un enorme televisor de pantalla plana y un clóset de madera. De resto nada más. Le dio la misma sensación de lugar frío.

Se sentó en la cama para pensar lo que estaba sucediendo. Cerró los ojos y trató de recordar en todo lo que le dijo, incluso en la forma en cómo lo hizo. Trató de calcular la razón por la cual le había perdonado la vida hasta ese

momento. Sitió unas enormes ganas de llorar porque no comprendía por qué estaba involucrada en semejante situación.

Al otro lado de la puerta, estaba Evan. Permaneció el silencio allí por un largo rato, ni bien supo por qué. Llevó sus dedos hasta la puerta y tuvo la tentación de abrirla para verla de nuevo y saber de una vez por todas si todo aquello que estaba experimentando era un mero capricho o algo que iba más allá de eso.

Respiró hondo y se alejó de allí poco a poco. No tenía a más mínima intención de seguir dándole vueltas al asunto.

Así pues que caminó por el largo pasillo de suelo de parqué y se apostó sobre una habitación que estaba cerca de la suya, esa misma en donde estaba Sofía. Se encerró y se echó sobre la cama y miró el techo blanco y se quedó allí para contemplar el silencio de lo que había sido un día sumamente movido.

Cerró los ojos y recordó en seguida ese rostro. La nariz un poco ancha, los labios gruesos y los ojos cafés, el cabello corto que le hacía resaltar los rasgos de su cara. Cada detalle que recordaba, le estremecía por dentro, como si fuera un acontecimiento, como un gran impacto.

Se sintió tonto porque pensaba que esos sentimientos no volverían a manifestarse en él. Pensó que gracias a la crueldad que había ganado con el tiempo, había eliminado de una vez por todas, cualquier rasgo de humanidad o sensibilidad de su personalidad pero, no fue así, era como si el chaval ingenuo de la universidad siguiera más vivo que nunca.

No pudo evitar molestarse consigo mismo, por lo tanto, pensó que una manera de acabar con ese berrinche de niño, era liberarla. ¿Qué más daba? Así que sí, podría liberarla, dejaría todo esto atrás y buscaría la manera de cobrar el dinero y se acabó.

Pero... ¿Si ella resultaba ser la respuesta a todas sus preguntas? ¿Si era ella la persona capaz de liberarlo de esa especie de maldición que se impuso desde hacía mucho tiempo? En los ojos de Sofía vio un poco de esperanza, esperanza para él, esperanza para recuperar un poco de sí mismo.

A ese punto, Evan no sabía qué hacer.

V

Sofía logró quedarse dormida casi por milagro. Cuando despertó a la mañana siguiente, escuchó el trinar de los pájaros y por un momento pensó que estaba en su piso, esperando a que sonara la alarma para levantarse e irse a bañar como hacía de costumbre. Sin embargo, no fue así, su realidad había cambiado por completo.

Lo cierto es que se paró de la cama y se percató que no muy lejos de ella, se encontraban varias mudas de ropa. Nada muy significativo, sólo unos pantalones de deporte, unas camisetas y unos zapatos deportivos.

Extendió la ropa y miró el baño. Tenía ganas de tomar una ducha, así que tomó una de las mudas y fue a cambiarse.

El cuarto de baño tenía sus toques excéntricos. El lavamanos tenía forma de concha de ostra y los azulejos de las paredes tenían cierta tonalidad tornasolada. No pudo evitar sentirse como si estuviera en una casa retro. No le dio más importancia al asunto y se metió a la ducha. Luego de un largo rato, salió, se vistió y pudo sentirse un poco más humana. No obstante, la duda todavía la acosaba, no sabía por cuánto tiempo estaría allí ni cuál era el estatus de su situación. Así pues que se acercó a la puerta y tocó varias.

—Hola, hola... Por favor, por favor, señor. Déjeme ir, no tengo nada que ver con sus negocios ni con nada. Por favor, déjeme ir. Por favor.

Tocó incesantemente sin obtener respuesta. Lo único que escuchó fue el sonido de voz y el eco de unos cuantos pasos detrás de la puerta. Así pues que volvió a sentarse sobre la cama. Después de unas cuantas horas, pensó que se sentiría mejor si lo hacía frente al ventanal. Se acurrucó en una de las sillas y miró hacia el exterior. Frente a ella un enorme árbol en el cual estaban unos pájaros revoloteando entre las ramas. Más allá, en el horizonte, los edificios que emergían del centro de la ciudad. El sol parecía brillar con su máximo esplendor. El día estaba hermoso y ella no podía disfrutarlo, se sintió como si viviera en una jaula.

Mientras su mente maquinaba la razón por la cual estaba allí, nada le sonaba concreto o razonable. Pasó parte de su vida como una mujer común y corriente, sin más. Ahora estaba allí, sin tener ningún tipo de escapatoria.

En ese momento, escuchó la puerta y giró a esta con violencia. Vio a uno de esos grandes hombres con una bandeja de comida. No le dijo nada, sólo la

dejó sobre la cama y volvió a irse.

Aunque no hubiera querido, sus tripas comenzaron a sonar y se levantó con lentitud. Avanzó con cuidado como para que no la escucharan. Miró con sospecha la bandeja y era un plato repleto de gofres con miel, un vaso de jugo y un envase con yogurt. Todo se veía tan apetitoso que no pudo evitarlo más, comenzó a comer casi con desesperación.

Relamió el envase de yogurt como lo último y luego volvió a recoger sus piernas en una de las sillas que daban frente al ventanal. Todavía tenía la duda en la cabeza y ganas de que alguien le respondiera.

Se quedó dormida un par de horas y volvió a despertarse después de escuchar que alguien hacía el intento de abrir la puerta. Permaneció en estado de alerta, mantuvo la mirada fija a la puerta y descubrió de nuevo ese hombre alto, fuerte, de cabello negro y de mirada intensa. La misma que le hizo sentir que le quitaba la ropa por completo.

Sofía se levantó instintivamente y se detuvo detrás de la silla como si fuera suficiente barrera para protegerse. Aunque sabía internamente que no serviría para nada, al menos servía para engañar su mente.

Tenía una camisa blanca, un pantalón negro a la medida y de nuevo esos zapatos lustrosos. Los ojos azules la atravesaron como un hierro caliente y ella no le quedó de otra que quedarse en el mismo puesto.

—No te voy a comer. Tranquila.

—¿Por qué me tiene aquí? ¿Por qué no me deja ir?

—Por eso estoy aquí. Siéntate.

Sofía estaba asustada pero había algo en su voz que parecía atraerla cada vez más y más. Se aproximó un poco y se sentó en el otro extremo de la cama. Se concentró en la expresión tranquila de él.

—No te dará las explicaciones del por qué estás aquí porque simplemente sé que sería comprometedor para ti. —Suspiró— Me di cuenta que no tenías nada que ver con todo este asunto así que decidí que lo mejor era proponerte dos opciones: Puedes irte, ahora mismo, si quieres. No pasa nada. Recoge tus cosas y nosotros mismos te llevaremos a tu casa...

—¿Y la segunda opción?

—Que te quedes.

La miró y sintió que esos ojos no estaban tan repletos de frialdad después de todo. Sofía sintió que algo la estremeció por completo por lo que sintió que tenía que pensar mejor la respuesta.

Cualquier persona en sus circunstancias hubiera optado por la libertad

inmediatamente. Sin embargo, ese hombre sembró la semilla de la duda en Sofía. No sabía muy bien si era sus ojos o la manera de hablar pero tenía algo, algo que la arrastraba y la llevaba hacia un lugar desconocido. Quería saber cuáles eran sus objetivos y qué quería lograr con ella pero, por lo pronto, supo descifrar que era algo que tenía que probar.

Se quedó un momento callada y sintió que la cabeza se le había hecho todo un revoltijo. Después se encontró con esa mirada. Era como sentir un poderoso imán que la atraía hacia él, hacia sus deseos.

—Me quedo...

A pesar de que había depositado todo el optimismo posible, nunca imaginó que recibiría una respuesta afirmativa. Abrió más los ojos debido a la incredulidad.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy. O creo estarlo pero sí... La respuesta es sí.

Evan se levantó y la miró. Después le extendió la mano para llevarla hacia otro lugar de la inmensa mansión.

—Ven.

Ella se levantó y lo siguió. Cuando cruzó el umbral, pensó en lo cerca que estuvo de la libertad. Pero, sorprendentemente, no sintió que la decisión que acababa de tomar fuera errada. Todo lo contrario, era como si su cuerpo y mente por fin hubieran encontrado una interesante razón por la que aventurarse en la vida.

El piso en donde estaban estaba repleto de habitaciones, sin embargo, él la condujo de nuevo hacia las escaleras. Bajaron por estas con lentitud y, mientras lo hacían, ella admiró todo a su alrededor desde otra perspectiva. Era increíble mirar las cosas desde un ángulo tan diferente.

La mansión era un lugar elegante que reservaba ciertos espacios para detalles pocos consonantes, más bien kitsch. No obstante, cada elemento debía tener su historia, por lo que Sofía hizo un gran esfuerzo para entender el contexto en el que se encontraba en esos momentos. Cualquier cosa serviría para saber más de él, más de ese hombre que parecía un misterio que ella estaba dispuesta a conocer más a fondo.

Después de bajar finalmente las escaleras, pasaron por una gran sala. Frente a esta, al otro lado de ese mismo corredor, una especie de estudio. Se dirigieron detrás de ambos ambientes y fue allí cuando Sofía descubrió un par de puertas. Evan empujó una que dio hacia una habitación completamente diferente a la que estaban.

Sencilla pero cómoda, la habitación parecía que se convertiría en la morada de Sofia mientras estuviera allí.

—No estaba seguro de que aceptarías pero, aun así, pensé que sería conveniente prepararte un lugar. ¿Qué te parece?

La verdad es que ella le gustó mucho más. Era grande, iluminada y hasta más agradable. Mientras miraba las cosas a su alrededor, no podía creer que ciertamente había aceptado tamaña oferta. Peor bien, ya estaba allí y debía seguir hasta el final.

—Está muy bien. Por cierto, gracias por la ropa.

—Ah, aquí tienes más. Traté de escoger lo más adecuado para ti pero hay de todo. Espero que encuentres algo de tu gusto.

—Sé que será así. Gracias.

Entre los dos estaba formándose una especie de relación que era difícil de explicar con las palabras.

—Puedes ir y hacer lo que quieras. Sin embargo, hay espacios que son prohibidos y te pediría que los respetes. De resto, siéntete cómoda.

—¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí?

—Por el tiempo que quieras. Ya no tengo necesidad de retenerte. Estás aquí porque quieres, ¿cierto?

Esa voz de él tenía ese efecto hipnótico en ella que no pudo dejar de lado.

—Sí, es así.

—Vale, te dejaré a solas. Después te buscaré para que comamos, ¿te parece?

—Vale.

Evan fue hacia la puerta y justo allí recordó que no sabía si ella sabía su nombre.

—Creo que no... Creo que no me he presentado.

—No te preocupes. Sé quién eres.

Hubo una especie de silencio incómodo y fue allí cuando él asintió. Evan salió de la habitación y Sofia quedó sola allí.

—Joder, ¿pero qué me pasa?

Se sentó de nuevo en la cama y trató de poner sus pensamientos en orden. Fue imposible, fue imposible porque nada tenía sentido y la verdad es que estaba cansada de tratar de encontrar el porqué de las cosas. Mandó todo al diablo y se decantó por dejar que las cosas siguieran su curso. Sí. Haría eso sin duda.

Al encontrarse solo, Evan pensó en el rumbo en que las cosas habían

tomado. Ella no sólo había desechado el hecho de que había sido secuestrada sino también el que él era un hombre peligroso con un largo prontuario de crímenes. Su alma estaba manchada por tantas cosas que si lo ponía en una lista, no terminaría jamás.

No obstante, ella le daba cierta esperanza y deseaba que fuera así. Que se mantuviera esa sensación por tiempo indefinido.

En vista de que había decidido que no se dejaría vencer por los miedos y que dejaría de lado el pasado de Evan, Sofía quiso hacer un poco de tiempo al recorrer los espacios de la casa. Abrió tímidamente la puerta y se encontró que todo estaba en silencio. Uno muy perturbador. Eso se debía en parte porque estaba acostumbrada a vivir en una zona donde el caos era tal que no la dejaba dormir.

Caminó hasta pasar por la enorme sala. Tenía un mueble de madera en donde había libros y también compartía espacio con un televisor y hasta consolas de juegos de vídeo. Unos cuantos sofás, una mesa de café de madera maciza y unos altos ventanales que llegaban al techo. Era un lugar hermosamente iluminado. Atravesó el lugar y se encontró con unas puertas corredizas que llevaban a la piscina y al jardín.

Apenas salió, quedó bañada por los rayos del sol. Fue una gran diferencia desde la mañana. Estaba encerrada ahora estaba disfrutando del día. Abrió los ojos y siguió caminando hasta verse rodeada por una hilera de palmeras que se movían por la suavidad de la brisa de la tarde. Era un lugar tan tranquilo y pacífico, que se decidió sentarse en el césped a escuchar los sonidos de ese ambiente. Unos cuantos pájaros a lo lejos, la brisa recorriendo las hojas verdes, hasta su propia respiración. Le pareció increíble que un hombre como ese pudiese tener un lugar como ese. Tan hermoso y sublime.

No quería regresar, incluso pensó que allí se quedaría y que ese sería su lugar favorito. Era algo que le recordaba que, sin importar las circunstancias, siempre era posible encontrarse con algo bonito.

Finalmente se echó y cerró los ojos. Pensó en el trabajo, en su jefe, en sus compañeros de trabajo, en los cambios que estaba experimentado. Todo ese revoltijo en medio del sonido de la serenidad.

Cuando pensó que se quedaría dormida, escuchó unos pasos y poco a poco se incorporó. Cuando giró la cabeza para saber de quién se trataba, era Evan.

—Vine a avisarte que la comida ya está lista. Por lo visto creo que te gustó este lugar.

—Oh, sí, sí. Sin duda. Es un sitio estupendo. Es demasiado tranquilo y

agradable.

—Sí, a veces también vengo para aquí cada vez que puedo. ¿Vamos?

—Vale.

Cuando se dispuso a levantarse, Evan fue hacia ella para ayudarla. Sofía sintió de inmediato la fuerza de sus grandes brazos y hubo un momento que quedaron muy cerca debido al impulso que sintió en su cuerpo. Se miraron por un instante y fue sentir como si el mundo sobrara y que sólo existían ellos dos.

Ella sonrió tímidamente y él también.

—Vale, es por aquí.

Esa imagen de hombre rudo, despiadado, esa descripción tan terrible que hicieron de él en la televisión, parecía ser el recuerdo lejano de alguien desconocido. Para Sofía, las cosas estaban tomando un rumbo completamente diferente. Así que iría hasta el final para descubrir lo que seguiría.

Por otro lado, Evan, mientras iba caminado, se sintió como un chaval. Primera vez en su vida que le pasaba eso con una mujer, ni siquiera en la universidad. Se sintió como un tonto ante ella sobre todo por mostrarse como alguien tímido. Pero, inmediatamente pensó que ella tenía algo que parecía sacar lo mejor de él de alguna manera. Era muy pronto para asumirlo pero tampoco lo podía considerar como una idea descabellada. Ella tenía esa vibra y su instinto debía estar en lo correcto.

Así pues que volvieron a entrar a la casa, pasaron por los ambientes que ya Sofía se dedicó a explorar y fueron hacia la cocina la cual estaba cerca del estudio que había visto antes. Apenas entró, no se esperó el festín que la esperaba.

La mesa de la cocina, de hecho, quedaba en una especie de pequeña terraza que daba vista al jardín. Allí estaban los platillos del almuerzo tardío. El menú era pescado grillado, ensalada verde y patatas horneadas.

—No sabía muy bien qué te gustaba, así que aposté por esto.

—Pues, se ve muy bien. Gracias.

Le ayudó a sentarse y de nuevo experimentó esa sensación de bienestar por encontrarse a fuera. Era si todo se trataba de un cuento, de una fantasía que se hizo realidad.

—Buen apetito.

—Gracias.

Comenzaron a comer y Sofía no pudo evitar notar que había unos hombres que los rodeaban. Permaneció un rato viéndolos y fue cuando Evan le comentó.

—Son mis escoltas.

—Ah, entiendo.

—Ya te acostumbrarás.

—No lo creo.

Él le respondió con una mirada fría. Al final del día, él seguía siendo un hombre de cuidado.

—¿Cómo diste con un lugar como este? No parece real.

—Lo compré apenas pude. Estaba buscando un lugar para mudarme y este lugar me atrapó de inmediato.

—No lo dudo. Aunque a veces pasa con cualquier cosa. Como si tuvieran un imán o algo así.

—Por supuesto que sí. —Se lo dijo mirándola a los ojos.

En ese momento Sofía sintió que él volvía a atravesarla, que volvía a hacerle sentir una especie de fuego en su interior. Algo fuerte, poderoso.

Miró un poco más para trocear un poco el pescado que tenía frente a sí. Sofía continuó en silencio hasta que se atrevió a hacer una pregunta que sabía que pondría el ambiente un poco más tenso.

—¿No te cansas de tener la vida que tienes? ¿No te preocupan los riesgos que tienes que asumir todos los días?

Evan la miró y ella hizo un intento para entender lo que estaba pasando. Sin duda era una pregunta que removió su interior porque era algo que se cuestionaba a sí mismo constantemente. Se preguntaba si era capaz de salir de ese foso en donde se encontraba.

Por un lado, una parte de él le pedía que lo hiciera, pero por otra, ansiaba que no fuera así por cuestiones de resguardar el poder que tanto esfuerzo le había costado. Además había amasado una importante fortuna y sentía la necesidad de no recaer en ese mundo de pobreza y desesperación.

—Es algo que se me hace difícil responder ahora— Dijo él secamente.

En vista de la situación, Sofía entendió que ya no debía hablar del asunto y mucho menos si no quería meterse en problemas.

Terminaron de comer y después decidieron que irían a caminar un poco por los jardines. Sofía se mostró interesada en el paseo ya que de verdad le había gustado aquel lugar.

Se levantaron y el sol del atardecer estaba comenzando a teñir el cielo de colores naranjas y rosados. Ella tenía la vista puesta allí y él en ella. Estando juntos, se percató que tenía la necesidad, o la urgencia, de tomarla entre sus brazos y besarla hasta el cansancio.

Cada vez que ella hablaba o simplemente no estaba atenta a las miradas de él, Evan aprovechaba el tiempo para observarla tanto como pudiera. Al estar cerca, era como sentir que una paz le embargaba el corazón y alma. Una que no había conocido jamás.

Sofía se adelantó y llegó a una parte del jardín abierto en donde había bancos para sentarse. Aprovechó para quedarse allí y admirar el cielo con un poco más de calma.

—Creo que este lugar es una especie de paraíso en la tierra. De verdad. La costumbre de estar rodeada de edificios todo el tiempo, te hace apreciar lugares como este. —Dijo a manera de excusarse.

—Entiendo perfectamente...

Él se sentó junto a ella y permanecieron en silencio por un buen rato. Aquel silencio, cabe, destacar, que no era incómodo. Más bien era todo lo contrario. Era como si los dos comenzaran a compartir algo único... Especial.

Sofía comenzó a sentirse nerviosa, como si en cualquier momento pudiera pasar algo. Evan, también sintió lo mismo pero pensó que era mejor andar con cuidado, no propiciar una situación difícil para ella y menos en circunstancias tan especiales. Así pues que él se levantó de repente y la miró.

—Debo irme. Tengo que atender algunos asuntos. Si tienes hambre, ten la confianza de bajar a la cocina y prepararte lo que desees. Cada espacio de este lugar está a tu disposición.

—Vale, muchas gracias.

Evan comenzó su camino hacia la casa cuando se giró y le dijo a Sofía:

—Gracias a ti por aceptar. Sé que no es fácil y menos en una situación como esta. Yo... —Él se detuvo y sus ojos azules se clavaron en ella. —Nos vemos después.

Caminó con prisa hacia el interior y Sofía se quedó con la sangre helada. Ese hombre estaba mostrando una parte de sí que le resultaba tan extraña pero excitante de conocer.

Ella se quedó un rato allí pensando, tratando de analizar el porqué de ese fuego que sentía cada vez que él le hablaba. Quería descubrirlo. Ansiaba hacerlo.

VI

Después de quedarse un rato en los jardines, Sofía entró a la casa para explorar un poco. Sin embargo, se topó con los guardias que estaban en varios espacios de la mansión. Apostados como centinelas, la miraban con aire frío y también como si fuera una especie de amenaza. Así pues que cambió de planes y fue hacia la habitación para pensar con más tranquilidad. No quería sentirse más preocupada por las circunstancias que había elegido vivir.

Cerró los ojos y de inmediato sintió el perfume de él cada vez que se acercaba a ella, recordó la imagen de su rostro y de esos ojos de un color tan extraño, tan fríos pero tan intensos. Era una contradicción que le gustaba.

De repente sintió la necesidad de estar con él, de saber más de él pero no sabía cómo hacerlo, no sabía cómo penetrar esa coraza que de a ratos parecía romperse. Debía existir una manera. Entre todas las cosas que pensó y analizó, entre las ideas y en las maneras, Sofía se quedó dormida por unas horas hasta que se despertó sobresaltada. Al abrir los ojos, se encontró con que la habitación estaba a oscuras y decidió levantarse para lavarse el rostro y para espabilarse un poco.

Después de abrir las llaves de agua, se miró por un momento en el espejo cuadrado que tenía en frente. Se sorprendió al no encontrarse con las ojeras ni con las bolsas debajo de los ojos. Más bien tenía la expresión energética, vivaz. Se enjuagó la cara, se la secó. Mientras terminaba de hacerlo, se percató que ansiaba ver a Evan. Algo en su interior le insistía en que lo hiciera, en que era necesario.

Salió de la habitación dispuesta a hacerlo pero encontró que todo estaba a oscuras y en silencio. Salvo por unas cuantas luces que estaban encendidas en la sala y en las afueras, ella casi pudo creer que estaba en un lugar abandonado.

Dio unos cuantos pasos hacia adelante con ánimo de encontrarse con él, por alguna razón sentía que estaba muy cerca cuando de repente se tropezó con una figura alta y maciza. A pesar del miedo que estaba sintiendo en esos momentos, alzó la mirada y efectivamente era él.

Sintió que las fuerzas de las piernas abandonaron su cuerpo y que en cualquier momento estaba a punto de desplomarse.

Como si supiera que aquello iba a pasar, Evan la tomó por los brazos y la acercó hacia él. De inmediato pudo escuchar el sonido de su corazón dentro de

su pecho, como si este fuera el motor de una locomotora.

Ella estaba tan acelerada, tan emocionada que sintió el calor de la sangre directo a sus mejillas. Aunque trató de ocultarlo, fue inútil. Él se dio cuenta de inmediato. Sonrió con un gesto malicioso y la miró. Poco a poco llevó su boca hasta la de ella y así fue como se besaron en medio de esa oscuridad y del silencio de aquel lugar.

Sofía sintió que el suelo se le movía debajo de sus pies. Que la boca de ese hombre tenía alguna especie de hechizo porque ella olvidó todo, absolutamente todo.

Los labios de Evan envolvieron los de Sofía con una delicadeza que incluso desconoció de sí mismo. Sus manos, sin embargo, tomaron el impulso de su instinto Dominante y comenzaron a explorar el cuerpo de ella poco a poco. Acarició un poco su cintura para luego ir hacia su espalda. Sus dedos rozaron lentamente la espina hasta llegar la espalda baja.

Quiso quitarle todo lo que tenía puesto mientras se concentraba en chupar su lengua con suavidad. Cuando se apartó un momento para verla, le observó las mejillas encendidas y esa mirada de mujer que quiere más. Así que la soltó por un momento y le tomó de la mano, la condujo consigo para la parte superior de la mansión... Para ir a su habitación.

A diferencia de la primera vez, entró sin miedo y sin la necesidad de gritar por su vida. Esta vez las sensaciones eran completamente diferentes, esta vez era para entregarse a él porque su cuerpo y su mente lo pedían a gritos, porque así las cosas tenían que pasar.

La habitación estaba a oscuras salvo por la luz que entraba en el ventanal. La luna estaba en el cielo parecía una enorme lámpara blanca capaz de iluminar cualquier lugar. Ella avanzó hasta detenerse en el medio de la habitación. Se quedó un momento allí para esperarlo a él.

Evan cerró la puerta tras sí y miró a Sofía como cuando el cazador mira a su presa. Se encontraron en una mirada y él siguió hacia donde se encontraba, justo cuando uno de los rayos de luz incidía en la piel del rostro de Sofía.

Él observó la tonalidad de los ojos cafés y de volvió a concentrarse en los labios de ella. Tomó un fuerte impulso y fue contra su cuerpo para abordarla por completo. Sintió el calor de la cercanía, los latidos y el nerviosismo que lo hacía sentir más poderoso que nunca. Le agradaba hacerla sentir de esa manera.

Sofía, mientras, estaba a rodear los hombros y a seguir saboreando los labios y la lengua de él. Poco a poco, sentía que su fuerza de voluntad más

bien era una pantalla porque con un hombre como Evan era prácticamente imposible. Así que dejó que las cosas fluyeran por sí solas, decidió que haría todo lo que él quisiera hacer.

Con lentitud, las manos de Evan comenzaron a quitarle la ropa a Sofía. Al hacerlo, se percató que lo que tenía puesto no le hacía la más mínima justicia. Observó la cintura pequeña, los pechos, las caderas y esas piernas anchas que le despertaban las ganas de morderlas con fuerza. El morbo estaba a flor de piel.

Al verla desnuda sola para él, la llevó lentamente sobre la cama para seguir besándola, para seguir tocándola como se le antojara. Mientras lo hacía, cobró más fuerza porque el cuerpo de lo pedía, además, Sofía gemía cada vez más. Ese incentivo le mantenía despierto ese instinto de Dominante que parecía volverse más presente en ese momento.

Ella estaba percatándose de eso, por lo que cual ansiaba que él se dejara ser como quisiera. Evan, por su parte, se quiso dejar de formalismos por lo que bajó su boca poco a poco por el torso de ella, rozándola, tocándola, palpando cada centímetro de ella. Su lengua lamió un poco los huesos de las caderas, hasta que descendió un poco más hasta llegar a su vientre. Respiró un poco sobre su vagina y procedió para abrirle las piernas y así ver su coño en todo su esplendor.

Los labios eran oscuros y el clítoris estaba enrojecido e hinchado por la excitación que tenía. Al encontrarse con esa imagen, tuvo la tentación de hundir su cabeza de inmediato, así que le hizo caso a este impulso. Llevó su cabeza entre las piernas y su lengua hasta aquellas carnes gruesas, húmedas y calientes. Cerró los ojos para concentrarse más en su trabajo y en seguida escuchó el sonido de los gemidos desesperados de ella. Incluso pudo ver como sus manos se aferraron a las sábanas blancas de satín que parecían resaltar la belleza del tono de su piel.

Sofía los ojos cerrados mientras él le proporcionaba el placer por medio de su boca, fue entonces cuando pensó que no podría más y que se perdería en esas sensaciones cuando él se detuvo de repente. En ese momento lo vio levantarse con lentitud para buscar algo.

Después regresó con unas cuantas cuerdas por que asumió que la amarraría. Antes de hacerlo, sin embargo, Evan comenzó a desvestirse producto también de la también desesperación. Dejó caer el saco y el pantalón que hacía juego, la camisa blanca y la corbata que contrastaba en el color. Poco a poco dejaba al descubierto ese cuerpo tallado, duro, musculoso de ese

hombre tan sensual. Tenía el pecho amplio, repleto de vello tan oscuro como el color de su cabello, los brazos y las piernas, así como los muslos, eran gruesos y con las venas marcadas. Los ojos azules se veían más claros que nunca y aquello le hacía parecer casi como un ser sobrenatural.

Sofía estaba admirándolo, embelesada por esa imagen, también ser percató de la cicatriz en el cuello. Una que pareció profunda. Aquella herida le recordó de nuevo que Evan tenía un pasado y presente turbulento. Pero ya tendría tiempo para pensar mejor en esas cosas. Lo único que realmente le importaba era sentirse rodeada por esos brazos y por ese cuerpo tan delicioso, tan glorioso.

De nuevo se reunió con ella pero le tomó las muñecas para amarrárselas. Por un momento, Evan pensó que obtendría algún tipo de resistencia pero se encontró con una actitud más bien dispuesta. Así que continuó y prefirió dejar que las cosas tomaran su propio rumbo.

Junto entonces las muñecas y las amarró con una cuerda negra. Lo hizo de manera sencilla porque verdaderamente estaba ansioso por volver a saborear sus fluidos. Cuando por fin se encontró satisfecho, procuró regresar a esos labios gruesos y esa humedad deliciosa. Siguió bebiendo de ella tanto hasta que sintió la incomodidad en el cuello gracias a la posición que tenía.

Después se levantó y respiró hondo, y la tomó por el cuello con fuerza. Ese cuerpo divino que parecía brillar gracias a la luz de la luna, la hacía ver como una diosa. Evan la sostuvo un rato más para luego hacerle el gesto de que se levantara de la cama. Sofía lo hizo por lo que dio unos cuantos pasos hasta que se pararon frente al ventana. Evan la apoyó sobre los soportes e hizo que abriera sus piernas gracias a unas cuantas caricias que hizo con sus dedos en su vagina.

Sofía exclamó una serie de gemidos y arqueó la espalda a manera de espera y deseo de recibir el miembro de ese hombre, el cual estaba completamente duro, firme, como una roca. Apenas Evan se tocó para guiar su pene dentro del coño de ella, sintió una oleada de calor en su cuerpo, era una señal de que estaba a punto de disfrutar un momento sumamente placentero, exquisito.

Se frotó un poco el glande para sentir la humedad y también para dársela a comer a Sofía. Empapó un poco sus dedos con sus propios fluidos y llevó su mano hacia la boca de ella. Lentamente, sintió cómo la lengua de ella lamió lentamente la punta de esos dedos gruesos y fuertes. El contacto de la humedad de ese órgano, determinaron aún más a Evan a penetrarla por lo cual ya no

quiso perder más el tiempo.

Se preparó entonces para penetrarla. Poco a poco, introdujo la punta de su miembro dentro de ella y sintió cómo el calor abrasador de su coño cubrió por completo su pene. Asimismo, la humedad hizo que todo el proceso se sintiera aún mejor, era como entrar al paraíso.

Cuando por fin lo tuvo adentro, cuando por fin su verga entró sin mayores dificultades, se sostuvo de sus caderas y empujó un poco más. Los brazos de Sofía, apoyados sobre el vidrio grueso, fueron suficiente soporte para apoyar ese cuerpo que recibía esas descargas de placer que la hacían sentir que podría deshacerse en cualquier momento.

Cerró los ojos también porque quiso concentrarse en el sonido de la respiración controlada de él y en la presión deliciosa que sentía en su coño. Cerró los ojos para perderse en esa excitación que la hacía sentir que estaba flotando muy en lo alto en el cielo, sin el deseo que aquello se acabara.

Evan la embistió como todo un semental. A pesar de las limitaciones que tenía Sofía con las cuerdas, ella se las arregló para sostenerse, sin embargo, se le vino a la cabeza el deseo de cambiar de posición, por lo cual la tomó de repente por la cintura y ya la giró para que quedara frente a sí. Con sus brazos la alzó e hizo que ella bordeara su torso con sus piernas. Entonces, colocó las muñecas atadas en su cuello y procedió a penetrarla estando de pie.

Gracias a esa postura, las sensaciones se incrementaron aún mucho más, algo que, por cierto, Sofía pensó que no sería posible. Pero, sin duda, ese hombre era capaz de llevarla a rincones insospechados de placer. Siguió balanceándose en esa misma posición, gritó y gimió tanto como pudo, porque también sucedía que su voz se quedaba privada por lo que estaba experimentando. Era un compendio de sensaciones que pareció que no podría aguantar.

Evan sintió que los brazos no le daban para más por lo que la bajó y le resultó apetitosa la idea de que ella se lo chupara. Así que, después de que ella apoyara los pies en el suelo, le tomó por el cuello y se acercó hasta uno de sus oídos.

—Chúpalo.

Ella sintió que algo le recorrió la espalda, algo fuerte, intenso, algo que la estremeció por completo y que además también le confirmó lo que sospechaba. Evan era Dominante, así que quedaba de su parte demostrarle que ella era la sumisa para él. Entonces lo miró con la expresión de mayor complacencia que pudo encontrar y poco a poco se agachó hasta quedar

finalmente de rodillas. Mantuvo un poco más la mirada hasta que se encontró con el glande rosáceo y húmedo de él. Llevó una de sus manos para masturbarlo y lo hizo con extraordinaria destreza, tanta, que Evan se echó un poco para atrás impresionado por la sensación que le hizo sentir.

Ella lo hizo un poco más hasta que sintió que ese pene estuvo a punto de reventar, entonces juntó sus labios un poco para besar la punta. Poco a poco, abrió la boca para devorar esa verga gruesa y venosa. Al hacerlo, también se percató que era tan grueso que de inmediato sintió una serie de arcadas que sólo bastaron para que él colocara su mano en el cabello para forzarla a continuar a darle placer. Sofía entonces siguió más adentro y los hilos de saliva cayeron poco a poco sobre sus pechos y sobre la mano que todavía lo masturbaba.

—Sólo la boca.

Junto a esas palabras también vino una ligera bofetada que la excitó aún más. Dejó su mano entonces a un lado y aumentó el ritmo de su cuello para chuparlo con fuerza y con intensidad. En seguida, Evan exclamó algunos gemidos involuntarios. Sofía, además, apoyó sus manos sobre esos muslos fuertes con la intención de tocarlos, rasguñarlos, marcarlos con sus manos. Porque por dentro sabía que su función como sumisa era ese, complacer tanto como pudiera.

Siguió lamiendo hasta que Evan sintió que estaba a punto de correrse en cualquier momento, fue allí que de nuevo le tomó por el cuello y la llevó sobre la cama, esta vez boca arriba. Sofía separó sus piernas para recibirlo y volvió a gemir cuando su pene regresó al interior de su coño húmedo. Mordió los labios hasta las fuertes embestidas de Evan. Sin embargo, aunque quiso permanecer con los ojos cerrados para volver a hundirse en ese vacío de placer y lujuria, cuando escuchó la voz de mando él.

—Mírame. Quiero que mires.

Con esfuerzo lo hizo. Se encontró con ese par de ojos azules que volvieron a destrozarla como lo hacía su pene en ese momento. Evan se inclinó hacia ella para besarla, para besarle el cuello y morderla. Sofía sintió la respiración de él muy cerca de su cuello y supo que no le faltaba mucho por correrse... A ella tampoco.

Siguieron follando hasta que Evan alzó parte de su cuerpo sobre la cama y apoyó ambos brazos sobre la misma. Sofía y él se perdieron en una última mirada hasta que él le ordenó que se corriera primero.

Su pelvis siguió moviéndose con violencia, con determinación hasta que

ella arqueó la espalda, sujetó las sábanas con ambas manos y la oscuridad cubrió sus ojos por completo. El orgasmo se manifestó como un conjunto de relámpagos dentro de su ser. Así fue como su cuerpo se dejó vencer por la excitación ante los ojos vigilantes de él. Evan, para su satisfacción personal, esperó un poco más hasta que minutos después también se rindió ante un fuerte orgasmo que lo hizo quejarse y gruñir una infinidad de veces.

Así fue que su pene eyaculó sobre el torso terso y suave de Sofia. Desplegó el semen caliente en ella, como si la marcara, como si le estuviera dando a entender que esa era el principio de un viaje de entrega, de la más absoluta.

Después de un par de gemidos más, esperó un momento más para poder levantarse y limpiarse un poco. Cuando pudo recuperar el aliento, fue hacia el baño y se dedicó a limpiar lo que había hecho. Al terminar, se inclinó para darle un beso en los labios a Sofia, quien le respondió con suave sonrisa.

Fue de nuevo al baño para tener un momento para sí mismo. Mientras se echaba agua en la cara, respiró hondo y cerró los ojos. Estaba cansado pero también como si hubiera consumido algo que lo hizo sentir con más energía, con más fuerza. Sin duda, ella tenía algo que lo hacía sentir diferente, le daba algo, un algo que le gustaba y mucho.

Miró el cuerpo de ella a través del reflejo del espejo y quiso compartirle algo muy importante para él. Una especie de secreto que le pareció que era vital compartir para tener las cosas lo más claras posibles. Así pues que terminó de arreglarse y fue hacia ella, quien estaba concentrada en el brillo de la noche que combinaba tan bien con esa expresión de tranquilidad.

Evan se acostó junto a ella y los dos permanecieron en silencio, hasta que él reunió todas las fuerzas necesarias para confesarle lo que consideraba inevitable.

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien, ¿y tú?

—Igual... Muy bien.

Compartieron un par de sonrisas cómplices hasta que él continuó.

—Tengo que contarte algo...

Cuando él empezó la frase de esa manera, Sofia estaba esperando algo terrible, sin embargo no podía imaginar de qué se trataba. Aunque, a ese punto, podría esperar cualquier cosa.

—Bien, es algo que forma parte muy importante de mí y mi personalidad. Tanto así que también afecta mi forma en cómo me relaciono y hasta en lo que

hago. Lo que intento decir que soy Dominante. ¿Sabes a lo que me refiero?

De repente Evan sintió que por fin había soltado un peso enorme de sus hombros. Por alguna razón, se le hacía más difícil lidiar con ese hecho más que su estilo de vida tan peligroso.

Mientras, Sofía sintió una enorme sensación de alivio, por lo que esperó un poco más por si él tenía pensado agregar algo más. Cuando se encontró con el silencio de la espera, ella le respondió:

—Bien, sí, sé a lo que te refieres y si tratas de preguntarme si tengo algún problema con eso, pues no.

—¿Por qué? ¿Sí sabes de qué se trata?

—Pues, verás, yo soy sumisa. Tengo ya varios años en el BDSM...

Evan se sorprendió ya que se trataba de una impresionante casualidad. Por muchos años, sintió el peso de no ser libremente como quería ser con quien quisiera porque sabía que esos gustos eran recriminados por el común de la gente, entonces se encontró intrigado por saber más de ella, por saber más al respecto.

—¿Cómo diste con este mundo?

—Por mis años en la universidad, aunque siendo sincera era algo que estaba dentro de mí. Sientes que te gustan otras cosas pero no sabes qué nombre darles hasta que topas con un concepto y ahí sientes que toda tu vida cambia por completo. Pero bueno, tengo la sensación de que sabes muy bien a lo que me refiero.

Evan sintió que por fin alguien lo entendía a plenitud, que alguien comprendía su situación si problemas y que él no estaba en la necesidad de explicar nada porque ya todo estaba dicho.

—Eh... Sí, sí. Así es. De hecho me pasó algo más o menos similar. Increíble, ¿cierto?

—Sí, sin duda. Por cierto, ya que lo mencionas, me di cuenta de que eras Dominante casi al instante pero pensé que ya luego me contarías mejor al respecto. Y creo que es mejor así, no todo el mundo se siente cómodo al compartirlo por el temor de ser juzgados.

—Es así, tienes toda la razón...

Se miraron y se quedaron en silencio. Evan no paraba de pensar que esa mujer no solo le ofrecía tranquilidad sino también entendimiento. Era una persona que le hacía cuestionar lo que hacía para vivir pero que a su vez le hacía sentirse cómodo sobre los gustos que tenía. Era una especie de contradicción andante pero así eran las cosas. Quizás la presencia de ella no

era mera casualidad.

Evan se echó sobre la cama y miró hacia el techo con la intención de entender todo lo que estaba pasando, pero lo cierto es que no encontró nada medianamente sensato. Sofia había llegado a su vida por alguna razón.

VII

El sonido de los pájaros volvieron a despertar a Sofia pero, a diferencia de la primera vez, ya no tenía miedo ni preocupación. Estaba sintiéndose de otra manera, aunque no lo supo definir de inmediato.

Miró hacia su lado y no encontró a nadie así que se bajó de la cama, fue a la ducha que ya conocía y se tomó un baño para después lavarse los dientes. Mientras estaba desnuda, miró las marcas de su cuerpo debido a la noche anterior. Sonrió para sí misma cuando las notó. Después de terminar de arreglarse, tomó la misma ropa y bajó rápidamente para cambiarse en la habitación que él le había indicado en donde se hospedaría. Entró, cerró la puerta con cuidado y fue hacia el clóset para encontrarse una gran selección de ropa. Jeans, shorts, vestidos, camisetas, blusas y también zapatos de todo tipo. Ese lugar era el sueño de cualquier mujer.

Tomó unos jeans, una camiseta y unas zapatillas. Todo le cazó perfecto lo cual le produjo un poco de miedo ese tipo de precisión. Después de estar lista, salió de la habitación y volvió a encontrar todo en absoluto silencio. De repente, cuando ya se dirigía hacia los jardines, uno de los centinelas de hielo le extendió un móvil.

—El sr. Morrow quiere hablar con usted.

—Vale. Gracias.

El hombre volvió a desaparecer y ella contestó la llamada.

—¿Hola?

—¿Cómo estás? Tuve que irme porque tuve que resolver unos asuntos.
¿Todo bien?

—Eh, sí, sí. Todo bien, ¿y tú?

—Bien, igual. Oye, tenía pensado que quizás sería buena idea que saliéramos a cenar esta noche. ¿Qué dices?

—Estupendo, estaría más que encantada.

—Bien, cuando me desocupe te avisaré para pasarte buscando.

—Perfecto.

—Ya muero por verte...

—Yo también.

Ella sintió que una especie de frío en el estómago al escuchar esas palabras. Colgó y sonrió para sí misma.

Fue con más ánimos a los jardines ya que se encontraba como si estuviera viviendo una especie de película emocionante.

Después de hablar por teléfono, Evan se levantó de en la oficina que tenía en uno de los almacenes.

Caminó un poco por el espacio y comenzó a pensar en las cosas que quería hacerle a ella, en penetrarla, en torturarla, en querer hacerle de todo. Deseaba que ella se arrastrara hacia él pidiéndole, suplicándole, rogándole. Quería verle la piel rota, destrozada, los ojos llorosos y la boca con palabras de adoración para él. Quería hacerla suya, quería que con sólo verla, ella supiera el deseo que despertaba en él.

Después de quedarse un rato en silencio, sonó la puerta.

—Adelante.

—Sr. Morrow, realizamos la investigación que nos pidió sobre los dueños del club que nos pidió.

—Vaya, me parece que tardaron un poco con estos, ¿no?

—Así es señor, pero existe una razón para ello. Estos dos sujetos son difíciles de encontrar. Incluso me parece que borraron sus registros, por eso casi no encontramos información de ellos con rapidez.

Su asistente le extendió una carpeta con unas cuantas hojas y unos archivos. Los ojeó y luego recordó con amargura el recuerdo de su niñez rota gracias a la muerte de sus padres. Esos dos sujetos estaban esa noche de muerte, eran ellos, sin duda.

—Eran cinco. ¿Qué ha pasado con los otros tres?

—Murieron en la cárcel, señor. Dos por riñas de pandillas y otro por el amante.

—Bien.

—Sin embargo estos dos lograron una especie de trato con la policía así que salieron sin mayores problemas. Deducimos que viene de allí el asunto de que se nos ha hecho casi imposible encontrar sus registros. Pero, como ve, pudimos lograrlo gracias a uno de los contactos que tenemos.

—Bien, buen trabajo.

—¿Desea algo más, señor?

—No, por los momentos es todo. Gracias.

Su asistente salió y se encontró a solas con sus pensamientos. Se sentó en la silla y miró las fotos con sumo cuidado. Efectivamente eran ellos. Esa punzada de dolor volvió a manifestársele y la ira comenzó a comerle por dentro a tal punto que casi le hizo pararse de allí para buscarlos y terminar con

todo el sufrimiento vencido que tenía en su corazón. Sin embargo, no podía dejarse llevar por el impulso, tenía que seguir leyendo para conocer aún más sobre la evolución de aquellos personajes.

Entre todas las cosas que encontró, se percató que ambos lideraban una de las bandas criminales más peligrosas de la ciudad. Entre sus actividades estaba la trata de blancas y el tráfico de armas. Según las cifras oficiales, ambos representaban una especie de renacer del crimen de la ciudad lo cual era una amenaza para esa sociedad próspera y emergente.

La ira volvió a carcomerle. Evan tenía que hacer algo para vengarse, no podía dejar ese asunto así, era imposible, era un insulto para sí mismo y para el sufrimiento para su familia. Si bien Sofía era una persona que le recordaba que tenía un último rastro de humanidad, esos hombres lo motivaban a que él tenía que cruzar el otro lado lo más rápido posible. Que él, al final, era la misma escoria que ellos y hasta peor y sólo una persona así era capaz de hacerles frente. Por más que lo pensara, por más que reflexionara sobre el asunto, ya no podía darle vueltas, tenía que ejecutar un plan lo más pronto posible.

Aunque Sofía no sabía exactamente la hora en la que él la buscaría, la emoción era más fuerte que ella, así que apenas cayó la noche, se plantó frente al clóset para encontrar algo que le pareciera apropiado para la ocasión. Sus dedos se pasearon por todas las prendas hasta que se detuvo en un sencillo pero bonito vestido de flores. Lo sacó para probárselo y resultó que le quedó perfecto. Sin duda, Evan tenía buen ojo para aquellas cosas.

Dejó entonces el vestido sobre la cama e hizo lo mismo con una chupa vaquera ligera por el frío de la noche, aunque era verano, más valía ser precavida.

Sacó los zapatos y esperó un poco más cuando escuchó el móvil que le habían dejado. Lo tomó entre sus manos y se fijó que era el mismo número. A esas alturas, asumió que se trataba de Evan que la estaba llamando.

—Salgo en un rato. Más o menos en media hora estoy allá. Espérame afuera, ¿vale?

—Perfecto.

Después de colgar, corrió hacia la ducha y trató de prepararse lo más rápido que pudiera. A pesar de que en términos generales no se tardara demasiado, quería tomarse un poco de tiempo para verse bien para él.

Salió a las carreras pero se fijó que tenía un poco de tiempo. Tuvo oportunidad para arreglarse el cabello, maquillarse un poco y vestirse con

calma. Después de mirarse en el espejo, se encontró complacida.

—Bien, supongo que no está tan mal.

Miró el reloj y sólo faltaban unos cinco minutos para que él la recogiera. Salió entonces con el paso apurado y entre la oscuridad se encontró con esos hombres de aspecto intimidante que tanto le incomodaban. Dejó el asunto así porque miró el Camaro de Evan. Se apresuró en ir hacia las puertas principales y esperarlo allí.

Apenas se apostó, el coche se detuvo y él salió. Estaba más guapo que nunca, como si acaso fuera aquello posible. Él le hizo una sonrisa y fue directo hacia ella, le dio un beso y se quedaron juntos en el umbral por un rato.

—Estoy a punto de echarme para atrás y no llevarte a ninguna parte.

—No, no, no. Me prometiste llevarme a cenar y ahora tengo mucha hambre, así que más te vale cumplir con tu palabra.

—Vale, vale.

Volvió a sonreírle y le tomó de la mano para luego abrirle la puerta del coche. Esa noche, Evan se permitió no pensar más en ese asunto de su familia ni el de haber encontrado a los tipos que destruyeron su futuro. Ya no pensaría en los negocios ni en los problemas. En vez de ello, se concentraría en ella y en la velada que tendrían. Fingiría que se trataba de un par de personas comunes y corrientes que irían a cenar como cualquiera. Se dedicaría a vivir como el resto de las personas.

Él se encaminó hacia el centro de la ciudad. A Sofía le gustó encontrarse con las calles, con la vibra de la gente que caminaba por allí, de los coches e incluso del caos. A pesar que a veces soñaba con dejar todo eso atrás, le resultaba un poco amargo pensar que había dejado de repente su estilo de vida.

—¿No será arriesgado salir?

—No, ya verás que no.

Sofía volvió a mirar hacia la ventana y miró el reflejo de las luces de los edificios y de los postes de luz que estaban a los lados de la vía. Sintió ganas de tantas cosas que sintió que se le formó un nudo en la garganta.

—Estamos cerca.

Dijo él mientras ella seguía en esos pensamientos. Fue entonces cuando sintió que el coche aparcó lentamente frente a un local en medio de la zona bohemia de la ciudad. Se trataba de un lugar nuevo.

—Es el restaurante nuevo de un amigo. Según leí, la comida ha recibido buenas críticas, así que quise que viniéramos.

Sofía hizo de tripas corazón y sonrió.

—Ah, vale.

Salieron del coche y de nuevo la golpeó esa vibra agradable y movida que tanto extrañaba. Fue entonces que percibió los deliciosos aromas de los platillos que estaban sirviendo. Se trataba de un restaurante de comida peruana.

Entraron y encontraron el lugar atestado de gente, sin embargo, un anfitrión se acercó a ellos y se apresuró en guiarlos hasta la mesa.

—Se nos ha dicho que se trata de un cliente especial así que le hemos preparado esta mesa.

La misma quedaba en una terraza frente uno de los parques más bonitos de la ciudad. Además, el ambiente estaba decorado con pequeñas luces y música suave.

—Bienvenidos. Pronto les tomarán la orden.

—Muchas gracias... Y bien, ¿qué te parece?

—Es un lugar precioso. Creo que nunca había venido a esta parte de la ciudad.

—Lo es. Esperemos que la comida sea tan buena como se ve.

Tomaron la carta y al poco tiempo se les presentó un mesero quien anotó una orden de ceviche de caballa, casusa de langosta y, de postre, picarones con miel y praliné. Al retirarse, los dos se miraron entre las luces tenues y el brillo de esa luna que parecía volverse más intensa a medida que avanzaba la noche.

Evan le tomó la mano y cerró los ojos, casi por un momento pensó que se encontraba en una realidad muy diferente a la que había escogido. Estaba con la chica que le gustaba, en un restaurante elegante y sin necesidad de un despliegue de escoltas. Estaban allí como dos personas normales... Aunque sabía en el fondo que las cosas no eran así.

Sofía también pretendió que todo marchaba con normalidad. Tampoco quiso pensar demasiado por lo que hizo un intento de espantar los recuerdos de una vida que dejó sin más. Sin embargo, ella estaba allí por pura decisión personal y como tal, tenía que hacerse responsable de eso.

—¿Cómo te sientes?

—Cansado. El trabajo me tiene con la mente copada pero estoy aquí y eso es lo que importa.

—Sí, es lo que importa.

Sofía estaba en esa disyuntiva y se preguntaba por cuánto tiempo estaría

así. De repente, los platos comenzaron a aparecer. El ceviche de caballa, servido en un bol de cristal azul con maíz frito, batata y un sinfín de cosas, resultó una preparación que se vio más que apetitosa. Poco después, les sirvieron un par de cervezas negras.

—Cortesía de la casa.

—Vale, pues muchas gracias.

De inmediato comenzaron a servirse y las cavilaciones quedaron a un lado. En efecto, la comida estaba deliciosa.

—Asumo por el silencio que hay que estoy está muy bueno.

—Es así. Nunca he probado comida tan deliciosa.

—Bueno, es una de las mejores gastronomías que hay en el mundo. Y no es para menos.

Siguieron comiendo hasta que de nuevo Sofía tuvo la necesidad de expresa una pregunta que sabía que comprometería la velada, sin embargo, era algo que le quemaba la boca del estómago. Así que bebió un largo sorbo de cerveza para tomar un poco de fuerzas. Fue allí cuando miró a Evan a los ojos.

—Sofía, estás a punto de sufrir un colapso. Venga, lánzame la pregunta de una vez.

Ella sonrió al darse cuenta que tenía un comportamiento demasiado obvio.

—¿Tienes familia?

Evan supuso que en algún punto ella le preguntaría algo así, por lo que estaba preparado para ello.

—No. De hecho mis padres murieron asesinados durante un robo que salió mal. Yo estaba allí, con ellos. Si no hubiera sido por la policía, muy probablemente a mí también me hubieran matado.

Ella se quedó helada... Sin decir nada.

—... Viví por un tiempo en las calles y tuve que aprender a defenderme yo solo. Sin embargo, un día, tratando de robar un trozo de pan, un hombre me tomó por el brazo y me convenció de vivir con él. Resultó ser uno de los hombres más poderosos de la mafia. Él me enseñó todo lo que pudo e incluso me pagó los estudios de la universidad. Eventualmente, tuve que hacerme cargo de esto y aquí estoy. Siendo sincero es una versión bastante corta de mi vida pero espero que sirva para que me entiendas un poco más.

—Lo siento... Yo...

—No tienes por qué disculparte. No es tu culpa. Es lógico que preguntes esto y preguntes cualquier cosa porque esa situación de por sí es extraña. Además, sé que eres una persona que ajena a este mundo y quizás es por eso

que contigo me siento capaz de enmendar los errores que cometí... Aunque creo que es imposible. He hecho tanto que no merezco tenerte cerca.

—Evan... Mi intención no era hacerte sentir ma.

—No es eso. Incluso un tipo como yo tiene que admitir el tipo de persona que es. Todos tenemos nuestros pecados y créeme que yo estoy bastante consciente de los míos. Tampoco les tengo miedo a las consecuencias. Mis decisiones las he tomado con responsabilidad. Sin embargo —Fijó sus ojos azules a los de ella—, entre toda la porquería que me rodea, eres lo único que brilla al final, Sofia. Lo único que me permite sentir que lo que tengo de humanidad no está muerto, que sigue allí y es bonito aferrarse a eso. Deseo aferrarme a eso.

Sofia se sintió tan conmovida que no supo qué decir. Pensó que quizás su objetivo en la vida era ayudarlo a salir de ese foso en donde se encontraba. Por otro lado, pensó que estaba dispuesta a hacerlo, costara lo que costara.

Como no pudo emitir una respuesta que valiera la pena ante semejante confesión, ella le tomó la mano y se la frotó. Aunque pudo decirle el mejor discurso de la historia, sabía que no sería equiparable o lo suficiente como para hacerlo sentir bien. Entonces le miró a los ojos y compartieron la complicidad del silencio por un rato.

Después de unos minutos, Evan continuó:

—¿Nos vamos?

—Sí, por favor.

La velada terminó de una manera muy diferente de lo que había pensado Sofia. Después de saludar al chef y al dueño del restaurante, los dos salieron del lugar tomados de la mano y con una vibra muy diferente de cómo habían entrado. Era como si estuvieran unidos por una especie de fuerza más intensa.

Volvieron a la enorme mansión en cuestión se minutos. El recorrido dejó de ser melancólico para ella y para él. Cuando atravesaron el recibidor, encontraron todo a oscuras como era de costumbre. Sin embargo, Evan se mostró entusiasmado por presentarle a Sofia un lugar que ansiaba mostrarle.

—No te enseñé esto porque no estaba seguro de cómo lo tomarías y, aun así, había estado esperando el momento idóneo para hacerlo. Por suerte hablamos sobre el tema y parece que ya no tenemos problemas al respecto.

—Venga, me estás matando del suspenso.

—Ya verás.

Fueron a la misma dirección en donde estaba su habitación, sin embargo recordó que allí había dos puertas. En vez de abrir la suya, Evan fue a la otra.

Sacó un manojito de llaves para introducir una. Giró la perilla y se encontraron con un pasillo aún más oscuro. De inmediato, Sofía se colocó tras él como si esperara que saliera algún tipo de monstruo.

—Tranquila. Es un pasillo corto. Ven, sígueme.

Volvió a tomarle la mano con suavidad y la guió por el lugar. A pesar de ser un lugar encerrado, sintió una especie de brisa fría. Dieron unos cuantos pasos cuando se encontraron en una habitación, o al menos así lo sintió Sofía. Ella se quedó impresionada cuando Evan encendió la luz. Aunque no supo muy bien de qué se trataba cuando llegó, todo tuvo sentido cuando observó todo lo que estaba en la habitación.

—Es el lugar en donde puedo expresarme como Dominante. Con toda la libertad que quiero y deseo.

Ella dio unos cuantos pasos hacia adelante y encontró una cama en el medio, un ventanal enorme, quizás con la intención de no volver la habitación tan siniestra sin necesidad. Un aparador con todo tipo de látigos, un mueble largo de madera, un cubo de madera grande y una estructura a medio terminar.

—Es una cruz de San Andrés. Todavía me falta terminarla.

Ella rozó sus dedos sobre la madera y tocó la suavidad de la misma. Se quedó impresionada porque encontró un sinfín de objetos. De inmediato, sintió la necesidad de usar ese espacio para el placer de los dos, así que se giró y vio cómo Evan avanzó hacia ella con paso seguro.

Sus grandes y suaves manos se posaron en su cintura y sus ojos en los de ella. Él entendió de inmediato que ella quería estar con él así que se apresuró en besarla con fuerza, con pasión. Así pues que poco a poco, el vestido, la chupa vaquera y las sandalias quedaron a un lado de la habitación. Finalmente ella quedó desnuda frente a él.

Evan también aprovechó la oportunidad de desvestirse. Ese cuerpo divino, fuerte, musculoso se entrelazó con el de ella que también estaba deseoso de unirse con él. Comenzaron a besarse, a tocarse sin control hasta que el coño de Sofía se sintió húmedo, caliente, palpitante. Lo mismo le pasó a Evan aunque ya él estaba duro mucho antes de llegar a ese punto.

Estando allí, las posibilidades de probar un montón de cosas que estaban allí, era para enloquecer. Sin embargo, la mente fría de Evan, se preparó desde antes. Hizo que Sofía se sentara sobre uno de los cubos de madera. Seguidamente, separó un poco los pies para luego colocarle una barra de metal oscuro. En los extremos, estaban un par de cintas de cuero que la obligarían a mantener la posición de las piernas por un largo tiempo.

Después de que estuviera lista, se perdió de la vista de ella por un rato. Por dentro, Sofía ansiaba recibir latigazos y como si Evan le leyera la mente, así fue. Tenía en una de sus manos un látigo de nueve colas de cuero marrón.

Ella respiró hondo y sintió las caricias de esas lenguas sobre su piel. Al mismo tiempo, su Amo acariciaba su rostro con delicadeza, con cuidado y con la máxima seducción posible.

Después de un rato, cuando ella pensó que no sucedería nada, sintió el ardor del cuero aterrizando sobre su piel. Ese primer contacto la hizo sentir un fuerte ardor que encontraba siempre tan adictivo.

—Dime, ¿te gusta?

—Mucho.

Se escuchó otro latigazo.

—Esto es para que recuerdes que me perteneces. Eres toda mía, Sofía.

—Sí, sí lo soy.

De nuevo una serie de latigazos que comenzaron y que parecieron no tener fin. Él se volvió adicto a producirle dolor porque, al final, de eso se trataba su propia naturaleza. Aquello correspondía a esa sed de ansiedad y control que no podía dejar morir porque estaba calado en su piel. Por suerte, ella encontraba todo eso sumamente delicioso y podía estar así por el tiempo que fuera, le daba igual. Estaba dispuesta a darle lo que fuera a él.

Evan continuó torturándola, recordándole que no podía moverse a menos que se lo pidiera. De lo contrario tendría que quedarse quieta y recibir el dolor que él le proporcionaba.

Después de verle la piel roja y reventada, de verle las marcas de cuero sobre sus piernas, Evan soltó el látigo y tomó la cabeza de Sofía para echársela para atrás. Con la otra mano, le dio un par de bofetadas que dejaron su palma marcada esas mejillas. Al verla así, tan dulce y suplicante, no le quedó de otra que llevar su pene a la boca de ella.

Hizo que se inclinara y que abriera la boca. Trató de tomar tanto cabello como pudo y luego la forzó a que lo comiera por entero. En seguida escuchó los ruidos de que se estaba ahogando. Los hilos de saliva y las deliciosas arcadas. Sin embargo, toda aquella situación resultaba más que increíble para ella, quien adoraba tener la verga gruesa de Evan en su boca.

Fue entonces cuando él no pudo más. Así que hizo que ella se lo sacara de la boca y la tomó entre sus brazos con tal fuerza como si no pesara nada. La dejó sobre la cama, aún con la barra separando sus piernas por lo que faltaba el toque perfecto para tenerla sometida a sus designios por entero. En uno de

los extremos de la cama, había dos extremos de cuerda que servían para amarrar. Evan los tomó para atar sus muñecas. Lo hizo con increíble velocidad. Así que después de unos minutos, Sofía tenía sus extremidades sobre la cama, extendidas y dispuestas a los deseos de Evan.

Él se echó para atrás para verla mejor y no pudo evitar sentir que estaba más excitado que nunca. El ver a esa mujer tan bella, tan hermosa, en un estado tan vulnerable. Era como despertar el hambre y el morbo por ese cuerpo al mismo tiempo.

Se encontró en la disyuntiva de saber por dónde comenzar y qué hacer. En ese instante, pensó en una opción. Se levantó de la cama y buscó en el mueble largo de madera, una especie de huevecillo. Lo encendió y no perdió tiempo en colocárselo sobre su clítoris que ya estaba rojo y excitado. Primero lo acarició con los dedos para prepararlo y después procedió a excitarla aún más con ese vibrador. De inmediato escuchó los gemidos y alaridos de ella. Incluso sintió la forma en cómo se retorció sobre la cama.

El sonido del metal se hizo cada vez más fuerte a medida que el vibrador estaba sobre su vientre. Los espasmos se hicieron más intensos y los ojos bien cerrados de Sofía le indicaron Evan que muy probablemente estaba a punto de correrse. Pero no, las cosas no eran así, ella no tenía el poder ni la autoridad para decidir eso, así que él se apresuró por tomarle del cuello y decirle lentamente.

—No acabarás hasta cuando te diga. ¿Entendido?

Ella sólo logró asentir y tuvo que concentrarse en otra cosa para no desfallecer ahí mismo. Después de un rato de estimulación, Evan decidió que quería llevarla un poco más lejos, la única diferencia sería que la penetraría con fuerza aún con el vibrador en ese clítoris que ya pedía clemencia.

Para jugar un poco con ella y por cuestiones de su inclinación como sadista, Evan detuvo el vibrador y comenzó a posicionarse sobre ella. Sofía pudo por fin regresar a la realidad y pensar que las cosas habría tomado una dirección un poco más tranquila... Nada más alejado de la realidad.

Evan la miró y acarició su cuerpo con prisa, con hambre. Fue entonces cuando acercó su pene para penetrarla. Este pareció ir hacia la dirección correcta, como si supiera exactamente lo que tenía que hacer. Así pues que se preparó para follarla, apoyó sus grandes y largos brazos sobre la cama y empujó su miembro dentro ella. El fuerte alarido de Sofía se volvió más intenso cuando él le colocó de nuevo el vibrador en el clítoris. Ella sintió como si estuviera a punto de despegar.

A pesar de la intensidad, a pesar que sentía que estaba a punto de perderse a sí misma, ella abrió los ojos para encontrarse con la mirada de su Dominante quien seguía tomando el control sobre ella y sobre su cuerpo.

Estaba feliz, estaba eufórica, como si tuviera un coctel de emociones que no pudiera describir. Mantuvo los ojos cerrados porque quiso concentrarse en todo lo que estaba experimentando.

Por otro lado, Evan se sentía como el rey del mundo. El poseer a una mujer como esa, que le producía poder, dominio, control. La tomaba por el cuello, le apretaba los senos, manoseaba su cintura. Hacía todo lo que le quería hacer sin ningún tipo de contemplaciones. Después de un rato pensó en hacer una última estocada para cerrar con broche de oro.

Así pues que se levantó de la cama y quitó el pequeño huevecillo. La miró con frialdad y luego se retiró para traer consigo después una vela encendida. Sofía estaba preguntándose qué haría hasta que segundos después todo cobró más y más sentido. Quería torturarle un poco más. Entonces las cosas se harían así, se harían porque él así lo deseaba.

Evan se aseguró de que estuviera bien sujeta antes de hacer lo que quería hacer. Tomó la vela con fuerza y se fijó en esos muslos anchos y deliciosos. Le dirigió una última mirada a ella y vertió un poco de la cera en la piel. En seguida se fijó en cómo se estremeció por completo. Una línea transversal de cera por los dos muslos, dejaron una gran marca roja que se comenzó a avivar a los pocos segundos. Como sabía que fue un estímulo fuerte, se preocupó por sólo distribuir unas cuantas gotas de cera en el resto de las piernas y brazos. Incluso lo hizo en los pechos de Sofía. Las pequeñas formas circulares de la cera se formaron en su piel para adornarlas casi como si fueran perlas en el cuerpo. Se veía más bella, casi como una Venus.

Ella siguió con los ojos cerrados en el dolor y el placer cuando sintió que él se detuvo. A los pocos minutos, Evan dejó la vela en una de las mesas de madera que estaban cerca y se acercó para ver con detalle las marcas que estaban en la piel de Sofía. Algunas eran grandes y otras más pequeñas. Unas en formas de gota y otras en forma de líneas largas, finas o gruesas. Ella era como una especie de lienzo perfecto.

Cuando se acercó a su rostro, lo acarició suavemente y sonrió. Ella ciertamente estaba en una especie de trance así que dejó que fuera así y llevarla hasta el éxtasis.

A ese punto, Sofía estaba más allá de estar excitada. Era algo que no pudo ni siquiera describir bien. Experimentó de nuevo el regreso del pene de Evan

dentro de ella y de inmediato no paró de gemir.

Como no podía tocarlo, como no podía sentir sus brazos fuertes, Sofía se sostuvo tanto como pudo de los amarres que la sostenían a la cama. Estaba delirando ya que las palabras que salían de su boca era una serie de expresiones incomprensibles. Quizás se trataba de un mecanismo para drenar todo aquello que estaba sintiendo su cuerpo. Llegó un punto incluso que pensó que sería incapaz de controlarse y que ningún esfuerzo sería suficiente para lograrlo. Así pues que siguió sosteniéndose con fuerza a la espera de aquellas palabras que la pudieran liberar por completo, de que pudiera por fin soltar esa explosión que estaba a punto de ocurrir en su interior.

Evan notó que la piel de las mejillas de Sofía, estaban enrojecidas y que su frente estaba empapada en sudor. Que sus piernas estaban temblando y que sus manos no soltaban ni un poco las sábanas. Fue entonces cuando decidió inclinar su cabeza y decirle las palabras que sabía que ella estaba esperando ansiosamente. Esa orden de poder dejarse llevar por el orgasmo.

De inmediato cambió la expresión de en el rostro de ella. Entreabrió la boca y comenzó a respirar con más fuerza. Entonces, en ese instante, se mordió la boca porque el fuego que sentía que la quemaba por dentro, por fin se dispersó a otras partes de su cuerpo. Se sintió consumida en esas llamas y, al final, sólo exclamó unos cuantos gritos hasta que por fin se corrió con suma violencia.

Lo mismo le estaba sucediendo a Evan, quien se excitó aún más al verla así, al verla correrse de esa manera tan fuerte y deliciosa. Siguió penetrándola un poco más hasta que sintió que su pene quedó empapado de esos fluidos calientes. Poco después, experimentó esa especie de corriente eléctrica que envolvió su cuerpo y no pudo evitar llevar su mano hacia el cuello de ella para apretarlo un poco. Sus dedos rozaron esa piel tan suave y delicada. Por fin, los ojos se llenaron de oscuridad y el orgasmo se sintió como estar en el medio de una tormenta.

Eyaculó con tan intensidad que el semen le salpicó a Sofía en el cabello y hasta en los párpados. Pasó lo mismo a otras partes del cuerpo: En el torso, en los brazos y hasta en los pechos. Incluso los pezones quedaron cubiertos de él.

Después de quedarse inmersa en todas esas sensaciones, Sofía abrió lentamente los ojos y observó el rostro de él con dulzura. Evan todavía respiraba con agitación cuando se miraron de nuevo. Compartieron un instante de silencio. Un instante que pareció significar todo entre los dos.

Poco a poco, Evan pudo incorporarse para ir al baño y lavarse un poco.

Luego de limpiarla también, él volvió para echarse un poco de agua en la cara. A diferencia de la primera vez, sintió como si una serie de sentimientos se le calaban más y más en la piel y en el corazón. Ella tenía un efecto tan fuerte y poderoso en él, que lo hacía sentir que realmente era posible transformar todo lo que estaba a su alrededor.

Salió entonces para encontrarse con ella y acostarse juntos. Sofía estaba dormitando y Evan sintió una inmensa paz. No quería que eso terminara, no quería que eso se quedara allí.

Evan se quedó dormido cuando sintió el móvil. Despertó con pereza y se aseguró de que Sofía no se hubiera despertado. Al verla tan tranquila como siempre, le acarició el rostro y se levantó lentamente para buscar el aparato. Ya estaba refunfuñando porque le interrumpieron el sueño pero después reflexionó. Quizás se trataba de un asunto importante porque había dado instrucciones expresas de que no lo molestaran.

Al revisar, era un mensaje de su asistente personal:

“Sr. Morrow, es preciso que se presente a las oficinas centrales. Contamos con información valiosa que debe conocer”.

Evan miró la pantalla un rato y se percató que se trataba de quienes habían asesinado a sus padres. A ese par de que habían logrado zafarse de la justicia de manera impresionante.

Miró a Sofía pero el impulso de irse fue más rápido que él. Así que tomó sus ropas, se vistió rápidamente y salió de la habitación no sin antes dejarle escrito que pronto se reuniría con ella. Por dentro sabía que no era así.

VIII

—Voy para allá.

Envió un mensaje a su asistente mientras el Camaro iba a toda velocidad. La noche estaba clara y despejada por lo que sabía que no se tardaría demasiado tiempo en llegar.

Los neumáticos se deslizaron sobre el asfalto hasta que poco a poco frenaron la potencia del coche. Había llegado en cuestión de minutos. La urgencia era demasiada como para aplazar un acontecimiento como ese.

Aparcó y bajó del coche si no hubiera un mañana. Pasó por los escoltas y subió las escaleras para encontrarse con su asistente quien terminaba de hablar por teléfono.

—Sí, acaba de llegar. Pronto nos comunicaremos contigo.

—¿Y bien?

—Sr. Morrow, seguimos sus instrucciones. Los seguimos minuciosamente y encontramos toda una serie de rutinas que los ponen en una situación bastante vulnerable. Al principio pensamos que estaban fuertemente custodiados pero luego, resultó que no. Que más bien era descuido y que eso nos daba la posibilidad de atestar un golpe importante.

—¿Y sus vínculos con otros grupos criminales?

—Nada importante. Sólo hacen intercambio de información así como favores pero nada que comprometa su relación con otros grupos. Realmente son interacciones muy superficiales. Sin embargo, debo hacerle una aclaratoria, señor.

—Dime...

—A pesar que no tienen un grupo importante de escoltas, ellos sí manejan una seria cantidad de armamento. A tal punto que puede intimidar a cualquiera a primera vista. Y los dos son muy capaces de todo. Incluso tienen granadas de alto alcance y reservas de estilo militar. Aún estamos investigando de dónde proceden las armas pero estamos casi seguro que se tratan de sobrantes que les proporciona un contacto en el gobierno.

—¿Debemos preocuparnos si nos involucramos?

—No. De nuevo son relaciones superficiales. Pinchamos sus comunicaciones y más bien se regodean al respecto pero lo cierto es que no generan mucho respeto en ese tipo de ambientes.

—Perfecto.

—Señor, la decisión que tome a partir de hoy debe efectuarse de inmediato ya que tienen pensado expandir los negocios a otras ciudades y es posible que perdamos la oportunidad de aprovechar la vulnerabilidad de la situación en la que se encuentran.

Evan cayó sobre el asiento de cuero en actitud reflexiva.

—¿Cuándo recomendarías comenzar?

—Mañana en la noche sería excelente porque podemos reunir a los hombres que sean necesarios y así hacer un inventario de lo que tenemos. En su arsenal hay 50 hombres activos pero es posible que recluten el doble en cuestión de minutos. Tenemos que cerrarles todas las posibilidades de ello y obligarlos recurrir a tácticas típicas de la desesperación.

La sola idea de acorralarlos le sedujo a tal punto que no pensó en nada más. Se imaginó unas circunstancias tan dolorosas y amargas que no pudo evitar sonreír.

—Que así sea. Comiencen desde ya. Mañana en la noche llegaremos a donde se encuentran y acabaremos con esto.

—De inmediato, señor.

El asistente salió con rostro neutro mientras que Evan se quedó solo en la oficina. Las horas que quedaban para saldar las cuentas pendientes al menos las aprovecharía para ver a Sofía y para liberarla. No podía someterla a una situación así, tendría que mantenerla lo más alejada posible de toda la situación.

IX

Sofía abrazó la almohada hasta que sintió un rayo de sol que le calentaba la pierna suavemente. Abrió los ojos cuando se percató que estaba todavía en esa habitación de perversiones cuando se levantó. Le resultó curioso que las veces que tuvo sus orgasmos con él, quedara prácticamente noqueada.

No se sorprendió de encontrarse sola por lo que aprovechó para desperezarse un poco y vestirse para ir a la habitación contigua. Cuando salió de allí y procedió a cerrar la puerta, sintió una presencia que le hizo que se girara de inmediato.

—¡Evan! Por Dios, casi me matas del susto.

—Lo siento...

—Vaya, ¿estás bien? Tienes la cara larga. ¿Qué ha pasado?

Él la tomó del brazo y la llevó a la cocina. Al estar allí, se sorprendió al darse cuenta que no se encontraban los centinelas usuales. Todo estaba tan despejado que sintió una especie de sensación extraña en el corazón.

—¿Qué ha pasado? —Insistió.

—Me temo que debo ocuparme de algo muy importante por lo que, el que te quedas aquí, resultaría muy peligroso.

—¿De qué hablas?

—No puedo adelantarte nada porque, como te digo, es muy peligroso. Sólo hacerte mención también puede comprometer tu seguridad.

—Me estás asustando.

—Estoy siendo lo más sincero que puedo. De verdad no quisiera que las cosas fueran así pero... No... Lo siento. Lo siento mucho, de verdad.

Sofía trató de entender la situación. Al final del día, Evan no era un hombre cualquiera, era un tipo que tenía más de la mitad de su vida en negocios turbios así que asumió que se trataría de algo que escapa de su comprensión. A pesar de todo, a pesar de la esperanza que tuvo que las cosas fueran mejores, a los dos le separaban tantas cosas que resultaba abrumador.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para protegerte y que nada de esto te afecte.

—Creo que es muy tarde para eso, Evan.

Él entendió y asintió ligeramente la cabeza.

—Lo que menos quería era convertirme en una molestia para ti.

—Nunca, Sofía... Ni lo más remotamente... No tienes idea de lo que has

provocado en mí. No tienes idea del impacto que has tenido en mi vida. Por eso te digo todo esto, no puedo imaginarme que te suceda algo y menos por mi culpa. Es por ello que tienes que irte de aquí lo más rápido posible. Ahora mismo. La situación se volverá turbulenta y complicada. Esta es lo mejor para ti, créeme.

Ella tragó fuerte y lo miró a los ojos.

—¿Nos volveremos a ver?

—Sí. —Evan no estaba seguro, sin embargo mintió para que las cosas no se sintieran peor de lo que ya estaban.

Ella miró al suelo y él extendió su mano para acariciarle el cabello.

—No te preocupes. Todo se solucionará.

—Vale.

—Venga, tienes que recoger tus cosas e irte.

—¿Tan pronto?

—Sí, mientras más rápido, mejor.

Sofía recogió todo lo que pudo de sus pertenencias y salió de la mansión para encontrarse con un coche que la estaba esperando.

—Te dejarán en tu casa.

De repente experimentó una extraña sensación. Por un lado, estaba contenta porque retomaría su vida como la había dejado, sin embargo, tenía el temor de dejarlo y de no volverlo a ver.

Cuando se acercó a la puerta, un nervio frío le recorrió la espalda. Cuando volteó para verlo, no encontró las palabras para decirle. Su boca estaba sellada y que su garganta era incapaz de emitir algún sonido. Sintió un enorme nudo que le imposibilitó la manifestación de la palabra, sólo esbozó una sonrisa amarga y se subió para dejar atrás los días más extraordinarios que jamás tuvo.

En el camino, pensó de inmediato en las explicaciones que tendría que hacer. Incluso pensó en su jefe, pensó en que él también tenía las manos manchadas en la situación aunque no sabía bien cómo se reintegraría en lo que había sido su vida.

Cada metro, cada kilómetro de recorrido, Sofía lo sintió como una distancia que se hacía más larga y más penosa. Sabía que él le mintió sobre volverse a ver, pero ella tampoco tuvo el valor para enfrentarle y para desmentirle ese hecho.

Así que se quedó callada, sumida en esos pensamientos que parecían sólo atormentarla con fuerza. Sin parar.

Mientras miraba hacia la ventanilla, comenzó a reconocer los alrededores. Estaba cerca de llegar a la callejuela de siempre, al mismo lugar en donde el tráfico y el caos para que nunca acaban.

El chófer la dejó a unas cuantas calles y ella se bajó en absoluto silencio. Al cerrar la puerta, el coche se mezcló con los cientos más y la conexión que tenía con Evan terminó por desaparecer. Se dispuso a caminar y notó que todo estaba igual. A pesar que fueron unos días, los sintió como que hubiera pasado mucho más tiempo.

Llegó a las puertas de edificio. El mismo gato rubio estaba allí y la recibió con un lento maullido que la hizo sonreír de inmediato.

—Vaya que sí te extrañé.

El gato siguió maullando y restregando su cara entre los dedos de ella. Cuando terminó, Sofía pasó por el lobby, cruzando hasta llegar a los elevadores. Todos los gestos que hizo le recordó de inmediato esa rutina que casi se la tragó viva y que tantas veces le hizo sentir miserable.

Después de llegar a su piso, pensó de inmediato en cómo se resolvería el asunto de su breve desaparición, así que se apresuró en abrir la puerta para conectarse con el mundo y saber lo que había pasado. Cruzó el umbral y se fijó que todo lucía como lo había dejado. Lo único diferente fueron los sobres de las cuentas de luz y agua que estaban debajo de la puerta pero nada más. Ninguna notificación, nada.

Encendió el televisor en seguida y buscó su portátil para saber en qué punto estaban las cosas. Entre todas las cosas que buscó, en las informaciones de los días previos, no halló nada que hiciera referencia a ella. Pensó que su jefe preferiría entonces no tener que involucrar a las autoridades en semejante situación. También pensó que, si las cosas no se hubieran desarrollado como pasaron, muy seguramente ella sería una cifra más en las estadísticas de la página de sucesos.

Se sintió un poco triste al respecto y volvió a pensar en Evan, en los riesgos que estaría pasando y en los peligros que quizás le ahorró a ella. Todo le sonaba tan extraño y confuso que no sabía cómo ponerle orden a la situación. No sabía qué hacer.

X

Después de esa despedida tan amarga, Evan se concentró en lo que tendría por delante. Ya no se preocuparía por Sofía porque sabía que alejarla de toda la situación, la pondría en una situación en donde no sentiría temor por su seguridad.

Faltaban pocas horas para hacer lo que se debía hacer. Constantemente recibía informes sobre la ubicación de los hombres y de las cantidades de armas que tenían. Por su parte, también analizó cuántas tenían en su poder y si era posible hacerles frente sin mayores problemas.

Esos intimidantes centinelas que siempre resguardaron las adyacencias de la mansión, estaban preparándose para la batalla. Sería un enfrentamiento épico y sin precedentes. Por supuesto, ellos estaban dispuestos a dar su vida porque creían firmemente en el liderazgo de su jefe.

—En cinco minutos salimos, sr. Morrow.

—Vale.

Evan salió hacia los jardines, sobre todo la parte que Sofía le gustaba tanto estar. Cerró los ojos al pararse sobre el césped suave. Sintió la brisa fría de la noche la cual también movía las hojas de las palmeras a lo alto. Sintió por un momento que casi ella estaba allí, a su lado y en silencio. Porque los dos habían entendido la importancia de estar así, de compartir la complicidad que tenían.

Respiró con lentitud y se dio cuenta que ya no podía darle largas al asunto. Tenía que enfrentar su destino y saldar la última cuenta que le quedaba pendiente.

Caminó hacia la entrada de la casa y se colocó el chaleco antibalas, guardó un par de cuchillos y una pequeña Baretta en una de las botas del pantalón. Tendría todo lo necesario para pelear hasta el final.

Fue hacia uno de los coches cuando ya sus hombres lo estaban esperando. Tenía la concentración a flor de piel.

El destino era uno de los muelles de la ciudad. Allí se encontraban, según los últimos informes, los dos hombres y un grupo de hombres que estaban recibiendo un cargamento de cocaína. A pesar de tal operación, no contaban con lo suficiente para defenderse en caso de una emboscada, así que aprovecharon la brecha para atacar.

Antes de hacerlo de manera estrepitosa, tenía más bien ganas de entrar y

de sorprenderlos. Luego daría la orden. Moría por verles las caras, moría por mostrarles que, después de todo, estaba vivo.

Esperaron un rato para reorganizarse y para posicionarse, después, Evan bajó del coche a pesar de las objeciones de su asistente. No le importó nada más, sólo quería darle punto final.

Un grupo de hombres estaban concentrados en un cargamento. Los dos hombres revisaban la calidad de la droga mientras celebraban que aquello representaría el repunte para sus negocios.

—Por fin, tío. Por fin. Ahora sí nos respetarán como se debe.

—Todos nos temerán... Todos sabrán quiénes somos. Tendrán que agachar las cabezas para que nos respeten de verdad.

Estaban tan concentrados en la droga y en las ideas de gloria, que no notaron que una sombra se volvió más grande sobre ellos. Los ojos azules y fríos de Evan, se posaron sobre ellos y sintió de nuevo esa ira que le consumía el interior como si tuviera el fuego vivo.

Comenzó a aplaudir de repente toda la atención cayó en él.

—¿Quién coño eres tú, tío?

—Alguien que viene a cobrar, amigos. No, no. No pongan esa cara, ustedes saben muy bien quién soy. ¿Acaso no lo recuerdan?

Los dos se miraron extrañados hasta que por fin miraron el fulgor de esos ojos azules.

—No puede ser...

—¿Quién es?

—El chico... Es el chico...

—Así es. —Dijo Evan.

Uno de ellos sacó el arma y le apuntó en la cabeza.

—Eres un tarado por venir aquí solo a dártelas de macho. Bien, si eso es lo que quieres, entonces eso es lo que tendrás.

Se escuchó una ráfaga de detonaciones por varios minutos. El ambiente no tardó en ponerse denso y con una espesa cortina de pólvora. Cuando no se escuchó nada más. Uno de los hombres se adelantó para saber en dónde estaba el cuerpo del tío que los estaba amenazando.

Cada paso, sin embargo, lo dio con miedo. Sintió que las cosas se disiparon cuando sintió el calor de la punta de la pistola sobre su frente.

—Oh, no, amigo mío. Esto apenas comienza.

La detonación comenzó un verdadero infierno de balas y caos. Un infierno que pareció que no tendría fin.

XI

Después de regresar a su realidad, lo primero que hizo Sofía fue regresar a su trabajo, pero no con el plan de volver allí pretendiendo que las cosas estaban bien, sino con ánimo de enfrentar a su jefe. La persona que se había desentendido de ella.

Pasó por los pasillos mientras sus compañeros de trabajo estaban mirándolas sorprendidos.

—Sofía... ¿Estás?

No hubo tiempo para responder las preguntas ya que ella sólo iba determinada a hablar con él. Abrió la puerta con fuerza y lo vio hecho un paño de nervios. Él se levantó de la silla y la miró entre asustado y aliviado.

—Pensé... Pensé...

—Pues, pensó mal. Estoy aquí.

—¿Te liberaron?

—Sí.

—Pensé en denunciarlo a la policía pero imaginé que sería peor para ti y que podrían hacerte daño...

—Mira, gilipollas, sabes muy bien que todo lo que estás diciendo es una sarta de mentiras. Ellos pudieron matarme y eso te lo pasaste por el forro. Así que vale, ya entiendo el nivel de importancia que tenemos nosotros para ti. Pero sí te diré algo importante, no sólo hay pruebas de que recibiste dinero de un grupo criminal, sino que además cometiste lavado de dinero y malversación de fondos. Eres un ladrón como de quienes huiste. Eres la misma escoria. Ah, mejor ve preparándote porque esto no pasará por debajo de la mesa.

Salió de la oficina echando chispas. Fue a la suya a recoger lo último que tenía allí y se lo llevó para no regresar. Fue hacia los elevadores y casi tuvo que hacer un enorme esfuerzo por contener las lágrimas. Estaba a punto de que se desplomara el lugar al que pertenecía y que tanto aprecio tenía. Sin embargo, después de pasar tiempo sola, tuvo la sensación de que tenía cumplir con ese deber, así representara que ella también asumiera las consecuencias.

Como era de esperarse, la situación de la empresa se fue a pique gracias a las pruebas que había detectado Sofía desde hacía tiempo. Tras una serie de declaraciones y exhaustivos interrogatorios, investigaciones a su pasado y demás, ella pudo librarse de las responsabilidades aunque sintió que tenía algo que ver. Gracias a ello, los crímenes que había cometido su jefe apenas

eran el principio de un historial de un hombre con desastrosos antecedentes. Por suerte, la firma contable la asumió el gobierno y unos inversionistas la compraron con el fin de no dejar a la deriva a quienes estaban allí y a quienes se les confirmó su inocencia. Al menos eso lavó un poco la conciencia de Sofía quien ya se sentía culpable.

Los acontecimientos también le sirvieron para distraerse de una tragedia que no podía creer por la que estaba pasando. Al poco tiempo de enterarse de la desaparición de Evan, los reportajes sobre el jefe de la mafia caído, no se hicieron esperar.

“Evan Morrow era el heredero de un importante grupo criminal de la ciudad. Sin embargo, su desaparición todavía causa dudas sobre su verdadero paradero, aunque las autoridades no han encontrado su cuerpo. Lo cierto, es que el enfrentamiento entre ambas bandas, ha sido descrito por los propios miembros de la policía, como una especie de purga en donde sólo unos pocos salieron vivos. La situación de Evan Morrow sigue siendo un misterio que se espera esclarecer pero no podemos evitar sentirnos un poco más aliviados al respecto. Nuestras calles están un poco más seguras ahora”.

Aquellas duras palabras cayeron como un duro golpe para Sofía. Ella ahora estaba en una especie de limbo porque no tenía idea de lo que había pasado con él. Evan se desapareció de la faz de la tierra sin dejar rastros. A pesar del dolor que le producía ese pensamiento, ella estaba clara que las cosas no podían ser de otra manera. Un hombre así, con tales antecedentes, tendría que enfrentarse a las consecuencias de sus acciones.

En vista de la situación, Sofía tomó la experiencia como una oportunidad para empezar de nuevo. Luego del caos de la oficina, ella se decidió por hacer las cosas un poco diferentes. Empezó a tomar control de sus negocios y comenzó a trabajar por su cuenta, al llevarle las cuentas y la administración a unos cuantos negocios. Como no quería dejar que su vida se fuera en una oficina, quiso explorar una nueva forma de vivir, al menos desde el punto de vista laboral.

Gracias a ello, pasaba largas horas en la calle entre varios negocios: Una pastelería, un pequeño abasto, una carnicería y hasta una escuela. De vez en cuando aceptaba encargos personales cuando quería ocupar su mente de lleno al trabajo, no quería darle espacio a más nada por lo que se atiborraba tanto que no tenía tiempo para más.

Esto también le ayudó a mudarse de lugar a un piso más grande en un lugar más tranquilo en la ciudad. Incluso pensó que no sería tan mala idea aquello

de tener también su propia firma, aunque estaba haciendo todos los cálculos pertinentes. Su vida, estaba encausándose y eso le brindó el optimismo que quería sentir.

No obstante, el recuerdo de Evan parecía más profundo en su vida. No podía quitárselo de su mente, incluso pensaba que lo veía entre la gente, como si él la estuviera cuidando. La tristeza no se iba de ella, la perseguía la tenía en la mira.

Después de hacer una extenuante auditoría, Sofía se dispuso a regresar a casa cuando tuvo la sensación de que la estaban siguiendo. Por suerte, cerca de su casa había un gran mercado municipal, repleto de pasillos y atajos que ya se conocía de memoria. Así pues que se metió allí y trató de mirar quién era la persona que la perseguía. No lograba dar con nadie. Esperó un rato más y pensó que estaba a punto de volverse loca.

Sin embargo, cuando sintió que estaba cerca de irse, se topó con una figura muy alta y maciza. La sensación de deja vu le embargó el cuerpo y al alzar la vista, se trataba de Evan que la miraba con rostro de felicidad.

—Has aprendido bien. No es bueno andar sola por ahí.

Sofía sintió que las piernas le flaqueaban, que el mundo iba más rápido y que no tendría tiempo para procesar todo lo que estaba pasando. Sintió que se iba a caer pero él la sostuvo con fuerza. Era esa misma fuerza que solía abrazarla, que solía sentir cuando estaban juntos.

—Pero... Esto... Esto es...

—Lo sé... Tengo mucho que contarte pero sí... Estoy bien...

—¿Por qué...?

—No pude, las cosas estaban muy complicadas para mí y sabía que serían peor para ti. Además, me enteré lo de tu jefe y tenía que mantener la máxima distancia posible.

Ella acercó la mano en su rostro. Sintió los vellos de la barba de tres días, miró los ojos azules tan claros y penetrantes como antes. Descubrió las bolsas por la falta de descanso, la piel opaca pero la sonrisa que la hizo sentir más tranquila.

—Pensé... Pensé que...

—Lo sé, pero ahora estoy aquí. Tú hiciste que saliera entre el fuego y las cenizas.

—¿Ahora qué pasará?

—Es lo más emocionante, Sofía, porque eso es lo que estamos a punto de descubrir.

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin—tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin—tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin—tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win—win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin—tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin—tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo — Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada — Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total — Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)